

Claves de política global

Bajo la dirección de

Carlos Corrochano

Todas las herramientas para entender
un mundo sumido en la crisis ecosocial,
la guerra y la incertidumbre

Con textos de Pablo Bustinduy,
Lea Ypi, César Rendueles,
Itxaso Domínguez...

Hegemonía,
imperialismo,
migraciones,
Antropoceno,
Palestina,
Ucrania...



arpa

Claves de política global

Bajo la dirección de

Carlos Corrochano

Todas las herramientas para entender
un mundo sumido en la crisis ecosocial,
la guerra y la incertidumbre

Con textos de Pablo Bustinduy,
Lea Ypi, César Rendueles,
Itxaso Domínguez...

Hegemonía,
imperialismo,
migraciones,
Antropoceno,
Palestina,
Ucrania...



arpa

CLAVES DE POLÍTICA GLOBAL

CLAVES DE POLÍTICA GLOBAL

Bajo la dirección de Carlos Corrochano

arpa

© del texto: Carlos Corrochano, 2024

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Con la colaboración de Itxaso Domínguez

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-10313-04-0

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Pablo Bustinduy y Jorge Tamames

INTRODUCCIÓN

Carlos Corrochano

BLOQUE I. REPENSAR LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Creatividad

Gabriel Garroum

Geopolítica

Pablo Batalla

Imperialismo

Volodymyr Ishchenko

(In)movilidad

Mimi Sheller y Andreas Neef

[Internacionalismo](#)

Adom Getachew

[Multipolaridad](#)

Kavita Krishnan

[Naciones Unidas](#)

Branko Milanovic

[Realismo](#)

Matthew Specter

[BLOQUE II. UNA TEORÍA POLÍTICA CON VOCACIÓN GLOBAL](#)

[Estado](#)

Daniela Gabor

[Fronteras](#)

Martina Tazzioli

[Hegemonía](#)

César Rendueles

[Memoria](#)

Pankaj Mishra

[Populismo](#)

Luciana Cadahía

[Raza](#)

Noura Erakat, Darryl Li y John Reynolds

[Seguridad](#)

Paolo Gerbaudo

[Universalidad](#)

Carlos Corrochano

[Violencia](#)

Adam Shatz

BLOQUE III. NUEVOS DESAFÍOS EN EL INTERREGNO

Antropoceno

Xan López

Femonacionalismo

Sara R. Farris

Petróleo

Quinn Slobodian

Tecnosolucionismo

Itxaso Domínguez

Tianxia

Xulio Ríos

BLOQUE IV. REELABORAR UN EUROPEÍSMO CRÍTICO

Etnorregionalismo

Hans Kundnani

[Europa Social](#)

Aurélie Dianara

[Intergubernamentalismo](#)

Nicholas Mulder

[EPÍLOGO](#)

Lea Ypi

[NOTAS](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[ÍNDICE DE AUTORES](#)

A Lola, por el apoyo inquebrantable, por ser siempre hogar. A mis padres, a Clara, por absolutamente todo. A Itxaso Domínguez, verdadero sostén de este libro, una cabeza tan lúcida como transformadora. A todos y todas aquellas que quieran imaginar una política global diferente, libre de corsés vetustos, alejada del repliegue y la impotencia.

«Qué poco aciertan a menudo los propósitos. El grado de desacierto parece estar ligado a su tamaño tanto como a su duración. Entre lo que quisimos hacer y lo que finalmente hicimos, qué barrancos, qué averías, qué tremenda distancia, qué insensateces».

BELÉN GOPEGUI, *Existiríamos el mar*

«Adaptar y acostumbrar la mirada al “mundo como es” es, a la vez, cegarla para ver “cómo es el mundo”».

Campo de retamas, RAFAEL SÁNCHEZ-FERLOSIO

«Una araña realiza operaciones parecidas a las del tejedor y el modo como la abeja construye sus celdillas podría dar envidia a muchos arquitectos. Pero hay algo que desde luego distingue al peor arquitecto de la mejor abeja, y es que aquél se adelanta a construir la celdilla en su cabeza antes de moldearla en cera».

El Capital (tomo I, libro I), KARL MARX

PRÓLOGO

PALABRAS EN CRISIS

El planeta Athshe, donde transcurre una de las novelas de ciencia ficción más conocidas de Ursula K. Le Guin, es un archipiélago cubierto de bosques. Sus habitantes son pequeños humanoides verdes que han aprendido, mediante una organización descentralizada y matriarcal, a vivir en armonía. Su sinergia con el medio ambiente es tal que, en su idioma, la palabra que describe el planeta y su entorno natural es la misma. Para los athsheanos, como recoge el título de la novela, el nombre del mundo es bosque.

Aunque se asemejan al estereotipo del buen salvaje, los habitantes de Athshe pagan un precio por vivir en armonía. Lo que sacrifican es el concepto mismo de cambio. El mundo que habitan es estático y uniforme. Por eso, la llegada de terrícolas, capaces de proyectar un sistema capitalista altamente militarizado a nivel interestelar, representa una amenaza existencial.

La novela, escrita a finales de los sesenta, es una denuncia poco velada de la guerra de Vietnam. Pero las patologías que Le Guin identificó siguen con nosotros. Atravesamos una época de genocidios y limpiezas étnicas, de conflicto entre grandes potencias, de desplomes económicos y pandemias globales, con sucesiones ininterrumpidas de catástrofes medioambientales. Todo ello ha derribado los imaginarios políticos que estructuraron el siglo XX. Nuestro mundo no es estático ni uniforme; nuestra relación con la naturaleza es cualquier cosa menos armoniosa. Para nosotros, el nombre del mundo es crisis.

Mientras escribo estas líneas, a finales de enero, en Madrid hace un calor primaveral. Israel masaca con impunidad a decenas de miles de palestinos. Donald Trump se consolida como favorito en las elecciones presidenciales norteamericanas. En Europa, la extrema derecha también pretende cogobernar la Unión, de la mano de la derecha tradicional, tras las elecciones del próximo mes de junio.

En otra época, cualquiera de estas emergencias sería lo suficientemente grave como para interpelarnos. La entenderíamos como un punto de inflexión que nos emplaza a impugnar nuestras formas de organización política, social y económica. Este es, al fin y al cabo, el significado etimológico de la palabra crisis: un momento que fuerza un juicio o resolución definitiva. Cuando lo atravesamos, no volvemos a ser quienes éramos antes.

Hoy las crisis se concatenan de manera tan extraordinaria que no somos capaces de enfrentarlas así. Al revés: cada vez es más común contemplar cómo se suceden con una mezcla de resignación e indiferencia, como si la propia vivencia de estar en crisis constituyese nuestra normalidad. Asumimos esta condición con un fatalismo comparable a la naturalidad con que los extraterrestres de *Le Guin* habitan sus bosques primigenios. Y eso representa, también para nosotros, una amenaza existencial.

DE LA INSURRECCIÓN AL DESENCANTO

Visto en retrospectiva, el colapso financiero de 2008, que llevó a prometer, en palabras del entonces presidente francés, una refundación del capitalismo, parece un ejercicio de reflexividad sin precedentes. No porque se produjese dicha refundación —al contrario, lo que vino a continuación fueron políticas de austeridad aún más contraproducentes e inmisericordes—, sino porque tres años después desembocó en una cadena global de levantamientos populares que sí fueron capaces de reaccionar ante el colapso del neoliberalismo.

Los movimientos que desbordaron plazas y calles, de Tahrir a Wall Street pasando por Sol, rechazaban de plano los relatos dominantes sobre la crisis. Se negaban a aceptarla simplemente como fruto de las maquinaciones de unos pocos banqueros perversos, o el resultado de haber vivido por encima de nuestras posibilidades, como se acostumbraba a repetir con frivolidad. Al mismo tiempo, esos movimientos no tenían ninguna prisa por sustituir los relatos que habían derribado. Al contrario, mostraban la voluntad de convivir con ese conflicto y volverlo productivo.

Una de las consecuencias de aquella agitación fue el surgimiento, a partir de 2014, de fuerzas políticas que buscaron dar una resolución democrática a la gran

crisis del sistema. En apariencia, el momento populista que se apoderó de Europa era todo lo contrario de lo que se había visto en 2011. De aquella indiferencia representativa se pasó a la lógica del asalto institucional; del espontaneísmo a los hiperliderazgos y la vocación electoral. De Grecia a España, pasando por Italia, Francia e Irlanda, del laborismo de Jeremy Corbyn en Reino Unido a las campañas de Bernie Sanders en las primarias demócratas de Estados Unidos, el populismo de izquierdas ofreció una salida a la crisis del neoliberalismo y a su deriva austericida y xenófoba. Pero su suerte tuvo un campo de batalla fundamental en Grecia, cuyo resultado —la imposición de una brutal correlación de fuerzas— determinó la evolución política posterior de todo el continente. La primera ficha del dominó marcó el camino del resto.

El desenlace es conocido. La pandemia sobrecogió a una Europa desgarrada y carente de perspectiva. En Estados Unidos, Trump llevó ese desgarramiento hasta el extremo de asaltar el Capitolio. El problema contemporáneo de la democracia es el resultado del fracaso de la insurgencia antiausteridad en la década de 2010. También lo es el hecho de que hoy las fuerzas y movimientos a la izquierda de la socialdemocracia sufran una profunda crisis de imaginación política: ya no son capaces de proyectar imágenes de un futuro alternativo. Esta insuficiencia ideológica, esta carencia narrativa, impide abrir horizontes emancipadores que resulten creíbles para una ciudadanía hastiada y preocupada.

No deja de ser contradictorio que la izquierda se encuentre en un punto de bloqueo discursivo. Esta década arrancó con la pandemia del covid-19. Muchas de las propuestas que inspiraron el debate sobre la recuperación económica en Estados Unidos y la Unión Europea provienen de los programas de las fuerzas antiausteridad, especialmente en el ámbito fiscal y tributario. La crisis del neoliberalismo, la desorientación profunda de la socialdemocracia, la vuelta del Estado como actor político y económico legítimo son factores que han llevado a un cuestionamiento de la lógica del mercado sin precedentes en las últimas décadas. La cronificación de la guerra en Ucrania, la aceleración de la emergencia climática y el genocidio en curso del pueblo palestino dan fe de una bancarrota política y moral, del colapso de un modelo cuyas expresiones tanto económicas como políticas —en la forma de un mal llamado «orden liberal internacional»—, simplemente no pueden continuar de manera tan sencilla y brutal.

Las soluciones presentadas desde la izquierda ante este impasse son más bien elusiones. En primer lugar está la vieja pulsión milenarista, según la cual el

efecto en potencia de cualquier crisis es forzar cambios que llevarán las contradicciones del capitalismo hasta un punto de no retorno. Pero las catástrofes se suceden y las revoluciones correspondientes no llegan, sin que nadie salga mejor del proceso, como se llegó a vaticinar durante los confinamientos. En el otro extremo proliferan quienes se dedican profesionalmente a dirimir cuándo se estropeó todo, a negarle cualquier porvenir a la ilusión e intentar demostrar por qué, en última instancia, un cambio significativo no va a ser posible.

En medio de esta confusión, quienes recomponen a martillazos las piezas de un puzle que no encaja gozan de horas de éxito. Un día el problema son las políticas de identidad, supuestamente contrapuestas a una realidad material dura y fiable; poco después nos cae encima un debate sobre la nostalgia generacional y la soberanía en blanco y negro. En estos gestos restrictivos los efectos suelen pasar por causas, de modo que frente a una realidad angustiada terminamos idealizando aquello de lo que se deseaba salir: el género, la clase, la familia, el trabajo, el Estado. Los estragos del cambio climático llevan a refugiarse en fantasías tecnológicas o en la idea improbable de forjar comunidades más austeras y sencillas. En consecuencia, no abundan las visiones que resulten esperanzadoras o ilusionantes para una mayoría social ni para el conjunto de las izquierdas.

EL MAPA Y LOS TÉRMINOS

Ante esa sensación generalizada de impotencia y falta de relato, este libro constituye un ejercicio valioso para profundizar en el entendimiento del presente. Al abordar los problemas que presenta la política internacional bajo la forma de un glosario, nos da a entender que lo primero que está en crisis hoy son las propias palabras y conceptos que desplegamos para asir una realidad desordenada y violenta.

Walter Benjamin observó en una ocasión que las ideas son a los objetos como las constelaciones a las estrellas. Ante un mundo que se hace indescifrable entre el cacareo de grandes teorías conspiranoicas y geopolíticas, el punto de partida no puede ser otro que precisar los términos que desplegamos para comprender cada uno de sus accidentes y sus coyunturas. Ubicándolos en los lugares que les

corresponden, entendiendo la relación entre esos territorios y el conjunto del mapa, estaremos quizá en mejores condiciones para empezar a entenderlo y a repensar cómo cambiarlo.

Los autores y autoras aquí reunidos ya han hecho contribuciones ejemplares en sus ámbitos respectivos de investigación. Varios de los capítulos actualizan una serie de términos que en el lenguaje de la izquierda son recurrentes, pero a menudo adolecen de una teorización imprecisa. Es el caso, por ejemplo, de conceptos como populismo —desgranado por Luciana Cadahia—, neoliberalismo —Quinn Slobodian— o imperialismo —Volodymir Ischenko—. Por otra parte, capítulos como los de Daniela Gabor, Lea Ypi, Nicholas Mulder y Martina Tazzioli —sobre Estado, libertad, fronteras e instituciones, respectivamente— son fundamentales para reconsiderar nuestra aproximación a conceptos que estructuran la topografía más elemental de nuestras sociedades.

En otros casos, los autores y autoras abordan términos elementales de las relaciones internacionales que, sin embargo, están pendientes de actualización. Así sucede con los capítulos sobre internacionalismo (a cargo de Adom Getachew), europeísmo (Aurélie Dianara Andry), realismo (Matthew Specter), seguridad (Paolo Gerbaudo) y la propia Organización de las Naciones Unidas (Branko Milanovic). Pero el glosario también examina conceptos más recientes en el ámbito de la política global: como el de (in)movilidad (Mimi Sheller), violencia (Adam Schatz), reacción (Hans Kundnani), multipolaridad (Kavita Krishnan), o universalidad (Carlos Corrochano).

El volumen cuenta, además, con contribuciones propias a un debate global: desde el capítulo de César Rendueles (hegemonía) al de Itxaso Domínguez (Tecnosolucionismo), pasando por Pablo Batalla (geopolítica), Xan López (Antropoceno), Sara R. Farris (Femonacionalismo) y Xulio Ríos (tianxia). En este apartado, el esfuerzo de Carlos Corrochano como coordinador merece un especial reconocimiento: su labor ha logrado engarzar, de manera precisa y elegante, las voces de nuestro país con un diálogo global imprescindible y necesario.

Este glosario es, en definitiva, un primer paso en la tarea titánica de esbozar una política internacional a la altura de los inmensos retos de nuestra época. No hay otra tarea más urgente.

PABLO BUSTINDUY Y JORGE TAMAMES

INTRODUCCIÓN

«Siempre es necesario adelantarse con respecto al proceso, pero nunca demasiado. El pensamiento político puede permitirse ser excesivo, pero no así la acción política. Las vanguardias sirven para explorar el territorio en el que a continuación debe internarse el ejército. Reconocen el terreno, pero no lo ocupan».

Mario Tronti, *La política contra la historia*

«En contra de lo que se suele decir, el sufrimiento, incluso el que nace fruto de la opresión, es un mal consejero. El sufrimiento es siempre parcial, miope, incluso egocéntrico. El sufrimiento no puede ser el fundamento único de la política. La opresión no es pedagógica».

Olúfẹ́mi Táíwò, *Elite Capture: How the Powerful Took Over Identity Politics (And Everything Else)*

DEMOCRATIZAR LA POLÍTICA GLOBAL EN EL INTERREGNO CONTEMPORÁNEO

En un mundo marcado por la aparente muerte de la utopía, Immanuel Wallerstein propuso, al albor del siglo XX, el concepto de «utopística». Según el teórico del sistema-mundo, uno de los marxistas más lúcidos —y, quizá por eso, también herejes— de los últimos decenios, esta palabra designa el «análisis concienzudo de las alternativas históricas»¹ al estado de cosas contemporáneo, un ejercicio serio y ambicioso de evaluación de los límites y oportunidades de la

acción política en un contexto dado. La utopística, en palabras de Wallerstein, es la prefiguración, no de un futuro perfecto, sino de un «horizonte de transformación creíble, mejor e históricamente posible».2 La idea del estadounidense se asemeja al concepto de «utopía real», de Erik Olin Wright, destinos utópicos que «tengan paradas inter-medias accesibles», un ideal fundado «en las potencialidades reales de la humanidad»,3 así como al de «utopía concreta» enarbolado por Ernst Bloch, una pulsión consciente de la fuerza disponible, un «sueño que descansa en la tendencia histórica misma» y «media con los procesos» realmente existentes.4

La utopística es hoy más necesaria que nunca. Y es que nuestro mundo se halla inmerso en lo que Antonio Gramsci definió, casi un siglo atrás, como interregno. En sus *Quaderni dei carcere*, el marxista sardo escribió que «la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados».5 Encarcelado por el fascismo italiano, Gramsci reflexionaba desde una coyuntura de crisis orgánica del capitalismo, inmerso en el agitado contexto histórico de entreguerras, que encontraba reflejo en el desmoronamiento del orden global de posguerra y el idealismo wilsoniano que lo sustentaba; el crac del 29, que derivaría en la Gran Depresión; o la erosión, a pasos agigantados, de los frágiles sistemas democráticos del momento. Los claroscuros de los que hablaba Gramsci son hoy nuestro pan de cada día: la morbidez se ha convertido en el sentido común de nuestro tiempo; la «incertidumbre radical»6 en la marca de la política global y las relaciones internacionales contemporáneas. Hoy, como escribe Marina Garcés, «el futuro es oscuro porque el presente es opaco».7

El *Zeitgeist* de nuestro mundo es el de la policrisis: la acumulación de disrupciones masivas, simultáneas y superpuestas, muchas veces imprevistas, otras tantas en apariencia inevitables, que quiebran el «horizonte predictivo»8 de los pueblos. La sintomatología de la policrisis no es nueva: como explica Lisa Lowe en *The Intimacies of Four Continents* —un análisis de las conexiones, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, entre el liberalismo europeo, el colonialismo de asentamiento estadounidense y el comercio de esclavos transatlántico, fundamento de la devastación colonial que todavía caracteriza nuestro mundo—, los pueblos del Sur Global llevan siglos sufriendo todas y cada una de las amenazas que ahora se ciernen sobre Occidente. A su vez, en las últimas décadas, la mal llamada lucha contra el terrorismo ha continuado con la larga tradición de coerción imperial. Así, se estima que las intervenciones estadounidenses posteriores al 11-S en Yemen, Siria, Pakistán, Irak o Afganistán

causaron la muerte directa de 432.093 civiles e indirecta de entre 3,6 y 3,8 millones de personas.⁹ El mundo que habitamos es el resultado de estas agresiones, pero también de sus resistencias. Es un mundo poscolonial, tal y como Stuart Hall entendía este esquivo concepto: «es lo que es precisamente porque otra cosa sucedió antes (la larga sombra de la violencia colonial), pero es también algo nuevo».¹⁰

Así, nuestra coyuntura está caracterizada por nuevas y viejas convulsiones: la irrupción de la pandemia de covid-19, el riesgo de estanflación global, el genocidio en Palestina y sus efectos en Oriente Medio, las crecientes tensiones en los mercados de energía y alimentos, la invasión rusa de Ucrania y sus consecuencias en el espacio postsoviético, la disputa hegemónica entre Estados Unidos y China, la subida de los precios de los combustibles fósiles, el avance de las extremas derechas y el supremacismo blanco a lo largo y ancho del globo, el aumento de las tensiones en el mar de la China Meridional, la proliferación de golpes de Estado en el África Subsahariana, el descongelamiento de conflictos como el de Nagorno-Karabaj o el caos en las cadenas globales de producción. Esta lista de incontables etcéteras encuentra su principal disruptor en la exacerbación de la crisis climática, elemento fundante de nuestra época de «ebullición global»,¹¹ que desnuda el carácter profundamente jerárquico del sistema-mundo y la economía mundo capitalista que lo sostiene.

Esta miriada de fenómenos mórbidos muestra dos cosas. De un lado, el carácter indivisiblemente global del desafío; la asunción, en palabras de Achille Mbembe, de que «lo político en nuestra época debe partir del imperativo de reconstruir el mundo en común»¹², de que si el colonialismo y el extractivismo fueron —y todavía son— procesos con vocación global, la «descolonización (debe ser) por definición una empresa planetaria»¹³. Del otro lado, la morbidez muestra, también, la insuficiencia de las herramientas disponibles para afrontar el interregno.¹⁴ En este sentido, la herencia desigual y persistente del legado colonial es tan evidente como necesarios son nuevos discursos, instrumentos e instituciones para postular un horizonte alternativo al actual desorden global, en un momento, además, dominado por las formas realistas (sic) y cínicas de concebir la política, por un «escepticismo difuso» que, como ya advirtió Gramsci hace casi un siglo en sus Quaderni, constituye la marca actitudinal del interregno.

En esta coyuntura, la disputa política se da entre dos contramovimientos, en el sentido dado por Karl Polanyi. Según el autor de *La gran transformación*, los

proyectos de mercantilización de la vida social, contrarios a la naturaleza humana, producen siempre «contramovimientos», reacciones de las mayorías dirigidas a recuperar la soberanía política arrebatada por el mercado. Estas respuestas pueden tomar dos sentidos radicalmente diferentes: democratizador o autoritario, plebeyo o elitista. Hoy, la salida al interregno contemporáneo — concebido, precisamente, como la «suspensión entre dos formas diferentes de autoridad»¹⁵— se disputa entre dos proyectos antagónicos, sostenidos por actores tan dispares como alejadas son sus visiones del mundo.

De una parte, la imagen del mundo que dibuja el contramovimiento reaccionario se articula en torno a dos instintos que entroncan con el sentido común de época: el aislamiento y la negación. Para la alianza de la derecha tradicional y los populismos autoritarios, «[la] solución para las múltiples crisis que nos acechan es negarlas: atribuirles a una conspiración, identificar un enemigo, declararle la guerra»¹⁶. Lo que hemos llamado con profusión «ola reaccionaria» es, en realidad, una internacional negativa que articula el negacionismo climático —el que observa sin preocupación cómo acumulamos en julio de 2023 los siete días más calurosos de los últimos 125.000 años—, el negacionismo democrático —el que aplaude los ataques contra el Capitolio de Washington o el Planalto de Brasilia—, el negacionismo igualitario —el que pretende hacernos creer que es natural que el 10% de la población condense el 76% de la riqueza global; el que, además, reacciona con furiosidad ante cualquier avance feminista—, y, por qué no, el negacionismo colonial —el que se resiste a ver al Estado israelí como un «hecho colonial», mientras impulsa nuevas lógicas de imperialismo verde que afectan especialmente a las periferias—. Así, existe un hilo subterráneo, una complicidad tan simbólica como material, que une el genocidio del pueblo palestino con los efectos de la crisis climática en el Sur Global o la distopía paleolibertaria de Javier Milei en Argentina. La barbarie tiene un sustrato común, como bien saben las coaliciones que la hacen avanzar.

Del otro lado, el contramovimiento democrático, «consternado por el mundo tal y como es» y abocado a «crear un tipo diferente de mundo»,¹⁷ da muestras de agotamiento teórico y desorientación estratégica, incapaz de intervenir en la realidad y producir nuevos imaginarios de futuro. Para escapar de esta parálisis, una doble tarea es tan necesaria como urgente.¹⁸ Por una parte, un trabajo ideológico, referido a la producción de «ficciones nuevas, relatos que nos permitan imaginar y anticipar el futuro, explorarlo antes de vivirlo, generar nuevos horizontes que le den dirección y sentido a las movilizaciones políticas de nuestro tiempo»;¹⁹ una labor consciente, como afirmó Homi K. Bhabha, de

que «no se trata solo de cambiar la narrativa de nuestras propias historias, sino de transformar el sentido de lo que significa vivir».20 Por la otra, un trabajo democrático, que permita proteger y consolidar las condiciones en las que la producción de esas nuevas narrativas sea posible, sabedor de que el «gran peligro consiste en querer volver a las grandes victorias sin pasar por el penoso trámite de preparar con gran esfuerzo el terreno en el que se deberán luchar»21. Ambas tareas, como la propia naturaleza de la policrisis, han de llevarse a cabo de forma simultánea y superpuesta.

Porque de una situación de crisis se sale mejor o peor, pero nunca igual. El problema, volviendo al genio sardo, es que lo nuevo no termina de nacer. De esta manera, el poscolonialismo y la teoría decolonial nos enseñaron que las injusticias de nuestro mundo son el resultado de más de cinco siglos de dominación occidental; demostraron, también, la naturaleza necesariamente colonial e imperial del capitalismo —mucho más que un «mero sistema de producción»—;22 e hicieron manifiesta la centralidad que la segregación racial y la jerarquización del género jugaron en esta tarea. Lo poscolonial y decolonial son, todavía hoy, necesarios diques de contención epistemológicos frente a las lógicas depredatorias del neocolonialismo contemporáneo —la «peor forma de imperialismo», según Kwame Nkrumah, el líder ghanés, por el «poder sin responsabilidad» que otorga a los opresores—.23 El problema, de nuevo, reside en que sus contribuciones teóricas, como las de gran parte del posmarxismo, son insuficientes por sí mismas para proyectarse hacia el futuro de manera contingente, incapaces de integrar la incertidumbre, la contradicción y la improvisación de nuestro mundo, características intrínsecas a cualquier acción política.

De este modo, siguiendo la distinción de Reinhart Koselleck entre el «espacio de la experiencia» —el conjunto de prácticas y vivencias que constituyen nuestra memoria colectiva y nos ayuda a comprender el presente— y el «horizonte de expectativas» —las certezas, miedos y esperanzas que nos propulsan hacia el porvenir, siempre en base en la experiencia presente—, podríamos afirmar que el poscolonialismo y la teoría decolonial han sido exitosos a la hora de configurar un nuevo espacio experiencial, pero no han logrado generar «horizontes de expectativas» alternativos. Y es que, como afirma Olúfemi Táíwò, «no se puede descolonizar una escuela que todavía no ha sido construida».24

RENOVAR EL LENGUAJE DE LA UTOPÍSTICA

Este libro que tienes entre manos es una herramienta para desplegar la doble tarea ideológica y democrática mencionada con anterioridad, para salir de este impasse y pensar —y construir, claro— esa utopística de la que hablábamos al inicio; un instrumento para una «construcción progresista de mundos»²⁵ que expanda nuestra visión de la política global y las posibles formas de intervenir en las disrupciones de nuestro tiempo. Este texto, eso sí, no es un libro geopolítico de autoayuda ni un manual académico de relaciones internacionales. El objetivo de estas páginas tampoco es el de plantear una hoja de ruta meticulosa para renovar nuestra política exterior, o «formular recetas de cocina para el bodegón del porvenir», como escribió Marx en un prefacio de *El capital*, sino proveer de herramientas teóricas con vocación práctica, encontrar ángulos alternativos y agitar nuevas formas de abordar conceptos de la política internacional que están cada vez más presentes en nuestro día a día.

Este libro es, pues, un ejercicio de imaginación y realismo, un modesto paso en la construcción de una «república mundial de teorías críticas»,²⁶ de unas «sociologías conectadas»²⁷ que reelaboren las categorías teóricas vigentes desde distintos puntos de vista. De realismo, sí, porque, en palabras de Stuart Hall, «si queremos ser efectivos, solo puede ser sobre la base de un análisis riguroso de las cosas tal y como son, no como nos gustaría que fueran».²⁸ Un ejercicio de imaginación, también, porque es urgente y necesario estirar los límites de lo posible, ensanchar los márgenes de aquello a lo que podemos aspirar, redirigir los instrumentos existentes —desde el derecho internacional hasta el tan denostado discurso de los derechos humanos²⁹— hacia fines alternativos, y, a su vez, postular herramientas diferentes para alcanzar mundos mejores. Todavía desconocemos qué nuevos relatos pueden brotar, qué alternativas han de surgir, pero en tiempos de futuros cancelados conviene grabarse a fuego la pregunta retórica lanzada por Immanuel Wallerstein años atrás: «¿Alguien en la Europa del siglo XV pudo haber predicho qué tipo de alternativa inventaría un estrato feudal en desintegración para salvarse a sí mismo?».³⁰ Y es que, como demostró Jamie Martin en *The Meddlers: Sovereignty, Empire and the Birth of Global Economic Governance*, una crónica histórica de instituciones como el FMI o el Banco Mundial, la arquitectura financiera de nuestro mundo no es fruto de un gran plan, meticuloso y omniabarcante, sino que fue, sobre todo, la suma de respuestas espontáneas e imaginativas a problemas inéditos. Por extraño que

pueda resultar, asumir el origen contingente de las estructuras que articulan nuestro mundo es motivo de esperanza.

Asimismo, para cumplir con los objetivos del presente texto es necesario aprender de nuestros adversarios, pues han sido ellos los que con más diligencia y éxito han comprendido la importancia de la imaginación y aplicado las lecciones de Wallerstein en torno a la utopística. Friedrich Hayek ya lo tenía claro en 1949: frente a lo que él mismo acuñó como «falsa arrogancia» —la creencia naif de que la voluntad política o el cálculo racional bastan para transformar el estado de cosas, demasiado habitual entre las izquierdas—, el neoliberalismo debía recuperar la pulsión utópica.

Lo que nos falta es una utopía liberal, un programa que no parezca ni una mera defensa de las cosas como son, ni una especie diluida de Socialismo, sino un verdadero radicalismo liberal que no perdone a las susceptibilidades de los poderosos —incluido los sindicatos—, que no sea muy severamente práctica, y que no se limite a lo que aparece hoy en día como políticamente posible.³¹

Hayek escribió esto en el momento culmen del paradigma keynesiano, en plena construcción de los estados de bienestar de posguerra, en el que las ideas neoliberales se encontraban asediadas, carentes de legitimidad y apoyo. En un contexto muy tentador para el repliegue maximalista o el pragmatismo insulso, Hayek comprendió, en su lugar, la necesidad y urgencia de la labor utopística. Los resultados pronto avalarían su estrategia. Poco más de treinta años después, el «no hay alternativa» de Margaret Thatcher se convirtió en el sentido común de época, y el globalismo neoliberal, que «nació de las cenizas del Imperio de los Habsburgo y culminó en la creación de la Organización Mundial del Comercio»³², en uno de los paradigmas más pujantes de las relaciones internacionales. En un prefacio de *Capitalism and Freedom*, escrito en 1982, Milton Friedman resumía a la perfección el planteamiento estratégico seguido por el economista austriaco y sus acólitos. Según Friedman,

solo una crisis —real o percibida— da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis ocurre, las acciones que se emprenden dependen de las ideas que están en

el ambiente. Pienso que esta es nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, mantener esas alternativas vivas y disponibles hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable.³³

Entonces, ¿cómo podemos trasladar las lecciones del globalismo neoliberal a nuestro presente, hacia una visión emancipadora de la política global? ¿Cómo podemos escapar de la desorientación en la que estamos inmersos? ¿Es posible hacer emerger lo nuevo en un mundo cada vez más incierto y desordenado, en pleno contexto de crisis ecosocial? ¿Qué alianzas son necesarias para democratizar las relaciones internacionales?

Para intentar dar respuesta a algunas de estas cuestiones, y con el objetivo, a su vez, de abrir nuevos interrogantes, este libro congrega a un conjunto de autores críticos de disciplinas y nacionalidades diversas, con un pie en el ámbito académico y otro en el político —en el sentido más amplio de la palabra—, y con diferentes sensibilidades teóricas —desde las teorías del sistema-mundo hasta el constructivismo, pasando por la tradición del marxismo negro o las teorías neogramscianas de las relaciones internacionales—. La forma escogida para llevar a cabo esta ingente tarea es un glosario, un catálogo de palabras con conexiones a veces evidentes, otras subterráneas, sabedores de que la construcción de hegemonía ha de partir de los términos y códigos imperantes —en su mayoría surgidos en el Norte Global y conniventes con las formas de dominación colonial— para construir un lenguaje propio y un horizonte nuevo.

Tales son los objetivos del presente volumen: abrir nuevos horizontes desde conceptos ya explorados, manidos y significados en el campo de la política global, siguiendo la idea de «iteración democrática», propuesta por Seyla Benhabib, referida a la imposibilidad de fijar un significado estable para las palabras, al hecho de que todo uso de un término introduce una diferencia con respecto a sus usos previos. En un sentido similar, como advirtió Julio Cortázar a su alumnado de la Universidad de California Berkeley en plena primavera de 1980:

El lenguaje está ahí y es una gran maravilla y es lo que hace de nosotros seres humanos, pero ¡cuidado!, antes de utilizarlo hay que tener en cuenta la

posibilidad de que nos engañe, es decir, que nosotros estemos convencidos de que estamos pensando por nuestra cuenta y en realidad el lenguaje esté un poco pensando por nosotros, utilizando estereotipos y fórmulas que vienen del fondo del tiempo y pueden estar completamente podridas.

El libro que tienes entre manos, querido lector, se estructura en cuatro bloques principales. El primero explora conceptos clásicos de la disciplina de las relaciones internacionales, como Geopolítica (Pablo Batalla), Internacionalismo (Adom Getachew) o Multipolaridad (Kavita Krishnan), con el objetivo de darles otros sentidos y significados. El segundo bloque recoge nociones básicas de la teoría política para elevarlas al terreno de lo global: los capítulos sobre Estado (Daniela Gabor), Hegemonía (César Rendueles) o Populismo (Luciana Cadahía) avanzan en esa dirección. En el tercer bloque se abordan algunos de los principales desafíos del interregno contemporáneo, con especial hincapié en la crisis climática y su impacto en el orden internacional. Este es el caso, por ejemplo, de los textos de Antropoceno (Xan López) y Petróleo (Quinn Slobodian). Por último, el cuarto bloque se concentra en el ámbito europeo y los límites y posibilidades de un europeísmo crítico de nuevo cuño, a través de los conceptos de Etnorregionalismo (Hans Kundnani), Europa Social (Aurélie Dianara) e Intergubernamentalismo (Nicholas Mulder). Todo ello, además, de la mano de autores como Noura Erakat, Pablo Bustinduy, Lea Ypi y una larga lista de «intelectuales orgánicos» —en el mejor sentido gramsciano—, bajo la asunción de que

para las ideas nuevas necesitamos gente que sepa trabajar con las manos. ¿Quién, si no, desea saber cuáles son las causas de las cosas? Los que solo ven el pan en la mesa no quieren saber cómo se amasa; esa chusma prefiere dar las gracias a Dios que al panadero. Pero los que hacen el pan comprenderán que nada se mueve si no es movido.³⁴

Edward Said sabía trabajar con las manos. Su legado condensa los rasgos que ha de tener una política global que salga del impasse, una que sea tan poscolonial como constructiva. El palestino-estadounidense fue, en ese sentido, uno los

escasísimos intelectuales que ejercieron como dirigentes políticos, figuras con un pie en la teoría y otro en la praxis: perteneció al Consejo Nacional Palestino, se ganó la enemistad de Yasser Arafat —que llegó a prohibir la circulación de sus libros en los Territorios Autónomos— por oponerse a los acuerdos de Oslo, y cofundó Iniciativa Palestina, de corte progresista y laico, frente a la bancarrota ideológica de Fatah y Hamás. Su activismo político y actividad académica estuvieron marcados por tres objetivos: desmontar la visión del mundo parcial, sesgada y violenta de los orientalistas, promover la causa palestina como la causa de la humanidad, y no abandonar las grandes ficciones de cómo ver y transformar el estado de cosas a nivel global —ficciones que, según Said, «están suspendidas, han sido diferidas o se evitan»³⁵—, no dejarnos a merced de narrativas fragmentarias que consideraba «artificios intelectuales sin traslación política».³⁶

Hoy, en pleno interregno, haríamos bien en recordar los propósitos y advertencias de Said, todavía vigentes, más de dos décadas después de su muerte —y cada vez más urgentes y necesarios—. Porque la política internacional es demasiado importante como para dejarla en manos de otros. Porque podemos hacerlo mejor. Porque hemos de huir, siguiendo las lecciones de Wendy Brown, de «una izquierda que se ha apegado más a su imposibilidad que a su potencial fecundidad, una izquierda que se encuentra más a gusto en su hogar y que no vive en la esperanza, sino en su propia marginalidad y fracaso».³⁷ Porque resistir, como nos recordó Amílcar Cabral en plena lucha por la libertad de Guinea-Bissau y Cabo Verde, es «destruir algo para construir otra cosa».³⁸ Porque, tal y como escribió Marx en sus Tesis sobre Feuerbach, «es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad». Porque sí, podemos hacerlo mejor, mucho mejor. Ojalá este glosario contribuya humildemente a esta tarea.

CARLOS CORROCHANO

BLOQUE I

REPENSAR LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CREATIVIDAD

Gabriel Garroum Pla

1

UN ENCUENTRO

Hacía más de seis años que no pisaba Alepo y apenas reconocía esa ciudad. Por aquel entonces, octubre de 2017, la guerra civil en Siria se había convertido en uno de los conflictos armados más destructores de nuestra generación. Yo era doctorando de segundo año y volvía a la ciudad de mi padre para profundizar académicamente en algunas de las cuestiones que interesaban a mi departamento, el de Estudios de la Guerra. Así, visitaba Alepo con la voluntad de un investigador, buscando compilar metódicamente datos objetivos para contrastar mis teorías sobre cómo entender la guerra urbana y así poder avanzar en mi tesis doctoral. Pero también regresaba a Alepo como un sirio más, deseando volver a ver a mi familia, y reencontrarme con lo que quedase de ese barrio y esa casa que tanto echaba de menos.

Nuestra casa se encontraba en Al-Jdeideh, uno de los barrios de la ciudad vieja de Alepo más castigados durante la guerra. Por allí pasaba uno de los frentes que había dividido la ciudad durante más de cinco años en dos mitades: una rebelde y otra gubernamental. Iba preparado para mi trabajo de campo: tenía en mi cabeza todos los mapas de la ciudad durante la guerra, los métodos de compilación de datos que me habían enseñado en la escuela de doctorado y la lista de personas a las que quería entrevistar. No obstante, no iba preparado para encontrarme con la completa destrucción de un espacio íntimo convertido en espacio de guerra internacional.

De esa primera visita a Siria desde 2011 no saqué grandes entrevistas, ni material

para corroborar teorías, ni datos o documentos. Saqué, eso sí, decenas y decenas de fotografías borrosas y temblorosas debido a la reacción somática de mi cuerpo al ver Al-Jdeideh en ruinas, al ver nuestra casa medio destruida. Ahí experimenté los efectos de reconocer que mi posición como investigador no era externa a mi objeto de estudio, sino que se relacionaba de manera tensa con mi propia identidad y la memoria de haber experimentado y transitado ese espacio familiar. Las fotografías que se salvaron de ese primer encuentro en 2017 se convirtieron en parte de una exposición en King's College London sobre la experiencia de investigar más allá del aula. Con ellas, pretendía reflexionar sobre cómo se articula la soberanía en un espacio destruido, sobre la fragmentación del Estado en múltiples actores de seguridad o sobre la enorme disonancia entre los discursos públicos oficiales y la experiencia cotidiana de la guerra.²

Un año después de ese primer encuentro vio la luz un proyecto paralelo al doctorado en forma de documental. Això era casa meva³ fue diseñado como una intervención. Con este documental se buscaba reconfigurar los marcos interpretativos y los discursos presentes en el debate público y los análisis académicos en torno la guerra civil de Siria.

Frente a mapas con zonas de influencia vacías de profundidad, repoblar de historias el espacio en conflicto; frente al análisis de las dinámicas militares de los Estados, explorar la cotidianeidad del día a día; frente a la diferenciación entre investigador, fenómeno de estudio y audiencia, la creación de espacios de conectividad y negociación de nuestro lugar en el mundo.

El documental, planteado casi como ejercicio autoetnográfico, me permitió explorar las dinámicas internacionales de la guerra civil en lugares insospechados (una cocina, una plaza, un hotel), entender cómo los sirios y las sirias experimentan múltiples formas de violencia, e incluso imaginar futuros posibles desde los mismos lugares donde la guerra se entrelazaba con su vida cotidiana. Desde aquel momento, no entiendo el estudio de las relaciones internacionales sin intentar capturar su complejidad sociopolítica. Para ello, la creatividad es un componente fundamental.

LA MIRADA CREATIVA

Las relaciones internacionales, ya sea en su acepción de disciplina académica o de interacciones políticas entre actores internacionales, no están desprovistas de imaginación.⁴ De hecho, concebimos lo internacional como un espacio repleto de estados, actores no estatales, decisores, sistemas de poder, normas, empresas transnacionales, ONG, organizaciones o grupos armados, entre muchos otros elementos.⁵ Además, a este complejo mapa de actores, se le solapan una serie de imaginarios y dinámicas como la anarquía, la cooperación, la amenaza, la racionalidad, los equilibrios regionales, la globalización o el subdesarrollo. Como bien argumenta el constructivismo, la realidad está permanente moldeada por las ideas, creencias y significados que sostienen los propios actores.

Pero a pesar de este amplio repertorio conceptual, el análisis y praxis de la política global sigue severamente constreñido por dos factores principales. En primer lugar, la tendencia hacia la abstracción a través de paradigmas teóricos por la cual la disciplina busca proyectar una imagen estable del mundo, así como establecer un vocabulario y herramientas definidos para tratar con lo internacional. En segundo lugar, y como consecuencia del primer punto, la disciplina de las relaciones internacionales en sus vertientes más convencionales proyecta un espacio internacional vacío de complejidad social que se ubica en un plano superior y diferenciado al de las vidas y experiencias diarias de las personas, negándoles agencia como actores de la política global. Así, la compartimentalización estanca de la disciplina, la abstracción de los imaginarios, herramientas, y conexiones entre fenómenos, y la diferenciación entre la esfera internacional y el mundo sociopolítico aparecen como los parámetros por defecto de las relaciones internacionales.

Las relaciones internacionales convencionales carecen a menudo de la creatividad necesaria para repensar y solventar las limitaciones que acabo de exponer. Pero ¿qué entendemos por creatividad en este contexto? Sin duda, la creatividad es uno de esos conceptos que presentan un amplio abanico de definiciones y sobre la cual no suele haber acuerdo.⁶ Tradicionalmente, la creatividad ha sido asociada a ideas de originalidad e inventiva, al trabajo artístico de la figura del genio o a un hallazgo científico revolucionario. No obstante, es mucho más interesante para nuestro propósito entender la creatividad como un proceso social, colectivo y cotidiano centrado en la imaginación y la producción de lo nuevo. La definición que propongo tiene, por tanto, dos componentes cruciales. Por un lado, la capacidad de imaginar lo nuevo, esto es, la capacidad de explorar y construir posibilidades que no estén moldeadas por las ideas, convenciones e informaciones existentes.⁷ Por otro

lado, la capacidad de producir lo nuevo, entendida como la capacidad de traer y materializar en la realidad que nos rodea algo que no existía previamente y que transforma nuestra manera de interactuar con el mundo.

En este sentido, vale la pena entender la creatividad en las relaciones internacionales como una intervención en lo político. Parafraseando a Michel Foucault, la creatividad, si la entendemos como una forma novedosa de interactuar con el mundo, no está hecha simplemente para la comprensión; está hecha para zanjar. La creatividad-como-intervención busca interceder en ese espacio crucial que se sitúa entre la realidad y la expectativa: lo que puede ser y lo que aún está por venir. Así, la creatividad en relaciones internacionales puede articularse a través de tres reconceptualizaciones acerca de cómo entendemos y nos aproximamos a la política internacional.

En primer lugar, con relación a los niveles de análisis de las dinámicas políticas globales, una perspectiva creativa enfatiza su conexión y multiplicidad. Más allá de la tradicional llamada a la multidisciplinariedad por parte de las perspectivas críticas, el análisis creativo busca establecer conexiones e interacciones incluso entre elementos, espacios o fenómenos que puedan parecer distantes o inconexos. Ya sea a través de conceptualizar lo internacional como un «ensamblaje»⁸ o de desacralizar la percepción de lo internacional como un espacio político situado por encima de nuestras vidas diarias, la clave consiste en reseguir y trazar nuestras preguntas más allá de los límites disciplinares, conectando las relaciones internacionales con espacios habitados, donde la gente trabaja, lee, escribe, lucha y se adapta a los fenómenos internacionales que reverberan a su alrededor.⁹

En este sentido, las aproximaciones creativas a las relaciones internacionales van más allá de los objetos de estudio y preguntas clásicas de la política internacional. A veces, esto no significa dejar de interesarnos por las grandes cuestiones de nuestra disciplina (la guerra, la cooperación transnacional, la diplomacia o la política exterior de los estados), sino hacerlo a través de nuevas preguntas. Otras veces, es necesario explorar la política de lo internacional en sitios y objetos de estudio menos reconocibles u obvios. En cierto modo, como apunta Roland Bleiker, se trata de mantener altos niveles de sensibilidad abierta sobre lo político.¹⁰

Finalmente, el análisis creativo es sumamente ecléctico en cuanto a métodos, formatos y fuentes de datos se refiere. Especialmente destacable es la

emergencia del llamado «giro estético» en relaciones internacionales, el cual busca politizar el espacio existente entre las representaciones del mundo que consumimos y la complejidad social de la realidad. En paralelo, el creciente estudio del rol de las emociones y los afectos en relaciones internacionales ha contribuido a problematizar la división entre racionalidad e irracionalidad y reconocer que emociones como la rabia, la ira, la esperanza o el amor son constitutivas de la política.

Como argumentaba Jacques Rancière, las imágenes son eminentemente políticas porque moldean la distribución de lo sensible,¹¹ es decir, las condiciones de lo posible a nivel de prácticas políticas, afectos, emociones o imaginarios colectivos. Así, una aproximación estética busca explorar géneros artísticos (novelas, música, poesía, fotografía, arte visual o cine) y dar validez a un amplio registro de percepciones y sensaciones humanas sobre lo internacional, en un esfuerzo por problematizar las fronteras entre lo que se puede ver, sentir o pensar y lo que no y, por lo tanto, lo que es políticamente posible.¹²

ABRIR ESPACIOS PARA LO POSIBLE

Cultivar la mirada creativa nos permite identificar actos creativos y entender sus efectos sociopolíticos allí donde tengan lugar. Argumentaba el sociólogo e historiador francés Michel de Certeau que la opresión nunca es total, que siempre aparece la creatividad dispersa, táctica o improvisada de aquellos que se ven sometidos.¹³ Sin duda, la creatividad forma parte del repertorio de un amplio abanico de movimientos sociales, grupos políticos, organizaciones o gente corriente que buscan resistir o interrumpir las estructuras sociales que sostienen las opresiones. En contextos tan diferentes como Palestina, Siria, Hong Kong, la frontera entre Estados Unidos y México o Irlanda del Norte, la creatividad y las estrategias de resistencia van de la mano: canciones, murales, bailes, películas, tecnologías, reapropiaciones o performances emergen como canales para articular una política diferente.¹⁴

Nuestro rol como académicos o profesionales en cuestiones de política internacional es dar respuestas conceptuales y prácticas a los grandes retos globales a los cuales nos enfrentamos. Como he argumentado antes, la

creatividad es clave para poder diseñar estas respuestas de una manera más compleja, interconectada y atenta a la pluralidad. Pero también es clave a la hora de intervenir en los contextos que requieren de soluciones imaginativas, de conocimiento fundamentado en las experiencias locales o de estrategias para debilitar relaciones de dominación. Es aquí, en el imperativo de conectar la teoría con la práctica y la práctica con la comunidad, donde la creatividad en las relaciones internacionales aparece con más fuerza. Propongo tres espacios donde explorar el potencial de las intervenciones creativas.

Tomemos primero el fenómeno de la guerra. Existe una relación profunda entre las prácticas de la guerra contemporánea, la política internacional y la estética. Como argumenta Vivienne Jabri, la estetización de imágenes de sufrimiento y destrucción, la proliferación de tecnologías de vigilancia y el uso indiscriminado del poder armado buscan conmocionar y gobernar la mirada política, moldeando lo que somos capaces de ver, cómo lo vemos y qué somos capaces de tolerar.¹⁵ Paradoxalmente, la intersección crítica de las relaciones internacionales con varias formas de arte puede justamente contrarrestar dicha estetización de la violencia. Fijémonos por ejemplo en el trabajo de la palestina Mona Hatoum, cuyo objetivo es perturbar al espectador a través de instalaciones que no buscan representar la realidad del exiliado, el precario o el oprimido, sino que producen performativamente todos los matices de las relaciones de poder y contradicciones inscritas en esos mundos. De hecho, para Edward Said, «nadie ha expresado la experiencia palestina en términos visuales de manera tan austera y, al mismo tiempo, tan alegre, tan convincente y al mismo tiempo tan evocativa».¹⁶

Un segundo campo donde la creatividad juega un papel crucial en los asuntos internacionales es en la gestión de conflictos y la construcción de paz. El punto de partida para la construcción de espacios posconflicto es simple: aquellos afectados por la violencia deben ser los encargados de nombrar, definir y materializar una política no-violenta. Si en el punto anterior la creatividad nos ayuda a revelar, aquí permite articular lo que cuesta expresar en palabras. La construcción de paz en la Colombia posterior a 2016 es un buen ejemplo de cómo un gran abanico de programas creativos basados en el arte, el teatro, la narrativa oral, la fotografía o el textil permiten a excombatientes y víctimas renarrar sus vidas e identidades, empatizar con el dolor de los demás y facilitar el camino a la reconciliación.¹⁷

Finalmente, cabe destacar el papel de la creatividad en la diplomacia y la política

exterior. Como argumentaba al principio de este texto, las prácticas tradicionales de las relaciones internacionales no son antitéticas a la creatividad. De hecho, solo hace falta recordar el ingenio de la diplomacia del ping-pong durante la Guerra Fría, o cualquiera de las múltiples iniciativas de diplomacia cultural hoy en día fuertemente arraigadas en la acción exterior de los países europeos. Más allá de las llamadas a implementar métodos del mundo empresarial como el design thinking en la política internacional,¹⁸ la imaginación en la diplomacia es una necesidad para afrontar los numerosos retos globales actuales, desde la emergencia climática a la proliferación nuclear pasando por los conflictos armados de difícil resolución.

Un buen ejemplo es la operación multilateral de Naciones Unidas para solventar la delicada situación del FSO Safer, un superpetrolero en decadencia abandonado frente a la costa de Yemen y en riesgo severo de sufrir un derrame masivo de petróleo. Los negociadores de la ONU encontraron una solución — enviar otro petrolero al cual transferir la carga del FSO Safer—, pero el bloqueo entre los actores en conflicto y las dificultades para financiar el envío retrasaban peligrosamente la operación. En mayo de 2022, la ONU puso en marcha una campaña de recaudación de fondos por parte de los estados miembros, pero tampoco obtuvo la movilización urgente necesaria. Finalmente, en junio de ese mismo año, David Gressly, el coordinador residente de la ONU en Yemen dio con la tecla por sorpresa: poner en marcha una campaña de microfinanciación abierta al público general, la cual ha permitido contribuir de manera decisiva a la recaudación de un total de 121 millones de dólares y financiar definitivamente el envío de un petrolero en junio de 2023.¹⁹

CREATIVIDAD PARA UNA POLÍTICA DIFERENTE

Empecé este capítulo con una breve viñeta autoetnográfica. Con ella he intentado mostrar el papel capital de la creatividad en mi aproximación a las relaciones internacionales, y más concretamente al fenómeno de la guerra. Sin duda, algunos de los métodos estéticos comentados a lo largo de estas páginas, como por ejemplo la fotografía o el documental, me han sido de gran ayuda para poder analizar de manera más compleja y granular el papel de la violencia en Siria. Pero también la búsqueda de la creatividad y una orientación sensible

hacia lo político me ha permitido ser más reflexivo sobre mi propia posicionalidad, algo indispensable para no olvidar que los académicos y profesionales de las relaciones internacionales no somos externos a las realidades y contextos que nos ocupan.

La creatividad, en su doble vertiente conceptual y práctica, es más necesaria que nunca ante un escenario internacional marcado por el neoliberalismo y un creciente retroceso en derechos y libertades, especialmente para aquellos en los márgenes. Si bien una actitud crítica hacia lo internacional encuentra en los métodos estéticos un buen compañero de viaje, también debe potenciar la creatividad como catalizador en los campos de la diplomacia, el policy-making y la resolución de conflictos, entre muchos otros ámbitos. Como he argumentado a lo largo del capítulo, es esencial entender la creatividad como intervención dirigida a transformar la realidad que nos rodea a través de maneras imaginativas, con asociaciones inesperadas, incluso en lugares insospechados.

Debemos, por tanto, cultivar y expandir el ecosistema creativo y sus múltiples contribuciones dentro de las relaciones internacionales críticas. Ante los tiempos turbulentos que vivimos, las intervenciones creativas nos ayudan a avanzar en lo que Antonio Gramsci llamaba el optimismo de la voluntad: la posibilidad vital de construir un horizonte de esperanza política a pesar de ser bien conscientes de las dificultades existentes.

GEOPOLÍTICA

Pablo Batalla

Poco después de la Revolución soviética, los bolcheviques triunfantes rasparon, para resignificarlo, un obelisco zarista, homenaje a los Románov en el tercer centenario de la dinastía, que se erguía en la entrada norte de los Jardines de Alejandro de Moscú desde 1914. Con arreglo al decreto SNK de 12 de abril de 1918 «sobre la eliminación de monumentos erigidos en honor de los reyes y de sus siervos, y el desarrollo de proyectos de monumentos de la Revolución Socialista de Rusia», el águila bicéfala y otros emblemas del zar fueron eliminados; y un san Jorge sustituido por el acrónimo RSFSR: República Socialista Federativa de Rusia. En la parte inferior del pedestal se grabó el lema «trabajadores del mundo, ¡uníos!». Y los nombres de los zares fueron reemplazados por una nueva lista de diecinueve otros: Marx, Engels, Liebknecht, Lasalle, Bebel, Campanella, Meslier, Winstanley, Tomás Moro, Saint-Simon, Vaillant, Fourier, Jaurès, Proudhon, Bakunin, Chernishevski, Lavrov, Mijailovski y Plejánov. Franceses, ingleses, alemanes, italianos... y rusos también, pero sin conformar la mayoría de la lista. Los primeros bolcheviques renegaban de la lógica nacional que sí recuperará Stalin: se sentían, en cambio, redentores de un santoral emancipatorio en el que cabían el alemán Liebknecht o el napolitano Campanella —autor, en el siglo XVI, del tratado utópico *La ciudad del sol*—; el anarquista Bakunin, el socialista pacifista Jaurès, el reformador protestante Winstanley o el populista liberal Mijailovski. Quería ser aquel un «monumento a los destacados pensadores y luchadores por la emancipación de la clase trabajadora».1

Susan Buck-Morss razona en el primer capítulo de *Mundo soñado y catástrofe*: el fin de la utopía de masas en el Este y el Oeste que la edad contemporánea entronizó dos modelos adversarios de la soberanía de masas que había sido reivindicación y conquista de las revoluciones fundantes de la era. Por un lado, aquel en el que creará la tradición liberal y nacionalista: un imaginario de

Estados nación, mutuamente exclusivos y potencialmente hostiles. Por otro, el imaginario de clases antagonistas que esgrimirá el movimiento obrero. Más tarde reflexiona la autora que «la diferencia más sorprendente entre estas dos visiones políticas modernas es la dimensión que domina sus panoramas visuales, determinando la naturaleza y situación del enemigo y el terreno sobre el cual se hace la guerra. Para las naciones-Estados, esa dimensión es el espacio; para la guerra de clases, la dimensión es el tiempo».2

Espacio y tiempo, tiempo y espacio. La lucha de clases combate por el tiempo; se imagina a sí misma conquistándole parcelas al porvenir. Para los militantes de la edad heroica del movimiento obrero, aquellos lugares en que se hacía una revolución pasaban a ser, no meramente el ejemplo admirable de una organización social más justa, sino ventanas abiertas al futuro. El sindicalista y filósofo mexicano Vicente Lombardo Toledano titula *Un viaje al mundo del porvenir* la recopilación, publicada en 1935, de seis conferencias sobre la URSS, tras una visita al país. La Unión Soviética —escribe— «representa hoy el único manantial de la cultura verdaderamente universal del porvenir». Es —elogia— «tan hermoso ver cómo el socialismo cuaja en realidades, que me hallo absorto, conmovido y dispuesto a redoblar mi trabajo a favor de la revolución proletaria, con más ardor que nunca, con nueva fe, con el estímulo que dan los sueños o las esperanzas que se cumplen. Estoy en el mundo del porvenir».3

De esa guerra de clases amiga del proletario de las antípodas, enemiga del burgués conciudadano, el frente está en todas partes y en ninguna; atraviesa cada ciudad y cada casa.4 «Una revolución nacional no es un todo autocontenido; es solo un eslabón en la cadena internacional», afirma Trotski.5 Cuando se triunfa, la victoria es de todos los parias y libertadores de la Tierra; de los presentes y los pasados; de todo un terráqueo linaje del que forma parte, por ejemplo, la Dolores Ibárruri a la que se levanta una estatua en Glasgow; o en nuestros días, el «no pasarán» convertido en lema universal, que se grita en español, en 2022, en el último programa de un canal de televisión ruso clausurado por Vladímir Putin.6 El revolucionario triunfante en cualquier lugar del mundo se acuerda de Pasionaria y de Espartaco, caudillo romano de la emancipación de los esclavos, cuyo nombre fue emblema del movimiento comunista mundial, que se lo otorgaba al club de fútbol más importante de Moscú, a las Espartaquiadas —réplica soviética de los Juegos Olímpicos— o a los espartaquistas alemanes, siguiendo la estela de la admiración de Karl Marx.7 La compartían los filocomunistas estadounidenses Dalton Trumbo —perseguido por el macarthismo— y Howard Fast, autor, el segundo, de una novela histórica que el

primero convertiría en guion de cine; el de la célebre película dirigida por Stanley Kubrick y protagonizada por Kirk Douglas.

Frente a esta concepción, el imaginario adverso, liberal y nacionalista —cuya expresión límite será el fascismo—, asienta en la llamada geopolítica, palabra tan pronunciada en nuestros días, su manera de comprender el devenir de la realidad. Estados, imperios, combatientes. Combatientes con otros Estados, con otros imperios a los que arrancan, que les arrancan a ellos, parcelas literales, no de tiempo, sino de espacio. En este imaginario, la complejidad interna de los Estados nación queda refundida y embalsamada en la pretendida objetividad del «interés nacional». Se es amigo del plutócrata compatriota; se abre en canal a bayonetazos al albañil extranjero que se abalanza sobre nosotros desde la trinchera de enfrente de la guerra patriótica. El frente, aquí, es una línea clara, y es la frontera. La del país, la del imperio, la del espacio de influencia. «Dentro del sistema territorial de Estados nación —escribe Buck-Morss— todas las ideas políticas son geopolíticas. El enemigo se sitúa dentro de un paradigma geográfico. La línea divisoria entre amigo y enemigo es la frontera nacional y transgredir esa frontera supone el casus belli. La finalización de la guerra provoca una redistribución de la soberanía nacional».8

Se deduce con facilidad algo que Buck-Morss explicita en su libro, y de lo cual nuestros días son pródigos en pruebas: la geopolítica, la mirada del mundo basada en ella, favorece al statu quo. Para quienes leen la actualidad a través de este prisma, la revolución, cualquier revolución, emerge «como algo destabilizante y anómalo, que ha de evitarse a toda costa».9 Si se produce a pesar de todo, es atacada como falaz; pergeñada, instigada, por el enemigo espacial, que con sus quintacolumnas siembra la discordia entre los nuestros, a fin de debilitarnos. Solo la colisión entre Estados, su brega de carneros, es verdadera. Cada cual tiene su interés, y todos son legítimos. En nuestros días, vemos cuestiones como los derechos de las mujeres o la liberación homosexual llegar a ser vistas, por adeptos a esta visión, como ni buenas, ni malas, sino un «parámetro occidental» al que los Estados no occidentales no tienen por qué acogerse. «Es su geopolítica, y hay que respetarla», viene a decirse. La geopolítica es un relativismo cultural.

En nuestros días, esta visión prospera en algunos sectores de la izquierda desde los cuales se legitima en mayor o menor grado la invasión rusa de Ucrania, excusada como respuesta a provocaciones de la OTAN. En los casos en los que un resto de pudor obliga a marcar distancias con el modelo reaccionario de

Vladimir Putin —aunque se han llegado a ver banderas con los colores de la cinta de San Jorge y otros emblemas zaristas en algunas manifestaciones de la izquierda más extremosa—, se sentencia que, de todas maneras, el presidente ruso, por deleznable que sea su Gobierno, tiene derecho a expulsar a sus enemigos de su espacio de influencia. Esta mentalidad de Risk recela asimismo de acontecimientos como la última revuelta feminista en Irán, denostada, en el límite más grosero, como una revolución de colores, orquestada por la CIA contra un rival geopolítico. La mirada geopolítica es con frecuencia incoherente con sus propias denuncias del eurocentrismo u occidentecentrismo de pretender que la Ilustración constituya una causa de alcance universal; denuncias que se compadecen mal con esta incapacidad de imaginarse una revolución en el Irán de los ayatolás de otro modo que espoléada por agentes occidentales. Igual que quienes, a la vista de la imponente de las pirámides de Guiza o de las mayas, prefieren fabular disparatadas teorías sobre arquitectos extraterrestres antes que aceptar que hubo civilizaciones sofisticadas en África o América antes de que las hubiera en Europa, estos occidentalistas inversos son incapaces de aceptar la autonomía revolucionaria de los pueblos no occidentales; y si se la imaginan, la vilipendian como un acto de infantilismo; de irresponsabilidad pueril. Lo es que una parte del pueblo iraní tome la decisión de alzarse contra los ayatolás; lo es que la mayoría de los ucranianos decidan no entregarse mansamente al invasor que reduce a cenizas sus ciudades. Pero también pueden mirarse con antipatía movilizaciones protestatarias estadounidenses como la antirracista Black Lives Matter, a pesar de la utilidad que pudiera vérselos como elementos de desestabilización de la potencia rival. Los apóstoles de la geopolítica rechazan la desestabilización (el conflicto civil que para el luchador de clase no es una tragedia, sino un anhelo, siendo la tragedia la guerra internacional que la geopolítica ensalza) también para el enemigo, pues se tiene en cuenta que, al tratarse de una movilización animada por anhelos universalistas, bien puede acabar contagiando al campo propio. Como señala Valerii Podoroga y cita Buck-Morss, «mientras el enemigo permanezca en su lugar, mientras mantenga la posición que se le ha adjudicado dentro del imaginario político, siempre que, en resumen, el enemigo se comporte como tal, no es una amenaza en un sentido absoluto».10 Como los confederados de la guerra de Secesión, los adeptos a la mirada geopolítica creen, no en el derecho del individuo, ni en el de la clase, sino en el del Estado, al amparo de cuya sacrosanta soberanía quedan legitimados el despotismo o la esclavitud. La geopolítica es, sí, su relativismo cultural; los vivos a la multipolaridad, su celebración de la diversidad. Sea el mundo multipolar, represente lo que represente cada polo, y será bueno; lapídese a los homosexuales en uno de los polos, reconózcanselos derechos en el otro, y

de alguna manera ajena al sentido común, ese equilibrio entre la luz y la oscuridad será mejor que la demanda universal, global, de la luz.

Por supuesto, en toda guerra internacional, geopolítica, hay un componente de lucha de clases: los soldados nacionales exigen compensaciones a su sacrificio, tales como el sufragio femenino o el sistema nacional de salud. Y a la inversa, la guerra de clases puede tener vetas geopolíticas: he ahí al Lenin que — revolucionario de una revolución de color: rojo, para más señas— arriba a Rusia en un tren alemán; que acepta servir al interés geopolítico del Reich de desestabilizar al enemigo ruso; que con el Tratado de Brest-Litovsk dice: «cedo espacio... para ganar tiempo».11 Ocurre asimismo que conflictos cuyo estallido despliega retóricas contundentes de emancipación universalista se vuelvan geopolíticos de golpe, en cuanto sus promotores se topan con consecuencias indeseadas de la literalidad de tales discursos. Ningún ejemplo más esclarecedor de esto que la revolución de Haití, prodigiosa insurrección que conquistará en 1804 la segunda independencia de las Américas, y estalla cuando los habitantes de la mitad francesa de la isla de La Española deciden tomarse al pie de la letra las proclamas de libertad e igualdad de todos los hombres de la revolución primera que ha estallado en la metrópoli. La gran rebelión negra sacude, no solo Haití, sino todo el Caribe, para suma inquietud de las autoridades españolas, británicas u holandesas, nerviosas a la vista de los ilusionados esclavos que, en Jamaica o Curazao, ponen a sus hijos el nombre de pila del caudillo haitiano Toussaint Louverture.12

Julius S. Scott inicia su libro *Viento común: corrientes afroamericanas en la era de la revolución haitiana* con una escena que expresa este proceso con los trazos más simples, y en la que merece la pena adentrarse.13 En el revolucionario año de 1792, en el puerto de La Rochelle, se reúne una cohorte de voluntarios que han de partir para Santo Domingo a sofocar, en nombre de la Asamblea Nacional, la gran rebelión de esclavos que ha estallado en la isla. El general La Salle, que ha de partir con ellos, se encarga primeramente de inspeccionar a las tropas, fijándose con atención especial en las consignas grabadas en banderas y boinas, después de una escrupulosa deliberación democrática: se trata, en general, de animaciones al ardor guerrero y mensajes de orden. La bandera de uno de los batallones dice por ejemplo «Virtud en la acción» y «Permanezco vigilante por mi país». La Salle va aprobándolas todas hasta que se fija en una que le parece inadecuada, elegida por el batallón Loira. Dice: «Vivir libre o morir». El general no puede imponer sin más sus opiniones a una tropa en la que arde el ideal democrático; debe persuadirlas. Y lo que hace es explicarles los

peligros que entrañan esas palabras, y concretamente el adjetivo «libre», en una isla «donde toda propiedad tiene como base la esclavización de los negros, quienes, de adoptar también esa consigna, se sentirían impelidos a masacrar a sus amos y al ejército que por mar lleva la paz y la ley a la colonia». Es muy encomiable, lisonjea La Salle, el compromiso de la soldadesca con el ideal libertario, mas conviene encontrar otra manera de expresarlo, menos incitadora. Aunque a regañadientes, los soldados acceden; y, tras deliberar, resuelven coser en la bandera unos retazos de tela que tapen el explosivo lema, reemplazado ahora por otros dos: «La Nación, la Ley, el Rey» y «La Constitución Francesa». Al fin y al cabo la Constitución —piensan quizás— es un pack del que forma parte la libertad, que sigue de ese modo presente en el estandarte, aunque relegada de rango. Algunos de los soldados, cuyas gorras también dicen «vivir libre o morir», prometen, asimismo, eliminar la consigna. La Salle sigue, sin embargo, preocupado, y cuenta Scott que «para mayor consternación de las tropas», a la llegada al Caribe decide imponer un cambio más: no sembrarán a su llegada un árbol de la Libertad, ritual que se ha vuelto preceptivo en la revolucionaria metrópoli; es también peligroso. Plantarán, en cambio, un árbol de otra cosa: de la Paz. Y también llevará la inscripción «la Nación, la Ley, el Rey».

Lo que en Francia era y seguía siendo una revolución, en Haití se presentaba como contrarrevolución; y no es que no fuera las dos cosas. Lo real es siempre marañoso; los tipos ideales son útiles, pero conviene no creer en su literalidad. Tampoco en una distinción tajante entre la mirada universalista y la geopolítica. Hay en todo caso predominancias; miradas en cuya paleta prima un color o el otro. Si de miradas hablamos, la geopolítica también se presenta como la mirada torva de quien está de vuelta de la creencia en revoluciones, por más que su discurso objetivamente conservador pueda recubrirse —a modo de mecanismo de compensación— de folclore revolucionario. Insurgentes de una insurrección metafísica, súbditos de un reino de otro mundo, disienten una por una de cada transformación revolucionaria realmente existente y se mofan de quienes, hoy, conservan el espíritu del obelisco moscovita con cuyo recuerdo iniciábamos este artículo; del ingenuo optimismo de quienes siguen pensando que la historia es una batalla entre progreso y reacción y que decirlo así es llamar pan al pan y vino al vino. No hay —transmiten—, no ya revolución auténtica, sino revolución posible; la condición humana es inevitablemente sucia; solo el crudo maquiavelismo del Risk de los imperios es realista. De sendas películas que Susan Buck-Morss compara en su libro, la que expresa su visión no es el Octubre de Eisenstein, con su reproducción al revés del derribo de una estatua

del zar Alejandro III —que de tal modo regresa desde el suelo a su pedestal— para burlarse de la pretensión reaccionaria de regresar al pasado, sino la Intolerancia de Griffith, con su amarga visión cíclica de la historia: no hay progreso, sino un eterno retorno de la barbarie bajo formas siempre novedosas; espirales palingenésicas de muerte y resurrección.¹⁴

La mirada universalista clasifica los acontecimientos del mundo en el espectro que va de la libertad a la opresión. Los ejes coordinadores de la mirada geopolítica son en cambio la guerra y la paz; esa paz belicosamente proclamada en Santo Domingo por el batallón del general La Salle. El activista panafricano estadounidense Kwame Ture era bien consciente de dicha trampa, y en cierta ocasión pronunció una observación que hoy sigue leyéndose como lema de pancartas de manifestaciones en pos de cuestiones como la independencia palestina: «Peace is whiteman's word; liberation is ours».¹⁵ El hombre blanco dice «paz»; nosotros, «liberación». El universalista creerá siempre que hay paces injustas y liberaciones más o menos violentas, pero justas. «¡Paz a las chozas, guerra a los palacios!», gritaban los insurrectos del Premarzo alemán, pronunciando al revés la sentencia que dice que la guerra es una masacre de gentes que no se conocen para provecho de gentes que sí se conocen, pero no se masacran.

Después del siglo XX, es comprensible que cueste trabajo creer en utopías liberatrices; y a la vista de la policrisis del XXI es imposible hacerlo en el progreso lineal. La Rusia poscomunista demostró de muchas maneras, contra Eisenstein, que sí se puede dar marcha atrás a la película de la historia: he ahí, por ejemplo, la reconstrucción piedra a piedra de la catedral moscovita del Cristo Salvador, acometida en los noventa. Pero el espíritu del obelisco moscovita no tiene por qué morir del todo: puede pervivir, como mínimo, en las luchas por conservar lo que la edad contemporánea sí trajo de bueno a los seres humanos. El progreso no es lineal, no es inexorable, nunca carecerá de reversos oscuros, contendrá siempre paradojas, equívocos, pero eso no quiere decir que no exista en absoluto. Se puede progresar; se puede vivir mejor que los antepasados. También se puede vivir —ahí está el aprendizaje necesario— mejor que los descendientes: no hay revolución que sea definitiva. Pero no puede renunciarse por completo al sueño del progreso; un sueño que solo puede perseguirse globalmente. Con los ucranianos que combaten a Putin; con los rusos que, en Rusia, combaten a Putin; con los ucranianos que, en Ucrania, combaten a la vez, porque no es incompatible, a Putin y a sus propias élites e ignominias; con Black Lives Matter; con Espartaco, Bakunin, Lenin y Voltaire. O con el Marx que, en

la guerra de Sucesión, no se identificó con los confederados, sino que se escribía cartas con Lincoln, «hijo honrado de la clase obrera» al que «le ha tocado la misión de llevar a su país a través de los combates sin precedente por la liberación de una raza esclavizada y la transformación del régimen social», y le decía: «Desde el comienzo de la titánica batalla en América, los obreros de Europa han sentido instintivamente que los destinos de su clase estaban ligados a la bandera estrellada. ¿Acaso la lucha por los territorios que dio comienzo a esta dura epopeya no debía decidir si el suelo virgen de los infinitos espacios sería ofrecido al trabajo del colono o deshonrado por el paso del capataz de esclavos?».16

IMPERIALISMO

1

Volodymyr Ishchenko

EL CONFLICTO DE CLASES QUE EXPLICA LA GUERRA EN UCRANIA

Desde que las fuerzas rusas invadieron Ucrania este año, los analistas de todo el espectro político luchan para identificar exactamente qué —o quién— nos llevó hasta este punto. Se barajan frases del tipo «Rusia», «Ucrania», «Occidente» o «el Sur Global», como si fueran actores políticos unificados. Incluso en la izquierda, las declaraciones de Vladímir Putin, Volodímir Zelenski, Joe Biden y otros líderes mundiales, que hablan sobre los «problemas de seguridad», la «autodeterminación», la «alternativa civilizatoria», la «soberanía», el «imperialismo», o el «antiimperialismo», suelen ser interpretadas al pie de la letra, como si representaran intereses nacionales coherentes.

Específicamente, el debate sobre los intereses de Rusia —o, más precisamente, sobre los de la camarilla que la gobierna— que precipitaron la guerra tiende a polarizarse entre dos extremos cuestionables. Muchos toman las palabras de Putin en términos literales, y ni siquiera se preguntan si la obsesión del mandatario con la expansión de la OTAN, o su insistencia en la idea de que los ucranianos y los rusos constituyen «un pueblo», representan los intereses nacionales de Rusia o son compartidos por toda la sociedad rusa. Por otro lado, muchos desestiman sus afirmaciones como si fueran mentiras descaradas y mensajes estratégicos que carecen de toda relación con sus objetivos «reales» en Ucrania.

En otros términos, ambas posiciones sirven para mistificar las motivaciones del Kremlin en vez de aclararlas. Las discusiones contemporáneas sobre la ideología

rusa suelen dejarnos la sensación de un retorno a las épocas de la ideología alemana, obra que Karl Marx y Friedrich Engels planearon publicar hace casi 175 años. Hay quienes piensan que la ideología dominante en la sociedad rusa es una representación verdadera de su orden social y político. Otros creen que el mero anuncio de que el rey está desnudo bastará para intervenir en la libre flotación de la burbuja ideológica.

Desafortunadamente, el mundo real es más complejo. La clave para entender «qué es lo que Putin quiere realmente» no pasa por seleccionar las frases oscuras de sus discursos y artículos que mejor encajen con las inclinaciones y los prejuicios de los analistas, sino por realizar un análisis sistemático de los intereses materiales estructuralmente determinados, la organización política y la legitimación ideológica de la clase social que él representa.

A continuación intentaré identificar algunos elementos básicos que contribuyan a este análisis del contexto ruso. Esto no implica que un análisis similar de los intereses que tienen las clases dominantes de Occidente o de Ucrania en este conflicto sea irrelevante o inapropiado, pero decido centrarme en Rusia, en parte porque es la cuestión más polémica hoy, y en parte porque la clase dominante rusa es la principal responsable de la guerra. Comprender sus intereses materiales nos permitirá ir más allá de las explicaciones endebles que toman al pie de la letra las declaraciones de los gobernantes y avanzar hacia un cuadro más coherente que muestre el arraigo de esta guerra en el vacío económico y político que abrió el colapso soviético en 1991.

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Durante la crisis actual, casi todos los marxistas retomaron el concepto de imperialismo para teorizar los intereses del Kremlin. Por supuesto, es importante que abordemos cualquier rompecabezas analítico con todas las herramientas disponibles. Con todo, es igualmente importante que utilicemos estas herramientas de manera adecuada.

El problema es que el concepto de imperialismo permaneció prácticamente inalterado en su aplicación a la situación postsoviética. Ni Vladímir Lenin ni ningún otro teórico marxista clásico habrían imaginado la situación

fundamentalmente nueva que produjo el colapso del socialismo soviético. Su generación analizó el imperialismo de la expansión capitalista y de la modernización. La condición postsoviética, en cambio, es una crisis permanente de contracción, desmodernización y periferialización.

Esto no implica que el análisis del imperialismo ruso actual no tenga sentido, pero tenemos bastante tarea conceptual si queremos que sea fructífero. El debate sobre si la Rusia contemporánea es un país imperialista según las definiciones de los manuales del siglo XX solo tiene valor escolástico. En este caso, «imperialismo» deja de ser un concepto explicativo y se convierte en una etiqueta ahistórica y tautológica: «Rusia es imperialista porque atacó a un vecino más débil»; «Rusia atacó a un vecino más débil porque es imperialista», etc.

Ante el fracaso a la hora de identificar el expansionismo del capital financiero ruso (considerando el impacto de las sanciones en una economía que está bastante globalizada y los activos occidentales de sus «oligarcas»), la conquista de nuevos mercados (en Ucrania, que no logró atraer casi ninguna otra inversión directa, o FDI, además del dinero offshore de sus propios oligarcas), el control de los recursos estratégicos (si Rusia quisiera absorber todos los depósitos minerales de los suelos de Ucrania debería expandir su industria o considerar la posibilidad de venderlos en las economías más avanzadas, posibilidad que, sorpresa, está gravemente restringida a causa de las sanciones occidentales), o cualquier otra causa típicamente imperialista detrás de la invasión rusa, algunos analistas sugieren que la guerra podría obedecer a la racionalidad autónoma de un imperialismo «político» o «cultural». Nuestra tarea es precisamente explicar cómo las razones ideológicas y políticas de la invasión reflejan los intereses de la clase dominante. De otra manera, terminaremos inevitablemente en teorías del poder por el poder o del fanatismo ideológico. Además, esto significaría que la clase dominante rusa cayó presa de un maniático sediento de poder y chovinista nacional obsesionado con la «misión histórica» de recuperar la grandeza de Rusia, o que sufre de una forma extrema de falsa conciencia y que comparte las ideas de Putin sobre la amenaza de la OTAN y su negación de la autonomía de Ucrania, que conducen a políticas objetivamente contrarias a sus intereses.

Creo que esto es un error. Putin no es un maniático sediento de poder, ni un fanático ideológico (este tipo de política siempre fue marginal en todo el espacio postsoviético), ni un loco. Con la guerra en Ucrania, protege los intereses colectivos racionales de la clase dominante rusa. No es infrecuente que los intereses colectivos de una clase estén solo parcialmente superpuestos con los

intereses de los representantes individuales de esta misma clase, o incluso que los contradigan. Pero ¿qué tipo de clase es la que domina Rusia hoy y cuáles son sus intereses colectivos?

CAPITALISMO POLÍTICO EN RUSIA Y MÁS ALLÁ

Cuando preguntamos qué clase gobierna Rusia, la mayoría de las personas de izquierda tiende a contestar más instintivamente: los capitalistas. El ciudadano promedio del espacio postsoviético probablemente los llamaría ladrones, delincuentes o mafiosos. Una respuesta ligeramente más culta sería «oligarcas». Es fácil desestimar todas estas respuestas como si fueran la falsa conciencia de aquellos que no analizan a sus gobernantes en términos «propiamente» marxistas. Sin embargo, una vía de análisis más productiva sería pensar por qué los ciudadanos postsoviéticos enfatizan el robo y la ceñida interdependencia entre los negocios privados y el Estado que implica el término «oligarca».

Como en el caso de la discusión sobre el imperialismo moderno, tenemos que considerar seriamente la especificidad de la condición postsoviética. Históricamente, la «acumulación originaria» en la sociedad rusa tuvo lugar en el proceso de desintegración centrífuga del Estado soviético y de la economía. El teórico político Steven Solnick bautizó dicho proceso como el «robo del Estado». Los miembros de la nueva clase dominante privatizaron la propiedad estatal (con frecuencia a cambio de centavos de dólar) o canalizaron las ganancias de instituciones formalmente públicas hacia manos privadas. Aprovecharon relaciones informales con las autoridades estatales y muchas veces fabricaron tecnicismos legales que habilitaron la evasión de impuestos y la fuga de capitales, sin dejar de adquirir agresivamente ciertas empresas en el proceso, con el único fin de obtener ganancias rápidas con un horizonte de corto plazo.

El economista marxista ruso Ruslan Dzarasov definió estas prácticas mediante el concepto de «renta insider», que enfatiza la naturaleza de tipo rentista del ingreso que obtenían los insiders, es decir, las personas que tenían acceso a información privilegiada y controlaban los flujos financieros de las empresas que dependían de las relaciones con los gobernantes. Está claro que estas prácticas

existen en otras partes del mundo, pero su rol en la formación y reproducción de la clase dominante rusa es mucho más importante dada la naturaleza de la transformación postsoviética, que comenzó con el colapso centrífugo del socialismo de Estado y la subsecuente consolidación económico-política fundada en el clientelismo.

Otros intelectuales importantes, como el sociólogo húngaro Iván Szelényi, definen un fenómeno similar con el término «capitalismo político». Según Max Weber, el capitalismo político está caracterizado por el aprovechamiento de los cargos políticos con el fin de acumular riqueza privada. Yo diría que los capitalistas políticos son la fracción de la clase capitalista cuya principal ventaja competitiva deriva de beneficios selectivos del Estado, a diferencia de los capitalistas cuya ventaja está anclada en las innovaciones tecnológicas o en una fuerza de trabajo particularmente barata. Los capitalistas políticos no son exclusivos de los países postsoviéticos, pero encuentran enormes posibilidades de desarrollo precisamente en aquellas regiones en las que históricamente el Estado desempeñó un papel dominante en la economía y acumuló un capital inmenso, y que ahora están abiertas a la explotación privada.

La existencia del capitalismo político es fundamental para comprender por qué, cuando escuchamos que el Kremlin habla de «soberanía» o de «esferas de influencia», no estamos en ningún sentido ante una obsesión irracional con conceptos anticuados. Al mismo tiempo, esta retórica no es tanto una articulación del interés nacional de Rusia como un reflejo directo de los intereses de clase de los capitalistas políticos rusos. Si los beneficios selectivos del capital son fundamentales en la acumulación de su riqueza, estos capitalistas no tienen más opción que cerrar el territorio sobre el que ejercen un control monopólico, que no quieren compartir con ninguna otra fracción de la clase capitalista.

Este interés en «marcar el territorio» no es compartido por otros tipos de capitalistas, o al menos no es tan importante para estos. Una vieja polémica en la teoría marxista remite a la posibilidad de saber, parafraseando a Göran Therborn, «qué hace realmente la clase dominante cuando domina». La trampa está en que en los Estados capitalistas la burguesía no suele dirigir directamente el Estado. La burocracia estatal suele tener una considerable autonomía de la clase capitalista, pero sirve a sus intereses instituyendo y ejecutando reglas que benefician la acumulación de capital. Los capitalistas políticos, en cambio, no necesitan reglas generales, sino un control mucho más estricto sobre los funcionarios que toman las decisiones políticas. En algunos casos ocupan ellos

mismos los cargos políticos y los explotan en beneficio propio.

Muchos iconos del capitalismo emprendedor clásico supieron sacar ventaja de subsidios estatales, regímenes impositivos preferenciales y distintas medidas proteccionistas. Sin embargo, a diferencia de los capitalistas políticos, su supervivencia y expansión en el mercado rara vez dependía de un conjunto específico de individuos que ocupaban cargos específicos, de determinados partidos gobernantes o de regímenes políticos puntuales. El capital transnacional sobreviviría sin Estados nación en los que instalar sus oficinas, como sugiere el proyecto seasteading de ciudades empresariales flotantes independientes de todo Estado-nación, impulsado por magnates de Silicon Valley como Peter Thiel. Los capitalistas políticos no pueden sobrevivir a la competencia global sin al menos una porción de territorio del cual extraer una renta insider sin interferencia del exterior.

CONFLICTO DE CLASE EN LA PERIFERIA POSTSOVIÉTICA

La sostenibilidad del capitalismo político en el largo plazo es un tema abierto a debate. Después de todo, el Estado necesita tomar recursos de alguna parte para redistribuirlos entre los capitalistas políticos. Como destaca Branko Milanović, la corrupción es un problema endémico del capitalismo político, incluso cuando el gobierno está a cargo de una burocracia efectiva, tecnocrática y autónoma. A diferencia de casos de capitalismo político más exitosos, como el de China, las instituciones del Partido Comunista Soviético se desintegraron y fueron reemplazadas por regímenes fundados en redes de clientelismo personalista que inclinan la fachada de la democracia liberal a su favor. Esto muchas veces atenta contra los impulsos de modernizar y profesionalizar la economía. Para ponerlo en términos un poco burdos, nadie puede robar eternamente de la misma fuente. Es necesario adoptar un modelo capitalista distinto para sostener la tasa de ganancia, sea mediante inversiones de capital o intensificación de la explotación laboral, o mediante la expansión en busca de más recursos que permitan la extracción de la renta insider.

Pero tanto la reinversión como la explotación laboral enfrentan obstáculos estructurales en el capitalismo político postsoviético. Por un lado, muchos dudan

a la hora de comprometerse con inversiones de largo plazo cuando sus modelos de negocio, y hasta la garantía de su propiedad sobre las empresas, dependen fundamentalmente de ciertas personas específicas que están en el poder. Por otro lado, la fuerza de trabajo postsoviética es urbanizada y educada, y no es barata. Los salarios relativamente bajos de la región solo son posibles gracias a la infraestructura material y a las instituciones de bienestar legadas por la Unión Soviética. Este legado representa una carga enorme para el Estado, pero no es fácil deshacerse de ella sin perder el apoyo de grupos de votantes clave. Con el objetivo de terminar con la brutal competencia entre capitalistas políticos que definió la década de 1990, líderes bonapartistas como Putin y otros autócratas postsoviéticos mitigaron la guerra de todos contra todos equilibrando los intereses de ciertas fracciones de la élite y reprimiendo a otras, sin modificar los fundamentos del capitalismo político.

A medida que la voraz expansión empezó a encontrar límites internos, las élites rusas intentaron buscar soluciones fuera para sostener la tasa de su renta haciendo crecer sus fuentes de extracción. De aquí la profundización de los proyectos de integración bajo el patronazgo de Rusia como la Unión Económica Euroasiática. Estos proyectos enfrentaron dos obstáculos. Uno relativamente menor: los capitalistas políticos locales. En Ucrania, por ejemplo, estaban interesados por la energía barata de Rusia, pero también en su derecho soberano de segar la renta insider en su propio territorio. Podrían haber instrumentalizado el nacionalismo antirruso para legitimar su reclamo de la parte ucraniana del Estado soviético en proceso de desintegración, pero no lograron proponer un proyecto de desarrollo nacional distinto.

El título del célebre libro del segundo presidente ucraniano, Leonid Kuchma, Ucrania no es Rusia, es un buen ejemplo de este problema. Si Ucrania no es Rusia, ¿qué es exactamente? El fracaso universal de los capitalistas políticos postsoviéticos no rusos a la hora de superar la crisis de hegemonía hizo que su gobierno fuera frágil y dependiera en última instancia del respaldo de Rusia, como vimos hace poco en los casos de Bielorrusia y Kazajistán.

La alianza entre el capital transnacional y las clases medias profesionales de la región postsoviética, representada políticamente por asociaciones civiles «oenegeizadas» y pro-Occidente, brindó una respuesta más persuasiva a la pregunta sobre qué surgiría exactamente de las ruinas de un socialismo de Estado degradado y desintegrado, y presentó un obstáculo más grande a la integración postsoviética comandada por Rusia. Esta alianza representó el

principal conflicto político del espacio postsoviético y culminó en la invasión de Ucrania.

La estabilización bonapartista iniciada por Putin y otros líderes postsoviéticos promovió el crecimiento de la clase media profesional. Una parte de esta clase compartió ciertos beneficios del sistema, por ejemplo, en los casos en que estaba empleada en la burocracia o en las empresas estatales estratégicas. Sin embargo, otra parte considerable fue excluida del capitalismo político. Sus principales oportunidades de obtener ingresos, hacer una carrera y desarrollar su influencia política dependen de la perspectiva de profundizar las conexiones políticas, económicas y culturales con Occidente. Al mismo tiempo, fueron la vanguardia del poder blando occidental. La integración a la Unión Europea y a las instituciones dirigidas por Estados Unidos representaba en su caso una posibilidad de imitar el programa de modernización que pasaba por empezar a formar parte a la vez al «verdadero» capitalismo y al «mundo civilizado» en general. Esto implicaba romper necesariamente con las élites, las instituciones y una mentalidad de la época socialista arraigada en las masas plebeyas «atrasadas», apegadas a la escasa estabilidad que siguió al desastre de la década de 1990.

La naturaleza profundamente elitista de este proyecto explica que nunca haya conquistado la hegemonía en ningún país postsoviético, ni siquiera en los casos en que recibió el impulso del histórico nacionalismo antirruso (aún hoy la coalición movilizada contra la invasión rusa no implica que los ucranianos estén unidos en torno a una agenda positiva). Al mismo tiempo, ayuda a explicar la neutralidad escéptica del Sur Global cuando debe solidarizarse con una potencia wannabe que está a la altura de otras potencias occidentales (Rusia) o con la periferia wannabe de las mismas grandes potencias que buscan, no terminar con el imperialismo, sino unirse a uno mejor (Ucrania). Para la mayoría de los ucranianos, esta guerra es una guerra de autodefensa. Después de reconocer esto, no deberíamos olvidar la brecha que separa sus intereses de los intereses de aquellos que dicen hablar en su nombre, y que tienen agendas ideológicas y políticas específicas, pero también generales, que abarcan todo el país y que definen la «autodeterminación» en un sentido de clase muy peculiar.

La discusión sobre el rol de Occidente en la preparación del camino hacia la invasión suele estar centrada en la posición amenazante que sostiene la OTAN frente a Rusia. Pero teniendo en cuenta el fenómeno del capitalismo político, podemos apreciar el conflicto de clase detrás de la expansión occidental, y

entender por qué la integración de Rusia a Occidente nunca habría podido funcionar sin una transformación previa del espacio postsoviético. Es imposible integrar a los capitalistas políticos postsoviéticos en instituciones occidentales que intentaron eliminarlos explícitamente como clase, privándolos de su principal ventaja competitiva: los beneficios selectivos que les conceden los Estados postsoviéticos. Esta agenda, denominada «anticorrupción», fue una parte vital, si no la más importante, de la perspectiva que tenían las instituciones occidentales en el espacio postsoviético, ampliamente compartida por las clases medias pro-Occidente de la región. Para los capitalistas políticos, el éxito de esta agenda implica su final político y económico.

En público, el Kremlin trata de presentar la guerra como una batalla por la supervivencia de Rusia como nación soberana. Sin embargo, el punto más importante es la supervivencia de la clase dominante rusa y su modelo de capitalismo político. La reestructuración «multipolar» del orden mundial resolvería el problema por un tiempo. Este es el motivo por el que, basándose en la pretensión de representar a una «civilización», el Kremlin intenta vender su proyecto de clase específica a las élites del Sur Global, que obtendrían su propia «esfera de influencia».

LA CRISIS DEL BONAPARTISMO POSTSOVIÉTICO

Los intereses contradictorios de los capitalistas políticos postsoviéticos, las clases medias profesionales y el capital transnacional estructuraron el conflicto político que originó en última instancia la guerra actual. Sin embargo, la crisis de la organización política de los capitalistas políticos exacerbó las amenazas que pesan contra ellos.

Los regímenes bonapartistas como el de Putin o el de Alexander Lukashenko en Bielorrusia dependen de un apoyo pasivo y despolitizado, mientras que su legitimidad proviene del hecho de haber superado el desastre del colapso postsoviético, y no del consentimiento activo que garantiza la hegemonía política de la clase dominante. Los gobiernos personalistas y autoritarios de este tipo son frágiles cuando surge el problema de la sucesión. No existe ninguna regla clara ni tradición que defina la transferencia del poder, ni tampoco existe

una ideología articulada a la que un nuevo líder deba adherir, ni un partido o movimiento en el marco de los cuales este líder pueda alcanzar cierta inserción social. La sucesión representa un punto de vulnerabilidad donde los conflictos internos con la élite pueden escalar hasta niveles peligrosos, y donde las revueltas por abajo tienen más chances de triunfar.

En los últimos años, las revueltas en las periferias de Rusia adquirieron un ritmo más acelerado: no me refiero solo al Euromaidán de Ucrania en 2014, sino también a las revoluciones en Armenia, la tercera revolución en Kirguistán, el levantamiento fallido de 2020 en Bielorrusia, y, más recientemente, el levantamiento de Kazajistán. En los dos últimos casos, el apoyo ruso fue fundamental para garantizar la supervivencia del régimen local. Incluso en el interior de Rusia, las campañas «Por unas elecciones justas» realizadas en 2011 y 2012, así como también las movilizaciones inspiradas por Alexei Navalny, no fueron insignificantes. En vísperas de la invasión, el malestar obrero estaba creciendo, mientras las encuestas mostraban una merma de confianza en Putin y una cantidad creciente de personas que deseaban que se retirara. Más grave todavía es comprobar que la oposición contra Putin crecía de manera proporcional a la juventud de los encuestados.

Ninguna de las revoluciones postsoviéticas, denominadas «maidanas» [maidán significa «plaza» en persa] planteó una amenaza existencial contra los capitalistas postsoviéticos como clase. Solo reemplazaron a ciertas fracciones de la misma clase en el poder, y consecuentemente no hicieron más que profundizar la crisis de representación política a la cual habían intentado reaccionar en un primer momento. Este es el motivo por el que estas protestas se repiten con tanta frecuencia.

Las revoluciones maidanas son típicas revoluciones cívicas y urbanas contemporáneas, según la caracterización del teórico político Mark Beissinger. Con una enorme cantidad de material estadístico, muestra que, a diferencia de las revoluciones sociales del pasado, las revoluciones cívicas debilitan los gobiernos autoritarios y empoderan a las asociaciones civiles de la clase media solo de forma temporaria. No dan lugar a un orden político más igualitario ni más fuerte, ni tampoco a transformaciones democráticas duraderas. Típicamente, en los países postsoviéticos, las revoluciones maidanas solo debilitaron el Estado y dejaron a los capitalistas políticos locales en una posición más vulnerable frente a la presión del capital transnacional, tanto directa como indirectamente a través de las ONG pro-Occidentales. Por ejemplo, en Ucrania, después del

Euromaidán, el FMI, el G7 y la sociedad civil impulsaron obstinadamente una serie de instituciones «anticorrupción». En los últimos ocho años, estas instituciones no fueron capaces de articular ningún caso de corrupción importante. Sin embargo, institucionalizaron la supervisión de empresas clave y del sistema judicial de los ciudadanos extranjeros y de los activistas anticorrupción, reduciendo de esta manera las oportunidades de los capitalistas políticos de apropiarse de la renta insider. Los capitalistas políticos de Rusia tienen buenos motivos para estar nerviosos por estos problemas que afectan a los otrora poderosos oligarcas ucranianos.

LAS CONSECUENCIAS INDESEADAS DE LA CONSOLIDACIÓN DE LA CLASE DOMINANTE

Muchos factores explican la elección del momento oportuno de la invasión y el error de cálculo de Putin, que esperaba un triunfo rápido y fácil: la ventaja temporaria de Rusia en armas hipersónicas, la dependencia de Europa de la energía Rusia, la represión de la denominada oposición prorrusa en Ucrania, el estancamiento de los acuerdos de Minsk de 2015 que siguieron a la guerra de Dombás y el fracaso de la inteligencia Rusia en Ucrania. Pero aquí me gustaría esbozar a grandes rasgos el conflicto de clase que hay detrás de la invasión, a saber, el conflicto entre los capitalistas políticos interesados en la expansión territorial que les permitiría sostener la tasa de su renta, por un lado, y el capital transnacional aliado con las clases medias profesionales —excluidas del capitalismo político—, por el otro.

El concepto marxista de imperialismo solo puede ser aplicado de manera provechosa a la guerra actual si podemos identificar los intereses materiales que la mueven. Al mismo tiempo, el conflicto abarca más factores que el imperialismo ruso. El conflicto que hoy intentan resolver con tanques, artillería y misiles es el mismo conflicto que la policía reprime una y otra vez en Bielorrusia y en Rusia. La profundización de la crisis de hegemonía postsoviética —la incapacidad de la clase dominante de desarrollar un liderazgo político, moral e intelectual— es la causa principal del aumento de la violencia.

La clase dominante rusa es diversa. Algunas partes están soportando pérdidas

importantes a causa de las sanciones de Occidente. Sin embargo, la autonomía parcial del régimen ruso de las clases dominantes le permite perseguir intereses de largo plazo independientemente de las pérdidas de representantes individuales o grupos particulares. Al mismo tiempo, la crisis de otros regímenes similares en la periferia de Rusia está exacerbando la amenaza existencial contra el conjunto de la clase dominante rusa. Las fracciones más soberanistas de los capitalistas políticos rusos están tomando la delantera contra las más compradoras, pero hasta estas últimas comprenden que, con la caída del régimen, todos salen perdiendo.

Con el inicio de la guerra, el Kremlin intentó mitigar esa amenaza que avizoraba en un futuro cercano, con el objetivo último de la reestructuración «multipolar» del orden mundial. Como sugiere Branko Milanović, la guerra brinda legitimidad al desacople de Rusia de Occidente, a pesar de sus altos costes, y al mismo tiempo hará que sea extremadamente difícil revertirlo después de la anexión de todavía más territorio ucraniano. Por otro lado, la camarilla dominante rusa eleva la organización política y la legitimación ideológica de la clase dominante a un nivel superior. Rusia muestra signos de estar transformándose en un régimen político más consolidado, ideológico y movilizado en función del autoritarismo, con guiños explícitos a China como modelo principal de capitalismo político más efectivo. Para Putin se trata fundamentalmente de otra etapa en el proceso de consolidación postsoviética que inició en la década del 2000 con el amansamiento de los oligarcas rusos. El vago relato sobre evitar el desastre y restaurar la «estabilidad» en una primera fase continúa ahora en la segunda con la idea de un nacionalismo conservador más articulado (dirigido en el extranjero contra los ucranianos y contra Occidente, pero también dentro de Rusia contra los «traidores» cosmopolitas) como único lenguaje ideológico disponible en el contexto de la crisis de la ideología postsoviética.

Algunos autores, como el sociólogo Dylan John Riley, argumentan que una política hegemónica más fuerte impulsada desde arriba podría contribuir al crecimiento de una política contrahegemónica más fuerte por abajo. Si esto es verdad, el giro del Kremlin hacia una política más ideológica y más anclada en la movilización podría crear la condición de una oposición política de masas arraigada en las clases populares, más organizada y consciente que la que hayamos visto en cualquier otro país postsoviético, y eventualmente una nueva oleada social y revolucionaria. A su vez, este desenlace podría trastocar en términos fundamentales el equilibrio de fuerzas sociales y políticas de esta parte

del mundo y acaso terminar con el ciclo vicioso que la acosa desde que colapsó la Unión Soviética hace casi tres décadas.

IN/MOVILIDADES

1

Mimi Sheller y Andreas Neef

La movilidad no solo aborda el movimiento, sino también la relación entre movilidades e inmovilidades, puesta de relieve por la idea de «in/movilidades» como fenómenos interconectados. Movilidades e inmovilidades, desplazamiento y hogar, circulación y quietud, son conceptos relacionales cuyos significados, valores y justificaciones se proyectan mutuamente. Cada movimiento, o elección de permanecer en un lugar, forma parte de un sistema de «kinopolítica» que produce violencia en la frontera (Nail, 2016, 2019; Jones, 2016) y la regulación del movimiento cotidiano a través del espacio público. La kinopolítica se refiere a la política de la movilidad, es decir, a las formas en que el control sobre el movimiento propio y el de los demás se torna en una categoría de poder que es tanto interpersonal (configurado por prácticas culturales de dominación como el patriarcado o el racismo) como controlado por formas codificadas de regulación y control estatal. El ejercicio de la función policial y las leyes sobre el acceso legítimo a calles y lugares públicos, por ejemplo, garantizan la libertad de movimiento de algunas personas mientras suspenden la movilidad de otras.

Por otra parte, la kinopolítica también se refiere a la movilidad de la política, en referencia a cómo la participación política va de la mano del derecho a reunirse, manifestarse u ocupar el espacio público. Son grupos de personas los que ejercen poder político a través de formas de movilización, como indica el concepto de «movimientos sociales». Cuando los Estados u otros titulares de poder buscan impedir la movilización social, a menudo lo hacen suspendiendo las movilidades de las personas: prohibiendo reuniones, deteniendo manifestaciones o literalmente arrestando y encarcelando a manifestantes. El control último sobre las movilidades humanas lo representa determinar quién pertenece a la nación y quién no. Un ciudadano tiene el derecho de quedarse, mientras que a otros que

no lo son se les otorga un «permiso de entrada» temporal o la posibilidad de permanecer durante un período de tiempo determinado, y otros se consideran inmigrantes «ilegales» y pueden ser detenidos y deportados. Sin embargo, en un contexto de cambio climático, como consecuencia del cual muchas partes del mundo son cada vez más peligrosas, las movilidades humanas a través de las fronteras se han convertido en objeto de aún mayor contención. La crisis climática plantea desafíos a las protecciones que hoy por hoy existen para refugiados, solicitantes de asilo y otros migrantes, creadas en la era de la posguerra. Muchos Estados han recurrido a peligrosas políticas de cierre de fronteras, construcción de muros y deportación masiva en un esfuerzo por dificultar la migración «ilegal». En contraste, un marco de movilidad justa aboga por un enfoque político kinopolítico que reconozca los crecientes impactos de la disrupción climática en las in/movilidades humanas en la era del cambio climático provocado por el hombre, el Antropoceno.

Los sociólogos han reconocido desde hace mucho tiempo que las injusticias espaciales y las movilidades desiguales están conformadas por regímenes de ciudadanía diferenciados a través de los cuales «el “acceso a la movilidad global” es lo que hoy en día ha sido elevado al rango más alto entre los factores de estratificación» (Bauman, 1998, p. 87). En los últimos veinticinco años, el acceso a la movilidad global está determinado cada vez más por la clausura del Norte Global a millones de personas desplazadas por la disrupción ecológica y la violencia que acompaña a la carrera por el control de las industrias extractivas intensivas. Desde una perspectiva histórica geoecológica, la distribución desigual de recursos como petróleo, metales o agua limpia, los impactos de la contaminación por hidrocarburos y la exposición a riesgos climáticos, generan vulnerabilidades locales a los peligros del cambio climático. Los desastres naturales y no naturales (es decir, social y políticamente producidos) que impulsan el desplazamiento y la migración climática recaen con más fuerza sobre las antiguas colonias y periferias del sistema mundo, precisamente en los lugares donde las industrias extractivas contaminan tierra y agua, mientras que las sequías, inundaciones y el calor y las tormentas extremos colocan la sostenibilidad agrícola al borde del colapso.

Esto es a lo que nos referimos como movilidades del Antropoceno, representativas tanto de la extracción y consumo de energía de combustibles fósiles para estilos de vida altamente móviles de algunos grupos, como del desplazamiento concomitante de otros que se ven obligados a moverse debido a la disrupción climática y las convulsiones políticas asociadas a quienes, sin

embargo, no se les permite cruzar las fronteras legalmente. Al entender el desplazamiento climático como algo impulsado por un modo de vida basado en combustibles fósiles de los ricos, y el complejo militar-industrial del Norte Global que controla en última instancia el acceso mundial al petróleo, el gas, los metales y otros recursos extractivos, nuestro punto de partida es una base más sólida para discutir la acogida de las personas desplazadas como consecuencia del cambio climático y los problemas geopolíticos más amplios en torno a fronteras, migración e in/movilidades humanas en general. Este capítulo busca clarificar algunas de las implicaciones de la política global de tales relaciones de in/movilidades, con la esperanza de que se pueda dar forma a políticas más éticas en los países que han sido más responsables de la contaminación climática.

ANTROPOCENO DE MOVILIDADES

No todos somos responsables por igual del cambio climático, y no todos nos vemos afectados por igual. Por ejemplo, todos los pequeños países en desarrollo insulares en el Pacífico juntos representan solo el 0,03% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero (GEI) (Salem, 2020). Sin embargo, el nivel del mar en el suroeste del Pacífico aumenta más rápido que el promedio global (OMM, 2023), y la región ha sido afectada por algunas de las tormentas más fuertes jamás registradas en el hemisferio sur en los últimos diez años (Deo et al., 2022). El continente africano en su conjunto, con sus 54 países, produce menos del 4% de las emisiones globales (CDP, 2020), mientras que millones de africanos han sido desplazados internamente por desastres relacionados con el clima desde principios de la década de 2020 (Patil, Doi y Behera, 2023). Mientras tanto, aquellos de nosotros en el Norte Global que tenemos estilos de vida basados en el alto consumo de energía, con emisiones excesivas de carbono, también nos beneficiamos de inversiones corporativas y sistemas militares que permiten nuestro acceso a recursos a través de la extracción y consumo intensivos en energía, lo que a su vez genera vulnerabilidad y desplazamiento climático en todo el mundo para aquellos que han contribuido en menor medida al cambio climático.

Para entender y responder mejor a estas complejas movilidades del

Antropoceno, primero debemos «recharacterizar a aquellos desplazados por el “cambio climático” como desplazados de una red global de regímenes de movilidad interconectados impulsados por la extracción de combustibles fósiles» (Baldwin, Fröhlich y Rothe 2019, p. 291). El cambio climático no es simplemente un proceso geofísico universal causado por la humanidad en su conjunto, sino «una manifestación del capitalismo» y una «condición estructural históricamente producida» (Baldwin, Fröhlich y Rothe, 2019, p. 291). El sexto informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático reconoció por fin que el colonialismo exacerbó el cambio climático y ayudó a profundizar la vulnerabilidad de lugares y personas específicos (ver, por ejemplo, Mercer, 2022). La «vulnerabilidad [al cambio climático] no es simplemente una consecuencia de las condiciones naturales; es un estado político y una condición colonial» que se comprende mejor en términos de «colonialidad del clima» (Bonilla, 2017). Las implicaciones de este enfoque geohistórico e interseccional nos ayudan a entender la migración climática como una respuesta kinopolítica que debería estar protegida por el Derecho internacional, no excluida y criminalizada.

Un marco de movilidad justa se centra, por lo tanto, en la capacidad y responsabilidad de los emisores de GEI para reducir su consumo de energía, compensar pérdidas y daños, redistribuir bienes comunes de manera más justa y garantizar el derecho global a la movilidad, así como apoyar la capacidad de las comunidades para permanecer en su lugar si así lo desean. Si los países y poblaciones más ricos limitan su movilidad y consumo excesivo de energía, reducen el consumo de carne y el uso de la tierra, y gestionan de manera más cuidadosa otros recursos, habrá suficiente energía como para mantener a todos los seres vivos en la Tierra. La respuesta a la emergencia climática no se convierte en «el problema» de la migración climática, sino en el problema del capitalismo global, un sistema que ha respaldado vastas desigualdades sociales, ha permitido la extracción excesiva de recursos naturales y el sobreconsumo de combustibles fósiles, y ha dejado atrás zonas de sacrificio y poblaciones sacrificiales, que son las más vulnerables al desplazamiento climático.

NARRATIVAS SOBRE LA MIGRACIÓN CLIMÁTICA

La migración climática adquiere diferentes significados dependiendo de si se enmarca como una amenaza a la seguridad, un problema de superpoblación, o algo beneficioso para aquellos que apoyan el desplazamiento hacia lugares más seguros. Estos enfoques de in/movilidades climáticas nos permiten comprender las mentalidades, tensiones y críticas correspondientes en torno a las respuestas que generan los conflictos kinopolíticos. Las narrativas sobre la migración climática como un problema de crecimiento de la población, por ejemplo, impulsan respuestas políticas a la crisis climática que culpan a la «sobrepoblación» en los países en vía de desarrollo, donde las tasas de natalidad son generalmente más altas que en el mundo desarrollado. Incluso los conceptos de desarrollado/en vías de desarrollo traen consigo distintas interpretaciones sobre el acceso a recursos, el uso de energía y los patrones de crecimiento. Cambiar la narrativa puede generar nuevas conversaciones y, potencialmente, nuevas políticas en torno a la acogida responsable de migrantes climáticos, y lo que podría significar tener fronteras abiertas, o al menos flexibilidad para ofrecer refugio y alivio, en un mundo afligido por fenómenos climáticos extremos.

Un enfoque de movilidad justa asume el contexto más amplio de colonialidad de los regímenes de movilidad, y con ello la necesidad de reparaciones climáticas. Las luchas interseccionales por la movilidad justa deben abordar las herencias del colonialismo, el capitalismo racial y las formas actuales de acceso desigual y propiedad privada. En lugar del bloqueo excluyente de las fronteras a lo largo y ancho del planeta, deberíamos centrarnos en la cuestión de la responsabilidad y las reparaciones, en un marco moral, legal y financiero bajo el Derecho internacional. El crecimiento de un sistema de corredores mortíferos, campos de detención y espacios de confinamiento en nuestras fronteras representa una respuesta ilegal, ineficaz e inmoral que necesita ser objeto de un análisis crítico y marcos alternativos. Esto exige un enfoque de justicia reparadora que reconozca la responsabilidad kinopolítica del Norte Global por causar pérdidas, daños y desplazamiento climático.

El término «refugiados climáticos» ha sido apropiado de manera negativa por discursos de seguridad que generan temor a que los refugiados «inunden nuestras costas», de la mano de la correspondiente mentalidad de «fortaleza» (Methmann y Oels, 2015; Tschakert y Neef, 2022). El aparato estatal de seguridad en Estados Unidos y la Unión Europea (UE) centra la atención en la migración climática como una gran amenaza, y prepara escenarios futuros en respuesta (Huysmans, 2006; Squire (ed.), 2011; Leese y Wittendorp (eds.) 2017). El enfoque de la «inundación» se ve apuntalado por nociones neomalthusianas

de «sobrepoblación» que sugieren que el Norte Global tiene capacidad limitada frente a un crecimiento excesivo de la población en el Sur Global. Enmarcar la migración climática como un problema de sobrepoblación y una amenaza de seguridad ignora el hecho de que las emisiones de GEI son producidas principalmente por hábitos de consumo de individuos ricos, grandes corporaciones y ejércitos en el Norte Global, basados en recursos extraídos del Sur Global.

El marco de sobrepoblación también alimenta argumentos etnonacionales y racistas sobre la «sustitución» de poblaciones blancas por personas racializadas. Esta narrativa refuerza movimientos extremistas de derecha, la disuasión violenta de migrantes mediante la construcción de muros y otras políticas punitivas, y origina ataques físicos contra refugiados y migrantes (Obaidi et al., 2022). También tiene vínculos con el movimiento ecofascista, que busca limitar la población humana para proteger la Tierra, lo que implica juzgar a algunas poblaciones como prescindibles (Shanaah, Fritsche y Osmundsen, 2023). La llamada «teoría de la sustitución» se ha convertido en objeto de cobertura mediática en Estados Unidos, por ejemplo, donde ha sido adoptada de manera más abierta por movimientos supremacistas blancos (Obaidi et al., 2022). La teoría de la sustitución tiene una influencia en interpretaciones populares de la amenaza no solo de migrantes climáticos, sino también de aquellos que abogan por fronteras más abiertas. Así, la llamada a movilidad justa en sí misma, a través de un razonamiento circular, se convierte en objeto de sospecha y de objetivos políticos reaccionarios, incluso partidos políticos supuestamente «centristas» se ven obligados a tomar posiciones en contra de la migración legal, del asilo temporal y especialmente de las fronteras abiertas, como vemos en Francia con el presidente Emmanuel Macron, en Gran Bretaña con el primer ministro Rishi Sunak y en países como Alemania, Dinamarca, Suecia y Australia.

En todos estos enfoques discursivos, aquellos desplazados por el cambio climático son deshumanizados y vistos como «otros» u outsiders cuyas movi­lidades deben ser inmovilizadas. Estas narrativas kinopolíticas alimentan políticas fronterizas excluyentes, el abandono de refugiados, la detención en condiciones crueles y la deportación a lugares peligrosos; aspectos clave de la movilidad injusta (Jones, 2016; Sheller, 2018; Popescu, 2011). Australia detiene a solicitantes de asilo en la isla de Nauru; Gran Bretaña busca obligar a los solicitantes de asilo a presentar sus reclamaciones desde Ruanda; Estados Unidos busca que México detenga a los migrantes en su frontera sur con

Guatemala. Estas políticas para desviar la atención están al alza en todo el mundo y conducen, en última instancia, al «apartheid climático», es decir, excluir a migrantes racializados de hábitats habitables y encerrarlos en lugares de mayor riesgo que serán cada vez menos habitables. Los regímenes carcelarios se han utilizado durante mucho tiempo para criminalizar a los «migrantes ilegales» mediante discursos deshumanizadores (Loyd y Mountz, 2018; Mountz, 2011; Mountz et al., 2012); hoy en día, esto parece haberse vuelto cada vez más políticamente aceptable en el Norte Global, donde los temores sobre la migración climática han alimentado la falsa noción de que la emergencia climática es una emergencia fronteriza.

Nosotros, por el contrario, afirmamos que una posición política más ética sería reformular las movilidades del Antropoceno como un problema más amplio de sobreconsumo energético dentro de las economías capitalistas extractivas, como consecuencia de lo cual existe una «deuda climática» con aquellos que han sido perjudicados y desplazados (Bullard, 2010). Las movilidades climáticas surgen fundamentalmente de la colonialidad en curso del capitalismo racial, impuesta a través del sistema internacional de ciudadanía fragmentada, soberanía ilusoria, regímenes fronterizos violentos y antinegritud estructural (Pulido, 2017; Walia, 2021). Como han enfatizado académicos indígenas, «el desplazamiento y las movilidades por el cambio climático deben situarse dentro del contínuum de la colonización (histórica y en curso)» (Yumagulova et al., 2023, p. 11). Esto también significa que no debemos simplemente presentar a aquellos desplazados por el cambio climático como «víctimas», por un lado, o como «agentes adaptativos», por otro (Ranson-Cooper et al., 2015), ya que este marco tampoco tiene en cuenta la responsabilidad, como se explica en la siguiente sección.

MOVILIDAD CLIMÁTICA JUSTA: CREAR UN CONTEXTO ACOGEDOR PARA LOS MIGRANTES CLIMÁTICOS

Saad (2017) argumenta que los migrantes climáticos deben ser reconocidos como «partes perjudicadas», lo que exige comprender y aceptar la responsabilidad por las injusticias de movilidad climática a las que estos se han visto sujetos. Esto contrasta fuertemente con otras caracterizaciones de los migrantes como «víctimas» del cambio climático, «amenazas de seguridad»,

«agentes adaptativos» y «sujetos políticos» (Ranson-Cooper et al., 2015). La caracterización de Saad (2017) considera las presiones migratorias como imposiciones que los países emisores de grandes cantidades de GEI han impuesto a personas en países de bajas emisiones, como los pequeños estados insulares en desarrollo, y por las cuales los primeros deben resarcir y reparar, por ejemplo, aceptando una parte justa de migrantes climáticos y aumentando la asistencia financiera para la migración climática que tiene lugar en el Sur Global. El Norte Global tiene la responsabilidad de crear un contexto acogedor para los desplazados por el cambio climático.

En virtud de los marcos legales y políticas de migración/refugiados actuales, los migrantes climáticos hacen frente a un perjuicio doble: (1) la injusticia climática global los obliga a abandonar sus hogares y medios de vida y (2) están sujetos a diversas formas de «violencia legal» mediante el no reconocimiento de su estatus migratorio particular y, como consecuencia, son víctimas de discriminación social, detención y deportación como «migrantes irregulares» (Skillington, 2015). Skillington argumenta que «los problemas actuales de desplazamiento [...] deberían tender hacia un reparto justo de recursos reubicando a los desplazados climáticos en territorios con la mayor capacidad para acoger» (p. 301). Esto podría significar, por ejemplo, permitir que estos migrantes trabajen, ganen ingresos y se mantengan a sí mismos, en lugar de la situación actual en la que muchos migrantes irregulares son alojados de manera temporal, sin poder trabajar hasta que se resuelva su caso.

Tomando inspiración del «Pasaporte Nansen», creado para personas apátridas y víctimas desplazadas de la Primera Guerra Mundial por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados de la Liga de Naciones, Heyward y Ödalen (2016) se posicionan a favor de un pasaporte de libre movimiento para aquellos que han sido desposeídos territorialmente por el cambio climático, especialmente cuando corren el riesgo de convertirse en personas apátridas (cf. Burkett, 2018). Este enfoque garantizaría a las personas desposeídas por el clima un alto grado de libertad de elección, agencia y control sobre su propio destino. Con referencia a los pequeños estados insulares en desarrollo en el Pacífico, a solo décadas de volverse inhabitables,² Vaha (2018) aboga por la aceptación de migrantes climáticos por parte de vecinos «más desarrollados», que no solo tienen responsabilidad moral debido a su contribución desproporcionada al cambio climático, sino que también tienen los recursos para acoger a un número creciente de migrantes climáticos. Esto sería una forma de honrar el principio de «responsabilidades comunes pero diferenciadas y capacidades respectivas» de la

CMNUCC. La autora argumenta que dichos países, especialmente Australia y Nueva Zelanda, podrían desempeñar un papel crítico en el liderazgo regional hacia el establecimiento de una cultura de acogida para los desposeídos climáticos (Vaha, 2018). ¿Qué implicaría una cultura de acogida?

En 2017, el Partido Verde de Nueva Zelanda propuso una visa humanitaria para «refugiados climáticos». Sin embargo, la idea fue descartada rápidamente, en parte debido a la oposición de líderes de las islas del Pacífico, que expresaron su descontento con la noción de «refugiados climáticos del Pacífico» (OIM, 2021; Neef y Bengé, 2022). En el mismo año, un informe del Banco Mundial propuso un nuevo «Acuerdo de Acceso a Atolones Australia-Nueva Zelanda» para permitir el libre acceso al mercado laboral para los ciudadanos de países atolones del Pacífico, como Kiribati y Tuvalu, que enfrentan amenazas existenciales (Banco Mundial, 2017). Un informe de políticas titulado «Desarrollos y opciones de políticas para abordar la movilidad humana en el contexto del riesgo climático en la región de las Islas del Pacífico», publicado en la serie de informes de políticas de la Organización Internacional para las Migraciones sobre la migración climática y la seguridad humana en el Pacífico, también ha sugerido que países ricos como Australia y Nueva Zelanda deberían considerar eliminar sus barreras existentes a la movilidad climática en el Pacífico (OIM 2021). Esto se alinea con los llamamientos a una cultura de hospitalidad hacia los migrantes climáticos de las naciones insulares del Pacífico (Böge, 2021; Neef y Bengé), en consonancia con el término alemán «Willkommenskultur» (cultura de bienvenida) que se acuñó durante la primera ola de la llamada «crisis de refugiados europea» en 2015.

En un reciente documento de posición, el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados sugirió que «[l]as personas que buscan protección internacional en el contexto de los efectos adversos del cambio climático o desastres pueden tener reclamaciones válidas para el estatus de refugiado» (ACNUR 2020, p. 11). Si estas perspectivas obtienen una aceptación más amplia, existirá una mayor probabilidad de que las reclamaciones de movilidad climática justa sean reconocidas en futuros procedimientos legales y discusiones políticas.

CONCLUSIÓN

En lugar del bloqueo excluyente de las fronteras a lo largo y ancho del planeta, deberíamos centrarnos en la cuestión de la responsabilidad y las reparaciones, en un marco moral, legal y financiero bajo el Derecho internacional. El crecimiento de un sistema de corredores mortíferos, campos de detención y espacios de confinamiento en nuestras fronteras representa una respuesta ilegal, ineficaz e inmoral que necesita ser objeto de un análisis crítico y marcos alternativos. Sin embargo, al reconocer los problemas de movilidad climática justa, también es necesario reconocer la complejidad y multidimensionalidad de la movilidad climática y «prestar más atención a los discursos y la agencia de las personas que se mueven o viven en áreas vulnerables al clima para asegurar que se logre la justicia y se respeten los derechos humanos en el contexto de la movilidad climática» (Farbotko et al., 2022, pp. 13-14).

Un enfoque de movilidad justa asume el contexto más amplio de colonialidad de los regímenes de movilidad, y con ello la necesidad de responsabilidad reparaciones climáticas por parte de los deudores climáticos que se han beneficiado más de las emisiones históricas de GEI y del alto consumo actual de energía. Las luchas interseccionales por la movilidad justa deben abordar legados de colonialismo, capitalismo racial y formas actuales de acceso desigual y propiedad privada. Esto requiere un enfoque de justicia reparatoria en el que aquellos que son responsables rindan cuentas para reparar los daños que ya se han producido, evitar pérdidas y daños adicionales, y pagar reparaciones a aquellos que han sido desplazados en parte al permitir y facilitar sus movilidades a través de las fronteras internacionales; pero solo si así lo desean. Como subrayan Farbotko et al. (2022), cualquier determinación de movilidad climática justa debe respetar la autodeterminación, los derechos humanos y la agencia de quienes se ven afectados. Algunos pueden querer mudarse, y otros pueden querer quedarse donde están. Apoyar la adaptación climática comunitaria es tan necesario como apoyar a aquellos que emprenden movilidades climáticas.

La cuestión kinopolítica clave de las próximas décadas será cómo las comunidades deliberarán y decidirán sobre sus propias in/movilidades. Tenemos la responsabilidad de escuchar a los demás, de apoyar las capacidades de adaptación al clima siempre que sea posible, y de empoderar a los públicos kinopolíticos subalternos para que puedan movilizarse y abogar por sí mismos. Más allá de eso, también surgirán preguntas cruciales sobre las in/movilidades de especies más allá de lo humano, y cómo estas se adaptarán al cambio

climático. Las futuras deliberaciones sobre las movilidades del Antropoceno necesitarán inevitablemente ir más allá de los derechos humanos para abarcar los derechos de la naturaleza y la relación de todos los seres vivos.

INTERNACIONALISMO

1

Adom Getachew

Cuando el movimiento por los derechos civiles cobró velocidad unos años después de la Guerra Fría, el erudito W. E. B. Du Bois se preocupó por el precio del billete. Escribiendo en un panfleto del Pittsburgh Courier en 1950, advertía a sus lectores de que «el esfuerzo de los negros por convertirse en americanos de igual condición que los demás americanos les está llevando a un estado mental por el que no solo aceptan lo que es bueno en América, sino lo que es malo y amenazador con tal de que el negro pueda compartirlo por igual». Du Bois escribió estas palabras en un momento en el que las líneas de batalla de la Guerra Fría se estaban endureciendo, obligando a individuos e instituciones a dejar clara su lealtad a Estados Unidos. «Puede que ahora nos resulte fácil obtener publicidad, recompensa y atención si nos sumamos a la propaganda reaccionaria y a la histeria bélica que convulsiona a esta nación», continuó. Pero «a la larga, Estados Unidos no se lo agradecerá a sus hijos negros si le ayudan a ir por el camino equivocado o retrasan su progreso».

La advertencia de Du Bois venía de la experiencia. En los últimos meses de la Primera Guerra Mundial, había defendido una versión de lo que Aziz Rana denomina «ciudadanía de seguridad nacional», en la que la igualdad cívica de los afroamericanos depende de su voluntad de defender a la nación en el extranjero. En su tristemente célebre editorial de julio de 1918 «Cerrar filas», Du Bois pedía a los afroamericanos que «olvidaran nuestros agravios especiales y cerraran filas hombro con hombro con nuestros conciudadanos blancos y las naciones aliadas que luchan por la democracia». Llegaría a arrepentirse de esta recomendación. La respuesta de la América blanca a los sacrificios de los afroamericanos en el esfuerzo bélico no fue la gratitud, sino el terror racial (pogromos, asesinatos en masa o el renacimiento del Ku Klux Klan).

En los años de entreguerras, Du Bois trazó un camino alternativo, profundizando en su internacionalismo y abogando por una alianza de las naciones más oscuras. En un escrito de 1936, sostenía que «si el mundo de color quiere encontrarse con el mundo blanco en un plano de igualdad real y hermandad efectiva [...] entonces, en primer lugar, el mundo de color debe ser un mundo fuerte, fuerte en su propia organización interna, fuerte en su poder de pensamiento y defensa». Du Bois trató de construir esta fuerza replanteando la línea de color estadounidense como parte integrante de un modelo global de jerarquía colonial y racial. Si los afroamericanos pudieran verse a sí mismos como parte de este grupo más amplio de pueblos oprimidos, podrían ser capaces de desarrollar análisis y estrategias políticas compartidas.

En pos de este objetivo, Du Bois experimentó con diversos foros. Como editor de la revista de la NAACP, *The Crisis*, cubrió los movimientos nacionalistas emergentes en todo el mundo, pero especialmente en la India. También ayudó a organizar cuatro congresos panafricanos y trató de utilizar nuevas instituciones internacionales como la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas para promover un programa antiimperialista y antirracista. A pesar de estos esfuerzos, Du Bois nunca encontró la estructura institucional adecuada para sus ambiciones internacionalistas. En 1950, su giro a la izquierda le había marginado. Volvía a estar fuera de la NAACP, que había ayudado a fundar en 1909. Y en 1951 fue objeto del fervor anticomunista de la época al ser juzgado por actuar como agente de una nación extranjera.

Medio siglo más tarde, cuando una nueva «histeria bélica» se apoderó del país, las esperanzas de Du Bois de un «mundo de color» unido que incluyera a los negros estadounidenses parecían casi muertas. En 2001, cuando Estados Unidos se preparaba para invadir Afganistán, los afroamericanos ocupaban los más altos cargos del Estado de seguridad nacional. Ahora es fácil ver cómo la centralidad y visibilidad de Condoleezza Rice y Colin Powell en la administración de George W. Bush, como arquitectos y defensores clave de la guerra global contra el terrorismo, así como el paso del testigo de la guerra a Barack Obama, el primer comandante en jefe negro, representan la cúspide de la ciudadanía de la seguridad nacional.

En los últimos años, el terreno ha empezado a cambiar. El Movimiento por las Vidas Negras (M4BL) ha desarrollado un lenguaje y una visión incipientes del internacionalismo negro, basándose en tradiciones anteriores e identificando un campo compartido de lucha política con fuerzas antiimperiales y progresistas de

todo el mundo. La promesa de este internacionalismo está lejos de hacerse realidad. Pero al surgir de conexiones materiales concretas, especialmente en las luchas compartidas contra la violencia estatal, tiene el potencial de remodelar el lugar de Estados Unidos en el mundo.

Cuando Rice, Powell y Obama alcanzaron la mayoría de edad, el pacto fáustico diagnosticado por Du Bois ya se había alcanzado. A medida que ascendían al poder, cada uno de ellos narraba su éxito político como la afirmación de una fe creencial en Estados Unidos como la tierra en la que el principio de igualdad —«todos los hombres son creados iguales»— se había hecho finalmente realidad. Utilizaron esta historia nacional para justificar las aventuras imperiales de Estados Unidos en el resto del mundo.

La biografía de Rice es un ejemplo de este arco narrativo. Hija de un ministro presbiteriano y de una maestra de Birmingham (Alabama), Rice tenía solo ocho años cuando el Ku Klux Klan bombardeó la iglesia bautista de la calle 16, matando a su compañera de juegos Denise McNair y a Carole Robertson, Addie Mae Collins y Cynthia Wesley. En su autobiografía de 2010, recuerda el atentado como un punto de inflexión en la lucha por los derechos civiles. Su brutalidad, recuerda, «pareció sacudir por fin la conciencia de la nación» y preparó el terreno para que el gobierno federal «interviniera para cambiar el Sur». La familia de Rice sentía que su «destino estaba completamente en manos de los Kennedy».

Aunque Birmingham fue un epicentro del movimiento por los derechos civiles, la familia Rice no participó en la campaña de desegregación de reuniones masivas, acciones directas y sentadas, incluida la famosa detención de Martin Luther King Jr. Sin embargo, el padre de Rice se unió a una patrulla de vigilancia armada del barrio, creada tras una serie de atentados con bomba. Rice cita esta experiencia como fundamental para su propio compromiso con la protección de los derechos de armas de la Segunda Enmienda. También entabló una relación improbable y duradera con Stokely Carmichael. Admiraba a Carmichael por sus estridentes críticas al racismo, aunque rechazaba el radicalismo del joven. Por encima de todo, desdeñaba el internacionalismo panafricano que Carmichael y otros defendían. «África no nos pertenece ni nosotros a ella», le dijo a su hija; se alegraba de ser estadounidense. Rice se hace eco de una perspectiva similar al principio de su autobiografía cuando cuestiona el término afroamericano. Para Rice, oscurecía las diferencias entre ella, descendiente «de esclavos de la antigua confederación»; Obama, hijo de un

estudiante keniano; y Powell, hijo de inmigrantes antillanos. A diferencia de los inmigrantes recientes, los negros estadounidenses formaban parte de las «poblaciones fundadoras» de Estados Unidos, y América, le decía el padre de Rice, era «el país más libre y próspero de la tierra». Ahora que Jim Crow había sido derrotado, el país podía por fin estar a la altura de sus propios ideales.

Según Rice, la redención de la nación y su propia aceptación estaban entrelazadas. Al jurar su cargo como secretaria de Estado, recuerda haber contemplado el retrato de Benjamin Franklin. «¿Qué habría pensado él de esta bisnieta de esclavos e hija de Jim Crow Birmingham que se comprometía a defender la Constitución de Estados Unidos, que había contado infamemente a sus antepasados como «tres quintos de un hombre?», escribe Rice. «De alguna manera, quería creer que a Franklin le habría gustado el giro de la historia hacia la justicia».

Como asesora de política exterior de la campaña presidencial de Bush, Rice esbozó una visión para «promover el interés nacional» en las páginas de Foreign Affairs. Allí criticaba la genuflexión de la administración Clinton ante las «normas» internacionales (entre comillas) y el multilateralismo, incluida la firma del Protocolo de Kioto. Se mostró partidaria de una defensa más explícita del interés nacional estadounidense, pero insistió en que este proyecto no entraba en conflicto con los ideales democráticos. «Los valores estadounidenses son universales», declaró. «La gente quiere decir lo que piensa, rendir culto como desee y elegir a quienes la gobiernen; el triunfo de estos valores es sin duda más fácil cuando el equilibrio internacional de poder favorece a quienes creen en ellos». Según este punto de vista, el interés nacional de Estados Unidos y el del resto del mundo eran, de hecho, uno y el mismo. Aun así, en 2000 Rice rechazó los compromisos militares de gran envergadura que tuvieran como objetivo el cambio de régimen. Cambiaría de opinión ocho años después, cuando la certeza de victorias rápidas en Afganistán e Irak se había disipado. En 2008, Rice abrazó la «Agenda de la Libertad» de Bush, que abogaba por el uso del poder militar y blando para exportar la democracia. Según Rice, la Agenda de la Libertad constituía un «realismo claramente estadounidense» que vinculaba los intereses y los valores de Estados Unidos.

Para Rice, la universalidad de los valores estadounidenses nació de la lucha por la igualdad racial en su país. Como secretaria de Estado, en 2005 regresó a Birmingham para honrar a las víctimas del atentado de 1963. Acompañada por el secretario de Asuntos Exteriores británico, visitó la escuela primaria a la que ella

asistió y se dirigió a una audiencia en la Universidad de Alabama, donde vinculó la lucha por los derechos civiles con la posición de Estados Unidos en el mundo. «A través del imperio de Jim Crow, desde el alto Dixie hasta el bajo Delta, los descendientes de esclavos avergonzaron a nuestra nación con el poder de la justicia y redimieron por fin a Estados Unidos de su pecado original de esclavitud», dijo. «Al resolver la contradicción en el corazón de nuestra democracia, Estados Unidos encontró por fin su voz como verdadero paladín de la democracia más allá de sus costas». Suturando la ejemplaridad y la autoridad moral de los movimientos de derechos civiles a las guerras de la administración en Oriente Medio, Rice trató de acallar las críticas y desviar la atención de las crisis internacionales y nacionales, incluidas las revelaciones de 2004 sobre torturas en Abu Ghraib y la inadecuada respuesta de la administración al huracán Katrina apenas unos meses antes.

El silenciamiento de las voces críticas, especialmente de los progresistas y radicales negros, no haría sino acentuarse durante los años de Obama. Como ha señalado el académico Brandon M. Terry, se produjo una «congelación profunda» entre los intelectuales y las élites negras, sobre todo en el primer mandato de Obama. Esta congelación, escribió Terry, «surgió de preocupaciones estratégicas sobre las perspectivas de reelección y la posición política de Obama, de una auténtica indignación por la intransigencia y hostilidad a la que se ha enfrentado por parte de algunos republicanos, de inversiones afectivas ampliamente compartidas en su importancia simbólica y la de su familia, y de un optimismo nacido del improbable hecho de su éxito electoral». A veces se trataba de autocensura. Otras, era una petición directa de la administración. Cuando, por ejemplo, los miembros del Grupo Negro del Congreso cuestionaron públicamente los planes de Obama de lanzar ataques con misiles en Siria, el presidente del grupo pidió a los miembros que «limitaran los comentarios públicos» en lo que parecía ser una orden de mordaza parcial.

El internacionalismo que Du Bois promovió nunca se disipó del todo. Incluso después del final de la era del Poder Negro, persistieron formas de internacionalismo. Los activistas e intelectuales negros de Estados Unidos se solidarizaron con el movimiento sudafricano contra el apartheid, se opusieron a las intervenciones de la administración Reagan en Centroamérica y defendieron la liberación de Palestina.

En los últimos años, a medida que el atractivo de la ciudadanía por la seguridad nacional se ha desvanecido en el contexto de la creciente desigualdad

económica, la limitada movilidad social y la persistente violencia racial, ha surgido una nueva forma de internacionalismo. La Guerra contra el Terror reveló de nuevo los enredos entre los conflictos en el extranjero y los internos. En la vigilancia y represión racistas a las que han estado sometidos los musulmanes estadounidenses desde 2001, los activistas identificaron un eco chocante de la larga historia de criminalización de los negros. Y cuando los M4BL protestaron contra la violencia estatal en las ciudades estadounidenses, se enfrentaron a policías armados con material militar y entrenados por las Fuerzas de Defensa israelíes.

La plataforma Vision for Black Lives de 2016 es la articulación más completa de este nuevo internacionalismo hasta la fecha. El documento, redactado por representantes de organizaciones de la coalición M4BL, traza un camino alternativo para la política exterior estadounidense. Se basa en la misión anterior de Du Bois, articulando las conexiones entre las luchas de los negros en casa y las guerras en el extranjero. «Como oprimidos que vivimos en Estados Unidos, el vientre del imperio global», argumenta, «estamos en una posición crítica para construir las conexiones necesarias para un movimiento de liberación global». Pide que se recorte el presupuesto militar en un 50% y que los recursos pasen de las «instituciones que hacen la guerra» a las instituciones que sostienen el bienestar de las comunidades, como la sanidad, la vivienda y la educación. Siguiendo el modelo de Divest/Invest, la plataforma hace hincapié en reorientar los recursos hacia la construcción de una sociedad verde, por ejemplo, mediante el reciclaje y despliegue de personal militar en Estados Unidos para «reconstruir las infraestructuras contaminantes y en ruinas del país».

Veinte años después del 11-S, estos argumentos a favor de reducir el presupuesto militar han ganado un mayor respaldo. Según encuestas recientes, el 56% de los estadounidenses apoya la reducción del presupuesto de defensa para pagar la sanidad, la vivienda y otros programas nacionales, y solo el 27% se opone. Sin embargo, lo que distingue al internacionalismo de la Visión para las Vidas Negras es que se niega a enmarcar los beneficios de acabar con el militarismo estadounidense únicamente en términos nacionales. En consecuencia, la plataforma también incluye «reparaciones a los países y comunidades devastados por la actividad bélica estadounidense, como Somalia, Irak, Libia y Honduras» y exige que Estados Unidos contribuya a estabilizar regiones desde América Central hasta Oriente Medio, donde sus acciones han contribuido a la inseguridad política y económica. Como punto de partida, esto implicaría poner fin a la ayuda militar estadounidense que contribuye a alimentar regímenes

autoritarios. Más ambicioso aún, supondría comprometer la riqueza y los recursos sin precedentes de Estados Unidos con estas sociedades siguiendo el modelo del Plan Marshall. Desde este punto de vista, Estados Unidos no es la ciudad excepcional sobre la colina que reclama la preeminencia mundial, sino un país cuyas acciones pasadas y presentes en el mundo exigen una reparación.

La Visión para las Vidas Negras y el movimiento en general señalan el resurgimiento de un internacionalismo negro que evita la elección entre el aislamiento y el imperialismo, al tiempo que promueve la solidaridad con los pueblos oprimidos del mundo. Pero el camino hacia la construcción de análisis transnacionales, el establecimiento de coaliciones y alianzas de base amplia a escala nacional e internacional y la creación de estructuras duraderas que puedan sostener el internacionalismo no será una empresa sencilla. Siguen existiendo importantes obstáculos ideológicos y políticos. Por un lado, aunque el M4BL ha promovido una perspectiva internacionalista, su auge ha coincidido con un excepcionalismo afroamericano renovado y generalizado que considera el racismo contra los negros en Estados Unidos como un sistema de opresión sin analogía. Ya sea en la forma nativista de los Descendientes Estadounidenses de la Esclavitud —un grupo que pretende garantizar que la discriminación positiva, las reparaciones y otras formas de reparación racial se limiten a los negros estadounidenses y excluyan a los inmigrantes africanos y caribeños recientes—, o en la circulación y el atractivo popular del afropesimismo, que considera la negritud como una forma distinta de sometimiento que coincide con la esclavitud y es incapaz de una reparación significativa, este excepcionalismo cortocircuita las tareas de identificación del terreno político compartido que Du Bois consideraba necesario.

Por otra parte, el orden mundial contemporáneo ha cambiado radicalmente desde la época de Du Bois. A lo largo del siglo XX, los intelectuales y movimientos sociales negros forjaron alianzas con movimientos de liberación nacional. Las entidades políticas resultantes se organizan ahora en Estados, muchos de ellos dirigidos por gobiernos autoritarios. Prestar atención a la desigualdad y las jerarquías que estructuran las relaciones interestatales y sitúan a Estados Unidos en la cúspide del poder mundial es una parte necesaria de cualquier antiimperialismo contemporáneo. Además, los internacionalistas con base en Estados Unidos deben situar en el centro de su agenda el análisis y la crítica de la política exterior estadounidense. Pero esta perspectiva debe evitar caer en la trampa de defender involuntariamente regímenes represivos y violentos y reducir el antiimperialismo a la no intervención. Las recientes declaraciones sobre la

guerra civil etíope de la Alianza Negra por la Paz, en las que se advierte de la posibilidad de una intervención de Estados Unidos y la OTAN siguiendo el modelo de Libia, por ejemplo, desvían nuestra atención de los verdaderos proveedores de violencia sobre el terreno —el gobierno etíope y sus aliados— y permiten que el Estado se disfrace de víctima de la agresión «occidental».

Este ha sido un reto recurrente para los internacionalistas negros. En su época, Du Bois respaldó el imperialismo japonés como contrapunto a la supremacía blanca mundial y defendió la soberanía de Liberia al tiempo que eludía la dominación de los liberianos autóctonos por los americoliberianos, los descendientes de antiguos esclavos en Estados Unidos que emigraron y fundaron el Estado de Liberia. Más tarde, activistas del Poder Negro como Carmichael hicieron apología de los regímenes autoritarios en defensa de la soberanía poscolonial. El desarrollo de vínculos significativos y horizontales entre personas y entre movimientos puede contrarrestar esta tendencia.

Por último, el reto de Du Bois de identificar o crear instituciones apropiadas para fomentar la conciencia internacionalista y la solidaridad sigue siendo un dilema acuciante. El declive de las instituciones negras, especialmente de la prensa negra independiente, ha reducido una esfera contrapública antaño vibrante en la que los activistas y escritores negros desarrollaban y difundían críticas a la supremacía blanca global. Además, aún no se han creado las instituciones necesarias para construir una coalición nacional anti-imperial de gran alcance y para mantener las solidaridades transnacionales entre los activistas de Estados Unidos y sus homólogos de todo el mundo.

Estos retos solo pueden abordarse y superarse en el contexto de las luchas y prácticas políticas. Las movilizaciones masivas mundiales tras el asesinato de George Floyd en 2020, y el resurgimiento de la historia de décadas de solidaridad negra con Palestina a principios de 2021, ilustraron cómo las experiencias coincidentes de violencia estatal han creado bases materiales para nuevas solidaridades. La profundización de estas conexiones podría dar lugar a innovaciones analíticas, institucionales y políticas que reaviven la tradición del internacionalismo negro en el presente.

MULTIPOLARIDAD

1

Kavita Krishnan

La multipolaridad es hoy la brújula que orienta la visión de la izquierda de las relaciones internacionales. Todas las corrientes de la izquierda, en la India y todo el mundo, abogan desde hace tiempo por un mundo multipolar, en lugar del unipolar dominado por el imperialismo estadounidense. Al mismo tiempo, la multipolaridad se ha convertido en la piedra angular del lenguaje compartido de los fascismos y autoritarismos globales. Es un grito de guerra de los déspotas, que sirve para disfrazar de guerra contra el imperialismo su ofensiva contra la democracia.

El enmascaramiento y la legitimación del despotismo a través de la multipolaridad se ven reforzados por el respaldo rotundo que la izquierda global le presta, celebrándola como una democratización antiimperialista de las relaciones internacionales. Al enmarcar las confrontaciones políticas dentro de los Estados nación, o entre ellos, en un juego de suma cero entre respaldar la multipolaridad o la unipolaridad, la izquierda perpetúa una ficción que incluso en su momento menos innoble era engañosa e inexacta. Ahora es manifiestamente peligrosa, y sirve únicamente como instrumento narrativo y dramático a favor del prestigio de autoritarios y fascistas.

Las consecuencias desafortunadas del compromiso de la izquierda con una multipolaridad despojada de valores se ven muy crudamente ilustradas en su respuesta a la invasión rusa de Ucrania. La izquierda global, incluida la de la India, ha legitimado y amplificado en diversos grados el discurso fascista ruso, amparando la invasión como un desafío multipolar al imperialismo unipolar liderado por Estados Unidos.

LA LIBERTAD DE SER FASCISTA

El 30 de septiembre de 2022, mientras anunciaba la anexión ilegal de cuatro provincias ucranianas, el presidente ruso Vladímir Putin explicó lo que significaban la multipolaridad y la democracia en su marco ideológico. Putin definía la multipolaridad como la liberación de la pretensión de las élites occidentales de asentar como universales sus propios valores «degenerados» de democracia y derechos humanos; valores «ajenos» a la inmensa mayoría de la gente en Occidente y otros lugares. Su estratagema retórica consistía en aseverar que la noción de un orden basado en reglas, democracia y justicia no es más que una imposición ideológica e imperialista de Occidente, que en ella encuentra un pretexto para violentar la soberanía de otras naciones.

Viendo a Putin jugar con la indignación legítima por la larga lista de crímenes de los países occidentales (el colonialismo, el imperialismo, las invasiones, las ocupaciones, los genocidios, los golpes de Estado), era fácil olvidar que el suyo no era un discurso que exigiera justicia, reparaciones o el fin de tales crímenes. De hecho, su afirmación del hecho evidente de que los gobiernos occidentales no tenían «ningún derecho moral a opinar, siquiera a pronunciar una palabra sobre la democracia» eliminaba mañosamente a la gente de la ecuación. La gente de las naciones colonizadas ha luchado, y continúa luchando, por la libertad. Los pueblos de las naciones imperialistas salen a las calles a demandar democracia y justicia y combatir el racismo, las guerras, las invasiones, las ocupaciones cometidas por sus propios gobiernos. Pero Putin no mostraba su apoyo a esta gente. Antes bien, animaba a las fuerzas de «ideas afines» en todo el mundo (movimientos políticos de extrema derecha, supremacistas blancos, racistas, antifeministas, homófobos, tránsfobos) a apoyar la invasión como parte de un proyecto ventajoso para ellos: derrocar la «hegemonía unipolar» de los valores universales de la democracia y los derechos humanos y «obtener la verdadera libertad: una perspectiva histórica».

Putin utiliza una «perspectiva histórica» de su propia elección para apoyar una versión supremacista de un «país-civilización» ruso en el que las leyes deshumanizan a las personas LGTB y donde las referencias a acontecimientos históricos se criminalizan en nombre del «fortalecimiento de la soberanía [de Rusia]». Proclama la libertad de Rusia para negar y oponerse a las normas democráticas y las leyes internacionales definidas «universalmente» por

organismos como las Naciones Unidas. El proyecto de «integración eurasiática» que Putin maneja como un desafío multipolar a la Unión Europea «imperialista» y a la unipolaridad occidental solo puede entenderse correctamente como parte de un plan ideológico y político explícitamente antidemocrático. (Otra cosa es que la apariencia de la competición entre Estados Unidos y Rusia como grandes potencias se complique aquí por el proyecto político compartido representado por Trump en Estados Unidos y Putin en Rusia).

UN LENGUAJE COMPARTIDO

El lenguaje de la multipolaridad y el antiimperialismo también halla resonancia en el totalitarismo hipernacionalista chino. Una declaración conjunta de Putin y Xi Jinping en febrero, poco antes de que Rusia invadiera Ucrania, expresaba su rechazo compartido a los estándares universalmente aceptados de democracia y derechos humanos, a favor de definiciones de estos términos acogidas al relativismo cultural: «Una nación puede elegir las formas y métodos de implementación de la democracia que mejor se adapten a sus [...] tradiciones y características culturales singulares [...] Solo corresponde al pueblo del país decidir si su Estado debe ser democrático». A partir de esta idea, se elogiaban «los esfuerzos realizados por la parte rusa en pos de establecer un sistema multipolar justo de relaciones internacionales».

Para Xi, los «valores universales de libertad, democracia y derechos humanos» fueron fulcros de «la desintegración de la Unión Soviética, los cambios drásticos en Europa del Este, las revoluciones de colores y las primaveras árabes, todo ello causado por la intervención de Estados Unidos y Occidente». Cualquier movimiento popular que exija derechos humanos y democracia es tratado como una imperialista revolución de color, inherentemente ilegítima.

La demanda de una democracia acogida a los criterios universales planteada por el movimiento panchino contra la represión en nombre del cero-covid resalta a la luz del relativismo cultural que el Gobierno chino promueve. Un Libro Blanco de 2021 sobre la concepción china de la democracia, la libertad y los derechos humanos definía estos últimos como «felicidad» resultante del bienestar y los beneficios, no como protección contra el poder gubernamental desenfrenado. En

él se omite clamorosamente el derecho a cuestionar al Gobierno, disentir u organizarse libremente. Definir la «democracia con características chinas» como «buen gobierno» y los derechos humanos como «felicidad» permite a Xi justificar la represión de los musulmanes uigures. Sostiene que los campos de concentración para «reeducar» a estas minorías y remodelar su práctica del islam para hacerlo «de orientación china» ha proporcionado «buen gobierno» y una mayor «felicidad».

Incluso entre los líderes del supremacismo hindú en la India se advierten poderosas reverberaciones del discurso fascista y autoritario de un «mundo multipolar», en el que las potencias civilizadoras se alzarán nuevamente para reafirmar su antigua gloria imperialista, y la hegemonía de la democracia liberal dará paso al nacionalismo de derecha. Mohan Bhagwat, jefe del Rashtriya Swayamsevak Singh —una organización paramilitar india de extrema derecha—, dice con admiración que «en un mundo multipolar» que desafía a Estados Unidos, «China se ha levantado. No le preocupa lo que el mundo piense al respecto. Persigue su objetivo [... recuperando] el expansionismo de sus emperadores antiguos». Del mismo modo, «en el mundo multipolar, Rusia también juega su juego y trata de progresar reprimiendo a Occidente». El primer ministro Narendra Modi también ataca repetidamente a los defensores de los derechos humanos como antiindios, incluso cuando declara que la India es «la madre de la democracia». Esto se hace posible si se contempla la democracia india, no a través de un prisma occidental, sino como parte de su «ethos civilizatorio». Una nota distribuida por el Gobierno vincula la democracia de la India con la «cultura y civilización hindúes», la «teoría política hindú», el «Estado hindú» y los (a menudo reaccionarios) consejos de castas tradicionales, que imponen jerarquías de casta y género. Tales ideas reflejan asimismo los intentos de incorporar a los supremacistas hindúes a una red global de fuerzas autoritarias y de extrema derecha. El ideólogo fascista ruso Aleksandr Dugin —al igual que Putin— proclama que «la multipolaridad [...] aboga por el retorno a los fundamentos civilizatorios de cada civilización no occidental [y el rechazo de] la democracia liberal y la ideología de los derechos humanos».

La influencia es bidireccional. Dugin aprueba la jerarquía de castas como un modelo social. Incorporando directamente los valores brahmánicos de las Leyes de Manu al fascismo internacional, ve el «orden actual de las cosas», representado por «derechos humanos, antijerarquía y corrección política», como «Kaliyuga»: una calamidad que trae consigo la mezcla de castas —mestizaje provocado a su vez por la libertad de las mujeres, también un aspecto calamitoso

del Kaliyuga, la «era de riña e hipocresía» que aparece en las escrituras hindúes — y el desmantelamiento de la jerarquía. El intelectual ruso ha descrito el éxito electoral de Modi como una victoria de la «multipolaridad», feliz proclamación de «valores indios» y derrota de la hegemonía de la «ideología de la democracia liberal y los derechos humanos». Sin embargo, la izquierda continúa usando la «multipolaridad» sin delatar la más mínima conciencia de cómo los fascistas y los autoritarios expresan en el mismo lenguaje sus propios objetivos.

CUANDO LA IZQUIERDA SE ENCUENTRA CON LA DERECHA

El discurso de Putin sobre la «multipolaridad» está pensado para resonar en la izquierda global. Su reconfortante familiaridad parece impedir que la izquierda, que siempre ha hecho un excelente trabajo poniendo al descubierto las mentiras que sustentaban las pretensiones de «salvar la democracia» de los belicistas imperialistas estadounidenses, aplique la misma lente crítica a la retórica anticolonial y antiimperialista de Putin.

Es extraño que la izquierda haya hecho suyo el lenguaje de la polaridad, discurso que pertenece a la escuela realista en las relaciones internacionales. El realismo político ve el orden global en términos de competencia entre los objetivos de política exterior —que se supone que reflejan «intereses nacionales» objetivos— de un puñado de polos. Y es fundamentalmente incompatible con la visión marxista que se basa en comprender que el «interés nacional», lejos de ser un hecho objetivo y neutral en cuanto a valores, se define subjetivamente por el «carácter político (y por lo tanto moral) de los estratos de liderazgo que dan forma a decisiones de política exterior, y las toman».2 Así, por ejemplo, Vijay Prashad, uno de los entusiastas y defensores de la multipolaridad más prominentes de la izquierda global, observa con aprobación que «Rusia y China buscan soberanía, no poder global». No menciona Prashad cómo estos poderes interpretan la soberanía como desentendimiento de la rendición de cuentas ante los estándares universales de democracia, derechos humanos e igualdad.

Un ensayo reciente del secretario general del Partido Comunista de la India (marxista-leninista), Dipankar Bhattacharya, presenta problemas similares: explica la decisión del partido de equilibrar la solidaridad con Ucrania con su

preferencia por la multipolaridad y su prioridad nacional de resistir al fascismo en la India. (Disclosure: yo he sido activista del PCI [m-l] durante tres décadas y miembro de su politburó, pero abandoné el partido a principios del año pasado, debido a diferencias, que alcanzaron un punto crítico, referentes a la tibia solidaridad de la formación con Ucrania). La formulación de Bhattacharya es que, «independientemente de la configuración interna de las potencias globales competidoras, un mundo multipolar es ciertamente más ventajoso para las fuerzas y movimientos progresistas de todo el mundo en su búsqueda de revertir las políticas neoliberales; de la transformación social y el avance político». En otras palabras, el PCI (m-l) da la bienvenida al alzamiento de las grandes potencias no occidentales incluso si son internamente fascistas o autoritarias, porque cree que ofrecerán un desafío multipolar a la unipolaridad estadounidense. Semejante formulación no ofrece resistencia alguna a los proyectos fascistas y autoritarios que se describen a sí mismos como campeones de la multipolaridad imperialista. De hecho, los arroja con una capa de legitimación.

Bhattacharya percibe el apoyo incondicional a la resistencia ucraniana como difícil de conciliar con la «prioridad nacional» de «luchar contra el fascismo en la India». La idea de que los deberes de solidaridad internacional de la izquierda deban posponerse en favor de lo que se percibe como prioridad nacional es un caso de marxismo internacionalista enturbiado por el concepto realista de interés nacional, aplicado esta vez no solo a los Estados nación, sino a los propios partidos nacionales de izquierda. Pero ¿cómo puede estar reñida la solidaridad incondicional con Ucrania contra una invasión fascista con la lucha contra el fascismo en la India?

El razonamiento de Bhattacharya es forzado, sesgado y retorcido. Toma un desvío desconcertante hacia la necesidad de que los movimientos comunistas tengan cuidado con el peligro de «priorizar lo internacional a expensas de la situación nacional». Bhattacharya atribuye incorrectamente el error del Partido Comunista de la India en 1942 de mantenerse al margen del movimiento Quit India a que priorizó su compromiso internacional con la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial sobre el nacional de derrocar al colonialismo británico, entonces un aliado en la guerra contra el fascismo. El único propósito plausible de este desvío parece ser hacer una analogía con la situación actual de la izquierda india frente a la invasión de Ucrania. Dado que la principal alianza exterior del régimen de Narendra Modi es con el Occidente liderado por Estados Unidos, se sugiere que la lucha contra el fascismo de Modi se debilitaría si

Rusia, un rival multipolar de Estados Unidos, fuera derrotado por la resistencia ucraniana. Este cálculo retorcido oscurece el simple hecho de que una derrota de la invasión fascista de Putin en Ucrania envalentonaría a quienes combaten por la derrota del fascismo de Modi en la India. Del mismo modo, una victoria de las personas que resisten la tiranía mayoritarista de Xi inspiraría a quienes resisten la tiranía mayoritarista de Modi en la India.

En palabras de Martin Luther King, «la injusticia en cualquier parte es una amenaza para la justicia en todas partes». Debilitamos nuestras propias luchas democráticas cuando elegimos ver las luchas de los demás a través de una lente campista distorsionadora. La nuestra no es una elección de suma cero entre unipolaridad y multipolaridad. En cada situación, nuestras opciones son claras: podemos apoyar la resistencia y la supervivencia de los oprimidos o preocuparnos por la supervivencia del opresor. Cuando la izquierda asume el deber de apoyar la supervivencia de los regímenes multipolares (Rusia, China y, para cierta izquierda, incluso Irán), incumple su deber real de apoyar a aquellas personas que luchan por sobrevivir al genocidio de estos regímenes. Cualquier beneficio que Estados Unidos pueda obtener de su apoyo material o militar a tales luchas es menos importante que el beneficio de la supervivencia de personas que de otro modo se abocarían al genocidio. Haríamos bien el recordar que el apoyo material y militar de Estados Unidos a la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial contribuyó a la derrota de la Alemania nazi.

Los regímenes tiránicos interpretan el apoyo a quienes se resisten a ellos como una «interferencia» extranjera o imperialista en su «soberanía». Si nosotros, en la izquierda, hacemos lo mismo, serviremos como facilitadores y apologetas de tales tiranías. Quienes están inmersos en combates a vida o muerte necesitan que respetemos su autonomía y soberanía para decidir qué tipo de apoyo moral, material, militar, exigen, aceptan o rechazan. La brújula moral de la izquierda global e india necesita un reinicio urgente que corrija el curso catastrófico que le ha hecho hablar el mismo idioma que los tiranos.

NACIONES UNIDAS

1

Branko Milanovic

Los cierres anuales de la Asamblea General de las Naciones Unidas nunca decepcionan. Año tras año, siempre acuden más jefes de Estado y de Gobierno que nunca. Todas las delegaciones pronuncian un discurso con vocación de grandilocuencia —para la mayoría, en todo caso, limitado a quince minutos—. El tráfico de Nueva York es intenso, con los delegados desplazándose entre hoteles y restaurantes. El ir y venir continúa. La ONU parece bastante viva.

Pero en los dos mayores desafíos de nuestro planeta —por un lado, una guerra que supera los dos años de duración entre dos países con una población combinada de 200 millones de habitantes, uno de los cuales posee el mayor arsenal de armas nucleares y amenaza con utilizarlo; por el otro, un conflicto entre otra potencia nuclear (no declarada) y un pueblo cuyo estatus es todavía incierto, a pesar de que sus representantes tienen un asiento en Nueva York—, la ONU se ha limitado a ser una mera espectadora.

Al secretario general de la ONU, António Guterres, se le ha escuchado poco. Sobre el asunto más importante para el que se crearon la Sociedad de Naciones y, posteriormente, las Naciones Unidas —el mantenimiento de la paz mundial—, no tiene nada que decir más que tópicos. Se las ha arreglado, demasiado tarde en el conflicto, para viajar a Kiev y a Moscú. Y ha aparecido también brevemente en Gaza. Eso es todo.

Muchos sostienen que el secretario general y la secretaría se ven obstaculizados por las grandes potencias. Los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad pueden vetar cualquier decisión que no les guste. Esto es cierto. Pero el secretario general tiene capacidad de acción. Tiene autoridad moral, si decide utilizarla.

Con independencia de las grandes potencias, puede intentar sentar a la mesa a las partes enfrentadas. Puede instalarse en Ginebra, indicar la fecha en la que quiere que las «partes interesadas» envíen a sus delegados, y esperar. Si algunos no se presentan, o le ignoran, al menos sabremos quién quiere continuar la guerra y quién no. Es el único actor no estatal del mundo con este tipo de autoridad moral. Técnicamente, el mundo le ha confiado la tarea de preservar la paz, o al menos el intento de preservarla. Parece haber fracasado de modo singular.

Sin embargo, no es solo culpa de Guterres. Los orígenes del reciente declive de la ONU se remontan a treinta años atrás, al final de la Guerra Fría. Hay tres factores que han hecho que la ONU actual sea posiblemente peor que la extinta Sociedad de Naciones.

VULNERACIÓN MANIFIESTA

El primer factor es que, tras el final de la Guerra Fría, Estados Unidos, al encontrarse en una posición de hiperpotencia, no quiso verse trabado por ninguna norma mundial innecesaria. No se crearon nuevas organizaciones regionales —y mucho menos mundiales—, salvo el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo, más bien intrascendente. Esto contrasta con lo que ocurrió después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, con la fundación de la Sociedad de Naciones y la ONU, respectivamente.

Es más, se violaron abiertamente las normas de la ONU. Tras el final de la Guerra Fría, Estados Unidos y sus aliados han atacado a cinco países en cuatro continentes sin autorización de la ONU: Panamá, Serbia, Afganistán, Irak (en la segunda guerra) y Libia (en el caso de Libia, existía una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, pero su mandato de protección civil se vio superado por el derrocamiento del régimen). Francia y el Reino Unido, miembros también con derecho a veto del Consejo de Seguridad, participaron en la mayoría de estas violaciones de la Carta de la ONU, aunque Francia se negara a ir a la guerra contra Irak. Y Rusia atacó a Georgia y Ucrania —a esta última hasta en dos ocasiones—.

Así pues, estos cuatro miembros permanentes violaron la Carta en ocho ocasiones. Entre los miembros permanentes, China fue el único que no lo hizo.

La ONU, como organización de seguridad colectiva cuyo principal deber es proteger la integridad territorial de sus miembros, ha fracasado en esa función, sencillamente porque la han ignorado los Estados más poderosos.

Estos Estados tienen que ser unánimes en la selección del secretario general, dado su veto individual sobre la recomendación del Consejo de Seguridad a la Asamblea General a tal efecto. Se han confabulado para seleccionar para ese puesto figuras cada vez más semejantes a títeres. Boutros Boutros-Ghali nunca recibió un segundo mandato. Kofi Annan, Ban Ki-moon, y ahora Guterres, fueron mucho más flexibles: simplemente se ausentaron sin permiso cuando estaban en juego asuntos de guerra y paz.

Tal vez nada ilustre mejor —aunque sea en forma de farsa— el tipo de persona que ha llegado a ocupar el puesto de secretario general que el incidente ocurrido en Irak en 2007, cuando estalló una bomba cerca del lugar en el que Ban Ki-moon y el primer ministro iraquí, Nuri al-Maliki, celebraban una conferencia de prensa. Mientras que Maliki no se inmutó por el sonido de la explosión, Ban Ki-moon acabó casi escondido bajo el atril y corrió rápidamente hacia la salida.

A diferencia de Dag Hammarskjöld, que murió mientras intentaba mediar en el conflicto del Congo en 1961, los últimos secretarios generales parecen haber imaginado que su deber consiste sobre todo en ir de un cóctel a otro. No se dan cuenta de que al presentarse a un cargo de este tipo, en el que es necesaria la presencia en zonas de guerra, han aceptado también los riesgos que ello conlleva.

LA PRESIÓN HA DESAPARECIDO

La segunda razón del declive de la ONU y de la organización internacional es ideológica. De acuerdo con las ideologías del neoliberalismo y del «fin de la historia» que tanto dominaron los años noventa y la primera década del siglo XXI, ocuparse de la paz y la seguridad mundiales ya no era la tarea más urgente de la ONU. Ayudados por la proliferación de organizaciones no gubernamentales (y falsas ONG), los nuevos ideólogos ampliaron la misión de la ONU a muchas cuestiones subsidiarias en las que nunca debería haberse involucrado, sino que las dejaron en manos de otros organismos gubernamentales y no

gubernamentales.

Muchos de estos nuevos mandatos carecen totalmente de sentido. A mí me pidieron que asesorase sobre el Objetivo de Desarrollo Sostenible número diez, la reducción de la desigualdad. No hice tal cosa. Pensé que no tenía sentido, que era imposible de supervisar y que consistía en piadosos deseos, muchos de ellos mutuamente contradictorios, algo de lo que puede convencerse fácilmente cualquiera que lea los diez objetivos sobre desigualdad.

La tercera razón, relacionada con la anterior, es la financiera. A medida que el mandato de la ONU, el Banco Mundial y otras instituciones internacionales se ampliaba para incluir prácticamente todo lo imaginable, se hizo evidente que eran insuficiente los recursos proporcionados por los gobiernos. Aquí se encontraron las ONG y los multimillonarios y donantes del sector privado. En una serie de acciones impensables cuando se creó la ONU, los intereses privados se infiltraron, sencillamente, en las organizaciones creadas por los estados y comenzaron a dictar el nuevo orden del día.

Yo lo vi de primera mano en el departamento de investigación del Banco Mundial, cuando la Fundación Gates y otros donantes empezaron de repente a decidir las prioridades y a llevarlas a la práctica. Tal vez sus objetivos como tales sean loables, pero deberían haber procedido a realizarlos de forma independiente. Hacer que una organización interestatal dependa de los caprichos de los multimillonarios es como subcontratar la educación pública a la lista Fortune 500 de las empresas más ricas de los Estados Unidos.

Esto tuvo otro efecto negativo. Los investigadores o economistas nacionales de instituciones como el Banco Mundial pasaban la mayor parte de su tiempo persiguiendo donantes privados. Ser eficaces en la recaudación de fondos les otorgaba una base de poder dentro de la institución. En este caso, en lugar de ser buenos investigadores o buenos economistas de país, se convirtieron en gestores de fondos que luego contrataban a investigadores externos para que hicieran su trabajo principal. Se desvaneció el conocimiento institucional que existía. La única institución internacional, que yo sepa, que no ha sucumbido a esta demoledora tendencia interna es el Fondo Monetario Internacional.

Así es como entró en decadencia todo el sistema de la ONU. Así acabamos en una posición en la que el jefe de la única institución internacional creada por la humanidad cuyo papel consiste en la preservación de la paz mundial se ha

convertido en un mero espectador, con tanta influencia en asuntos de guerra y paz como cualquier otro de los 7.700 millones de habitantes de nuestro planeta.

REALISMO

Matthew Specter

«Realismo» es uno de los términos más importantes, pero también confusos y malentendidos, en el estudio de la política global. Para responder a la pregunta sobre cuál es el valor del realismo para una teoría y práctica de política global para la izquierda progresista, debemos atravesar primero un entramado confuso de posibles definiciones. Gran parte del desconcierto proviene de la creencia de que el realismo es sinónimo de pragmatismo, oportunismo, engaño maquiavélico o el cálculo amoral de la Realpolitik¹. No se trata de ninguno. De hecho, el realismo se entiende mejor como tres dominios separados pero superpuestos de pensamiento y acción: una tradición académica y teórica; una cosmovisión amplia con una larga historia en el pensamiento occidental; y un habitus, o conjunto de prácticas, de política exterior. Si bien ningún actor político serio desearía rechazar un punto de vista «realista» sobre asuntos globales, lo que cuenta como realista, factible o altamente improbable depende, obviamente, del equilibrio específico de fuerzas y oportunidades relativo a una coyuntura histórica. ¿Puede una visión del mundo abarcar todas las contingencias de la historia humana global? ¿Puede un paradigma teórico ofrecer predicciones confiables para todos los fenómenos diversos que vinculan al Estado, la sociedad civil y la economía en nuestro mundo interconectado y en rápida evolución? ¿Puede un conjunto de actitudes hacia la ética política y la elección prudente resultar suficiente para guiarnos a través de las placas tectónicas cambiantes que dividen naciones y regiones, así como los dilemas de acción colectiva que nos unen, en las décadas de 2020 y 2030? Aunque el realismo tiene algunas afinidades superficiales con las críticas marxistas y otras provenientes de la izquierda al orden liberal internacional, presenta un conjunto de debilidades teóricas, abrumado por la Historia, e incompatible con la mayoría de los valores y objetivos a los que podría aspirar una izquierda internacionalista progresista. En un momento de peligros sin precedentes para el planeta, y de amenazas familiares pero metastatizantes de la extrema derecha posfascista y neofascista,

el realismo ofrece solo recursos modestos para articular una estrategia y respuesta.

Realistas y progresistas se muestran ambos escépticos frente al llamado orden liberal internacional basado en reglas. Las «guerras interminables» en Oriente Medio y una fallida «guerra global contra el terrorismo» llevaron a una coalición de izquierdistas y realistas conservadores a unirse bajo la bandera de la «contención»². Van Jackson ve esa contención como una expresión de «antihegemonismo», uno de los tres principales paradigmas intelectuales que subyacen a los debates progresistas sobre la estrategia global de Estados Unidos³. Muchos de los antihegemonistas apoyan una estrategia global de contención. Pero, como ha argumentado Dan Nexon, hay un precio que pagar por el antihegemonismo⁴. La guerra en Ucrania ha mostrado los riesgos de abandonar a aliados democráticos como Ucrania o Taiwán a la depredación imperial autoritaria, y ha causado divisiones en el principal grupo de expertos asociado con la contención.⁵ Si nos importa la autodeterminación, una brújula moral que una vez guio el apoyo de la izquierda occidental a los movimientos de liberación nacional en el Sur Global (incluida la causa palestina hoy, que considero moralmente distinta de Hamás, y no representada por este), entonces la contención tiene un alto precio. El escepticismo sobre las intervenciones occidentales en nombre de la humanidad o los derechos humanos ha socavado el atractivo de proyectos cosmopolitas e inspirado a schmittianos de izquierda como Chantal Mouffe a abrazar la multipolaridad liderada por la hegemonía regional como el mal menor.⁶ La frustración con el imperialismo estadounidense no debería llevarnos a abrazar la política de equilibrio de poder como la mejor opción a la que podemos aspirar.

La actual crisis en Israel/Palestina ofrece lecciones ejemplares para los progresistas que están «interesados en el realismo». La frialdad de la racionalidad fetichizada por los realistas no puede explicar el castigo colectivo que Israel ha infligido al pueblo de Gaza. Un público israelí emocionalmente traumatizado ha permitido que su dolor sea instrumentalizado por una lógica realista de restablecer la «disuasión». Pero la seguridad sin un acuerdo político, ya sea dos Estados para dos pueblos o un Estado para dos pueblos, no es más que una ilusión. Tanto Hamás como Netanyahu creen que el único lenguaje que comprende el «enemigo» es la violencia sin atenuantes. Ambos sucumben a fantasías suicidas en nombre de un realismo desprovisto de sentimentalismo.

La disciplina de las Relaciones Internacionales (IR, por sus siglas en inglés) se

enfrenta hoy a signos de agotamiento en torno a las «guerras de paradigmas» en general, y del realismo como «gran teoría» en particular⁷. Mientras sus enemigos académicos se regocijan describiendo el realismo como un «paradigma de investigación en decadencia», sus partidarios perciben señales de renovación. De hecho, eventos recientes en Europa, como la invasión rusa de Ucrania en 2022, y la guerra aún en curso, han llevado a muchos analistas occidentales a hablar del fin del «fin de la Historia», un despertar de los sueños liberales sobre un mundo unido por el *doux commerce*, el «retorno» de la geopolítica pragmática y la «gran rivalidad de poderes», y esto ha dado mayor credibilidad al énfasis tradicional del realismo en la política de poder y la guerra como el último recurso en los asuntos internacionales.⁸ Por otro lado, uno de sus representantes más visibles, John Mearsheimer de la Universidad de Chicago, se convirtió en objeto de críticas, con lo que muchos progresistas consideraron una actitud de defensa respecto a la invasión de Ucrania por parte de Rusia⁹. Sin embargo, la insistencia de Mearsheimer, que comenzó con un famoso artículo en 2014 y ha afirmado desde entonces, de que en última instancia la agresión de Rusia contra Ucrania (tanto en 2014 como en 2022) fue «culpa del Occidente». El verdadero rubicón se cruzó mucho antes, en 2008, cuando George Bush anunció la expresa voluntad de Estados Unidos de admitir a Ucrania y Georgia en la OTAN.¹⁰ No todos los progresistas se mostraron en desacuerdo con este análisis: las credenciales de Mearsheimer como crítico de la arrogancia de la hegemonía estadounidense en general, y la guerra de Irak en particular, lo convirtieron en un aliado plausible. Además, algunos izquierdistas se sintieron atraídos por la narrativa familiar de que Estados Unidos era el principal culpable en una «nueva Guerra Fría» contra la Federación Rusa, tal como lo había sido en la Guerra Fría original (según argumentaban los «revisionistas» de la Guerra Fría inspirados por la Nueva Izquierda). La bienvenida dada a Zelenski por el Congreso de Estados Unidos, y las banderas y pines azules y amarillos que comenzaron a brotar en el paisaje político de Estados Unidos, se convirtieron en un síntoma hortera de fiebre de guerra. ¿Qué ventaja podría surgir de renovar la misión del internacionalismo liberal de defender «democracias» contra «autocracias»? La solidaridad con Ucrania daba sospechosamente la impresión de estimular la primacía estadounidense, que llegaba algunos meses después de la humillante salida fallida de Estados Unidos de Afganistán en 2021.¹¹

Sin embargo, aunque ciertas partes de la izquierda mostraban cierta simpatía hacia los realistas, la amplia resonancia emocional de la causa ucraniana estaba causando un verdadero daño a la «marca» realista en el mercado de ideas. La disposición de Mearsheimer a desempeñar el papel de consejero del primer

ministro húngaro, Viktor Orbán, parecía la reducción al absurdo del desprecio realista por los valores democráticos¹². Las respuestas desde el campo realista fueron variadas. Algunos argumentaron que los realismos clásico y neoclásico estaban mejor equipados que la versión de Mearsheimer para incorporar factores ideacionales y psicológicos que podrían explicar el comportamiento de Putin sin caer en el determinismo geopolítico¹³. Otros realistas recordaron a los escépticos que un análisis realista del desequilibrio en el poder material entre la Federación Rusa y Ucrania no auguraba nada bueno para Ucrania, pero que aun así ese pesimismo relativo respecto a la victoria final no impedía armar a Ucrania en defensa propia¹⁴.

Aunque Ucrania elevó la temperatura en torno al realismo como guía para el análisis y la prescripción en política exterior, la crisis del paradigma académico precede en mucho tiempo al debate sobre la solidaridad occidental con Ucrania. A continuación, describo y critico las estrategias divergentes que han surgido para renovarlo. Gran parte de la historia intelectual de las Relaciones Internacionales ha consistido en un debate sobre los méritos del realismo. Dentro de este espacio, se han sucedido debates intensos y pocos puntos de consenso entre los realistas clásicos, los realistas estructurales, también conocidos como neorrealistas, y los realistas neoclásicos, así como las ramas del neorrealismo que incluyen a los realistas ofensivos y a los realistas defensivos. En un artículo de 2008, William Wohlforth y Jack Donnelly argumentaron que el realismo se ha desarrollado a lo largo de cuatro generaciones: una generación de entreguerras o de tiempo de guerra (E. H. Carr y Reinhold Niebuhr); una generación de posguerra (Hans Morgenthau, George Kennan y Raymond Aron); una generación de distensión (Kenneth Waltz, Stephen Krasner y Robert Gilpin); y una generación de la posguerra fría (John Mearsheimer, Steven Walt, Randall Schweller y Charles Glaser).¹⁵ Las diferencias generacionales son relevantes. Para los realistas estructurales (también conocidos como neorrealistas) como Waltz (1979), la tradición clásica realista de Morgenthau, entre otros, se basaba demasiado en una teoría de la naturaleza humana —la voluntad de dominar— y menos en los imperativos estructurales del sistema internacional. Además, los realistas neoclásicos aspiraban a una ciencia predictiva alineada con un ideal positivista, mientras que las figuras clásicas estaban más sintonizadas con la contingencia histórica y el papel de los estadistas individuales a la hora de dar forma a los resultados.¹⁶

Wohlforth y Donnelly siguen una estrategia de doble vía para «salvar al realismo» de lo que muchos ven como una crisis paradigmática kuhniana clásica

que podríamos describir como un repliegue táctico. La crítica de que el realismo es un programa de investigación «en decadencia»¹⁷ representa una ilusión óptica que resulta de la concepción errónea de que el realismo «tiene que reducirse a una teoría única, internamente consistente y lógicamente coherente, es la raíz del mayor malentendido»¹⁸. El realismo debe abandonar las pretensiones de autosuficiencia teórica y convertirse en un aliado más colaborativo en la construcción de teorías intermedias: «[L]os mitos de un realismo monolítico y universalmente válido, mitos propagados con la connivencia dispuesta de muchos autodenominados realistas», deberían dar paso a un papel más «modesto» para la teoría, y al reconocimiento del valor de «integrar argumentos y variables desde tradiciones teóricas diferentes» como la «[notablemente exitosa] fertilización cruzada de ideas y conjeturas entre los realistas neoclásicos y los constructivistas»¹⁹. Como escribió Donnelly unos años antes, «Kenneth Waltz escribió una vez que el realismo nos dice “pocas cosas grandes e importantes”» (1986, p. 329). Si los realistas, y el propio Waltz, fueran siempre tan modestos, la disciplina, especialmente en Estados Unidos, estaría en mejor condición, ya que «El realismo simplemente no logra explicar... la gran mayoría de lo que sucede en las relaciones [internacionales]».²⁰ Las teorías puramente estructurales no nos llevan «muy lejos»: «Las predicciones basadas únicamente en la anarquía y la polaridad son tan indeterminadas que rara vez tienen un valor significativo».²¹ Donnelly identifica un compromiso entre la «parsimonia» de un paradigma que describe estructuras de sistema «universales» pero depende de variables de proceso «locales» para explicar los resultados.²² Los realistas «fuertes» se adhieren al polo universal y sacrifican valor explicativo, mientras que los realistas «débiles» o «matizados» admiten más variables con el resultado de que, «[e]n algún momento, las ‘coberturas’ (no realistas) superan al ‘núcleo’ (realista)»²³. Es así como los realistas académicos se encuentran en una encrucijada doble.

Wohlforth y Donnelly desarrollan una solución ingeniosa para esta encrucijada: alejarse para poder adoptar un nivel más alto de abstracción, una tradición occidental «fundacional». «Las definiciones de realismo varían considerablemente en sus detalles, pero revelan un sorprendente parecido familiar. Los realistas tienden a converger en torno a cuatro proposiciones centrales», que ellos llaman partidismo, egoísmo, anarquía y política de poder:

Si crees que el mundo generalmente funciona según estas cuatro reglas [...] vale

la pena centrarse en los grupos más poderosos (es decir, los más ricos en recursos e influyentes) en cualquier momento dado; que el interés colectivo del grupo, sea cual sea su definición, será central para su política y, por lo tanto, analíticamente conviene mostrarse escéptico con los objetivos profesados de la política exterior que no sean los intereses del Estado y que la necesidad, tal como el interés del grupo la define, prevalecerá sobre cualquier moralidad supuestamente universal y, por lo tanto, conviene mirar más allá de la retórica hacia las realidades de poder que los realistas esperan que casi siempre subyazcan a la política.²⁴

Aunque cada generación de teóricos realistas ha intentado convertir estas corazonadas en hipótesis, modelos o leyes, de acuerdo con el compromiso relativo con un modelo positivista de ciencia, o ha evitado por completo predicciones tipo ley, el realismo resurge, como el Fénix, de sus cenizas académicas, como un conjunto de actitudes básicas hacia la política. El realismo político así entendido no se limita al ámbito de los asuntos internacionales. Pero identificar tradiciones a menudo es tan inventivo como resurreccionista. Como ha escrito Nicholas Guilhot, la construcción de una tradición ininterrumpida, acumulativa y consistente que anclara el realismo moderno de mediados del siglo XX de Morgenthau a Tucídides, Agustín, Maquiavelo y Hobbes «reclutó» a pensadores como precursores o pioneros de una tradición realista, incluso si algunos de estos autores nunca habían sido considerados «realistas» hasta entonces.²⁵ Sin embargo, los partidarios de un realismo de larga duración pueden identificar correctamente virtudes como la prudencia como un leitmotiv de la tradición. Como explica Richard Beardsworth, la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles informa la ética política de realistas como Morgenthau y Steven Krasner. La enseñanza de Aristóteles de que «uno debe elegir un fin acorde con sus medios», en lugar de subordinar los medios políticos a fines morales, resuena en la observación de Krasner de que «los Estados deben igualar sus compromisos con sus capacidades [...]. Los dos grandes errores en la conducción de la política exterior son hacer demasiado poco o hacer demasiado» (Krasner, 1992, p. 42) y en la observación de Morgenthau de que «el análisis científico tiene la tarea urgente de ajustar los objetivos nacionales a la medida de los recursos disponibles para hacer que su búsqueda sea compatible con la supervivencia nacional (Morgenthau 1971, p. 224)».²⁶

No obstante, la identificación de Wohlforth y Donnelly de una tradición que

comienza con los griegos y termina con Hobbes, que luego se retoma después de la Primera Guerra Mundial, obvia algunas de las fuentes más importantes del realismo a finales del siglo XIX. Mientras que las últimas dos décadas de estudios han establecido que las Relaciones Internacionales «estaban claramente en camino de institucionalizarse como disciplina académica o campo de estudio antes de 1914», ha sido difícil desplazar el «mito» de que las Relaciones Internacionales solo se fundaron en 1919.²⁷ Lo que se perdió con ello fue una percepción de la «estrechez de los vínculos entre las Relaciones Internacionales, el racismo y la administración colonial» y las «preocupaciones sobre la superioridad o no —de los pueblos blancos y la civilización occidental»²⁸. Se dejaron de lado la geopolítica de finales del siglo XIX de Friedrich Ratzel, Alfred Mahan y Halford Mackinder, que respondieron a las presiones de la competencia entre imperios, el darwinismo social y la «sensación de que, a finales del siglo XIX, el sistema internacional se estaba moviendo hacia el cierre» (Lenin, 1975 [1916]; Mackinder 1996 [1904]).²⁹ Los historiadores de las Relaciones Internacionales y la geopolítica clásica vieron lo que los historiadores del realismo no habían visto: sus raíces intelectuales en el siglo XIX tardío. Contrariamente a la opinión común de que el realismo solo adquiere una forma coherente en la década de 1930, el imaginario realista de la «gran rivalidad de poderes» del siglo XX estaba arraigado en una conversación transatlántica que se remonta a la década de 1880 y 1890 sobre la naturaleza y prerrogativas del imperio occidental³⁰.

El esfuerzo por reiniciar el paradigma realista a través de la estrategia dual descrita anteriormente —colaboración y reducción de la teoría, por un lado, reafirmación del antiguo pedigrí filosófico, por otro— puede funcionar para revitalizar las perspectivas académicas del realismo. Pero ¿qué pasa con su valor como guía para una verdadera estrategia de política exterior y toma de decisiones? Los realistas de hoy tienen una evaluación mucho más modesta que los pensadores de principios del siglo XX sobre en qué medida la teoría puede dictar la práctica.

Para el geógrafo alemán Friedrich Ratzel y el historiador naval estadounidense Alfred T. Mahan, el papel de la teoría era grandioso: la geopolítica era una ciencia objetiva que revelaba las leyes naturales que regían el auge y caída de los imperios. Así, el deber del estadista imperial era interiorizar estas regularidades vinculadas por leyes hasta que formaran una especie de «segunda naturaleza» y, de hecho, se naturalizaran como sentido común.³¹ A lo largo de una larga carrera, Hans Morgenthau osciló indeciso entre dos paradigmas, el realismo

como un arte inefable y raramente dominado del juicio irreducible a un racionalismo estricto, y el realismo como una ciencia de regularidades parecidas a leyes. Esto reflejaba una ambivalencia más amplia sobre el racionalismo que la generación de Morgenthau absorbió de los fracasos de la razón para dominar la política en su época³². Morgenthau describió la teoría como un «mapa», uno que podía «mostrar el camino más corto y seguro hacia un objetivo dado». Pero no invirtió sus mapas con la misma certeza predictiva que los geopolíticos lo hicieron con los suyos. El mapa de probabilidades de Morgenthau anticipa un papel igualmente modesto para la teoría en la política exterior en Waltz. En un ensayo de 1996, Waltz reconoció que su teoría no puede explicar completamente acciones específicas de decisión, ni es una guía autosuficiente para la toma de decisiones en política exterior: «Ni los realistas ni nadie más cree que se pueden excluir los factores a nivel de unidad del análisis de política exterior. Mucho se incluye en un análisis; poco se incluye en una teoría». La teoría, concluye, se concibe más bien como un instrumento: «Al usar el instrumento, se necesita toda clase de información, junto con grandes dosis de buen juicio».³³

Con esto podemos regresar a Donnelly y Wohlforth, quienes respaldan la idea de que el realismo se percibe mejor como una actitud o como una cuestión de disposición filosófica adecuada para un arte del juicio que como un compromiso con una teoría «monolítica» o la «desconcertante variedad» de teorías que ha generado. Y esto nos ayuda a entender su atractivo potencial, así como sus fuertes limitaciones, para una izquierda progresista. La actitud prudente que sugiere que los fines deben ajustarse para adaptarse a nuestros medios es una corrección saludable ante la arrogancia mesiánica que caracterizó la política exterior de Estados Unidos durante y después de la Guerra Fría. Pero el realismo autoriza la maximización del poder tan a menudo como la contención. Aquellos que ven la disidencia de Morgenthau en la guerra de Vietnam, o el rechazo de todos los principales realistas a la Guerra de Irak como una prueba concluyente de las credenciales anticolonialistas del realismo pasan por alto un siglo de normalización y apoyo realistas a los imperios estadounidense y occidentales, acompañados de una negligencia hacia la periferia e indiferencia para con la descolonización³⁴. Pero la prudencia en las decisiones difícilmente representa un monopolio de una sola tradición teórica. Además, el énfasis weberiano característico de los realistas en la «ética de la responsabilidad» en oposición a la «ética de la convicción» plantea preguntas: ¿este estadista que es el destinatario de una ética realista se encuentra en el Norte o en el Sur Global, y de quién es ella responsable? Si bien la evaluación prudente de los costes y beneficios probables de un curso de acción dado puede ser útil para adaptar el

comportamiento al statu quo, ¿no ayuda a progresar dentro y más allá de su horizonte?

La rivalidad entre grandes potencias, así como la búsqueda de proyectos de hegemonía regional, seguirán representando una parte importante del panorama global. Pero esta parte no debe sustituir al todo. La gran fortaleza del realismo radica en su sensibilidad hacia la búsqueda de poder e influencia en los asuntos internacionales. Sin embargo, las proyecciones liberales distorsionadas de un planeta completamente pacificado por el capital global no deben llevarnos a proyecciones realistas, igualmente distorsionadas, de enemistad y guerra interminables. Tampoco debería una fetichización a manos de esferas de influencia y determinismo geográfico desviar las prioridades progresistas como la autodeterminación, el antiautoritarismo y los derechos humanos. Andrew Linklater, un teórico de las Relaciones Internacionales influenciado por la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, criticó al realismo por su determinismo excesivo y subestimación de la agencia humana colectiva: su «tesis de inmutabilidad santifica configuraciones históricamente específicas de poder que los débiles pueden resentir y que los fuertes no son impotentes para cambiar».³⁵ Aunque una filosofía de la historia totalmente voluntarista resulta ingenua, la atención desequilibrada del realismo a la estructura, en detrimento de la agencia, está desequilibrada.

El sesgo hacia la estructura también enfatiza lo que Linklater llama «la dimensión horizontal de la rivalidad entre los Estados más poderosos» sobre la «dimensión vertical» de dominación y dependencia, que abarca Estados, clases, sectores económicos y áreas geográficas.³⁶ Al enfatizar las lógicas universales del sistema y «rodear de opacidad» las motivaciones estatales, los realistas asumen que los estados «disfrutan de una considerable autonomía frente a las fuerzas sociales» (Linklater). El materialismo histórico examina esa opacidad. Al abstraer la competencia internacional entre Estados nación de cualquier análisis de la economía política de las relaciones núcleo-periferia, o de la lucha entre capital y trabajo, el realismo «limita» su conocimiento solo al «modo técnico de resolución de problemas», como lo llamó Richard Ashley, otro influyente teórico crítico de las Relaciones Internacionales. Al reificar las contingencias del presente (capitalismo tardío, competencia entre grandes potencias, Estados nación) como el eterno retorno de lo mismo, el realismo «construye sujetos políticos que aceptan distinciones nítidas y políticamente estultificantes entre utopía y realidad (Ashley 1981)»³⁷.

El realismo reclama una mirada objetiva sobre los asuntos globales, pero inevitablemente introduce sus valores de manera subrepticia. Históricamente, los realistas han desconfiado de la democracia, prefiriendo confiar la interpretación de los intereses nacionales a élites aisladas de un demos demasiado emocional.³⁸ La noción de que las lógicas de la competencia internacional de poder son un enigma se presta demasiado fácilmente a los estados de seguridad nacional ansiosos por militarizar y securitizar cada problema. Podemos mostrarnos escépticos en lo que respecta a la perfeccionabilidad de la humanidad proyectada por el liberalismo clásico y el marxismo ortodoxo sin abandonar la idea de un progreso constante guiado por nuestros ideales. Anarquía, egoísmo, interés nacional, competencia entre grandes potencias, tragedia y contención son las palabras clave que enmarcan la tradición realista. La igualdad, la democracia, la solidaridad, el reconocimiento, la autonomía y la dignidad humana son en gran medida ajenas a su léxico. La izquierda puede aprender de los realistas, pero sus caminos han divergido, y deben seguir haciéndolo.

BLOQUE II

UNA TEORÍA POLÍTICA CON VOCACIÓN GLOBAL

ESTADO

Daniela Gabor

Vuelve la era del Estado fuerte. O eso es lo que oímos a menudo, muchas veces directamente en boca de aquellos que ostentan el poder. A finales de 2020, Emmanuel Macron, el presidente francés, denunció¹ el tipo de capitalismo que abogaba por menor intervención estatal, privatización, y liberalización, un capitalismo incapaz de hacer frente a la crisis climática, la desigualdad o las tensiones geopolíticas. Tres años más tarde, Jake Sullivan, asesor de Seguridad Nacional de Estados Unidos, declaró la muerte del neoliberalismo, la ideología que ha entronizado a los mercados y debilitado la capacidad del Estado para actuar por el bien común.² En Bidenomics, Sullivan anunció el regreso del Estado que promueve la construcción de infraestructura, moviliza la inversión privada, refuerza las normas laborales, protege el clima y salvaguarda la seguridad nacional.

Al principio, las visiones europea y estadounidense del renacimiento del Estado capitalista eran muy diferentes. El Estado de Macron buscaba, si no una ruptura limpia, al menos una debilitación del capitalismo financiarizado, entendido como un obstáculo para los proyectos estatales transformadores. A modo de ejemplo, la lucha contra la crisis climática: «Si seguimos teniendo un sistema financiero que no distingue entre lo que es bueno para el planeta y lo que es malo, lo que hagan los gobiernos nunca será suficiente... También quiero establecer normas a nivel europeo y en los mercados financieros... que penalicen las inversiones en combustibles fósiles... Tengo que prohibir ciertas actividades». Lo que decía Macron no era política-ficción (francesa), gestos vacíos hacia una opinión pública europea que exigía la intervención del Estado en una fase temprana de la pandemia de covid-19. Resumía un proyecto europeo dinamizado por una nueva acción política emprendida en foros formales y por las instituciones europeas, incluida la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, en la taxonomía de las finanzas sostenibles, en las iniciativas para

descarbonizar la política monetaria, en el Pacto Verde Europeo.

Por el contrario, el modelo de Estado propuesto por Biden mantiene vínculos significativos con el capital, enfocándose en cómo transformar las prioridades públicas en inversiones privadas rentables. Según Sullivan, este enfoque «moviliza inversiones públicas específicas en áreas que potencian la fuerza y la creatividad de los mercados privados, el capitalismo y la competencia para establecer las bases de un crecimiento sostenido a largo plazo. El objetivo es atraer la inversión privada, no reemplazarla». Este nuevo enfoque en el arte de gobernar da prioridad a las alianzas entre el Estado y el sector privado, interpretadas como una búsqueda conjunta de invertibilidad: las metas públicas se logran únicamente si el Estado es capaz de movilizar capital privado, o dicho en términos financieros, si logra hacer más atractiva la inversión privada. La mitigación de riesgos aumenta la rentabilidad a través de incentivos como créditos fiscales, préstamos y garantías, o mediante subvenciones directas, integradas en contratos de compra de carbono por diferencias o acuerdos de compra de energía.

En 2024 es ya evidente que las élites tecnocráticas y políticas europeas han convergido hacia la visión de Biden de «más incentivos, no regulación».3 En REPowerEU o la Ley de Industria «Net-Zero», por ejemplo, la lógica parece ser la siguiente: «nuestra inversión pública está diseñada para ayudar a reducir riesgos y movilizar capital privado»,4 siempre con el apoyo de inversores privados.5 El pacto socioeconómico para la reindustrialización de España prometía «8.000 millones de euros entre 2021 y 2026, en forma de subvenciones y préstamos [...] que movilizarían inversiones de en torno a los 24.000 millones de euros» en áreas estratégicas.6 Y esto no fue solo un consenso en el ámbito del Atlántico Norte. Desde los planes de transición verde de Lula en Brasil, los planes de hidrógeno verde de Namibia o la transición energética justa de Vietnam, en la agenda del Banco Mundial o del Banco Africano de Desarrollo, la lógica predominante de la intervención estatal es la asociación con el capital privado —a menudo extranjero—. Las iniciativas públicas para subordinar la financiación privada a las prioridades estratégicas del Estado no parecen estar ahora en la agenda.

¿Cómo se interpreta la evolución europea hacia un capitalismo dominado por el capital y desasistido por el Estado, y qué enseñanzas puede derivar de ello el movimiento progresista? La metamorfosis de los Estados capitalistas en democracias liberales emerge de las disputas políticas en el ámbito

macrofinanciero, caracterizadas por un creciente predominio de la banca en la sombra y una ideología centrada en la contención de la inflación. Este escenario se complementa con una estructura institucional de corte neoliberal que valora por encima de todo la independencia de los bancos centrales y la disciplina fiscal. La dificultad del Estado para regular la banca en la sombra, junto con la erosión de su pacto de bienestar social con la población, propicia una acumulación desmedida de capital en entidades de inversión privada, mercados de crédito no bancarios, mercados monetarios y fondos de bonos gestionados por entidades sistémicas de la banca en la sombra a nivel global, como BlackRock, que persiguen rendimientos de manera agresiva. Esta búsqueda de rentabilidad, imposible de satisfacer únicamente mediante la acumulación capitalista tradicional, lleva a las grandes finanzas a intentar involucrar al Estado en la generación de beneficios a través de nuevas categorías de activos, explotando las aspiraciones públicas hacia proyectos transformadores que no pueden alcanzarse mediante una reforma profunda de la relación entre el Estado y el capital.

Desde una perspectiva macrofinanciera, cada crisis desde el año 2008 ha representado una oportunidad favorable para las grandes entidades financieras, no solo en términos de rentabilidad y poder político, sino también como un medio para «consolidar su proyecto de transformar el Estado y superar las contradicciones inherentes al capitalismo financiero».

LA REDUCCIÓN DE RIESGOS COMO STATU QUO POSNEOLIBERAL

¿Por qué las grandes finanzas buscan transformar el Estado posneoliberal en un ente facilitador de la gestión de riesgos?

Para comprender la dinámica cambiante entre el Estado y el capital, el análisis macrofinanciero crítico comienza con el capital. En la etapa avanzada del capitalismo financiero, el capital institucional —que incluye fondos de pensiones, compañías de seguros, fondos soberanos, fondos de cobertura, y gestores de activos tanto tradicionales como alternativos, como Blackrock y Blackstone— ha aumentado en tamaño relativo, así como en influencia política e infraestructural. Marcado como potencialmente volátil tras la crisis financiera global de 2008, este sector logró primero debilitar los esfuerzos estatales por

imponer regulaciones sistémicas y luego se enfocó en un problema estructural más profundo: dónde invertir el excedente de capital. Para el año 2024, solo las firmas de capital de riesgo habían acumulado 4 billones de dólares en «dry powder» —capital comprometido por inversores como fondos de pensiones o compañías de seguros—, buscando desesperadamente activos en los que invertir.⁷ Ante la ausencia de mecanismos de mercado capaces de generar de manera confiable activos de alto rendimiento, las grandes finanzas se vuelven hacia el Estado.⁸ En términos simples, esto representa la demanda por un Estado que facilite la reducción de riesgos.

Desde la perspectiva de la «oferta», los administradores estatales y políticos comprometidos con la implementación de proyectos transformadores, como la descarbonización y la política industrial, se encuentran con las limitaciones impuestas por la macroestructura neoliberal, cimentada en torno a regímenes de metas de inflación, bajo la presión de demandas populares o consideraciones geopolíticas. ¿Cómo puede el Estado obtener los billones de euros necesarios para financiar la descarbonización, el desarrollo internacional, o desarrollar tecnología limpia que sea competitiva con la economía dirigida por el estado de China? La solución aparentemente obvia —recurrir a sus propios recursos financieros— requiere un cambio institucional profundo, desafiando a los gobiernos a generar el consenso político necesario para superar las barreras neoliberales entre las políticas monetaria, fiscal e industrial, así como regímenes fiscales favorables para corporaciones multinacionales y grandes patrimonios individuales. En Europa, este desafío es especialmente complejo. Las estructuras institucionales, como el Banco Central Europeo (BCE), recuerdan frecuentemente a su audiencia,⁹ están profundamente politizadas: el euro se fundamenta en el principio de supremacía monetaria, el cual exige que los bancos centrales independientes prioricen la estabilidad de precios (por encima del empleo, el crecimiento o la sostenibilidad ambiental) y se abstengan de intervenir en la política de crédito, mientras que a los políticos electos se les exige mantener políticas fiscales prudentes y una deuda pública baja.

La reducción de riesgos se presenta como una solución viable a la encrucijada actual, ofreciendo una vía para la transformación económica que se ajusta al statu quo macrofinanciero. El Estado orientado a la reducción de riesgos no se adhiere a una filosofía de colectivización mediante la planificación central, la propiedad estatal o el control de precios, ni implementa nuevas estructuras institucionales que otorguen a los gobiernos democráticamente elegidos un control significativo sobre el sistema capitalista. No implica un gasto acelerado y

considerable en proyectos transformadores. En cambio, el modelo de Estado favorecido por las grandes finanzas adapta la máxima de Keynes «todo lo que podemos hacer, nos lo podemos permitir» a «todo lo que queramos hacer, solo puede ser financiado por el capital privado, con los incentivos correctos», enfocándose en los «incentivos» y equiparando el buen gobierno con el uso efectivo de herramientas para la reducción de riesgos. Este Estado modula las señales de precios que, por sí solas, fallan en dirigir las inversiones privadas hacia una escala y velocidad que alineen con los objetivos estatales. Sin embargo, al final, la señal de precio prevalece, potenciada por un Estado que mejora los retornos para los inversores, convirtiéndose en una poderosa fuerza de mercantilización en sectores como la infraestructura de red, el hidrógeno verde, la energía eólica y solar, la conservación ambiental, la educación y sectores industriales estratégicos.

La capacidad del Estado se convierte en una cuestión de «¿cómo consigo que Wall Street invierta en naturaleza, educación, infraestructuras sociales verdes, parques naturales, agua o productos básicos de hidrógeno verde?», en lugar de cómo organizar la propiedad pública de forma eficiente. En esta asociación público-privada para la invertibilidad, el Estado reparte zanahorias a las empresas privadas que cumplen los criterios estratégicos, sin «instituciones coercitivas» que mantengan continuamente al capital en el rumbo marcado por las prioridades estratégicas del Estado, históricamente una marca de éxito de las transformaciones impulsadas por el Estado que hoy encarna China.¹⁰ El Estado pone al capital al volante y alimenta la máquina de acumulación.

Tomando como ejemplo la crisis habitacional, el Estado se enfrenta a una disyuntiva: podría optar por construir vivienda pública, lo cual interrumpe el mecanismo de precios, o podría incentivar a los inversores a incrementar la oferta de vivienda privada, lo que a su vez hace más atractivos los activos inmobiliarios. Esta elección se reduce a una decisión macrofinanciera. En un contexto donde no existe consenso sobre el gasto público o la propiedad estatal, la reducción de riesgos emerge como una alternativa viable: se busca movilizar la financiación privada, un eufemismo para asegurar flujos de efectivo estables para los propietarios institucionales que, de lo contrario, no realizarían inversiones. Para lograr esto, el Estado minimiza los riesgos asociados a los activos inmobiliarios mediante herramientas regulatorias, tales como regímenes fiscales nacionales ventajosos o la relajación de requisitos normativos europeos para las clases de activos inmobiliarios.¹¹ En el contexto de las recientes crisis bancarias europeas, presionados por políticas de austeridad, los gobiernos se

«asociaron» con inversores institucionales para reducir los costos públicos asociados a la resolución de las burbujas inmobiliarias. En vez de retener las propiedades bajo titularidad pública, países como Grecia, Irlanda, España, o el Reino Unido establecieron bancos de activos problemáticos que funcionaron como mecanismos para transferir propiedades en dificultades desde la posesión pública a la institucional, vendiendo viviendas a precios preferenciales. De esta manera, el Estado favoreció fiscalmente a los activos inmobiliarios en beneficio de propietarios institucionales como Blackstone.

En otro ámbito crítico, como es la transición energética en Europa, esta también se ha estructurado predominantemente alrededor del concepto de reducción de riesgos. La reforma en el diseño del mercado eléctrico promueve los acuerdos de compra de energía y los contratos por diferencias, que funcionan como garantías de precios de facto para los inversores privados, similarmente a las iniciativas encaminadas a impulsar el hidrógeno verde. El «uso selectivo de recursos públicos» por parte del Banco Europeo de Hidrógeno busca «apalancar inversiones del sector privado reduciendo el riesgo en la producción de hidrógeno renovable», ofreciendo así garantías de precios tanto a productores europeos como internacionales.¹² A escala nacional, incluso aquellos gobiernos con un mayor interés en regular el capital —a través de, por ejemplo, controles de precios— han optado por la movilización de capital privado para alcanzar sus metas de descarbonización. El Banco Europeo de Inversiones e InvestEU colaboraron en proporcionar un préstamo de 400 millones de euros a Aquila Clean Energy EMEA, una filial de la gestora de activos alemana Aquila Capital, con el objetivo de «movilizar» inversiones privadas por un valor de 2.000 millones de euros en proyectos de generación de energía solar y eólica en Portugal y España.¹³

Las grandes entidades financieras también promueven la reducción del riesgo monetario. La importancia de los bonos soberanos, tanto para la creación de crédito institucional como para la estabilidad financiera en general, exige que estos bonos mantengan su capacidad de inversión, es decir, que sean líquidos. Sin la intervención de los bancos centrales, como lo evidencia claramente la crisis de deuda soberana en la zona euro, las crisis sistémicas en las finanzas de mercado pueden llevar a un contagio que afecta las garantías soberanas, forzando a los bancos centrales a comprar bonos soberanos y a respaldar la liquidez del mercado.¹⁴ Estas son intervenciones orientadas a la reducción del riesgo: el banco central mejora el perfil riesgo/rentabilidad de los bonos soberanos para prevenir una iliquidez caótica. Dirigen las señales de precios de

los bonos hacia la dirección «adecuada», pero dejan la determinación del precio a la discreción de los actores privados. Esto permite a los bancos centrales evitar el debate político tanto sobre la «monetización de la deuda soberana», que borra las líneas entre la política monetaria y fiscal, como sobre la «política de crédito» en el caso de sus compras no convencionales de bonos corporativos. La desinflación monetaria no se coordina con la consolidación fiscal, lo que facilitaría mayores incentivos fiscales en la competencia geopolítica por la movilización del capital privado, y refuerza la supremacía de los bancos centrales sobre las autoridades fiscales, ya que les otorga plena discreción en la relajación cuantitativa de los bonos estatales.

El modelo de Estado preferido por las grandes finanzas busca incorporar nuevas instituciones dentro de la arquitectura macrofinanciera centrada en los objetivos de inflación, con el fin de convertir las ambiciones públicas en activos susceptibles de inversión. La estrategia, aparentemente sencilla, de «movilizar el capital privado» se infiltra en la estructura de las instituciones macroeconómicas, definiendo las acciones que deben realizar los bancos centrales (mantener la estabilidad de precios y asegurar la liquidez para el gran capital), las que deben evitar (como los controles de capital, aun cuando los flujos de capital puedan ser desestabilizadores) y la ausencia de coordinación con las autoridades fiscales. Este enfoque trasciende la mera privatización de la vida cotidiana, la mercantilización o la expansión de las fronteras de la acumulación de capital. Representa un entrelazamiento creciente en el que el capital refuerza su dominio sobre el Estado y su contrato social con los ciudadanos. Este dominio abarca áreas cruciales como la política climática, la política de bienestar y la política energética, trayendo consigo consecuencias distributivas, estructurales y geopolíticas profundas. En esencia, las grandes finanzas no solo buscan una reconfiguración económica que favorezca sus intereses, sino también un realineamiento del rol del Estado que profundiza la influencia del capital sobre las decisiones políticas y sociales a gran escala.

Detrás de la aparente cooperación entre el capital y el Estado, el capitalismo de reducción de riesgos no logra avanzar con la rapidez necesaria porque depende excesivamente del capital privado, cuya inversión es susceptible a las fluctuaciones del mercado que impactan en la rentabilidad. El aumento de los costes lleva a los inversores privados a demandar mayores incentivos para la reducción de riesgos, a lo que los gobiernos pueden mostrarse reticentes, a menudo limitados por políticas de austeridad.¹⁵ La reducción de riesgos resulta en una competencia desfavorable, donde los países compiten por atraer

inversión, dificultando igualar los incentivos fiscales ofrecidos en contextos como el Bidenomics.

El dilema fiscal para el Estado se centra en equilibrar los nuevos incentivos con los compromisos previos, evitando la «inestabilidad fiscal». Esto sugiere que la reducción de riesgos podría desplazar la inversión pública tradicional y el gasto social, reemplazando el Estado de bienestar por un Estado enfocado en la reducción de riesgos. Este enfoque, al privatizar y financiar los bienes públicos, adopta una política distributiva regresiva que puede desencadenar descontento público. Al tener éxito, convierte servicios esenciales como salud, vivienda, educación, agua, transporte, energía y la conservación de la naturaleza y la biodiversidad en fuentes de rendimientos predecibles para el capital privado, exacerbando la desigualdad tanto dentro de las naciones como entre ellas y aumentando la polarización política, al tiempo que falla en cumplir sus propios objetivos.

Es crucial imaginar alternativas que comiencen por transformar el statu quo macrofinanciero, incluyendo la revisión de la doctrina macroeconómica centrada en los objetivos de inflación y el poder dominante de las grandes finanzas.

UN GRAN ESTADO VERDE ES POSIBLE

Desde 2008, la Unión Europea ha sido objeto de críticas por sus desafíos macrofinancieros. La vulnerabilidad ante la banca en la sombra estadounidense casi compromete el proyecto europeo, situación que Mario Draghi mitigó con su famoso «haré lo que sea necesario». A esto se suman las políticas de austeridad monetaria y fiscal, empleadas para controlar a los gobiernos o trabajadores de la periferia, la dependencia de los combustibles fósiles rusos, la lucha por alcanzar la ambiciosa agenda de reducción de riesgos de la Ley de Reducción de la Inflación (IRA) de Estados Unidos y, recientemente, la insistencia alemana en normas fiscales estrictas que amenazan tanto los esfuerzos nacionales de descarbonización como las prioridades de seguridad europeas, potenciando al mismo tiempo a la extrema derecha.

La política europea de descarbonización, destacada en el discurso de Macron de 2020, buscó alterar la dinámica de poder entre el Estado y el capital a favor del

primero. A través de la taxonomía de la UE para Actividades Sostenibles y la agenda climática del BCE, las élites europeas intentaron reconceptualizar las metas climáticas como un imperativo para disciplinar las finanzas del carbono. Según Macron, las acciones gubernamentales liberales, incluidos los precios del carbono, resultarían insuficientes sin una coerción estatal sistémica sobre las grandes finanzas, dado que una descarbonización profunda demanda una reducción ordenada de actividades económicas no gestionables meramente por mecanismos de mercado. En Bruselas y Fráncfort, se prometió una nueva gramática de la coerción estatal —incluyendo una «taxonomía marrón» para actividades y préstamos contaminantes, un «factor penalizador marrón» que encarecería los créditos de carbono, la «doble materialidad» enfocada en la huella de carbono de las finanzas, la «neutralidad del carbono» y un ajuste de la política monetaria—, a pesar de la oposición de la banca y el capital institucional, que preferían limitar las intervenciones estatales a políticas de reducción de riesgos mediante «factores de apoyo verdes» para incentivar los préstamos verdes.¹⁶

Contrario a lo que podría esperarse por su tradicional enfoque conservador, el Banco Central Europeo se posicionó como la entidad más proclive a adoptar tanto la voluntad política como la capacidad técnica necesarias para imponer una disciplina económica general sobre el capital de carbono.¹⁷ Su agenda de descarbonización monetaria insinuaba una revolución silenciosa contra la convencional política de objetivos de inflación, desafiando el principio de neutralidad del mercado que había regido su relación con las finanzas privadas. Además, amenazaba con revitalizar la política de crédito a través de una regulación meticulosa de los flujos de crédito hacia las empresas, marcando un posible cambio hacia la planificación estatal en materias ambientales. Esta estrategia del BCE rememora los modelos de capitalismo dirigido por el Estado observados en Asia Oriental, donde los gobiernos desarrollistas mantenían un control riguroso sobre la distribución del crédito interno hacia sectores estratégicos. Al mismo tiempo, implementaban «instituciones coercitivas» destinadas a alinear el capital privado con las prioridades estratégicas estatales. En este contexto, el BCE se aventuraba más allá de su rol tradicional, sugiriendo una transformación potencial en cómo las instituciones financieras centrales pueden influir en la dirección económica y ambiental de sus jurisdicciones, marcando un contraste significativo con su histórica postura de apoliticidad y neutralidad de mercado.

En primer lugar, el BCE desafió la noción de neutralidad del mercado

vinculándola al sesgo de carbono. La neutralidad del mercado implica que los bancos centrales no deben alterar los flujos de crédito, replicando las asignaciones del mercado de capitales a través de políticas de garantía y compras de bonos no convencionales. Sin embargo, si los mercados de capitales tienen un sesgo de carbono, al no valorar adecuadamente el impacto climático en los instrumentos de crédito, entonces los bancos centrales que siguen estas asignaciones de mercado también heredan este sesgo. Al reconocer su propio sesgo de carbono, el BCE se alejó de los tabúes tradicionales de la política de crédito, no por activismo, sino como respuesta a un fallo de mercado que amenazaba tanto la política monetaria como la estabilidad financiera. Esto contrasta con la postura de la Fed, que relega las responsabilidades climáticas a los gobiernos. Al igual que la neutralidad monetaria, la neutralidad climática en la banca central era una ficción política, y el debate sobre el sesgo de carbono sugiere que los bancos centrales ya participaban en la política climática al validar los subsidios a los combustibles fósiles en la era del capitalismo del carbono.

En segundo lugar, el BCE estableció «instituciones coercitivas» para disciplinar el capital de carbono. Diferenciando entre herramientas monetarias verdes basadas en incentivos de riesgo (como pruebas de resistencia, requisitos de divulgación y planes de transición) y medidas coercitivas (como requisitos de capital, inclinación de los bonos corporativos y normas sobre garantías), el Banco Central Europeo desarrolló mecanismos institucionales para obligar a las empresas a cumplir con objetivos de descarbonización. El marco del BCE para «inclinarse» su cartera de bonos corporativos desde emisores sucios hacia verdes implicó un compromiso con disciplinar el comportamiento corporativo. El banco utilizó puntuaciones climáticas de emisores corporativos para recalibrar su cartera hacia opciones más verdes, supervisando e interviniendo para reducir la huella climática de las empresas. Este enfoque marca al BCE como el único gran banco central que ha implementado un enfoque sistemático de disciplina más allá de su relación con los bancos, incluyendo a las empresas directamente.

Introducida en septiembre de 2022, la inclinación hacia políticas más verdes fue abandonada en julio de 2023. A pesar de haberse revisado la estrategia climática, elaborado una hoja de ruta climática, diseñado una estrategia integral para la ecologización de la cartera de bonos corporativos y desarrollado planes para incorporar criterios ambientales en el marco de garantías, para 2024 el Banco Central Europeo adoptó en gran medida la postura de «neutralidad climática» similar a la de la Reserva Federal de Estados Unidos.¹⁸ Paralelamente, la

Comisión Europea descartó sus planes de implementar una taxonomía para clasificar las inversiones contaminantes, atribuyendo su decisión a la falta de voluntad política, y no logró excluir al gas natural de la taxonomía de finanzas sostenibles.

El cambio radical del BCE en su enfoque climático refleja más la influencia persistente de las políticas orientadas al control de la inflación que un fracaso político por sus propias deficiencias. El BCE reconoció las críticas, tanto internas como externas, de que su enfoque en el clima le distraía de su objetivo principal de mantener la estabilidad de precios, esencial para preservar su legitimidad institucional. En un contexto de presiones inflacionarias originadas en perturbaciones de la oferta y en las prácticas de fijación de precios de las empresas, más que en factores de «exceso de demanda» para los cuales está diseñado el objetivo de inflación, el BCE intentó solapar las insuficiencias de un régimen de política monetaria no preparado para una alta volatilidad de precios. Optó por abandonar las innovaciones que podrían haber gestionado esta volatilidad. Sin embargo, la aplicación de la medida convencional de control de la inflación, mediante agresivos incrementos en los tipos de interés durante el episodio inflacionario de 2022-2023, deterioró las condiciones de financiación tanto para los gobiernos como para las empresas de energías renovables y los fabricantes de tecnología limpia, debilitando aún más los esfuerzos por mejorar la sostenibilidad fiscal en estos sectores. Esta situación subraya para la política progresista que la mitigación de riesgos no conforma un marco coherente mediante el cual el Estado pueda facilitar la acumulación de capital o dirigir una transformación ordenada y de gran escala.

La mayor provocación radica en organizar la coordinación económica a través de vías no mercantiles, es decir, mediante un gran Estado verde que posea y administre infraestructuras e industrias clave, liberándose de la dependencia estructural de la inversión privada y de las grandes finanzas. Esto implica, en comparación con el actual marco institucional, una necesidad de aumentar la capacidad fiscal para financiar inversiones públicas de gran envergadura, reforzar la capacidad burocrática para la gestión eficiente de grandes empresas estatales y potenciar la capacidad tecnocrática y política para regular el capital privado.

El Estado puede contrarrestar el argumento de que «no hay suficiente dinero» para financiar ambiciones transformadoras alterando la estructura institucional que respalda la creación de crédito público y privado. Esto requiere, en primera

instancia, una mayor coordinación entre los bancos centrales y las autoridades fiscales para ampliar el «espacio fiscal», distanciándose de las políticas conservadoras centradas en los objetivos de inflación, cuyo legado limita la cooperación monetaria y fiscal. Una reinterpretación creativa de la autoridad de los bancos centrales y el uso de contabilidad fiscal innovadora por parte de los gobiernos, mediante vehículos de financiación fuera del presupuesto, pueden mejorar temporalmente esta coordinación y generar un espacio fiscal considerable. No obstante, el carácter temporal y menos transparente de estas soluciones dificulta que los partidos políticos formulen programas electorales con propuestas de alto coste fiscal, al mismo tiempo que limita la planificación ambiciosa y a largo plazo en todos los ámbitos gubernamentales.

Gracias a la deuda soberana respaldada por bancos centrales, el Estado no solo se convierte en el inversor más capaz de asumir riesgos, sino también en el prestatario con los costos de endeudamiento más bajos en el ámbito de las finanzas modernas. Sin embargo, el objetivo no es simplemente incrementar los niveles de deuda pública, sino utilizar el crédito como herramienta para una descarbonización ordenada, controlando estrictamente los flujos de crédito. Esto requiere restringir el poder de las grandes finanzas, tal como lo prometió Macron y lo intentó Europa, y crear instituciones coercitivas verdes, mediante criterios de rendimiento estrictos, mecanismos de supervisión y ejecución y controles al poder de mercado, ilustrados a través de diversos estudios de caso. De esta manera, los nuevos mecanismos de macrocoordinación pueden adaptarse mejor a transiciones justas, asegurando que el impacto distributivo de la transformación estructural verde no recaiga de forma desproporcionada sobre los pobres y los trabajadores.

FRONTERAS

Martina Tazzioli

DECONSTRUYENDO LA DESEABILIDAD DE LAS FRONTERAS

Hoy en día, la palabra clave «fronteras» no puede ser desarrollada sin ponerla en relación con la «migración», además de especificar cómo se concibe esa relación. Este capítulo trata sobre las fronteras desde un marco político-teórico informado por reclamos y luchas por la libertad de movimiento y estancia. Más precisamente, se basa en la suposición de que las fronteras crean migrantes, es decir, convierten a algunas personas en migrantes, y las racializan de tal manera que, de hecho, «sin fronteras, no habría migrantes, solo movilidad» (De Genova, 2013). En Europa, son pocos los espacios en los que la deseabilidad de las fronteras es puesta en duda y, en muchas ocasiones, son cada vez menos. En todo caso, se ve sujeta a oscilaciones desiguales que dependen de la irrupción o resurgimiento de fenómenos —como el terrorismo, la migración y, como ha demostrado la covid-19, las pandemias— que se considera que ponen en entredicho la cohesión de la nación como «comunidad imaginada» (Anderson, 1983). Esta deseabilidad no disminuye en vista de los repetidos intentos fallidos de la Unión Europea de contener y obstaculizar de una vez por todas las llegadas de migrantes; tampoco está en juego ante la evidencia de que la mayoría de los ataques terroristas en Europa no han sido cometidos por migrantes, sino por ciudadanos europeos. A la postre, varios académicos han destacado que la función principal de las fronteras no es excluir, expulsar y bloquear, sino multiplicar jerarquías de explotación y producir subjetividades (racializadas) (Mezzadra, Neilson, 2013; Rigo, 2020).

Sin embargo, la deseabilidad generalizada de las fronteras en Europa reposa en una hipótesis doble. Por una parte, que las fronteras garantizan la seguridad de los ciudadanos contra amenazas a esa seguridad. Por otra, que, al mismo tiempo,

frenan el aumento del desempleo y la precarización en Europa, sobre la base del principio de que el acceso de los migrantes a derechos implicaría menos derechos para los europeos. Así, ¿por qué son tan deseables las fronteras? Aunque va más allá del alcance de este capítulo proporcionar una respuesta exhaustiva, merece la pena destacar que la deseabilidad de las fronteras tiene poco que ver con la ausencia de pruebas sobre su eficacia. En otras palabras, la aportación de pruebas no es suficiente per se para hacer que las fronteras sean obsoletas. o para generar una «intolerancia activa» (Foucault, 2021) con respecto a las desigualdades socioeconómicas fortalecidas a través de mecanismos de fronteras. Además, centrarse en la (in)eficacia de las fronteras para mantener fuera a los migrantes implica respaldar la idea de que la migración es un problema. Es decir, los argumentos sobre la (in)eficiencia de las fronteras son engañosos. Esto es así porque dan a entender de manera subrepticia que, si las fronteras fueran eficientes en contener la migración, el «escándalo» de la violencia fronteriza ya no sería un problema, y las jerarquías de la humanidad que generan las fronteras serían aceptables.

Al desplazar la atención de «¿por qué son deseables las fronteras?» a «¿qué revela esa deseabilidad?», emerge una lógica basada en el menosprecio de derechos que está al origen tanto de posiciones silenciosas como de posiciones vocales a favor del refuerzo de las fronteras. Con lógica basada en el menosprecio de derechos, me refiero a la idea generalizada según la cual las luchas de los migrantes por sus derechos roban derechos a los ciudadanos, basada en una política de escasez. De acuerdo con este argumento, si los derechos de los ciudadanos europeos son cada vez menores, esto es porque en tiempos de crisis económica no podemos permitirnos otorgar a los migrantes los mismos derechos que nosotros tenemos. Para abordar esta lógica, es necesario disociar una crítica de las fronteras y demandas de libertad de movimiento «de una comprensión individualista del derecho a la movilidad» (Tazzioli, 2023, p. 12). De hecho, la multiplicación de las fronteras aumenta la segmentación de la sociedad, contribuyendo a consolidar la suposición de que los derechos de los ciudadanos se ven amenazados porque otros racializados disfrutan de los mismos derechos (migrante, mendigo, aprovechador).

Podría decirse que la migración es un barómetro de la deseabilidad de las fronteras y, al mismo tiempo, un desencadenante de su aumento exponencial. La presunta relación entre migración y terrorismo impulsada por los Estados miembros de la Unión Europea ha desempeñado un papel clave al respecto en las últimas dos décadas. El 18 de octubre de 2023, once países europeos¹

suspendieron el Tratado de Schengen tras el asesinato de dos aficionados suecos en Bruselas a manos de un ciudadano tunecino. El episodio, clasificado como un «ataque terrorista», desencadenó una reacción repentina en toda Europa, ya que ocurrió pocos días después de los ataques de Hamás en Israel: la confluencia de migración —ya que el asesino era tunecino—, terrorismo y radicalización islámica sustentaron la decisión de los Estados de reintroducir controles fronterizos. Sin embargo, aunque el ataque terrorista fue instrumentalizado como una oportunidad para suspender Schengen, tanto Austria como Alemania declararon que «Schengen está roto» y que, de hecho, la «presión migratoria», y no el terrorismo, motivaron en realidad la decisión. Este efecto de propagación reciente de los controles fronterizos representa la última de una serie de suspensiones del Tratado de Schengen que comenzó en 2015, con el inicio de la llamada «crisis de refugiados en Europa». Resulta importante señalar que el restablecimiento de los controles fronterizos es menos relevante en sí que el reforzamiento diferencial y racializado de la frontera. De hecho, los controles fronterizos significan poco para los ciudadanos europeos, mientras que tienen efectos palpables en aquellos que son racializados como «migrantes».

FRONTERAS ENTRELAZADAS

Aunque muchos países europeos están actualmente gobernados por gobiernos de centroderecha, la relación entre el refuerzo de las fronteras y la seguridad de los ciudadanos no ha sido cuestionada tampoco por coaliciones de izquierda. Desde la caída del Muro de Berlín y el auge de la globalización, no solo se han multiplicado las fronteras como límites nacionales (Browne, 2006), sino que también ha aumentado su ubicuidad (Balibar, 2002). Las fronteras también han cambiado, volviéndose más polimorfos: fronteras digitales, fronteras desplazadas de los límites oficiales del Estado-nación y fronteras que «siguen» a los migrantes según las huellas biométricas (Mezzadra, Neilson, 2013). La consolidación del régimen global de visas en las décadas de 1980 y 1990 ha transformado a las embajadas en fronteras (Bigo, Guild, 2017). En cierto modo, la pregunta no es solo «¿dónde están las fronteras hoy?». Como resultado de la política de externalización de la Unión Europea, la ubicación geográfica de las fronteras se ha desplazado y multiplicado al mismo tiempo. También es necesario preguntar «¿qué es una frontera hoy?». De hecho, por un lado, la

violencia de las fronteras se ha vuelto más evidente y flagrante en los últimos años; mientras que, por otro, las fronteras como tales son más invisibles e insidiosas, ya que pueden adoptar formas heterogéneas y su función a menudo no consiste en excluir y bloquear, sino más bien en multiplicar jerarquías de falta de libertad y explotación.

Lo que me interesa discutir no es tanto la legitimidad de las fronteras, ya que esto nos conduciría a un debate normativo. Mi objetivo es abordar su deseabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad, aceptada sin cuestionamiento alguno, de que las fronteras representan una condición sine qua non para la seguridad y prosperidad de los ciudadanos europeos. Ni la deseabilidad ni la necesidad de las fronteras han sido disputadas en su esencia en el amplio espectro de la izquierda europea. Para problematizar la deseabilidad de los mecanismos de fronteras, necesitamos un movimiento doble. En primer lugar, resulta esencial no aislar «frontera» como un tema independiente y, por el contrario, situarlo dentro de un análisis más amplio de mecanismos interconectados de subordinación y explotación. De hecho, el bloqueo y la desvinculación repetidos de las fronteras como un tema independiente de discusión, a menudo centrada en la «invasión» de migrantes, nos impide ver cómo los mecanismos de fronteras multiplican las desigualdades socioeconómicas incluso entre los ciudadanos, y contribuyen a fortalecer grados de pertenencia (Anderson, 2019). Es decir, refuerzan las jerarquías incluso entre los propios ciudadanos, a pesar de su estatus legal formal.

En segundo lugar, y al mismo tiempo, las fronteras deben colocarse a la vanguardia de la política de izquierdas, no ser relegadas a un tema marginal que se debate solo cuando se escenifica una «crisis» (crisis de refugiados, alerta terrorista, crisis de salud, crisis ambiental). Colocar las fronteras en el núcleo de la política de izquierdas no resulta incompatible con un análisis que evite que sean asiladas como una cuestión independiente. Al contrario, tomar las fronteras como punto de partida para vislumbrar una política radical implica destacar precisamente cómo estas mejoran y están mutuamente entrelazadas con el acceso diferencial y racializado a derechos (incluida la movilidad) y recursos naturales, vivienda y obstáculos para construir espacios autónomos de habitabilidad. Es decir, un énfasis en las fronteras debería utilizarse como un indicador clave para analizar formas interconectadas de subordinación y sus refuerzos mutuos y, al mismo tiempo, para arrojar luz sobre «la producción legal de la ilegalidad migratoria» (De Genova, 2002).

EL DERECHO RACIALIZADO AL DESEO

Indagar sobre la deseabilidad de las fronteras nos lleva a plantear una pregunta conexa: «¿Por qué se considera utópica la lucha por la libertad de movimiento y estancia?». De hecho, una de las consecuencias más inmediatas de la deseabilidad no cuestionada de las fronteras es que las amplias demandas de libertad de movimiento son desacreditadas como no realistas. En el contexto europeo actual, caracterizado por una política de contención migratoria total, y violaciones flagrantes del Derecho internacional, la izquierda en Europa ha recurrido a posiciones «realistas». Es decir, incluso muchos de los que apoyan la democratización de las fronteras consideran utópicas las demandas de libertad de movimiento: justifican las fronteras como un mal necesario para evitar una presencia inmanejable de migrantes en Europa en tiempos de escasez económica. Al hacerlo, se reduce el margen para construir lo que, tomando prestado de Stuart Hall, podríamos definir como una «contra-política» (Hall, 2021) sobre la migración. Con contra-política me refiero a un discurso político sobre la migración que no se aferra a la suposición de que la movilidad, presencia y aspiraciones de algunas personas constituyen un «problema» que debe ser gestionado. Según el discurso realista, la migración no puede no ser regulada, y no se pueden levantar los controles fronterizos, ya que esto conduciría a la llegada masiva de migrantes de las regiones más pobres del mundo. Las declaraciones a favor de «refinar el sistema» han prevalecido en la izquierda europea, cimentadas sobre demandas expansivas de acceso igualitario a la movilidad y al derecho de elegir dónde vivir. Las declaraciones del filósofo marxista Slavoj Žižek en 2015, mientras miles de sirios llegaban a Europa, son emblemáticas. De hecho, se opuso firmemente a la «movilidad no regulada» y sostuvo que «el derecho a la libre circulación debería limitarse, si no es por otra razón que el hecho de que no existe entre los refugiados, cuya libertad de movimiento ya depende de su clase» (Žižek, 2015).

En general, lo que ocurre es que se oscurece el margen para imaginar y reclamar igual libertad de movimiento y derecho a permanecer. Retomo la fórmula de Mark Fisher, tomada a su vez de Frederic Jameson, de que «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo» (Fisher, 2022), para afirmar que el fin del régimen de fronteras parece hoy en día no solo

inalcanzable, sino también impensable. Se podría argumentar que, en parte, esto es resultado de derrotas pasadas y recientes de campañas proinmigración. Sin embargo, argumento que las acusaciones de utopismo arrojan luz sobre el derecho desigual al deseo que sustenta implícitamente el miedo a no gobernar lo suficiente las fronteras. Con derecho desigual al deseo, me refiero al deseo de moverse, elegir dónde vivir y buscar una vida mejor. Mientras se espera y, en cierto modo, se fomenta que los europeos persigan estos objetivos, aquellos que son etiquetados y gobernados como «migrantes» son criminalizados y desacreditados desde el punto de vista moral, precisamente mientras luchan por las mismas razones. Los deseos de los migrantes de viajar, mudarse a otro país y buscar una vida mejor son señalados como indicadores de no necesidad (de protección) y, al mismo tiempo, como aspiraciones que comprometerían la «exclusividad» de los ciudadanos europeos para moverse libremente y salir de la precariedad.

Por ejemplo, ciudadanos tunecinos o marroquíes que viajan a Europa a menudo son etiquetados como «migrantes económicos», y se utiliza su aspiración de buscar una vida mejor para demostrar que muchos migrantes no huyen de la persecución, sino que irrumpen en el escenario de desigualdades socioeconómicas al disfrutar de los derechos y beneficios que tienen (algunos) ciudadanos europeos, como el derecho a la asistencia social y la educación. Así, colocar las fronteras en el centro de una política de izquierdas implica exponer ese derecho desigual al deseo que oscurece la posibilidad misma de socavar la deseabilidad de las fronteras. El derecho desigual al deseo se ve exacerbado por las lógicas según las cuales el acceso de los migrantes a la movilidad, empleos y asistencia social perjudicaría a los ciudadanos. El derecho desigual al deseo revela que las demandas de libertad de movimiento y elección de lugar de residencia no pueden separarse de prácticas antirracistas y abolicionistas. Como ha señalado Etienne Balibar, las fronteras funcionan creando diferencias entre las personas, y multiplicando esas diferencias; y, al mismo tiempo, el funcionamiento de las fronteras pone en evidencia las diferencias basadas en la clase (Balibar, 2002). Desde esta perspectiva, las fronteras son «polisémicas» no solo porque «conceden a individuos de diferentes clases sociales experiencias diferentes de la ley», sino también, y principalmente, porque «diferencian activamente a las personas en términos de clase social» (Balibar, 2002, pp. 81-82). Por lo tanto, deconstruir el derecho desigual al deseo implica tener en cuenta cómo clase, nacionalidad y género afectan las formas en que las fronteras funcionan y filtran la movilidad.

ABOLICIONISMO DE FRONTERAS

Las demandas de libertad de movimiento y contra la racialización de las fronteras son hoy en día percibidas por la mayoría de los europeos como no realistas, inalcanzables y, en última instancia, no deseables. El fantasma de la ingobernabilidad —la idea de que la migración podría escalar hasta un punto de no retorno—, atormenta los debates de la izquierda sobre las fronteras en Europa. Así, enfrentados con la deseabilidad no cuestionada de las fronteras, ¿qué horizonte político podría articular un enfoque de izquierdas sobre los mecanismos de fronteras? Un horizonte político de izquierdas sobre las fronteras no está en conflicto con demandas puntuales ni luchas locales contra violaciones de derechos humanos. En este punto, en las últimas tres décadas, las críticas relacionadas con las fronteras se han agrupado en torno a debates sobre fronteras abiertas y ausencia de fronteras. La postura centrada en las fronteras abiertas desarrolla su argumento a favor de la libre circulación, y en contra de las restricciones fronterizas, sobre la base normativa de que la movilidad de las personas es un derecho humano y un principio moral y, por lo tanto, no puede ser violado (Carens, 1987; Jones, 2019). Sin embargo, el enfoque de fronteras abiertas no cuestiona las distinciones entre ciudadanos y migrantes, ni la legitimidad del Estado para controlar los movimientos de las personas, y centra el argumento a favor de levantar las restricciones fronterizas en un terreno moral-normativo. En cambio, la perspectiva que opta por la ausencia de fronteras tiene como objetivo dismantelar las fronteras, y no mantenerlas abiertas: de hecho, sostiene que las fronteras abiertas respaldan las lógicas capitalistas de circulación fluida, mientras que una crítica radical del régimen de fronteras no puede desvincularse de desafiar los modos de explotación que requieren jerarquías de movilidad y de subordinación racializada (Anderson et al., 2009; Nyers Rygiel, 2012).

Así, los enfoques que optan por la ausencia de fronteras incluyen una crítica de las fronteras como parte de un marco político internacionalista. Se centran principalmente en las fronteras nacionales, y en las fronteras como lugares específicos. Propongo que un horizonte político para un discurso de izquierdas sobre las fronteras podría basarse en una perspectiva abolicionista, que nos invite a imaginar una política que conciba los mecanismos de fronteras heterogéneos

como algo obsoleto. De hecho, un enfoque abolicionista evita plantearse preguntas sobre la (in)eficacia de los mecanismos de fronteras, o sobre las críticas morales a las fronteras. En su lugar, desafía la deseabilidad de las fronteras y el derecho desigual al deseo que la sustenta. Con todo, el abolicionismo de fronteras no aboga por abolir las fronteras como tales, sino más bien por dismantelar las condiciones materiales y políticas bajo las cuales la multiplicación y persistencia de las fronteras aparecen como una condición para la seguridad y prosperidad de las personas (Gilmore, 2020). Basándose en el concepto de «democracia abolicionista» de W. B. Dubois (1935), según el cual la abolición de la desigualdad racial no fue consecuencia del fin de la esclavitud, sino que exigió nuevas instituciones y el dismantelamiento de las condiciones para la reproducción del racismo, un enfoque abolicionista de los mecanismos de fronteras pone de relieve el trabajo inacabado de la abolición. Destaca que el abolicionismo no se trata únicamente de «derribar, sino también de construir» (Davis, 2011).

Una perspectiva abolicionista pone en primer plano los mecanismos de fronteras, al mismo tiempo que deja de considerar que las «fronteras» son una cuestión independiente, situándolas en conexión con problemas y categorías que parecen independientes entre sí, como la extracción capitalista, las instituciones racistas, la violencia de género y la producción de (in)seguridad. Abolir las fronteras no significa nada si no va de la mano de deshacer las condiciones bajo las cuales persiste la reproducción de mecanismos de fronteras heterogéneos y de una crítica al régimen de fronteras que forme parte de un marco internacionalista, impulsado por proyectos antirracistas y anticapitalistas. El abolicionismo de fronteras desafía el desplazamiento organizado por los Estados y las lógicas basadas en el menosprecio de derechos (Bhandar, 2018). Esto implica enmarcar la libertad de movimiento más allá de perspectivas individualistas, y rearticularla como parte de los horizontes teóricos y políticos de bienes móviles y el acto de compartir (Trimikliniotis et al., 2016). Como ha demostrado la investigación y reflexión abolicionista carcelaria feminista, lejos de ser detractivas, las lógicas de los derechos responden a una sedimentación de luchas interdependientes, tanto por obtener más derechos como por no perder los existentes. En palabras de Angela Davis, «la liberación negra y la liberación de las mujeres, dado que hasta que las personas negras obtengan sus derechos, las mujeres tampoco tendrán los suyos» (Davis, 1981, p. 59). Profundizando esta reflexión, solo cuando los migrantes obtengan un acceso igualitario al campo de los derechos, todos los demás podrán obtener y conservar los suyos.

HEGEMONÍA

César Rendueles

Una y otra vez, los proyectos emancipadores que, en los últimos años y en distintos lugares del mundo, han logrado desafiar el consenso neoliberal sin dejarse arrastrar por la tentación reaccionaria se han enfrentado a las limitaciones del provincialismo político progresista, a la inexistencia de una agenda de relaciones internacionales antagonista. El capitalismo del siglo XXI no es una amalgama de realidades locales soberanas, sino un sistema geopolítico cuyo carácter global es un elemento clave de su capacidad impositiva.

Paradójicamente, el sentido común internacionalista entre la izquierda es mucho más frágil hoy que a principios del siglo XX. Ese dilema, que ha condicionado la expansión del altermundialismo durante décadas, se ha convertido en un abismo político a medida que la crisis socioambiental global se ha ido haciendo cada vez más acuciante. De la creación de una hegemonía internacional verde depende hoy la supervivencia de la civilización. De la capacidad de la izquierda para modular esa geopolítica medioambiental en la dirección de una solidaridad neointernacionalista depende la declinación política de la transición ecológica: una ganancia en libertad y democracia o una degradación autoritaria de nuestras sociedades.

En realidad, no es una situación tan novedosa. La materia prima de la idea de hegemonía es la derrota. El término se empezó a difundir en el campo de las políticas antagonistas en un momento histórico muy particular: el periodo de entreguerras del siglo pasado, cuando las tensiones acumuladas a lo largo del proceso de formación del capitalismo eclosionaron en una vorágine internacional de caos económico, conflicto militar masivo, descomposición política y crisis cultural. Fue entonces cuando las teorías revolucionarias experimentaron un giro subjetivista que transformó la perspectiva de un amplio abanico de miradas progresistas. Sobre todo, el fracaso de muchos de esos proyectos de cambio social rápido, obligó a las fuerzas antagonistas a reflexionar sobre la arquitectura

social del consenso y los dispositivos de gestión del sentido común popular que cimentan la subordinación política.

Después de 1917, las limitaciones del marxismo mecanicista resultaban palmarias: la revolución no se había producido en los centros neurálgicos del capitalismo global como resultado de las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Todo lo contrario, se impuso localmente en un país de la periferia europea que casi acababa de salir del feudalismo, en el que la clase obrera y sus organizaciones eran muy minoritarias y, en buena medida, como subproducto del descontento popular ante la guerra. Precisamente los primeros usos del concepto de hegemonía surgieron en Rusia para designar el liderazgo político que el pequeño grupo de trabajadores industriales podía desempeñar en una nación agrícola, estableciendo alianzas complejas con otros colectivos más amplios —como el campesinado— o más dinámicos socialmente —como la pequeña burguesía—. Lo crucial en la práctica revolucionaria, por tanto, era la conciencia de clase entendida no como una intervención ilustrada capaz de rasgar los velos de la sabiduría social, sino como la capacidad política de interpelar a distintos grupos para hacerles ver como factibles y deseables posibilidades históricas que poco antes resultaban inimaginables.

En el fondo, el marxismo positivista era la expresión dogmática de una teleología beata. La confianza en que todas las miserias e impurezas de la política cotidiana eran insignificantes reyertas en la cubierta de un barco que, impulsado por el viento del desarrollo tecnológico y la lucha de clases, se dirigía a velocidad de crucero hacia la emancipación. El propio Marx alertó de esta ilusión en una carta a Kugelmann del 17 de abril de 1871, precisamente durante la Comuna de París: «Sería muy cómoda de hacer la historia universal si la lucha solo se emprendiera en condiciones de resultado favorable. Además, sería de naturaleza muy mística si las “casualidades” no jugaran ningún papel». Tras la carnicería de la Primera Guerra Mundial, resultaba evidente que, en el mejor de los casos, las fuerzas revolucionarias eran arrastradas por un torrente descontrolado a bordo de una frágil balsa en la que había que remar desesperadamente para evitar los obstáculos inmediatos, todo ello en la más absoluta ceguera respecto al destino final. La política de coyuntura no es un epifenómeno de grandes corrientes históricas subterráneas: la superficie es todo lo que hay.

Los cambios estratégicos de las fuerzas antagonistas del periodo de entreguerras

se tradujeron en una oleada revolucionaria heterogénea que recorrió el mundo, de Hungría a México, pasando por Irlanda, Irak, Turquía, Italia o Mongolia. Estos alzamientos tuvieron un intenso correlato teórico: un giro antipositivista — centrado en la crítica de la pérdida de vista del primado de la totalidad, de lo existente en su conjunto— y una renovada receptividad a las perspectivas interpretativas y a la potencia de la espontaneidad de la subjetividad. Es el caso tanto de Lukács como de Gramsci: ambos fueron quintacolumnistas de la hermenéutica en el campo del materialismo histórico que compartieron la experiencia tanto de un asalto revolucionario fallido como del ascenso de fuerzas antidemocráticas y autoritarias novedosas cuya morfología no era la de los movimientos reaccionarios tradicionales. Pero fue Gramsci quien, en ese contexto, convirtió la cuestión de la hegemonía en uno de los pilares de las políticas emancipatorias.

Inicialmente, Gramsci emplea el concepto de hegemonía en el sentido intuitivo pero limitado que se había popularizado en Rusia: el rol dirigente que podía desempeñar el proletariado dentro de una coalición que incluía a grupos menos avanzados políticamente. Pero la magnitud del fracaso del ciclo de movilizaciones conocido como bienio rosso —los revolucionarios italianos no solo fueron aplastados, sino que su derrota abrió una ventana de oportunidad crucial para el fascismo— llevó a Gramsci a explorar otras dimensiones más sutiles del liderazgo y la subordinación políticas. La crítica antiburguesa tradicional era básicamente un diagnóstico decadentista: la burguesía había desempeñado un papel revolucionario en el pasado pero su fuerza histórica se había agotado. Desde la perspectiva de los años veinte y treinta del siglo pasado, las cosas parecían mucho más complejas. Para empezar, resultaba evidente que la burguesía no era un bloque homogéneo, sino una amalgama de grupos sociales con sus propios conflictos internos. Y algunas de esas corrientes podían llegar a ser muy dinámicas, con una gran capacidad para movilizar afectos políticos como el miedo, el resentimiento o la nostalgia a fin de crear nuevas formas de consenso y solidaridad en torno a propuestas políticas antidemocráticas.

La idea de hegemonía es, a fin de cuentas, un intento de encontrar una tercera vía entre las perspectivas procedentes de la tradición liberal —que entienden la actividad política como un proceso básicamente transparente e intencional— y las posiciones materialistas que, en cambio, subrayan las inercias ideológicas impersonales y la colonización de la subjetividad por las estructuras económicas o sociales. Como un desarrollo de intuiciones planteadas en los inicios de la modernidad por Pascal o Maquiavelo y anticipando la noción de habitus de

Pierre Bourdieu, la idea de hegemonía hace referencia a un terreno sociocultural oscuro, en el que se solapan automatismos sociales e intervenciones estratégicas.

La noción de ideología, en su sentido más amplio, trata de captar una elaboración imaginaria y colectiva que se superpone con alguna coherencia sobre las estructuras sociales que permiten la subsistencia material. La hegemonía añade a ese mapa una carga de profundidad sociológica: el papel activo y a menudo poco coherente de las distintas instituciones productoras de consenso y las consecuencias no buscadas de sus intervenciones. Desde el punto de vista de la teoría de la hegemonía, la ideología no está exactamente en la cabeza o en las palabras de la gente, sino disuelta en la sensibilidad y en las formas de vida, en los sistemas de solidaridades, intereses y dependencias de grupos sociales heterogéneos y, sobre todo, en la estructura institucional. Por eso, el espacio por antonomasia de disputa de la hegemonía es la «sociedad civil», el conjunto de organizaciones que no forman parte del aparato gubernamental, represivo o judicial: iglesias, sindicatos, asociaciones culturales, medios de comunicación, grupos de afinidad, partidos políticos...

El keynesianismo social de la postguerra criogenizó la teoría de la hegemonía pocos años después de su formulación. La internalización por el Estado de una parte significativa de los conflictos entre capital y trabajo produjo, en cambio, un auge de las teorías de la alienación, de los análisis acerca de cómo una concentración sin precedentes de poder corporativo y estatal estaba creando nuevas formas de socialización capitalista mediadas por el consumo de masas. Por eso, la preocupación por la hegemonía retornó con mucha fuerza a partir de 1978, cuando la descomposición del régimen keynesiano dio lugar, de nuevo, a una efervescente contrarrevolución conservadora.

Los neoliberales desarrollaron una estrategia muy imaginativa para hacerse con el control del Estado y reconfiguraron la estructura financiera y comercial global. Pero lo más sorprendente fue el modo en que lograron una adhesión popular entusiasta a su programa, intuitivamente muy poco afín a los intereses de las clases trabajadoras. Consiguieron cambiar el sentido común popular a través de un sistema amplio de lealtades y afectos entre grupos sociales con intereses materiales solo en parte coincidentes, que empezaron a compartir una comprensión del capitalismo desregulado como una promesa de paz y prosperidad. Stuart Hall lo resumió así: «El proyecto era transformar el Estado para reestructurar la sociedad: descentrar y desplazar toda la formación de posguerra; revertir la cultura política que se había formado sobre la base del

acuerdo político —el acuerdo histórico entre trabajo y capital— vigente desde 1945 en adelante. La profundidad de este giro era inmensa: un vuelco en las reglas básicas de ese acuerdo, de las alianzas sociales que lo apuntalaron y de los valores que lo hicieron popular. No me refiero a los valores y las posturas de la gente que escribe libros. Me refiero a las ideas de la gente que, simplemente, en su corriente vida diaria, tiene que calcular cómo sobrevivir, cómo cuidar a los que tiene más cerca».

El programa neoliberal de transformación del sentido común popular tuvo dos características muy novedosas. La primera fue su dimensión internacional. La restauración de la libre circulación de capitales suponía un desafío para el principio de soberanía nacional, que se había convertido en uno de los pilares de las democracias liberales de la postguerra. Los neoliberales crearon una abigarrada red de tratados e instituciones internacionales alejadas del escrutinio público, pero capaces de limitar dramáticamente la capacidad de maniobra de los gobiernos y aumentar la de las grandes empresas. El éxito de esa estrategia se basaba en su complejidad y su invisibilidad, lo que a su vez planteaba el desafío de crear una estrategia cultural que llevara a la gente a participar de una dinámica de internacionalización como esa, tan distinta del imperialismo tradicional. Y, de nuevo, tuvieron éxito: consiguieron que «globalización» fuera un término cargado de tintes futuristas y positivos, que evocaba una promesa de modernización y digitalización y no, de un modo más realista, la amenaza reaccionaria de un retorno al capitalismo anterior a la Primera Guerra Mundial.

Para ello, y esta es la segunda innovación, desarrollaron un programa político en el que la subordinación consentida y los procesos de subjetivación desempeñaban un papel mucho más intenso que en el pasado. Durante varias décadas, la globalización neoliberal fue un horizonte de sentido en torno al cual millones de personas de todo el mundo organizaban sus proyectos de vida, sus deseos, sus esperanzas... Por ejemplo, la hegemonía neoliberal en el campo de las políticas de vivienda no se expresa necesariamente a través de creencias y discursos populares acerca de las bondades del mercado libre inmobiliario, sino de un compromiso práctico con la propiedad inmobiliaria que procede tanto del cálculo económico racional como de la solidaridad familiar, el amor filial o el miedo al futuro. Millones de familias españolas dedican enormes esfuerzos a pagar durante décadas una hipoteca con la esperanza de legar prosperidad material a sus hijos. No importa si creen que la estructura de la propiedad inmobiliaria es justa, despiadada, beneficiosa o irracional, lo decisivo es el modo en que el mercado inmobiliario se entrelaza con sus proyectos de vida y cómo

esa simbiosis les hace muy sensibles a los costes de transición a otras políticas de vivienda posibles. Y otro tanto ocurre con la educación, el mercado de trabajo o el ocio. Ese fue el gran triunfo del neoliberalismo: crear una maquinaria de consenso global disuelta en las instituciones locales de la sociedad civil. El compromiso entusiasta con el régimen no surge de la propaganda exitosa, sino, sencillamente, de llevar una vida convencional.

La Gran Recesión de 2008 fue el inicio de una crisis orgánica del proyecto neoliberal que probablemente termine por ser definitiva. Por supuesto, las élites globales continúan acumulando poder y los procesos de mercantilización están muy lejos de revertirse, incluso se han vuelto más agresivos. Pero se presentan abiertamente como una agenda partidista de las clases dominantes globales dirigida a preservar su posición de privilegio y a la que la mayoría social tiene que someterse ante la ausencia de alternativas realistas. Ni siquiera los más cínicos fingen ya que la ortodoxia económica forma parte de un plan universalista, un juego de suma positiva que, pese a sus costes y efectos colaterales, ofrece un saldo beneficioso para el conjunto de la sociedad, no digamos ya para el conjunto de la humanidad. El neoliberalismo, la mayor fábrica de producción de hegemonía de la modernidad, se ha convertido en una doctrina freakonómica, un síntoma de descomposición política allí donde logra sobrevivir.

La crisis de la hegemonía neoliberal, por supuesto, ha sido vista como una oportunidad por diferentes fuerzas políticas tanto progresistas como reaccionarias. No obstante, a diferencia de otros momentos históricos, estas iniciativas se enfrentan a desafíos y barreras completamente asimétricos. Al margen de su muy diferente relación con los intereses de las élites económicas y sociales, la gran crisis medioambiental afecta de forma diametralmente opuesta a los programas democratizadores y autoritarios. Para los proyectos iliberales, la amenaza de una catástrofe ecológica global es un escenario confortable: la competencia por recursos naturales decrecientes alimenta el cierre nacionalista y belicista frente al enemigo exterior (básicamente, el resto de la humanidad presente y futura), al tiempo que justifica las intervenciones represivas internas. Para los proyectos emancipadores, en cambio, la crisis ecosocial es un puzle infernal que obliga a reconfigurar de arriba abajo una agenda en la que desempeñaba un papel central el aprovechamiento igualitario de la potencia productiva capitalista. El ecosocialismo no puede ya prometer universalizar la abundancia capitalista —disfrutar de la riqueza sin pagar un peaje de explotación, subordinación y alienación— y confiar en que, una vez superado el

«reino de la necesidad», prosperarán las mejores capacidades humanas. Necesita desarrollar un conjunto de cambios estructurales globales sin precedentes en tiempo de paz empleando un instrumental político atravesado por afectos negativos y desmovilizadores: austeridad, autocontención, decrecimiento... Es un poco como entrenar a un comando de fuerzas especiales a base de guerras de almohadas y meditación budista.

Seguramente por eso hoy se ha popularizado entre algunos sectores del ecologismo político una especie de reformulación del marxismo mecanicista en el que el papel de las fuerzas productivas en el cambio social se ve sustituido por las leyes de la termodinámica. Para estos neopositivistas, las armas políticas por antonomasia serían la ilustración científica —que disuelve las fantasías productivistas de crecimiento ilimitado— y el compromiso ético ante un futuro inminente previsiblemente catastrófico. Una vez más, las disputas políticas se ven como peleas menores, casi infantiles, a bordo de un buque que se dirige inexorablemente no ya hacia la emancipación sino al colapso. La actividad del Estado sería, de nuevo, un residuo decadente condenado a la implosión, esta vez a causa de sus adherencias fosilistas. La única estrategia política realista pasaría por confiar en la capacidad de resiliencia de los proyectos sociales que asumen la verdad científica y plantean una alternativa comunitaria a la descomposición del Estado.

Si este tipo de teleología colapsista —en realidad, bastante extravagante— resulta hoy tentadora en algunos círculos ecologistas es porque propone una salida fantasmagórica pero simple a la gran tarea política de nuestro tiempo, que es desalentadoramente compleja: la construcción de una contrahegemonía verde global, en el que la transformación radical del sistema de relaciones internacionales heredado desempeña un papel central. El neopositivismo resulta reconfortante porque reduce los grandes conflictos sociales a un problema cognoscitivo y moral: la gente es ignorante y/o mala. Las teorías de la hegemonía, en cambio, nos recuerdan que lo importante no es lo que la gente piensa (de hecho, en la mayor parte de Europa el negacionismo climático es residual), sino el modo en que esas creencias se expresan en sus prácticas cotidianas. Es perfectamente posible disponer de información medioambiental exacta, compartir sinceramente los valores progresistas y, sin embargo, llevar una vida de un nihilismo climático feroz. En realidad, se trata de una descripción bastante precisa de casi cualquier persona de izquierdas que viva en un país rico. La teleología catastrófica es una fantasía de evasión a un reto de una dificultad descorazonadora: alterar profunda y rápidamente doscientos años de

socialización capitalista, modificando el sentido común práctico de miles de millones de personas para transformar, parafraseando a Milton Friedman, lo que consideran ecológicamente imposible en inevitable.

Y lo cierto es que, como los neoliberales, el ecologismo necesita impulsar un cambio global que limite la autonomía de empresas y estados —su libertad para destruir los ecosistemas— sin confiar en la bala de plata de un acuerdo diplomático como el sistema de Breton Woods, que solo pudo darse en las circunstancias de la posguerra completamente excepcionales y casi inimaginables en el caso de la crisis ecosocial. El equivalente de la posguerra climática no se va a producir. El deterioro medioambiental se parece mucho más a una enfermedad degenerativa que a un infarto, es un proceso rápido y convulso desde una perspectiva geológica pero lento y progresivo para la mirada humana. Eso dificulta el compromiso con acciones resueltas y facilita, en cambio, el aplazamiento y la resignación adaptativa. La gran lección que el neoliberalismo puede ofrecer al ecologismo político es que es posible resignificar las instituciones internacionales existentes para alterar las relaciones globales. Los neoliberales, por ejemplo, consiguieron convertir el FMI y el BM, baluartes del sistema keynesiano, en arietes de su estrategia global. Y otro tanto ocurrió con la Unión Europea, que fue una institución en disputa durante mucho tiempo. Tal vez el camino más rápido a una transición ecosocial justa pase por un internacionalismo que sepa apoyarse en la institucionalidad existente. Cambiar el sentido político de organizaciones tan sesgadas ideológicamente como la Comisión Europea puede parecer una tarea hercúlea. Pero resulta un juego de niños si se compara con la posibilidad de crear una nueva institucionalidad internacional *ex novo*.

También como el neoliberalismo, el ecologismo necesita impregnar de afectos positivos una agenda en principio antipática y gris. Pero si una fuerza política logró que la gente de clase trabajadora viera su propia desprotección como una ganancia en libertad y la pérdida de soberanía popular como una promesa de progreso para el conjunto de la humanidad, entonces tal vez sea posible que el poscrecientismo llegue a ser un programa atractivo para una gran mayoría social transnacional. Porque los afectos positivos y poderosos no surgen necesariamente, como a veces suponemos, de mensajes naif, dulces y conciliadores. Al contrario, a veces tienen que ver con desafíos, batallas y conflictos que la gente común, cada uno de nosotros, siente como propios y normaliza en su vida cotidiana de forma valiente y decidida. Hace cuatro siglos, Blaise Pascal hablaba de cómo la conversión religiosa surgía de un cóctel

caprichoso de reflexión consciente y el hábito automático. No parece algo muy alejado del tipo de transformación sociopolítica hegemónica que necesitamos para afrontar una transición ecosocial inaplazable: «Hay que desengañarse: tenemos tanto de autómatas como de espíritus; y de aquí viene que el instrumento por el cual se produce la persuasión no sea únicamente la demostración. ¡Qué pocas cosas demostradas hay! Las pruebas no convencen más que al espíritu. La costumbre hace que nuestras pruebas sean las más fuertes y las más creídas; inclina al autómatas que arrastra al espíritu sin pensar en ello. [...] Hay que recurrir a la costumbre cuando el espíritu ha visto una vez dónde está la verdad, a fin de abreviar en ella, y asirnos a esta creencia, que se nos escapa en todo momento; porque es demasiado trabajo tener siempre presentes sus pruebas. Hay que adquirir una creencia más fácil, la del hábito, que sin violencia, sin arte, sin argumento, nos hace creer en las cosas, inclina todas nuestras potencias hacia esta creencia, de suerte que nuestra alma caiga en ella naturalmente. [...] Hay que hacer creer, pues, a nuestras dos piezas: al espíritu, por las razones, que basta con haber visto una vez en su vida, y al autómatas, por la costumbre, no permitiéndole que se incline hacia lo contrario».

MEMORIA

Pankaj Mishra

En 1977, un año antes de suicidarse, el escritor austriaco Jean Améry se enteró por la prensa de las torturas sistemáticas que sufrían los prisioneros árabes en las cárceles israelíes. Detenido en Bélgica en 1943 mientras distribuía panfletos antinazis, Améry había sido brutalmente torturado por la Gestapo y deportado a posteriori a Auschwitz. Consiguió sobrevivir, pero nunca logró dejar sus tormentos atrás. Insistía en que los torturados siguen siendo torturados y que su trauma es irrevocable. Como muchos supervivientes de los campos de exterminio nazis, Améry llegó a sentir una «conexión existencial» con Israel en la década de 1960. Atacó obsesivamente a los críticos de izquierdas del Estado judío, calificándolos de «irreflexivos y sin escrúpulos», y puede que fuera uno de los primeros en afirmar, como hacen ahora habitualmente los dirigentes y partidarios de Israel, que los antisemitas virulentos se disfrazan de virtuosos antiimperialistas y antisionistas. Sin embargo, los informes «ciertamente incompletos» sobre torturas en las cárceles israelíes llevaron a Améry a plantearse los límites de su solidaridad con el Estado judío. En uno de los últimos ensayos que publicó, escribió: «Hago un llamamiento urgente a todos los judíos que quieran ser seres humanos para que se unan a mí en la condena radical de la tortura sistemática. Donde empieza la barbarie, deben terminar incluso los compromisos existenciales».

A Améry le molestó especialmente la elección, en 1977, de Menájem Beguín como primer ministro de Israel. Beguín, que organizó el atentado de 1946 contra el hotel Rey David de Jerusalén en el que murieron 91 personas, fue el primero de la estirpe de supremacistas judíos que siguen gobernando Israel. También fue el primero en invocar sistemáticamente a Hitler, el Holocausto y la Biblia mientras agredía a los árabes y construía asentamientos en los Territorios Ocupados. En sus primeros años, el Estado de Israel mantuvo una relación ambivalente con la Shoá y sus víctimas. David Ben-Gurión, el primero en ocupar

el cargo de primer ministro de Israel, consideró en un principio a los supervivientes de la Shoá como «escombros humanos», afirmando que habían sobrevivido solo porque habían sido «malos, duros y egoístas». Fue el rival de Ben-Gurión, Beguín, un demagogo de origen polaco, quien convirtió el asesinato de seis millones de judíos en una intensa preocupación nacional y en una nueva base para la identidad de Israel. La clase dirigente israelí empezó a producir y difundir una versión muy particular de la Shoá que se utilizaría, a partir de ese instante, para legitimar un sionismo mucho más militante y expansionista.

Améry tomó nota de la nueva retórica y fue categórico sobre las consecuencias destructivas que tendría para los judíos que viven fuera de Israel. Que Beguín, «con la Torá en el brazo y recurriendo a las promesas bíblicas», hable abiertamente de robar tierras palestinas «por sí solo sería motivo suficiente», escribió, «para que los judíos de la diáspora se replantearan su relación con Israel». Améry suplicó a los dirigentes israelíes que «reconozcan que su libertad solo puede lograrse con su primo palestino, no contra él».

Un lustro después, insistiendo en que los árabes eran los nuevos nazis y Yasser Arafat el nuevo Hitler, Beguín inició el asalto al Líbano. Para cuando Ronald Reagan le acusó de perpetrar un «holocausto» y le ordenó poner fin al mismo, las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF) habían matado a decenas de miles de palestinos y libaneses y arrasado amplias zonas de Beirut. En su novela Kapo (1993), el autor serbio-judío Aleksandar Tišma capta la repulsión que sintieron muchos supervivientes de la Shoá ante las imágenes que llegaban del Líbano: «numerosos judíos, sus parientes, los hijos y nietos de sus contemporáneos, antiguos prisioneros de los campos, subidos a las torretas de los tanques y conduciendo, con las banderas izadas y ondeando, a través de asentamientos indefensos, a través de la carne humana, desgarrándola con balas de ametralladora, acorralando a los supervivientes en campos cercados con alambre de espino».

Primo Levi, que había conocido los horrores de Auschwitz al mismo tiempo que Améry y también sentía una afinidad emocional con el nuevo Estado judío, organizó rápidamente una carta abierta de protesta y concedió una entrevista en la que afirmaba que «Israel está cayendo rápidamente en el aislamiento total [...]». Debemos ahogar cualquier impulso hacia la solidaridad emocional con Israel para razonar fríamente sobre los errores de la actual clase dirigente israelí. Debemos, sí, deshacernos de esa clase dirigente». En varios ensayos y obras de no ficción, Levi había meditado no solo sobre su estancia en el campo de

exterminio y su angustioso e insoluble legado, sino también sobre las amenazas y tentaciones siempre presentes a la decencia y la dignidad humanas. En ese sentido, le indignaba especialmente la explotación de la Shoá por parte de Beguín. Dos años más tarde, afirmó que «el centro de gravedad del mundo judío debe salir de Israel y volver a la diáspora».

Los celos que esbozaron Améry y Levi serían condenados hoy como burdamente antisemitas. Merece la pena recordar que muchos de esos replanteamientos del sionismo, de las inquietudes sobre la percepción de los judíos en el mundo, fueron incitados entre los supervivientes y testigos de la Shoá por la ocupación israelí de territorio palestino y su nueva mitología manipuladora. Yeshayahu Leibowitz, teólogo galardonado con el Premio Israel en 1993, ya advertía en 1969 contra la «nazificación» de Israel. En 1980, el columnista israelí Boaz Evron describió minuciosamente las etapas de esta corrosión moral: la táctica de confundir a los palestinos con los nazis y gritar que otra Shoá es inminente estaba, temía, liberando a los israelíes corrientes de «cualquier restricción moral, ya que quien está en peligro de aniquilación se ve a sí mismo exento de cualquier consideración moral que pudiera restringir sus esfuerzos por salvarse». Los judíos, escribía Evron, podrían acabar tratando a los «no judíos como infrahumanos» y reproduciendo «actitudes racistas nazis».

Evron también pidió cautela a los (entonces nuevos y fervientes) partidarios de Israel entre la población judía estadounidense. Para ellos, argumentó, defender a Israel se había convertido en algo «necesario debido a la pérdida de cualquier otro punto de referencia de su identidad judía»; de hecho, su carencia existencial era tan grande, según Evron, que no deseaban que Israel se liberara de su creciente dependencia del apoyo estadounidense.

Necesitan sentirse necesitados. También necesitan al «héroe israelí» como compensación social y emocional en una sociedad en la que no se suele percibir al judío como encarnación de las características del duro luchador viril. Así pues, el israelí proporciona al judío estadounidense una imagen doble y contradictoria —el superhombre viril y la víctima potencial del Holocausto— cuyos dos componentes distan mucho de la realidad.

Zygmunt Bauman, filósofo judío nacido en Polonia y refugiado del nazismo, que pasó tres años en Israel en la década de 1970 antes de huir por la deriva belicosa del país, se desesperaba ante lo que consideraba la «privatización» de la Shoá por parte de Israel y sus partidarios. Se ha llegado a recordar, escribió en 1988, «como una experiencia privada de los judíos, como un asunto entre los judíos y sus odiadores», incluso cuando las condiciones que la hicieron posible estaban apareciendo de nuevo en todo el mundo. Los supervivientes de la Shoá, que habían pasado de una serena creencia en el humanismo secular a la locura colectiva, intuyeron que la violencia a la que habían sobrevivido —sin precedentes en su magnitud— no era una aberración en el marco de la civilización moderna. Tampoco podía achacarse por completo a un viejo prejuicio contra los judíos. La tecnología y la división racional del trabajo habían permitido a la gente corriente contribuir a actos de exterminio masivo con la conciencia tranquila, incluso con destellos de virtud, y los esfuerzos preventivos contra modos de matar tan impersonales y masivos requerían algo más que la vigilancia contra el antisemitismo.

Cuando hace poco recurrí a mis libros para preparar este artículo, descubrí que ya había subrayado muchos de los pasajes que cito aquí. En mi diario hay líneas copiadas de George Steiner —«el Estado-nación erizado de armas es una amarga reliquia, un absurdo en el siglo de los hombres apiñados»— y Abba Eban —«Ya es hora de que nos paremos sobre nuestros propios pies y no sobre los de los seis millones de muertos»—. La mayoría de estas anotaciones se remontan a mi primera visita a Israel y sus Territorios Ocupados, cuando trataba de responder, en mi inocencia, a dos preguntas a todas luces desconcertantes: ¿cómo ha llegado Israel a ejercer un poder tan terrible, de vida o muerte, sobre una población de refugiados? ¿Cómo puede la corriente política y periodística dominante en Occidente ignorar, incluso justificar, crueldades e injusticias claramente sistemáticas?

Yo había crecido en una familia de nacionalistas hindúes de casta alta en la India que practicaban una suerte de sionismo reverencial. Tanto el sionismo como el nacionalismo hindú surgieron a finales del siglo XIX de una experiencia de humillación; muchos de sus ideólogos anhelaban superar lo que percibían como una vergonzosa falta de hombría entre judíos e hindúes. Y para los nacionalistas hindúes de la década de 1970, impotentes detractores del entonces gobernante Partido del Congreso, una fuerza pro palestina, los sionistas intransigentes como Beguín, Ariel Sharon y Yitzhak Shamir parecían haber ganado la carrera hacia la nación muscular. Recuerdo que tenía una foto en la pared de Moshe Dayan, jefe

del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel y ministro de Defensa durante la Guerra de los Seis Días; e incluso mucho después de que se desvaneciera mi encaprichamiento infantil con la fuerza bruta, no dejé de ver a Israel de la forma en que sus líderes habían empezado a presentar el país desde la década de 1960: como la redención de las víctimas de la Shoá y una garantía inquebrantable contra su repetición.

Era consciente de lo superficialmente que la grave situación de los judíos, quienes habían sido utilizados como chivos expiatorios durante el colapso social y económico de Alemania en las décadas de 1920 y 1930, había impactado en la conciencia de los líderes de Europa Occidental y Estados Unidos. Incluso los supervivientes del Holocausto fueron recibidos con frialdad y, en Europa Oriental, enfrentaron nuevos pogromos. Me parecía injusto que solo a Israel, entre todas las naciones del mundo, se le exigiera justificar su derecho a existir.

No era tan ingenuo como para creer que el sufrimiento ennobleciera o dotara de poder moral a las víctimas de una atrocidad significativa para actuar con superioridad ética. Que las víctimas de ayer se conviertan frecuentemente en los verdugos de hoy es una lección de la violencia organizada en la antigua Yugoslavia, Sudán, Congo, Ruanda, Sri Lanka, Afganistán y demasiados otros lugares. Aún me horrorizaba la interpretación sombría que el Estado israelí había derivado del Holocausto, y luego institucionalizado en un aparato represivo. Los asesinatos selectivos de palestinos, los controles de seguridad, las demoliciones de casas, la expropiación de tierras, las detenciones arbitrarias e indefinidas y la tortura generalizada en las cárceles parecían proclamar un ethos nacional implacable: que la humanidad se divide entre fuertes y débiles, y aquellos que han sido víctimas o anticipan serlo deben aplastar preventivamente a sus supuestos enemigos.

A pesar de haber leído a Edward Said, me sorprendió descubrir por mí mismo la sutileza con la que los defensores de Israel en Occidente encubren la ideología nihilista de supervivencia del más apto, perpetuada por todos los regímenes israelíes desde el de Beguín. En su propio beneficio, se enfocan en los crímenes de los ocupantes, sin prestar atención al sufrimiento de los desposeídos y deshumanizados; sin embargo, ambos han sido ignorados en gran medida por la prensa respetable del mundo occidental. Aquellos que destacan el espectáculo del compromiso incondicional de Washington con Israel son etiquetados de antisemitas y acusados de ignorar las lecciones del Holocausto. Y una percepción distorsionada del Holocausto asegura que cada vez que las víctimas

de Israel, incapaces de tolerar más su miseria, se rebelan contra sus opresores con la ferocidad esperada, son denunciados como nazis, empeñados en perpetrar otro Holocausto.

Al leer y reflexionar sobre los escritos de Améry, Levi y otros, intentaba aliviar de alguna manera el opresivo sentimiento de injusticia que me embargaba después de haber sido expuesto a la tenebrosa interpretación israelí del Holocausto y a los certificados de alto mérito moral otorgados al país por sus aliados occidentales. Buscaba el consuelo de personas que habían experimentado, en sus propios cuerpos frágiles, el terror monstruoso infligido a millones por un Estado-nación europeo supuestamente civilizado, y que habían decidido estar eternamente vigilantes contra la distorsión del significado del Holocausto y el abuso de su memoria.

A pesar de sus crecientes dudas sobre Israel, la clase política y mediática de Occidente ha suavizado constantemente la cruda realidad de la ocupación militar y la anexión desenfrenada por parte de líderes etnonacionalistas: el argumento repetido es que Israel, como la única democracia en Medio Oriente, tiene el derecho de defenderse, especialmente contra aquellos calificados de genocidas brutales. Como consecuencia, las víctimas de la violencia israelí en Gaza ni siquiera logran que las élites occidentales reconozcan directamente su atroz situación, mucho menos recibir ayuda. En los últimos meses, billones de personas alrededor del mundo han sido testigos de un asalto extraordinario cuyas víctimas, en palabras de Blinne Ní Ghrálaigh, abogada irlandesa que representa a Sudáfrica ante el Tribunal Internacional de Justicia en La Haya, «transmiten su propia destrucción en tiempo real, con la esperanza desesperada, hasta ahora infructuosa, de que el mundo pueda intervenir».

Pero el mundo, o más específicamente Occidente, no actúa. Peor aún, la destrucción de Gaza, aunque claramente descrita y difundida por sus perpetradores, se oscurece y niega cotidianamente por los instrumentos de hegemonía militar y cultural de Occidente: desde el presidente de Estados Unidos que acusa a los palestinos de mentir y los políticos europeos que afirman el derecho de Israel a defenderse, hasta los prestigiosos medios de comunicación que emplean la voz pasiva para describir las masacres en Gaza. Nos encontramos ante una situación sin precedentes. Nunca antes tantos habían sido testigos en tiempo real de un exterminio en masa. Sin embargo, la insensibilidad, la cautela y la censura dominantes invalidan y se burlan de nuestra consternación y dolor. Muchos de nosotros, que hemos visto algunas de las imágenes y vídeos

provenientes de Gaza —escenas infernales de cuerpos desfigurados y enterrados en fosas comunes, cuerpos de niños llevados por padres desconsolados o dispuestos en filas ordenadas— hemos estado enloqueciendo en silencio durante los últimos meses. Cada día se ve emponzoñado por la conciencia de que, mientras continuamos con nuestras vidas, cientos de personas comunes como nosotros están siendo asesinadas o forzadas a presenciar el asesinato de sus hijos.

Aquellos que buscan en el rostro de Joe Biden algún indicio de compasión, alguna señal de que se pondrá fin a la masacre, encuentran solo una suave indiferencia, interrumpida solo por una sonrisa nerviosa al repetir las falsedades israelíes sobre bebés decapitados. La terca malevolencia y crueldad de Biden hacia los palestinos es solo uno de los muchos enigmas horribles presentados por políticos y periodistas occidentales. El Holocausto traumatizó al menos a dos generaciones de judíos, y las masacres y toma de rehenes en Israel el 7 de octubre por parte de Hamás y otros grupos palestinos reavivaron el temor al exterminio colectivo entre muchos judíos. Pero era evidente desde el principio que los líderes israelíes más fanáticos en la historia no vacilarían en explotar un sentimiento general de violación, duelo y horror. Habría sido fácil para los líderes occidentales moderar su impulso de solidaridad incondicional con un régimen extremista y, al mismo tiempo, reconocer la necesidad de perseguir y juzgar a los responsables de crímenes de guerra el 7 de octubre. ¿Por qué entonces Keir Starmer, anterior abogado de derechos humanos, declaró que Israel tiene derecho a «retener la energía y el agua» de los palestinos? ¿Por qué Alemania comenzó a vender armas a Israel más frenéticamente (y con sus engañosos medios de comunicación y su represión oficial especialmente cruel, especialmente contra artistas y pensadores judíos, brindó una nueva lección al mundo sobre el rápido ascenso del etnonacionalismo asesino en ese país)? ¿Qué explicación hay para titulares en la BBC y en The New York Times como «Hind Rajab, de seis años, encontrada muerta en Gaza días después de pedir ayuda por teléfono», «Lágrimas de un padre de Gaza que perdió a 103 familiares» y «Un hombre muere tras prenderse fuego frente a la embajada israelí en Washington, según la policía»? ¿Por qué los políticos y periodistas occidentales continúan presentando a decenas de miles de palestinos muertos y mutilados como daños colaterales en una guerra de autodefensa impuesta al ejército más moral del mundo, como pretende ser el IDF?

Para muchas personas alrededor del mundo, las respuestas están inevitablemente teñidas por un rencor racial que ha estado latente durante mucho tiempo.

Palestina, observó George Orwell en 1945, es una «cuestión de color», y así fue visto inevitablemente por Gandhi, quien imploró a los líderes sionistas que no recurrieran al terrorismo contra los árabes usando armas occidentales, y por las naciones poscoloniales, que casi en su totalidad se negaron a reconocer el Estado de Israel. Lo que W.E.B. Du Bois llamó el problema central de la política internacional —la «línea de color»— fue lo que motivó a Nelson Mandela a afirmar que la libertad de Sudáfrica del apartheid está «incompleta sin la libertad de los palestinos». James Baldwin intentó desacralizar lo que llamó un «silencio piadoso» en torno al comportamiento de Israel, señalando que el Estado judío, que vendió armas al régimen de apartheid en Sudáfrica, representaba la supremacía blanca, no la democracia. Muhammad Ali veía a Palestina como un ejemplo de injusticia racial flagrante. Lo mismo opinan hoy los líderes de las confesiones cristianas negras más antiguas y destacadas de Estados Unidos, quienes han acusado a Israel de genocidio y han instado a Biden a cesar toda ayuda financiera y militar al país.

En 1967, Baldwin tuvo la audacia de decir que el sufrimiento del pueblo judío «es reconocido como parte de la historia moral del mundo», algo que «no sucede con los negros». En 2024, muchas más personas pueden ver que, en comparación con las víctimas judías del nazismo, apenas se recuerdan los incontables millones consumidos por la esclavitud, los múltiples holocaustos de finales de la era victoriana en Asia y África, y los ataques nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki. Billones de no occidentales han sido vehementemente politizados en los últimos años por la desastrosa guerra de Occidente contra el terror, el «apartheid de vacunas» durante la pandemia, y la descarada hipocresía respecto a la situación de ucranianos y palestinos; no pueden sino notar una versión beligerante de la «negación del Holocausto» entre las élites de las antiguas potencias imperialistas, que se niegan a confrontar su pasado de genocidio y saqueo y tratan de deslegitimar cualquier discusión al respecto, calificándola de «locura woke». Las narrativas populares sobre el totalitarismo que proclaman «Occidente es lo mejor», continúan ignorando las agudas críticas al nazismo (por parte de Jawaharlal Nehru y Aimé Césaire, entre otros sujetos imperiales) como el «gemelo radical» del imperialismo occidental; evitan examinar la conexión evidente entre la masacre imperial de nativos en las colonias y los genocidios perpetrados contra los judíos en Europa.

Uno de los mayores peligros actuales es el endurecimiento de la línea de color en una nueva Línea Maginot. Para la mayoría de los pueblos no occidentales, cuya experiencia primordial con la civilización europea fue ser brutalmente

colonizados, el Holocausto no se presentó como una atrocidad sin precedentes. Recuperándose de los estragos del imperialismo en sus propios países, la mayoría no estaban en condiciones de comprender la magnitud del horror que el gemelo radical de ese imperialismo infligió a los judíos en Europa. Así, cuando los líderes israelíes comparan a Hamás con los nazis y los diplomáticos israelíes portan estrellas amarillas en la ONU, su audiencia es casi exclusivamente occidental. La mayor parte del mundo no comparte la culpa de la Europa cristiana por el Holocausto y no ve la creación de Israel como una necesidad moral para expiar los pecados de los europeos del siglo XX. Durante más de siete décadas, el argumento entre los «pueblos de color» ha sido el mismo: ¿por qué los palestinos deben ser desposeídos y castigados por crímenes de los cuales solo los europeos fueron cómplices? Y no pueden sino retroceder con repulsión ante la afirmación implícita de que Israel tiene derecho a masacrar a 13.000 niños no solo como un acto de defensa propia, sino porque es un Estado surgido del Holocausto.

Ya en 2006, Tony Judt advertía de que «ya no es posible usar el Holocausto para justificar las acciones de Israel», dado que un número creciente de personas «simplemente no puede comprender cómo los horrores de la última guerra europea pueden ser invocados para permitir o excusar comportamientos inaceptables en otro tiempo y lugar». La «paranoia largamente cultivada por Israel de que “todo el mundo está en nuestra contra” ya no genera simpatía», alertó, y las predicciones de un antisemitismo universal corren el riesgo de «convertirse en profecías autocumplidas»: «Las acciones imprudentes de Israel y la constante identificación de toda crítica como antisemitismo ahora son la principal fuente de sentimiento antijudío en Europa Occidental y gran parte de Asia». En la actualidad, los más fervientes defensores de Israel están exacerbando esta situación. Como señala el periodista y cineasta israelí Yuval Abraham, el «terrible mal uso» de la acusación de antisemitismo por parte de los alemanes la despoja de significado y «pone en peligro a los judíos en todo el mundo». Biden sigue recurriendo al peligroso argumento de que la seguridad de la población judía global depende de Israel. Como recientemente planteó el columnista de The New York Times Ezra Klein: «Soy judío. ¿Me siento más seguro? ¿Creo que hay menos antisemitismo en el mundo debido a lo que sucede allí, o siento que hay un recrudecimiento del antisemitismo y que incluso los judíos en lugares que no son Israel son vulnerables a los eventos en Israel?».

Esta devastadora realidad fue anticipada claramente por los supervivientes del Holocausto mencionados anteriormente, quienes advirtieron sobre el daño

causado a la memoria del Holocausto por su instrumentalización. Bauman advirtió repetidamente después de la década de 1980 que tales tácticas por parte de políticos inescrupulosos como Beguín y Netanyahu estaban asegurando «un triunfo post mortem para Hitler, quien soñaba con crear un conflicto entre los judíos y el mundo entero» e «impedir que los judíos tuvieran alguna vez una coexistencia pacífica con los demás». Améry, angustiado en sus últimos años por el «aumento del antisemitismo», imploró a los israelíes que trataran con humanidad incluso a los terroristas palestinos, para que la solidaridad entre los sionistas de la diáspora como él e Israel no se «transformara en la base de una comunión destinada al desastre».

No se puede esperar mucho al respecto de los actuales líderes de Israel. El descubrimiento de su extrema vulnerabilidad ante Hezbolá, así como ante Hamás, debería haberlos hecho más receptivos a considerar un acuerdo de paz de compromiso. No obstante, con todas las bombas de 2000 libras que Biden les suministra, están intentando de manera desesperada militarizar aún más su ocupación de Cisjordania y Gaza. Tal daño autoinfligido es el efecto a largo plazo que Boaz Evron temía cuando advirtió contra «la continua mención del Holocausto, el antisemitismo y el odio a los judíos a través de todas las generaciones». «Un liderazgo no puede distanciarse de su propia propaganda», escribió, y la clase dirigente de Israel actúa como los líderes de una «secta» que opera «en un mundo de mitos y monstruos de su propia creación», «incapaces ya de comprender lo que está sucediendo en el mundo real» o los «procesos históricos en los que se encuentra atrapado el Estado».

Cuatro décadas después de las reflexiones de Evron, es aún más evidente que los patrocinadores occidentales de Israel han actuado, paradójicamente, como sus mayores detractores, empujando al país aún más dentro de una ilusión. Tal como Evron señaló, las potencias occidentales han trabajado en contra de sus propios intereses al otorgar a Israel un trato preferencial especial sin exigir nada a cambio. Como resultado, «el trato especial otorgado a Israel, manifestado en el apoyo económico y político incondicional, ha generado un ambiente económico y político que lo aísla de las realidades económicas y políticas globales».

Netanyahu y su entorno amenazan las bases del orden mundial reconstruido tras la divulgación de los crímenes nazis. Incluso antes del conflicto en Gaza, el Holocausto estaba perdiendo su posición central en nuestra percepción del

pasado y el futuro. Aunque ninguna atrocidad histórica ha sido tan extensamente conmemorada, la cultura de la memoria en torno al Holocausto ha acumulado ya su propia y extensa historia. Esta historia muestra que la memoria del Holocausto no emergió de manera orgánica de los eventos de 1939 a 1945; fue construida, a menudo deliberadamente, con propósitos políticos específicos. De hecho, el consenso necesario sobre la importancia universal del Holocausto se ha visto comprometido por las crecientes presiones ideológicas sobre su recuerdo.

Que el régimen nazi alemán y sus colaboradores europeos asesinaron a seis millones de judíos era un hecho ampliamente reconocido después de 1945. Sin embargo, durante muchos años, este asombroso hecho tuvo poco eco político o intelectual. En las décadas de 1940 y 1950, el Holocausto no se consideraba una atrocidad aparte de otras atrocidades de la guerra, como los intentos de exterminio de poblaciones eslavas, gitanos, discapacitados y homosexuales. Por supuesto, muchos pueblos europeos tenían sus propias razones para minimizar la masacre de los judíos. Los alemanes estaban absortos en su propio trauma por los bombardeos aliados, la ocupación y su expulsión masiva de Europa del Este. Francia, Polonia, Austria y los Países Bajos, que habían colaborado entusiastamente con los nazis, preferían verse a sí mismos como parte de una valiente «resistencia» contra el hitlerismo. Había demasiados recuerdos incómodos de complicidad que perduraron mucho después del fin de la guerra en 1945. Alemania contó con antiguos nazis como canciller y presidente. El presidente francés François Mitterrand había sido un funcionario del régimen de Vichy. En 1992, Kurt Waldheim era presidente de Austria a pesar de las pruebas de su implicación en atrocidades nazis.

Incluso en Estados Unidos, existió un «silencio público y una especie de negación estatal del Holocausto», como Idith Zertal lo detalla en *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood* (2005). La conmemoración pública del Holocausto no comenzó hasta mucho después de 1945. En Israel mismo, la conciencia sobre la Shoá estuvo limitada durante años a sus supervivientes, quienes, sorprendentemente para el pensamiento actual, fueron menospreciados por los líderes del movimiento sionista. Ben-Gurión inicialmente consideró el ascenso de Hitler al poder como «un impulso político y económico enorme para la causa sionista», pero no veía a los sobrevivientes de los campos de exterminio de Hitler como el material adecuado para la construcción de un nuevo y fuerte Estado judío. Ben-Gurión opinaba que todo lo que habían soportado «había purgado sus almas de todo lo bueno». Saul Friedlander, destacado historiador del Holocausto que dejó Israel en parte por su rechazo al uso del Holocausto «como

pretexto para adoptar duras medidas contra los palestinos», recuerda en sus memorias, *Where Memory Leads* (2016), que inicialmente los académicos despreciaron el tema, dejándolo en manos del centro de memoria y documentación Yad Vashem.

Las actitudes no empezaron a cambiar hasta el juicio de Adolf Eichmann en 1961. En *The Seventh Million* (1993), el historiador israelí Tom Segev narra cómo Ben-Gurión, acusado por Beguín y otros rivales políticos de insensibilidad hacia los supervivientes del Holocausto, decidió organizar una «catarsis nacional» mediante el juicio de un criminal de guerra nazi. Su esperanza era educar a los judíos de los países árabes sobre el Holocausto y el antisemitismo europeo (desconocidos para ellos) y comenzar a integrarlos con los judíos de ascendencia europea en lo que se percibía como una comunidad imperfectamente imaginada. Segev describe cómo Beguín fomentó este proceso de crear una conciencia del Holocausto entre los judíos de piel más oscura, quienes habían sido durante mucho tiempo objeto de humillaciones racistas por parte de la clase dirigente blanca del país. Beguín sanó sus heridas de clase y raza prometiéndoles tierras palestinas usurpadas y un estatus socioeconómico superior al de los árabes desposeídos y empobrecidos.

Este reparto de los beneficios de la israelidad coincidió con el surgimiento de la política de identidad entre una minoría acomodada en Estados Unidos. Como Peter Novick detalla en *The Holocaust in American Life* (1999), la Shoá «no tuvo un lugar predominante» en la vida de los judíos estadounidenses hasta finales de la década de 1960. Solo unos pocos libros y películas trataron el tema. La película *Juicio en Núremberg* (1961) incluyó el asesinato masivo de judíos dentro de la categoría más amplia de crímenes nazis. En su ensayo «El destino intelectual y judío», publicado en la revista judía *Commentary* en 1957, Norman Podhoretz, figura clave del sionismo neoconservador en la década de 1980, no mencionó en absoluto el Holocausto.

Las organizaciones judías inicialmente conocidas por modelar la opinión sobre el sionismo desalentaron la conmemoración de las víctimas judías europeas mientras aprendían a navegar las nuevas reglas del juego geopolítico. En el cambiante paisaje de la Guerra Fría, la Unión Soviética se transformó de aliado indispensable contra la Alemania nazi a representante de un totalitarismo maligno; Alemania, por su parte, pasó de ser vista como un régimen totalitario a un aliado democrático esencial contra dicho totalitarismo. Por ello, el editor de *Commentary* instó a los judíos estadounidenses a adoptar una «actitud realista en

lugar de punitiva y recriminatoria» hacia Alemania, ahora considerada un baluarte de la «civilización democrática occidental».

Este vasto acto de manipulación por parte de los líderes políticos e intelectuales del «mundo libre» dejó a muchos supervivientes del Holocausto conmocionados y amargados. En aquel entonces, no se les veía como testigos privilegiados de la era moderna. Améry, quien repudiaba el «filosemitismo intrusivo» de la Alemania de posguerra, se vio relegado a expresar sus «resentimientos» privados a través de ensayos destinados a perturbar la «conciencia miserable» de los lectores alemanes. En uno de ellos, relata un viaje por Alemania a mediados de los años sesenta, recordando cómo, a pesar de las discusiones sobre la última novela de Saul Bellow con los nuevos «intelectuales refinados» del país, no podía olvidar los «rostros impasibles» de los ciudadanos alemanes frente a montones de cadáveres, lo que le generaba un «rencor» renovado hacia los alemanes y su elevado estatus en los «majestuosos salones de Occidente». La «soledad absoluta» que Améry experimentó ante sus torturadores de la Gestapo aniquiló su «confianza en el mundo». Solo después de su liberación logró reencontrar la «comprensión mutua» con el resto de la humanidad, ya que quienes lo habían torturado y reducido a «un insecto» ahora le inspiraban «desprecio». Sin embargo, su renovada fe en el «equilibrio moral del mundo» se desvaneció rápidamente ante el acogimiento de Occidente hacia Alemania y el ferviente reclutamiento de antiguos nazis por parte del «mundo libre» para su nuevo «juego de poder». Améry se habría sentido aún más traicionado de haber leído el memorando de 1951 del personal del Comité Judío Estadounidense, lamentando que «para la mayoría de los judíos, el juicio sobre Alemania y los alemanes sigue estando nublado por emociones intensas». Novick señala que los judíos estadounidenses, al igual que otros grupos étnicos, estaban ansiosos por evitar acusaciones de doble lealtad y aprovechar las oportunidades de la floreciente América de posguerra. La conciencia sobre Israel creció durante el controvertido y muy publicitado juicio de Eichmann, el cual resaltó indiscutiblemente que los judíos habían sido los principales blancos y víctimas de Hitler. No obstante, no fue hasta después de la Guerra de los Seis Días en 1967 y la Guerra de Yom Kippur en 1973, cuando Israel parecía enfrentar una amenaza existencial por parte de sus vecinos árabes, que el Holocausto empezó a ser ampliamente visto, tanto en Israel como en EE. UU., como símbolo de la vulnerabilidad judía en un mundo perpetuamente hostil. Las organizaciones judías comenzaron a utilizar el lema «Nunca más» para abogar por políticas estadounidenses pro-Israel. En este contexto, Estados Unidos, enfrentando una derrota humillante en el Sudeste Asiático, empezó a ver a un Israel

aparentemente invencible como un valioso aliado en el Medio Oriente, y comenzó a proporcionarle un generoso apoyo. A su vez, la narrativa promovida por líderes israelíes y grupos sionistas estadounidenses de que el Holocausto representaba un peligro inminente y presente para los judíos comenzó a cimentar la autodefinición colectiva de muchos judíos estadounidenses en la década de 1970.

Para entonces, los judíos estadounidenses se habían convertido en la minoría más educada y próspera de Estados Unidos, alejándose cada vez más de la práctica religiosa. Sin embargo, en la profundamente polarizada sociedad estadounidense de finales de los sesenta y setenta, marcada por un aislamiento étnico y racial en medio de un ambiente general de desorden e inseguridad, y donde la tragedia histórica empezó a servir como una insignia de identidad y moralidad, muchos judíos estadounidenses asimilados comenzaron a identificarse con la memoria del Holocausto y a establecer una conexión personal con Israel, percibido como asediado por enemigos antisemitas genocidas. La tradición política judía, históricamente comprometida con la igualdad, la lucha contra la pobreza, los derechos civiles, el ecologismo, el desarme nuclear y el antiimperialismo, se transformó en una nueva orientada hacia una vigilancia constante hacia la única democracia de Oriente Medio. En los diarios que llevó desde la década de 1960, el crítico literario Alfred Kazin oscila entre el desconcierto y el desdén al documentar los psicodramas de identidad personal que forjaron al electorado más leal de Israel en el extranjero:

Este periodo actual de «éxito» judío será recordado algún día como una de las más grandes ironías... Los judíos en la trampa, los judíos asesinados, ¡y de repente! De las cenizas, toda esta lamentación y explotación ineludibles del Holocausto... Israel como «salvaguardia» de los judíos; el Holocausto como nuestra nueva Biblia, más aún, un Libro de Lamentaciones.

Kazin expresaba su rechazo hacia el culto estadounidense en torno a Elie Wiesel, quien proclamaba que la Shoá era incomprendible, incomparable e irrepresentable, además de negar el derecho de los palestinos sobre Jerusalén. Kazin veía en Wiesel un «Jesús del Holocausto» para la «clase media judía estadounidense», una figura que llenaba su vacío religioso. La penetrante política de identidad de esta minoría estadounidense no pasó inadvertida para Primo Levi durante su única visita a Estados Unidos en 1985, dos años antes de su suicidio. La cultura del consumo ostentoso del Holocausto, personificada por Wiesel (quien afirmaba ser gran amigo de Levi en Auschwitz, aunque Levi no

recordaba haberlo conocido), y la obsesión voyeurista de sus anfitriones estadounidenses por su judaísmo, lo perturbaban profundamente. Levi lamentaba que en Estados Unidos le hubieran «puesto una estrella de David». En un evento en Brooklyn, al expresar que «Israel era un error histórico», provocó tal alboroto que se tuvo que interrumpir la reunión. Más tarde, ese mismo año, la revista *Commentary*, entonces ya abiertamente proisraelí, incitó a un joven aspirante a neoconservador a lanzar ataques venenosos contra Levi. El propio Levi reconocía que este tipo de matonismo intelectual —que su autor, ahora antisionista, lamentaba amargamente— había mermado sus «ganas de vivir».

La reciente literatura estadounidense revela una paradoja sorprendente: a medida que la Shoá se vuelve más distante en el tiempo, las generaciones posteriores de judíos estadounidenses se han apropiado de su memoria con más fervor. Me llamó la atención la forma en que Isaac Bashevis Singer, nacido en 1904 en Polonia y considerado en muchos aspectos el escritor judío esencial del siglo XX, retrató a los supervivientes de la Shoá en su obra y se burló tanto del Estado de Israel como del entusiasta filosemitismo de los gentiles estadounidenses. Su novela *Sombras sobre el Hudson* parece casi diseñada para argumentar que la opresión no necesariamente ennoblece el carácter moral. Sin embargo, escritores judíos considerablemente más jóvenes y secularizados que Singer parecen haberse sumergido demasiado en lo que Gillian Rose, en su agudo ensayo sobre *La lista de Schindler*, llamó «piedad del Holocausto». En una reseña para el *LRB* de *La historia del amor* (2005) de Nicole Krauss, ambientada en Israel, Europa y Estados Unidos, James Wood observó que la autora, nacida en 1974, actúa «como si el Holocausto hubiera ocurrido ayer mismo». Según Wood, el tratamiento del judaísmo en la novela ha sido «deformado hasta el fraude y el histrionismo por la intensidad de la identificación de Krauss con él». Este «fervor judío», cercano a la «teatralidad», contrasta marcadamente con la obra de Bellow, Norman Mailer y Philip Roth, quienes «no mostraron un gran interés por la sombra de la Shoá».

Este compromiso apasionado con la Shoá también ha dejado su huella, y en cierta medida ha disminuido, gran parte del periodismo estadounidense sobre Israel. Más significativamente, la sacralización laica de la Shoá y la identificación excesiva con Israel desde la década de 1970 han torcido de manera fatal la política exterior de Estados Unidos, el principal patrocinador de Israel. En 1982, poco antes de que Reagan instruyera de manera perentoria a Beguín a detener su «holocausto» en el Líbano, un joven senador estadounidense que idolatraba a Elie Wiesel como su gran mentor se encontró con el primer ministro

israelí. La incredulidad de Beguín ante el encuentro se hizo patente cuando el senador alabó el esfuerzo bélico de Israel y afirmó que él habría ido aún más lejos, incluso si eso significaba dañar a mujeres y niños. Beguín, sorprendido, replicó: «No, señor. Según nuestros valores, está prohibido herir a mujeres y niños, incluso en la guerra... Esto es un criterio de civilización humana, no dañar a civiles».

Un largo período de relativa paz ha llevado a que muchos de nosotros olvidemos las calamidades que lo precedieron. Hoy, son pocas las personas que pueden recordar la experiencia de guerra total que caracterizó la primera mitad del siglo XX, incluyendo las luchas imperiales y nacionales dentro y fuera de Europa, la movilización ideológica de masas y las erupciones de fascismo y militarismo. Casi medio siglo marcado por los conflictos más brutales y las mayores quiebras morales en la historia resaltó los peligros de un mundo desprovisto de cualquier restricción religiosa o ética sobre las acciones humanas. La razón secular y la ciencia moderna, que reemplazaron a la religión tradicional, no solo demostraron su incapacidad para regular la conducta humana, sino que también se vieron implicadas en los nuevos y efectivos métodos de exterminio, como los evidenciados por Auschwitz e Hiroshima.

En las décadas de reconstrucción que siguieron a 1945, gradualmente se recuperó la fe en el concepto de sociedad moderna, en sus instituciones como fuerzas civilizadoras inequívocas, y en sus leyes como un baluarte contra las pasiones destructivas. Esta fe provisional se consolidó y reafirmó mediante una teología secular negativa que surgía de la condena de los crímenes nazis: el mandato de «Nunca Más». Este imperativo categórico de la posguerra tomó forma institucional con la creación de organismos como la Corte Internacional de Justicia y el Tribunal Penal Internacional, así como vigilantes de los derechos humanos como Amnistía Internacional o Human Rights Watch. Uno de los documentos clave de la posguerra, el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, está permeado por el temor a repetir los horrores raciales de Europa. En décadas recientes, a medida que las visiones utópicas de un orden socioeconómico mejor se han desvanecido, el ideal de los derechos humanos ha ganado aún más autoridad a partir del recuerdo del mal extremo perpetrado durante la Shoá.

Desde los españoles que buscan justicia reparadora tras años de dictaduras brutales hasta los latinoamericanos que se movilizan por sus desaparecidos, los bosnios que exigen protección contra los limpiadores étnicos serbios, y los

coreanos que reclaman reparaciones para las «mujeres de solaz» esclavizadas por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, el recuerdo del sufrimiento judío bajo los nazis ha fundamentado la mayoría de las conceptualizaciones de ideología extrema, atrocidad y las demandas de reconocimiento y reparación.

Estos recuerdos han sido cruciales para definir responsabilidad, culpabilidad colectiva y crímenes contra la humanidad, aunque han sido explotados por promotores del humanitarismo militar que simplifican los derechos humanos al derecho a no ser asesinado brutalmente. Y el cinismo crece cuando actos formales de conmemoración del Holocausto —viajes solemnes a Auschwitz seguidos de encuentros efusivos con Netanyahu en Jerusalén— se convierten en el precio de la respetabilidad para políticos antisemitas, agitadores islamóforos y figuras como Elon Musk. O cuando Netanyahu ofrece absolución moral a cambio de apoyo a políticos de Europa del Este antisemitas que intentan rehabilitar a colaboradores locales del Holocausto. Sin embargo, en ausencia de algo más efectivo, la Shoá sigue siendo esencial como medida de la condición política y moral de las sociedades; su memoria, susceptible de abuso, aún sirve para revelar injusticias más sutiles. Al revisar mis escritos sobre los admiradores antimusulmanes de Hitler y su influencia en la India actual, me sorprende cuán a menudo he recurrido a la experiencia judía del prejuicio para advertir sobre la barbarie que se hace posible cuando se transgreden ciertos tabúes.

Estas referencias universalistas —la Shoá como el estándar de todos los crímenes, el antisemitismo como la forma más letal de intolerancia— están en riesgo a medida que el ejército israelí lleva a cabo masacres y hambre a palestinos, destruye sus hogares, escuelas, hospitales, mezquitas, iglesias, y los bombardea en campos cada vez más reducidos, mientras califica de antisemitas o simpatizantes de Hamás a quienes le piden detenerse, desde la ONU, Amnistía Internacional y Human Rights Watch hasta los gobiernos de España, Irlanda, Brasil, Sudáfrica y el Vaticano. Israel está dinamitando el marco de normas mundiales construido después de 1945, ya debilitado por la guerra contra el terrorismo y la guerra de revancha de Vladímir Putin en Ucrania. La profunda disociación que experimentamos hoy entre el pasado y el presente es una ruptura en la historia moral del mundo desde el punto de inflexión de 1945, en la cual la Shoá ha sido durante mucho tiempo el evento central y la referencia universal.

Se avecinan más conflictos. Los líderes políticos de Israel han decidido impedir la formación de un Estado palestino. Según encuestas recientes, una abrumadora

mayoría (88%) de los judíos israelíes considera justificable el número de víctimas palestinas. El gobierno israelí está obstruyendo la llegada de ayuda humanitaria a Gaza. Biden ahora reconoce que sus aliados israelíes son responsables de «bombardeos indiscriminados», pero continúa proporcionándoles material militar de manera compulsiva. El 20 de febrero, Estados Unidos, por tercera vez, desestimó en la ONU el urgente llamado global para detener la violencia en Gaza. El 26 de febrero, mientras disfrutaba de un helado, Biden propuso, sin éxito, un cese al fuego temporal, rechazado tanto por Israel como por Hamás. En el Reino Unido, políticos tanto del Partido Laborista como Conservador buscan maneras de calmar a la opinión pública mientras justifican moralmente los actos en Gaza. Aunque parezca increíble, las evidencias son claras: estamos presenciando una especie de desmoronamiento en las sociedades libres.

Paralelamente, Gaza se ha transformado en un símbolo esencial de la conciencia política y ética del siglo XXI para incontables personas, similar a lo que la Primera Guerra Mundial representó para una generación en Occidente. Cada vez más, parece que solo aquellos cuya conciencia ha sido despertada por la tragedia en Gaza pueden rescatar y reivindicar el significado moral universal del Holocausto de las manos de figuras como Netanyahu, Biden, Scholz y Sunak. Solo en ellos recae la esperanza de restablecer lo que Améry denominó el equilibrio de la moralidad mundial. Muchos de los manifestantes que inundan las calles de sus ciudades semana tras semana no tienen una conexión directa con el pasado europeo del Holocausto. Evalúan a Israel por sus acciones en Gaza, no por su reclamo de una seguridad total y permanente justificada por el Holocausto. Independientemente de su familiaridad con el Holocausto, rechazan la interpretación social darwinista que Israel extrae de él: la supervivencia de un grupo a expensas de otro. Están guiados por el anhelo de preservar los ideales que se consideraban universalmente valiosos tras 1945: respeto por la libertad, tolerancia hacia la diversidad de creencias y modos de vida; solidaridad con el sufrimiento humano; y un sentido de responsabilidad moral hacia los vulnerables y perseguidos. Estas personas comprenden que si hay alguna lección que aprender del Holocausto, es «Nunca más para nadie»: el lema de los valientes jóvenes activistas de Jewish Voice for Peace.

Es posible que la resistencia no prevalezca. Tal vez Israel, con su profunda preocupación por la supervivencia, no sea la «amarga reliquia» que George Steiner mencionó, sino más bien un presagio de lo que le espera a un mundo en crisis y agotamiento. El apoyo incondicional a Israel por parte de figuras de

extrema derecha como Javier Milei en Argentina y Jair Bolsonaro en Brasil, así como su respaldo por países donde el nacionalismo blanco ha permeado la esfera política —Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia—, sugiere que estamos retrocediendo de un mundo regido por los derechos individuales, las fronteras abiertas y el derecho internacional. Podría ser que Israel logre su objetivo de limpiar étnicamente Gaza, e incluso Cisjordania. Abundan las pruebas de que el arco moral del universo no se inclina inherentemente hacia la justicia; aquellos en posiciones de poder pueden lograr que sus masacres sean vistas como necesarias y justas. No es impensable que la ofensiva israelí concluya con una aparente victoria.

El temor a una derrota abrumadora atormenta a los manifestantes que interrumpen los discursos de campaña de Biden y son expulsados al grito de «cuatro años más». La incredulidad ante las imágenes que emergen de Gaza cada día y el miedo a una brutalidad aún mayor atenazan a los disidentes en línea que critican sin cesar a los medios de comunicación occidentales por su complicidad con el poder autoritario. Al acusar a Israel de genocidio, parecen desafiar abiertamente la visión «moderada» y «racional» que coloca tanto al país como al Holocausto fuera del contexto histórico del expansionismo racista. Y, aun así, es probable que no logren convencer a nadie dentro del endurecido panorama político occidental.

Entonces, el mismo Améry, al dirigir sus resentimientos hacia la conciencia deteriorada de su época, no lo hacía con la esperanza de convencer, sino que simplemente «arrojaba ciegamente su palabra a la balanza, para que pesara lo que pesara». Sintiéndose traicionado y olvidado por el mundo libre, expuso sus resentimientos «para que el crimen se convirtiera en una realidad moral para el criminal, para arrastrarlo hacia la verdad de su atrocidad». Los que hoy acusan vehementemente a Israel no parecen aspirar a mucho más. Ante actos de brutalidad y una propaganda caracterizada por omisiones y distorsiones, incontables personas ahora expresan su furioso resentimiento en espacios públicos y plataformas digitales. En este proceso, corren el riesgo de amargar de forma permanente sus vidas. Sin embargo, quizás su indignación sirva, por el momento, para aliviar el sentimiento de aislamiento absoluto de los palestinos y, de alguna manera, contribuir a la redención de la memoria del Holocausto.

POPULISMO

Luciana Cadahía

CLAVES PARA PENSAR EL POPULISMO

Cuando nos adentramos en el terreno de las reflexiones políticas, nos topamos con una dificultad muy difícil de remediar, a saber: la tensión irreductible entre los nombres asignados a determinadas corrientes políticas y su funcionamiento efectivo. Si prestamos atención a los esfuerzos de las ciencias políticas comparadas, una de las vertientes más consolidadas al momento de tratar de tipificar cuándo un partido o movimiento político puede ser denominado de izquierda, derecha, democrático, populista o autoritario, descubrimos que todos estos esfuerzos terminan, muchas veces, en grandes atolladeros. En algunos casos, el decálogo se vuelve demasiado estrecho. En otros, en cambio, demasiado amplio. Pero el problema de fondo, a nuestro entender, es que el ámbito de la política, como ya decía Aristóteles, es el reino de la contingencia y, por ende, del cambio constante y sus mutaciones. Por eso, en reiteradas ocasiones, cuando aparece una nueva fuerza o un desplazamiento determinado de fuerzas o, incluso, experiencias contradictorias entre sí, se experimenta como si el edificio analítico de los conceptos estuviera por derrumbarse. Esto no quiere decir que resulte imposible hacer el esfuerzo por comprender la correlación de fuerzas que puede caracterizar a los partidos o movimientos políticos, pero sí supone afirmar que en todo ejercicio de ordenación conceptual habrá zonas opacas y cargadas de muchas ambigüedades.

Ahora bien, dentro de este abanico de conceptos políticos que plantea este libro a modo de glosario, cabría señalar que el populismo pareciera ser uno de esos casos privilegiados para expresar, en toda su radicalidad, las limitaciones que expresa este esfuerzo ordenador de las ciencias políticas y, más aún, cuando trata de pensar desde el enfoque de la política internacional. Dado que el populismo

ha sido empleado, principalmente, para pensar la especificidad de las realidades políticas en América Latina, en algunos casos se ha llegado a decir que esta ambigüedad no reside en los conceptos sino en el carácter errático de la cultura política latinoamericana, a la que se le ha etiquetado como populista.¹ Esta caracterización tuvo por finalidad diferenciar los procesos de democratización del Norte Global de las experiencias democráticas latinoamericanas para resaltar el carácter fallido o precario de las mismas. Esta actitud ante el populismo cerraba las puertas a la posibilidad de darle un enfoque internacionalista con capacidad de cruzar las fronteras latinoamericanas. Como si las experiencias políticas de esta región expresaran un «exceso peligroso» del cual el Norte Global estaría liberado y no fueran capaces de ajustarse a «los moldes claros de una comunidad racional».² Ernesto Laclau, uno de los grandes referentes del pensamiento populista contemporáneo, nos recuerda que:

el impasse que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el «populismo», como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales «totalizan el conjunto de su experiencia política».³

Cabe resaltar que estas limitaciones que ha experimentado la teoría política para pensar el populismo se advierten tanto en los estudios clásicos sobre la materia⁴ como en los estudios de las últimas décadas, divididos en dos niveles diferentes: uno a nivel empírico o histórico⁵ y otro a nivel teórico.⁶ En el primer caso vuelve a tener importancia la reconstrucción histórica de las experiencias populistas en países claves como Brasil, México y Argentina, junto con el intento de observar ciertas experiencias populistas menos estudiadas como es el caso de Bolivia⁷ o Ecuador.⁸ Ahora bien, en lo que se refiere a la reactivación de varias de estas investigaciones de carácter histórico podría decirse que parecen conservar, en la mayoría de los casos, los presupuestos básicos de los clásicos estudios sobre el populismo,⁹ puesto que se identifica al populismo con una experiencia fallida. No obstante, tienen la virtud de pensar al populismo, por un lado, más allá de las fronteras latinoamericanas y, por otro, como una política internacional que se ha extendido mundialmente. Es decir, muchas de estas

investigaciones de carácter histórico sostienen que el populismo sería algo así como una anomalía, caracterizada por una forma democrática defectuosa, o bien porque se encontraría alejada de la matriz clásica liberal,¹⁰ o bien porque no posibilitaría una democracia socialista y plural.¹¹ Desde esta perspectiva, el populismo sería considerado como una forma de organización política que atenta contra la libertad individual, la división de poderes y el parlamentarismo democrático.¹² Y, al mismo tiempo, las prácticas populistas se consideran una apropiación de las fuerzas populares emancipadoras, supeditadas al juego del Estado y constreñidas a la lógica del capitalismo.¹³

EL POPULISMO Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Si dejamos de lado esta perspectiva de corte estrictamente empírico y/o historicista, y nos adentramos en los nuevos estudios que procuran construir un marco teórico para pensar el populismo, el campo se divide en dos alternativas contrapuestas. Por un lado, se encuentra una nueva versión de las lecturas peyorativas sobre el populismo, cuya novedad consiste en vincular al populismo con las nuevas derechas mundiales y, por ende, conciben al populismo como una amenaza para la política internacional de corte liberal. Aquí podríamos situar los trabajos pioneros de Cas Mudde,¹⁴ quien se especializa en el estudio del fenómeno de los partidos políticos de derecha en Europa tras la recomposición de las democracias después de la Segunda Guerra Mundial. Su propuesta consiste en sustituir el término Right-Wing Radicalism por Radical Right-Wing Populism, introduciendo así, al interior de la expresión populismo, toda la carga teórica e ideológica que se venía trabajando alrededor de las teorizaciones sobre la derecha radical. Algo que no solo condicionará el sentido de los fenómenos caracterizados desde el mote populista, sino que también condicionará su vínculo con las luchas contra la opresión, el papel de las instituciones y los procesos democratizadores. Si los estudios clásicos del populismo identificaban a este con una experiencia fallida de modernidad democrática, esta nueva orientación sembrará la semilla de una irreductible dimensión autoritaria. Es interesante constatar que el uso del término populismo de derecha encuentra su origen en la expresión «Radical Right-Wing Populism», empleada por Hans-Georg Betz para describir a los partidos de derecha en Europa del este.¹⁵ Asimismo, Betz se apoyará en la expresión «Right-wing Radicalism»,¹⁶

empleada en los años sesenta por Erwin Scheuch, para referirse a la configuración de los partidos de derecha tras la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Todo lo cual nos ayuda a constatar que la expresión «Right-Wing Radicalism» empleada por Scheuch en los años sesenta para pensar Europa del este será reemplazada, en los años noventa', por la expresión «Radical Right-Wing Populism».17

En esa dirección, para Mudde el populismo es...

una ideología que considera que la sociedad está dividida en última instancia en dos grupos homogéneos y antagónicos, «el pueblo puro» versus «la élite corrupta», y que sostiene que la política debe ser una expresión de la voluntad générale (voluntad general) del pueblo.18

Aquí se observa, por tanto, que la dimensión ideológica del populismo se encuentra en la división de la sociedad entre dos grupos antagónicos caracterizados como el pueblo puro y la élite corrupta. Dada esta clasificación, es interesante advertir dos cosas. Por un lado, ¿qué quiere decir ideológico aquí? ¿Manipulación? ¿Falsedad? ¿O una descripción de hechos? ¿Qué aspecto no dicho pero sí sugerido se deja observar cuando un campo de saber, que se asume objetivo y neutral, le atribuye a una experiencia política el mote de ideológica? Por otro lado, y junto a la distinción entre «pueblo» y «élite», Mudde añade los adjetivos de «puro» y «corrupto». De modo que el antagonismo político entre pueblo y élite pareciera ceder a un antagonismo no ya político sino moral entre lo puro y lo corrupto (o impuro), más cercano a valorizaciones normativas que darían lugar a operaciones inmunitarias de exclusión. Habría que preguntarse si estos adjetivos ayudan a pensar lo político o si, por el contrario, terminan por desdibujarlo, creando una serie de etiquetas equivalentes y abstractas — puro/corrupto— con serias dificultades para pensar los acumulados históricos que, al organizarse alrededor de la figura del pueblo, delimitan una correlación de fuerzas para ampliar derechos, participar en la vida política e interrumpir los mecanismos de desigualdad y despojo. ¿Es suficiente la expresión «pueblo puro» y «élite corrupta» para explicar las configuraciones concretas y las sedimentaciones históricas que han dado lugar al antagonismo entre los de arriba y los de abajo? No hay que perder de vista que para Mudde, tal y como lo

expresa en el texto, las «democracias liberales» funcionan, según su singular visión de la política, como el horizonte normativo desde el cual este campo de las ciencias políticas debe pensar el populismo.¹⁹ A pesar de que Mudde rechace la idea de que el populismo es «una patología normal de las democracias occidentales»,²⁰ su punto de vista para pensar el populismo oscila, por un lado, entre una determinada comprensión normativa de la democracia y, por el otro, el temor de «explicaciones y reacciones al actual Zeitgeist populista [...] seriamente erróneas [que] podrían fortalecerlo en lugar de debilitarlo». ²¹ Todo lo cual pareciera por acabar reproduciendo una lectura sesgada —el punto de vista de la democracia liberal—, en los términos de un abordaje «exterior» y condicionado valorativamente para acercarse a esa unidad de análisis llamada «populismo». La ambivalencia de esta actitud radica en que, aunque se parte del supuesto de considerar a lo dado como lugar privilegiado para poder construir un modelo explicativo, existe una serie de presupuestos que determinan la forma en que se va a llevar a cabo esa descripción. Preexiste así, de manera inconfesada, un esquema valorativo para tratar el «hecho populista». Podríamos decir que esta forma de pensar el populismo, aunque no sería extensiva a todos los casos, hereda los prejuicios del positivismo, a saber: hacer del «hecho» un espacio neutral que invisibiliza la posición política de quien está configurando la forma misma de describir la cosa —y por ende, construir ese mismo hecho—.

A pesar de la novedad que supone este nuevo campo de trabajo, pareciera volver a repetirse un viejo problema que atraviesa todos los estudios empíricos alrededor del populismo,²² a saber: qué noción de populismo arrojan estas investigaciones y qué tipo de inteligibilidad nos aporta para pensar la política el hecho de englobar, bajo un mismo fenómeno, experiencias tan disímiles entre sí como pueden ser el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner o Javier Milei en Argentina, el de Donald Trump en Estados Unidos o la presidencia de la comunidad de Madrid de Isabel Díaz Ayuso. ¿Qué tipo de rigor podemos encontrar cuando decidimos incluir a Amanecer Dorado o Syriza en Grecia y Vox o Podemos en España como expresiones de un mismo fenómeno político llamado populismo? La pregunta que aquí surge es cómo todo ello ayuda a pensar la política el hecho de situar en unas mismas coordenadas las experiencias (pluri)nacionales-populares de América Latina, el auge de los proyectos progresistas en Europa occidental y las experiencias de extrema derecha extendida a nivel mundial.

Se valora positivamente el hecho de que se rompiera el corsé alrededor del populismo y se hiciera pensable esta tendencia política en latitudes donde

históricamente no tenía cabida, pero esto no exime de plantearnos la siguiente pregunta: ¿es provechoso seguir estudiando a los movimientos progresistas junto a los movimientos de extrema derecha como expresiones de un mismo fenómeno político sin problematizar los atolladeros en los que nos encontramos? ¿En qué radicaría esta supuesta «unidad» de análisis —populismo— y hacia dónde apuntaría para pensar la geopolítica contemporánea?

EL POPULISMO Y LA ONTOLOGÍA

Ya hemos comentado que la reactualización de las teorizaciones sobre el populismo parecen dirimirse entre dos enfoques contrapuestos. Hasta ahora hemos apuntado a aquel que expresa una reactualización de los estudios peyorativos sobre populismo, cuyo rasgo característico consiste en abordar el fenómeno, por un lado, desde un enfoque democrático liberal y, por otro, mediante una relación de exterioridad respecto del populismo. Ahora nos falta mencionar la otra perspectiva actual, cuyos trabajos pioneros podemos inscribirlos en la apuesta filosófica de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Cabe resaltar que este abordaje alternativo encuentra sus raíces, en gran medida, dentro del campo del pensamiento político latinoamericano, cuya principal característica consiste en abandonar el punto de vista exterior al populismo y acercarse a la concepción del mismo como una forma de articulación de lo político. El rasgo característico de esta perspectiva consiste, entonces, en pensar el fenómeno desde dentro. Es por eso que Laclau rechazará la perspectiva clásica de las ciencias políticas, interesada en identificar al populismo con un movimiento o un partido, y, por el contrario, planteará la hipótesis de que el populismo es, ante todo, una lógica de articulación popular. Al pensar el populismo como una lógica, entonces, Laclau abre las puertas a un tratamiento filosófico de este fenómeno. Por eso, en varios de sus libros, y en consonancia con Mouffe, ahondará en la dimensión ontológica del populismo.²³

A nuestro entender, esta operación permite, por un lado, abandonar el presupuesto de concebir al populismo como una forma histórica fallida de los países periféricos y, por otro, hacer del populismo una lógica política coincidente con una forma de democracia radical y emancipadora.²⁴ Pero, por encima de todas las cosas, permite plantear de manera abierta y comprometida una posición

intelectual que se hace cargo de su posicionamiento político. No se oculta esa vieja exigencia gramsciana de asumir que toda construcción teórica ya supone una posición política que orientará nuestra acción social. Aunque no se ha prestado demasiada atención a este punto, podríamos decir que el gran aporte de esta nueva perspectiva apunta a convertir el populismo en una filosofía de la praxis.²⁵ Más aún, el propósito de Laclau por «hacer la política nuevamente pensable»,²⁶ se vinculó directamente con su esfuerzo por rescatar al populismo del lugar marginal y estigmatizado al cual había sido relegado desde los enfoques tanto mediáticos como histórico-empíricos. Rescatar al populismo significa, por tanto, hacer lo propio con la política, porque el desprecio por el primero involucra necesariamente una lectura sesgada y reduccionista de la segunda. Desestigmatizar el populismo dentro del campo teórico implica, al mismo tiempo, transformar la manera en que se estaba comprendiendo la dimensión ontológica de lo político.

De manera que Laclau no solo buscó conjurar una serie de fenómenos políticos que habían sido localizados al margen de la explicación social, sino que además mostró la violencia epistémica de toda una tradición de pensamiento que había convertido el quehacer y la explicación política en el privilegio de unos «expertos». El populismo, desde el punto de vista de cierta experticia de las ciencias políticas, era considerado como un exceso peligroso debido a que venía a cuestionar y desbaratar «los moldes claros» de sus esquemas de comprensión. El giro propuesto por Laclau supone, por tanto, estudiar la racionalidad interna del populismo, es decir, las lógicas que lo organizan. Al convertir el término populismo en una matriz explicativa de las articulaciones políticas populares con perspectiva emancipadora, el enfoque inaugurado por Laclau y Mouffe vuelve a activar el legado marxista de un pensamiento político para la transformación social. Esto es lo que Biglieri y yo hemos intentado evidenciar en Siete ensayos sobre el populismo,²⁷ al señalar qué supone establecer un compromiso ético-político con una determinada lógica de articulación popular. Así, el populismo se convierte, más allá de los límites latinoamericanos, en una dimensión política privilegiada para promover escenarios emancipadores como puede ser el fenómeno Syriza en Grecia, Podemos o Sumar en España, o el fenómeno Corbyn en Inglaterra.²⁸

LA ACTUALIDAD DEL POPULISMO

Esta reactualización teórica del populismo en los términos de una filosofía de la praxis encuentra sus diferentes repercusiones en el campo del pensamiento político global. No obstante, desde América Latina se están planteando nuevos aportes que pueden ayudar a superar ciertos atolladeros del presente desde una perspectiva universalizable. Es decir, se procura romper con el clásico cliché de reservar al Norte Global el lugar de productor de teorías con vocación universalista y relegar a América Latina al rol de ser un mero consumidor de teorías o, en el mejor de los casos, convertirse en un productor de teorías particularistas, haciendo de la región una otredad ancestral cuya capacidad teórica se limita a producir particularidades exóticas para consumo de la academia global. Considero, entonces, que las teorizaciones populistas desde América Latina toman distancia de este cliché y tratan de propiciar una serie de planteamientos que ayuden a construir una dimensión internacionalista del populismo con vocación emancipadora. Entre estos aportes se encuentran dos aspectos que merecen la pena ser señalados a modo de cierre del texto. En primer lugar, se puede mencionar el interés actual por pensar la dimensión republicana del populismo. Es decir, ir más allá de los planteamientos de Laclau, y empezar a pensar qué tipo de institucionalidad construye la lógica de articulación popular del populismo.²⁹ Como sugiere el politólogo argentino Eduardo Rinesi, podríamos ver tanto en el populismo como en el republicanismo una concepción del conflicto diferente a la matriz consensualista y liberal.³⁰ Si la lectura liberal concibe a las instituciones como un espacio de regulación del conflicto —con la esperanza de una futura neutralización—, la matriz populista-republicana, en cambio, concibe al conflicto como constitutivo de las instituciones. Es decir, las instituciones no regulan sino que expresan y tramitan el conflicto de un modo específico.³¹

El otro aspecto novedoso es el intento de pensar un vínculo virtuoso entre el populismo y el feminismo, cuyos primeros trabajos podemos encontrarlos en las reflexiones de Mercedes Barros sobre la articulación entre el movimiento feminista y el kirchnerismo a través de la defensa de los derechos humanos como espacio de inscripción de un nosotras feminista que, sin el surgimiento de gobiernos populistas, no habría tenido lugar.³² En sintonía con esta lectura, se encuentran los trabajos de Malena Nijensohn, para quien resulta necesario entender que no existe una única forma de entender el movimiento feminista y algunos aspectos de cierta agenda feminista tienden a reproducir los mecanismos de desigualdad del neoliberalismo actual contra los que combaten ciertas

experiencias populistas. Nijensohn encuentra una tensión entre una tradición liberal del feminismo que tiende a pensar el cuerpo como una propiedad privada y, por tanto, hace del feminismo una mera lucha por la autonomía y la libertad individual y, por otro lado, un feminismo popular que va más allá de los imaginarios individualistas y propietarios y procura organizar un horizonte de sentido colectivo hacia la justicia social.³³ Por eso aboga por un feminismo no centrado en la figura de las mujeres, capaz de incorporar a las lesbianas, travestis, trans bisexuales, no binarixs, migrantes, etc., cuya dimensión plural y radical crea las condiciones de un movimiento emancipador antineoliberal.³⁴

Estos dos ejemplos nos ayudan a entender la curiosa deriva histórica que ha tenido el populismo. Podríamos decir que si este comenzó siendo un mote peyorativo para pensar la dimensión fallida de las democracias de la periferia mundial, en la actualidad, en cambio, parece haberse convertido, al menos en una de sus derivas teóricas propiciadas desde el Sur Global, en uno de esos extraños conceptos performáticos que nos ayudan a imaginar una alternativa al avance de las extremas derechas; mediante una novedosa combinación entre articulación popular, feminismo e institucionalidad plebeya.

RAZA

1

Noura Erakat, Darryl Li y John Reynolds

En 1922, la Liga de Naciones inscribió en el Derecho internacional público el objetivo de establecer una colonia de asentamiento en Palestina para el pueblo judío, negando así la autodeterminación nacional de la población indígena árabe.² El Mandato para Palestina anuló jurídicamente el estatus nacional del pueblo palestino al: 1) presentar a los árabes como incapaces de autogobierno; 2) resaltar la importancia de establecer un hogar nacional judío; y 3) distinguir a Palestina de los otros mandatos de Clase A, alegando que presentaba un significado religioso que superaba los intereses de cualquier grupo nacional individual. Un siglo después, la aún no resuelta «cuestión» de Palestina sigue siendo central en las luchas contra el racismo y el colonialismo en el Derecho internacional. Este ensayo vuelve a examinar dos puntos críticos en la historia enmarañada de Palestina y el Derecho internacional, donde aspectos relacionados con raza y racismo han sido centrales: primero, los debates en curso sobre el régimen y crimen de apartheid; y segundo, la Resolución 3379 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, anulada en 1991, que reconocía el sionismo como una forma de racismo y discriminación racial. Ambas historias arrojan luz sobre la importancia de comprender la raza y el colonialismo como conceptos vinculados, que nunca pueden entenderse adecuadamente de forma aislada.

LA «CUESTIÓN» DE PALESTINA

La centralidad de Palestina en los debates sobre raza, racialización y racismo en

Derecho internacional es en gran parte consecuencia del periodo inusual en el que el movimiento sionista intentó establecer un nuevo Estado colonial de asentamiento, en una época en que la descolonización formal y las denuncias liberales contra el racismo ganaban fuerza a lo largo y ancho del planeta. En este contexto, el sionismo representaba el apoyo a la creación y el mantenimiento de un Estado para todos los judíos en la Palestina histórica, donde los judíos mantendrían una mayoría demográfica y una ciudadanía de primera clase. El movimiento sionista estableció Israel mediante la guerra y el desplazamiento del 75% de la población palestina nativa en 1948. El Estado representa tanto la manifestación del sionismo como el vehículo por medio del que continúa el proceso de colonización, asentamiento y desplazamiento. Como señaló el jurista y académico palestino Fayez Sayegh en 1965, «el desvanecimiento de un período cruel y vergonzoso de la historia mundial ha coincidido con la aparición, en el puente terrestre entre Asia y África, de una nueva rama del imperialismo europeo y una nueva variedad de colonialismo racista».3 A diferencia de los antiguos Estados coloniales anglosajones, que pudieron proseguir sus prácticas coloniales con menos escrutinio internacional, el aparentemente anacrónico estatus de Israel lo ha posicionado con frecuencia como un ejemplo paradigmático en los debates emergentes sobre racismo y colonialismo.

La cuestión de Palestina proporciona, por lo tanto, un marco ideal para abordar preguntas que durante mucho tiempo han sido marginadas en el conocimiento académico en el ámbito del Derecho internacional, incluyendo las páginas de la Revista Americana de Derecho Internacional (AJIL, por sus siglas en inglés). La revisión que hemos realizado de la cobertura de esta publicación sobre Palestina revela patrones de exclusión y tokenización sorprendentemente consistentes con los hallazgos del Informe Richardson y otros análisis críticos.4 De cuarenta y tres artículos que identificamos que tratan ampliamente sobre Palestina, solo tres (sin incluir este) fueron escritos por palestinos, y todos ellos formaban parte de simposios.5 Dieciséis artículos fueron escritos por judíos israelíes, pero incluso esta cifra desigual subestima la disparidad existente. La cobertura de AJIL sobre Palestina también ha sido influenciada por autores no israelíes que, no obstante, promueven argumentos a favor de Israel6 o son miembros de organizaciones sionistas.7 Leo Gross, un editor de AJIL de larga data, escribió por sí solo tantos artículos exponiendo posiciones proisraelíes como todos los autores palestinos juntos.8 También hay una disparidad cualitativa: los autores israelíes publican regularmente sobre temas universales, mientras que los palestinos son relegados a lo particular, se les concede el «permiso para narrar»9 sobre un solo tema y solo cuando sus perspectivas se colocan junto a otras incluso más numerosas en

sentido opuesto.

La cuestión de Palestina también desvela la importancia de entender raza y colonialismo como conceptos que cumplen funciones distintas pero irrevocablemente entrelazadas. Las conversaciones de larga data entre juristas y académicos que trabajan en las tradiciones de la Teoría Crítica de la Raza y los Enfoques del Tercer Mundo para el Derecho Internacional (TMAIL, por sus siglas en inglés) también nos recuerdan

cómo esta dinámica se aplica a otros contextos.¹⁰ En este sentido, Palestina presenta relato ejemplar del «giro hacia la raza» más amplio del cual este simposio forma parte. Si bien las perspectivas TMAIL en ocasiones han subteorizado la raza, o la han subsumido rápidamente en la categoría de colonialismo, debemos ser más cuidadosos y precisos para que las invocaciones apresuradas de raza y Derecho internacional no se limiten a regurgitar argumentos sobre el colonialismo o, peor aún, reproduzcan un nacionalismo metodológico que desconecta la raza de sus dimensiones globales.¹¹

Por ello, se hace crucial reafirmar los parámetros fundamentales del sionismo como un proyecto tanto de racialización como colonial. El sionismo defiende que todos los judíos en el mundo son un grupo basado únicamente en el linaje hereditario, independientemente de cualquier conexión personal o familiar con el territorio específico en cuestión. Confiere a la nacionalidad judía ciertos derechos, incluidos los derechos a la tierra, la ciudadanía, el empleo, la vida y la vivienda, que se basan en la desposesión continua y sistemática de los palestinos, señalados como «árabes» nómadas y fungibles.¹² El proyecto sionista, por lo tanto, es erigido sobre una jerarquía racial que también es explícitamente global: el Estado de Israel no solo favorece a la población judía sobre la no judía, sino que también otorga derechos superiores a los judíos extranjeros. Es precisamente esta interconexión la que ha sido oscurecida en los dos debates clave sobre Palestina y el Derecho internacional que reconstruimos a continuación.

¿APARTHEID SIN RACISMO?

Uno de los debates más importantes y controvertidos sobre el racismo y el Derecho internacional gira en torno al concepto de apartheid. Originalmente, un eufemismo utilizado por supremacistas blancos afrikáner para justificar y organizar su régimen colonial, los movimientos de liberación nacional en Sudáfrica convirtieron apartheid en un término despectivo en Derecho internacional. El apartheid como una forma flagrante de segregación y dominación racial fue prohibido por primera vez en la Convención Internacional sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial de 1965.¹³ Más adelante, fue etiquetado como un crimen de lesa humanidad en la Convención sobre la Imprescriptibilidad de los Crímenes de Guerra y de los Crímenes de Lesa Humanidad de 1968, y codificado de manera más extensa en la Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid de 1973.¹⁴ Hasta la fecha, ningún órgano jurídico internacional ha dictaminado en un juicio concreto sobre el apartheid más allá del contexto de Sudáfrica, aunque los órganos de tratados de derechos humanos, como el Comité contra la Discriminación Racial, han confirmado su aplicabilidad universal. El debate más activo y duradero sobre la aplicación del concepto de apartheid fuera de su contexto original, y, por lo tanto, un contexto clave para las disputas sobre su universalización, ha sido Palestina.¹⁵

En los últimos años, la naturaleza del sistema de apartheid en Palestina se ha convertido cada vez más en un enfoque central del análisis jurídico internacional en el trabajo de juristas académicos, mecanismos de la ONU y organizaciones de defensa de derechos humanos occidentales. Sin embargo, gran parte de estos comentarios no hacen referencia al colonialismo de asentamientos o al sionismo, o al establecimiento del Estado israelí como tal como una entidad de apartheid desde su formación en 1948. Las intervenciones destacadas de la corriente principal se han enmarcado, en cambio, en torno a una narrativa que sostiene que la situación atravesó un umbral hacia el apartheid solo en el pasado reciente. La realidad es que estos desarrollos representan no tanto anomalía y aberración, sino más bien continuación y codificación. No obstante, al enmarcarlos como un nuevo punto de partida, independiente de las estructuras subyacentes o de la ideología colonial, se justifica una narrativa que sugiere que el apartheid israelí ha surgido con el tiempo «sin estar fundado en la ideología racista».¹⁶ Esta noción de apartheid «sin ideología racista» se basa en tensiones de larga data dentro de la concepción misma del apartheid en el Derecho internacional. Desde la década de 1960, el Derecho internacional ha conceptualizado esencialmente el

apartheid siguiendo dos líneas paralelas: una interpretación anticolonial que enfatiza la negación de un derecho colectivo a la autodeterminación por parte de un régimen opresor de dominación racial; y una interpretación más liberal, que lo considera como discriminación sistemática dentro del sistema legal de un estado contra individuos de un grupo racial particular.

Desde el inicio formal del apartheid en Sudáfrica en 1948, los intelectuales, líderes políticos y académicos del Tercer Mundo entendieron el apartheid, sin ningún tipo de duda, como una arquitectura legal-política de la mano del colonialismo, no como algo nuevo o independiente. Después de 1960, cuando el bloque del Tercer Mundo logró tener la mayoría, las resoluciones de la Asamblea General de Naciones Unidas comenzaron a emplear de manera consistente el lenguaje de la autodeterminación y el fin del colonialismo, en todas sus formas y manifestaciones. Condenaron repetidamente el apartheid como un régimen de dominación racial que equivalía a una violación inherente de la autodeterminación. El apartheid se entendía en gran medida como parte de la misma categoría que gobierno colonial y ocupación extranjera, y por lo tanto exigía tipos similares de remedio: liberación colectiva y devolución de tierras.

Con el transcurso del tiempo, y sobre todo con la marginación de las corrientes más radicales del proyecto de liberación del Tercer Mundo a principios de la década de 1980, la lógica individualizadora del Derecho internacional de los derechos humanos y del Derecho penal internacional aseguró su preeminencia sobre la postura antiimperial que brevemente había amenazado con transformar el Derecho internacional. Con ello, la esencia y las implicaciones anticoloniales de la prohibición del apartheid se desvanecieron en cierta medida. El apartheid, como el «colonialismo de un tipo especial», tal y como lo describió el Partido Comunista Sudafricano, ha sido reformulado (o reducido) a algo más cercano a la «discriminación racial de un tipo especial».

Resulta comprensible, por lo tanto, que las organizaciones de derechos humanos hayan optado por la versión menos polémica y más limitada del apartheid brindada por el Derecho internacional. Esto les permite evitar enfrentarse con los imperativos materiales de la descolonización en presencia de un proyecto colonial en desarrollo. Esta conceptualización, más liberal y orientada al Derecho penal del apartheid, podría así ser potencialmente remediada recurriendo a la igualdad formal, sin tener necesariamente que enfrentarse directamente con la conquista colonial y la economía política que el régimen del apartheid ha consolidado. Podría «ponerse fin» al apartheid, en ese sentido, sin

descolonización, restitución o redistribución.

En Sudáfrica, esta lectura más estrecha del apartheid ha dado lugar a una forma de «neoapartheid».17 En Palestina, desvincularía el apartheid israelí del colonialismo de asentamiento. Por estas razones, la centralidad de la autodeterminación debe ser puesta de relieve en los debates sobre el apartheid, no solo por el bien de los palestinos, sino por el bien de todos aquellos que puedan buscar recurso a un enfoque extenso y global del apartheid en las luchas contra el racismo y el colonialismo.

SIONISMO COMO RACISMO

Mientras se desarrollaba la prohibición del apartheid como un instrumento antirracista en el Derecho internacional, se llevaba a cabo un esfuerzo paralelo dirigido a denominar al sionismo como una forma específica de racismo. En la iniciativa de la «Década contra el Racismo» de Naciones Unidas, una coalición de Estados persiguió insertar la palabra «sionismo» en textos donde fueran mencionados colonialismo, discriminación racial, subyugación extranjera y apartheid.18 El 10 de noviembre de 1975, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó la Resolución 3379, que reconocía al sionismo como una forma de racismo. La resolución nombraba explícitamente al sionismo junto con el «colonialismo y neocolonialismo», así como el apartheid, y también citaba una resolución de la Organización de la Unidad Africana que mencionaba el «origen imperialista común» de los «regímenes racistas» en Palestina, Zimbabue y Sudáfrica.19

La Resolución 3379 se basaba en análisis del carácter racista y colonial del sionismo desarrollados previamente en la lucha de liberación palestina. El principal arquitecto de la resolución fue nada menos que Fayezeh Sayegh. Sayegh destacó cómo la pureza racial, la segregación y la supremacía conformaban el sionismo. En las Naciones Unidas, Sayegh explicó que para el sionismo, «era el vínculo racial lo que convertía a un judío en judío», y procedió a demostrar este punto leyendo en voz alta escritos del fundador del sionismo moderno, Theodor Herzl.20 Los defensores de este argumento entendieron la ironía inherente a las afirmaciones sionistas de una única raza judía, que reflejaba un pilar del

antisemitismo que hacía que los judíos fueran inelegibles para su inclusión en Europa.

La objeción más conocida a la Resolución 3379 provino, como era de esperar, de Estados Unidos. El embajador estadounidense Daniel Moynihan rechazó la idea de que el sionismo pudiera representar una forma de racismo, e insistió en que el sionismo debía ser entendido como un movimiento político, un punto que críticos como Sayegh no disputarían, pero que los propios sionistas eluden rutinariamente al insistir en que cualquier crítica al concepto equivale a un ataque a los judíos como tal. Citando ostentadamente definiciones de racismo que invocaban nociones biológicas de raza, Moynihan insistió en que los judíos no son una raza en el sentido biológico.²¹ Esto fue, por supuesto, un completo non sequitur. Como Sayegh y otros habían demostrado de manera convincente, lo que importaba no era si los judíos son una raza en algún sentido «objetivo», sino cómo el sionismo mismo entiende a los judíos. La fijación de Moynihan en nociones biológicas de raza no resultaba sorprendente, en vista de la notoriedad de los mismos en los debates sobre racismo y antinegritud en Estados Unidos. Una década antes de su enérgica defensa del sionismo en las Naciones Unidas, Moynihan fue el autor principal de un informe ampliamente citado del gobierno de Estados Unidos sobre «la familia negra», cuya patologización de las madres negras alimentó décadas de críticas feministas negras.²²

La Resolución 3379 fue aprobada gracias al abrumador apoyo de los estados del Tercer Mundo, aunque la votación fue polémica: 72 estados a favor; 35 en contra; y 32 abstenciones. En Israel, Estados Unidos y otras fortalezas del sionismo, la Resolución 3379 se convirtió en un símbolo de unas Naciones Unidas tomadas por sentimientos insurgentes del Tercer Mundo y anti-Israel. Un aspecto que fue en gran medida pasado por alto en el legado de estos debates fue cómo la condena del sionismo como racismo entendía explícitamente el racismo como parte integral de un régimen colonial.

Sin embargo, 1975 fue de alguna manera el punto álgido de la influencia del Tercer Mundo, y, por extensión, de la influencia palestina, en Naciones Unidas. En los años siguientes, el movimiento de liberación palestino no avanzó una estrategia legal para abordar el sionismo en el Derecho internacional como una violación de jus cogens o un crimen contra la humanidad, como sí se hizo con el apartheid.²³ En 1991, la Organización para la Liberación de Palestina acordó rescindir la Resolución como condición previa para participar en el Proceso de Paz de Oslo.²⁴ Desde entonces, las negociaciones bilaterales lideradas por

Estados Unidos han ocultado las dimensiones raciales y coloniales de la lucha por la libertad palestina, y han enmarcado esta como una cuestión de resolución de conflictos, a pesar de la marcada mala distribución de poder entre una potencia nuclear y un pueblo sin Estado.

CONCLUSIÓN

Utilizando tradiciones extraídas de ámbitos locales de lucha, junto con las condiciones que dan forma a su vida y sus perspectivas, las comunidades y movimientos palestinos han teorizado las dimensiones raciales y coloniales de su opresión y desarrollado estrategias para hacerles frente. Las demandas fundamentales de los activistas palestinos, capturadas, por ejemplo, en el llamamiento al Boicot, Desinversión y Sanciones de 2005, no se limitan al fin de la ocupación de 1967, sino que incluyen el derecho al retorno de los refugiados palestinos, y el fin del régimen racial del Estado israelí. Esto coloca la esencia del propio Estado, de colonialismo de asentamiento y apartheid, como el foco de la lucha por la libertad.

Sin embargo, justo en el momento en que el trabajo del movimiento palestino ha obligado al reconocimiento generalizado de las realidades del apartheid israelí, y a un nuevo ajuste de cuentas con el sionismo como forma de racismo, la solicitud de la Asamblea General de Naciones Unidas en diciembre de 2022 de una opinión consultiva de la Corte Internacional de Justicia sobre el estado legal de la ocupación prolongada de Israel podría representar una oportunidad perdida.²⁵ Esto ocurre después de muchos años de discusión táctica en torno al enfoque y propósito de una opinión consultiva potencial, y de amplias oportunidades para que el liderazgo palestino y sus aliados amplíen conceptualizaciones del colonialismo de asentamiento y racismo institucionalizado constitutivos del Estado de Israel. En lugar de eso, al optar por una pregunta sobre el estado de la ocupación de 1967 y, por lo tanto, limitar la autodeterminación a una fracción del pueblo palestino, los términos de la solicitud reifican la lógica conservadora y partidista del Derecho internacional. Aunque cualquier ocupación afectará la autodeterminación de la población bajo ocupación, un régimen colonial y racista destinado a una transformación demográfica irreversible busca destruir ese derecho y la posibilidad misma de su

ejercicio. En este punto, no basta con examinar la ocupación sin abordar al régimen racial y colonial en el que esta está arraigada.

SEGURIDAD

Paolo Gerbaudo

Que vivimos en una «era de inseguridad» se ha convertido casi en un lugar común, en un tiempo marcado por muchas amenazas —económicas, ecológicas y ahora incluso geopolíticas y militares— que parecen desafiarnos desde todos lados. La percepción de estabilidad a largo plazo que acompañó los años de globalización triunfante y la llamada Gran Moderación —la fase de baja volatilidad económica vivida desde la mitad de los años ochenta hasta la primera década del dos mil— ha dado paso a un momento marcado por grandes incertidumbres e inspirado a un profundo pesimismo sobre el futuro.

Este fenómeno se registra en muchos ámbitos de nuestra sociedad: la precariedad pone en peligro nuestra sensación de seguridad laboral; la pandemia de covid-19 nos hizo conscientes del carácter contingente de nuestra salud; los eventos meteorológicos extremos nos alertan respecto a nuestra fragilidad frente a un medio ambiente siempre menos hospitalario. Pero es en el ámbito de las relaciones internacionales donde hoy día ese sentido de inseguridad se advierte de forma más macroscópica. La invasión rusa de Ucrania empezada en 2022 y el ataque israelí contra Gaza en 2023 no solo han provocado indignación moral y polarizado la opinión pública, sino que también nos han alertado respecto al riesgo que nuestros países europeos —que hasta hace poco eran considerados inmunes a cualquier guerra directa— puedan en un día no tan lejano ser involucrados en conflictos. Y no solo por la cercanía: la proliferación de conflictos, incluso aquellos lejanos, favorece también esa sensación de fragilidad e inestabilidad.

Esta amenaza aparece más candente en el contexto del creciente enfrentamiento geopolítico entre Estados Unidos y China, un conflicto que hasta ahora ha sido económico y tecnológico, pero pudiera pronto desbordar en el ámbito militar, como se ve en las tensiones alrededor de Taiwán y el control del mar de la China

meridional. Es un conflicto en el que, como nos alerta lo acontecido en la guerra en Ucrania, Europa corre el riesgo de quedarse atrapada en el medio; como nos enseña la historia, los países o regiones que no juegan un papel activo en la política internacional y no consiguen reivindicar una autonomía frente a las potencias de su época suelen volverse el campo de batalla entre estas potencias.

Frente a esta inseguridad generalizada, y la ansiedad psicológica que genera, es comprensible que el tema de la seguridad se haya transformado en una cuestión central para el debate público y para la competición electoral. Mientras la derecha se ha apoderado notoriamente de este tema, presentándose como la fuerza que garantiza la seguridad, la izquierda no ha logrado responder a la sensación de inseguridad prevaleciente, articulando su propio discurso de seguridad. Este error no es accidental, sino el resultado predecible de una visión del mundo de carácter individualista que ha influenciado la cultura de izquierda en la era neoliberal. La seguridad evoca inmediatamente en mentes progresistas imágenes de autoritarismo, violencia, paternalismo, jerarquía, violencia e imposición. Según este imaginario, la izquierda debería tomar posición frente a estos impulsos protectores, alineándose con el cambio y el devenir, con la libertad y el deseo, en lugar del miedo, abrazando la apertura a la inestabilidad y el caos.

Esa sospecha a la seguridad se registra en ámbitos diferentes que manifiestan formas muy distintas de seguridad. Por ejemplo, en las políticas sociales, esa tendencia se ha manifestado en la manera en que la Tercera Vía ha abandonado el objetivo de la seguridad social —percibida como paternalista y productora de pereza— al tiempo que iba convirtiéndose a los principios neoliberales de la «meritocracia». Por lo general, la demanda de protección frente a los rápidos cambios económicos y sociales, un sentimiento que atraviesa largos estratos de las clases populares, especialmente en las áreas suburbanas y rurales, suele ser percibida como una posición conservadora, e incluso abiertamente reaccionaria, que es inherentemente ajena a la izquierda. Otro ejemplo es la dificultad filosófica que la izquierda radical tradicionalmente encuentra ante las fuerzas de policía, el ejército y otras «fuerzas y cuerpos de seguridad». Se ha planteado la propuesta no solo de reformar, sino de eliminar completamente las fuerzas de seguridad, surgida desde los movimientos contra el racismo y la violencia policial en Estados Unidos.

¿Cómo se podría recuperar el concepto de seguridad desde las izquierdas? ¿Y qué problemas plantea a las izquierdas intentar recuperarlo? En mi opinión, la

sospecha de la noción de seguridad es un aspecto de lo que podríamos llamar la «gentrificación de la izquierda», su incapacidad para hablar con los sectores desfavorecidos de la población, aquellos que experimentan más agudamente la sensación de inseguridad. En el contexto de las relaciones internacionales, esta sospecha limita la posición de la izquierda a la de crítica legítima del orden existente y de sus horribles resultados, a menudo no acompañada por una visión positiva (es decir, propositiva) de cómo se podría construir un sistema alternativo de seguridad.

Para tratar de superar estos obstáculos, tenemos que empezar desde el sentido general de seguridad que se manifiesta en ámbitos tan diferentes como las políticas sociales y las relaciones internacionales. Veremos que no se trata solo de una pura coincidencia lexical, sino de la manifestación de un principio social común: el deseo de protección colectiva frente al peligro. A continuación, discutiremos el relato de seguridad de la derecha; un relato orientado a una forma autoritaria de seguridad, tanto en el frente interno con la política «law and order», que busca resolver la pobreza de forma puramente represiva, como en el frente externo con políticas agresivas orientadas al dominio y a una visión abiertamente imperialista de las relaciones internacionales.

Frente a esta visión, la izquierda debería desarrollar una visión democrática de la seguridad que reconozca su papel como condición necesaria para la libertad y la dignidad individual y colectiva. En el frente interno, esto significa redescubrir la seguridad social: porque como dice un célebre refrán del movimiento obrero internacional: solo con justicia hay paz. En el frente externo, implica construir un nuevo pacto de seguridad y convivencia, que abandone la tentación de imponer a otros países los «valores democráticos occidentales» y acepte que un principio democrático fundamental a nivel internacional es respetar la autonomía de cada país y el legítimo deseo de los países emergentes de reivindicar una influencia más proporcionada a su efectiva dimensión.

LA SEGURIDAD COMO DILEMA CENTRAL DE LA POLÍTICA

Para la mentalidad liberal, la seguridad puede parecer una cuestión que tiene poco que ver con la política. Sin embargo, si uno va más allá del sentido común

contemporáneo y profundiza en los grandes clásicos que dieron forma al canon de la filosofía política occidental, pronto se da cuenta de que el tema de la seguridad ha sido central en nuestra comprensión del significado de la política. Del latín *securitas* (*sine* + *cura*, sin ansiedad/preocupación), seguridad indica una condición en que uno no tenga que preocuparse del peligro. Coherentemente a esa etimología, el término ha sido utilizado para expresar el deseo de protección frente a diferentes peligros y riesgos que son relevantes no solo para el bienestar individual, sino también para la sociedad en su conjunto.

Ya en pensadores griegos antiguos como Platón y Aristóteles, considerados como las fuentes del pensamiento político occidental, el origen de la polis se entiende como una respuesta al peligro y la inseguridad, y como orientada a desempeñar una función protectora. La política sirve para garantizar la seguridad de todos, frente a enemigos internos (la rivalidad, el crimen, la violencia entre individuos) y externos (otros estados y pueblos, epidemias, desastres naturales, etc.) De acuerdo con una famosa afirmación de Platón sobre la república, existe una correspondencia directa entre el estado de la república y el de cada individuo. El cuerpo político de la ciudad y el cuerpo individual del ciudadano están inextricablemente unidos.

En la modernidad, esa visión de la seguridad ha tomado un papel central en el debate sobre la soberanía y el poder estatal. Maquiavelo ya observaba que lo que garantiza la libertad de un estado es la capacidad de defenderse de peligros externos; solo eres libre si eres capaz de protegerte. Según Thomas Hobbes, una sociedad digna de este nombre solo puede existir si las personas se sienten a salvo de los peligros, ya sean externos (otras entidades políticas como enemigos militares) o internos (cada ser humano como enemigo potencial de otros humanos); cualquier otra cosa es una vida de animales y brutos, no una verdadera sociedad civil.

El cuerpo político es lo que garantiza a las personas contra estos peligros, pero disfrutar de sus beneficios implica renunciar a algunas de las libertades «prepolíticas» que los individuos disfrutarían en el estado de naturaleza. Parafraseando a Hobbes: para disfrutar de protección y seguridad, los ciudadanos necesitan otorgar obediencia a la autoridad. Esta es la razón tras la sospecha hacia la seguridad que proviene de los libertarios de todos los bandos. Sin embargo, esto no significa que la seguridad esté en simple oposición a la libertad. Solo los ciudadanos —y los pueblos en su conjunto— que disfrutan de cierto grado de seguridad, cierta protección contra el peligro, pueden tomar

decisiones conscientes y desarrollar planes concretos sobre su futuro. Es en esa conexión entre seguridad y libertad donde podemos identificar una visión democrática de la política de la seguridad.

LAS RESPUESTAS AUTORITARIA Y DEMOCRÁTICA A LA PARADOJA DE LA SEGURIDAD

Si la izquierda mira con sospecha la idea de seguridad es porque este término ha sido asociado a políticas conservadoras, si no abiertamente autoritarias, en el ámbito interno y externo. A nivel interno, el término seguridad ha sido asociado durante mucho tiempo con la derecha política en el contexto de las políticas de orden público (conocidas como law and order en inglés). El término ley y orden se popularizó en Estados Unidos desde finales de la década de 1960 y principios de 1970 como una respuesta de la derecha a una situación creciente de criminalidad y desorden social. En la crisis de la década de 1970, el aumento del desempleo, el deterioro urbano y la adicción a las drogas, fueron percibidos como un escenario de caos social que demandaba una respuesta autoritaria.

Políticos como Nixon y después Reagan y Thatcher desarrollaron un discurso político en el que los problemas sociales de los centros urbanos eran vistos como problemas morales que solo podían abordarse con una respuesta represiva. Es significativo que estas políticas «securitarias» fueron creciendo exactamente en el momento en el que la derecha atacaba frontalmente las políticas de «seguridad social» creadas durante la era socialdemócrata. Un aumento de la cara represiva del Estado (lo que Loïc Wacquant llama «estado penal») se consideraba necesario para balancear el papel cada vez menor del estado social. En la actualidad, esta visión política sigue siendo central para la derecha nacionalista y autoritaria, como se ve en su discurso sobre la inmigración presentada como un fenómeno exclusivamente criminal.

A nivel de política internacional, el discurso de seguridad de la derecha ha sido dominado ya durante la Guerra Fría por una práctica volcada a la agresión y a una estabilidad fundada en el dominio. Hasta el día de hoy buena parte de las relaciones internacionales siguen el principio de que la mejor manera de garantizar la propia protección y seguridad es prepararse para la guerra (Si vis

pacem, para bellum). Pero esto produce lo que en las relaciones internacionales se conoce como la «paradoja de la seguridad», es decir, la propia seguridad es a costa de la seguridad de los demás, y a menudo la autoprotección se convierte en una excusa para políticas abiertamente imperialistas. Basta pensar en la invasión rusa de Ucrania o lo que pasó con la «Guerra contra el Terror» que siguió a los atentados contra las torres gemelas del 11-S. Estados Unidos, Reino Unido y sus aliados occidentales llevaron a cabo invasiones en Afganistán e Irak justificándolas precisamente con el objetivo de garantizar la seguridad contra el «eje del mal».

Esa aventura militar fue justificada por intelectuales conservadores como el historiador Niall Ferguson con el argumento de la seguridad, afirmando que para garantizar la estabilidad era necesario aceptar un nuevo imperio americano, y que a la Pax Britannica de antaño siguiera una Pax Americana. A veinte años de distancia de esos acontecimientos, sabemos bien que cientos de miles de muertos y miles de billones de dólares gastados en armas tuvieron un resultado opuesto a lo esperado: crearon más inseguridad y mancharon la reputación de Estados Unidos y sus aliados occidentales sin lograr cambios duraderos en los países invadidos. En Afganistán, después del retiro de las tropas de Estados Unidos, los talibanes, contra los cuales los estadounidenses habían combatido durante dos décadas, volvieron al poder. Irak se volvió el terreno de cultivo de nuevos grupos extremistas como el Estado Islámico.

Frente a ese relato autoritario de la seguridad a nivel de política «law and order» y de relaciones internacionales, es necesario construir una visión democrática de la seguridad, que considere la seguridad como la base de una verdadera libertad y autodeterminación. Con respecto a la política interna, la política «law and order» debe ser sustituida por una orientación que priorice la seguridad social frente a la seguridad policial; la represión policial contra el crimen es necesaria, pero a menudo se trata solo de una «cura sintomática» frente a la pobreza, la desigualdad extrema y la desesperación, que son los fenómenos que estructuralmente alimentan el crimen.

Es prioritario recuperar esa tradición de seguridad social que fue central en la identidad de los movimientos socialdemócratas, antes de que la abandonaran durante el periodo de la llamada Tercera Vía. Es necesario reconocer que la inseguridad social no es un hecho aleatorio, sino lo que Astra Taylor describe como «inseguridad fabricada»: el producto deliberado de una política destinada a debilitar la posición de los trabajadores frente a los empresarios y propietarios.

Pero también es necesario profundizar y extenderlas, comprendiendo que solo la seguridad social puede curar los males profundos de la sociedad, defenderla frente a nuevos peligros como los del cambio climático, y asegurar la cohesión social necesaria para enfrentar un tiempo marcado por el retorno de la extrema derecha y por el creciente conflicto geopolítico a nivel global.

En el contexto de las relaciones internacionales, es evidente desde la perspectiva de la izquierda que el escenario de creciente conflicto manifestado tanto en Ucrania como en la Franja de Gaza es extremadamente peligroso. Estos conflictos tienen que ser leídos como manifestaciones del declive del poder de Estados Unidos y la incapacidad (o falta de voluntad) de las grandes potencias globales, incluidas potencias emergentes como China, de llegar a un nuevo pacto de seguridad global.

Si países como Rusia piensan que en este escenario el instrumento necesario de relaciones internacionales es la agresión militar, desafortunadamente en los países occidentales hay muchos políticos e intereses económicos que parecen no haber aprendido nada desde el fracaso de la guerra contra el terrorismo. El apoyo ilimitado de muchos países occidentales a Israel en su masacre en Gaza está erosionando aún más la credibilidad que queda en Occidente. Incluso hay figuras como John Bolton, que fue embajador de Estados Unidos en Irak durante la ocupación militar del país, que proponen atacar directamente a Irán, visto como el artífice del ataque a Israel. Además, hay muchos políticos occidentales, y no solo en el campo de la derecha extrema, que están ya convencidos de que China no solo es un rival económico, sino un enemigo mortal contra el que hay que armarse para «defender nuestros valores».

Es evidente que esta postura, aparte de ser cuestionable moralmente (también porque está animada por un claro espíritu supremacista y colonial), es políticamente suicida y corre el riesgo de crear las condiciones para una deflagración militar mucho más amplia, que nadie en las sociedades occidentales desea. En otras palabras, lo que propone la derecha global no solo es una visión violenta de la seguridad, sino una visión fuertemente antidemocrática, porque no cuenta con el apoyo popular y esto explica el nerviosismo de la derecha occidental y su furia ideológica al impulsar esta visión.

Que nos guste o no nos guste, ya vivimos en un mundo multipolar, en que una política de seguridad pragmática tiene que aceptar la existencia de diferentes países e intereses en parcial contradicción. Una política de seguridad

democrática significa respetar externamente que la población mundial no es solo la de Occidente. Hay muchos otros países con una población muy amplia que demandan legítimamente una influencia más proporcionada a su dimensión. E internamente significa aceptar que la gran mayoría de la población quiere paz y tranquilidad, y no está para nada dispuesta a correr el riesgo de un conflicto militar global con el cual juega la nueva derecha «occidentalista» en su visión de una gran batalla entre Occidente y el Resto del Mundo (West against the Rest).

La necesidad innegable de defensa, incluso militar, tiene que ser balanceada por una política que minimice el riesgo de conflicto y que esté orientada a un reconocimiento de que la comunidad internacional no está compuesta solo por los países de América del Norte y de Europa. Estas notas pueden parecer de sentido común, pero no hay que ignorar como la derecha a menudo ha conseguido movilizar la cuestión de la seguridad para sustentar políticas que en la práctica alimentaban más seguridad interna y externa.

Para que una política de seguridad democrática de la izquierda pueda ganar la batalla de la opinión pública no será suficiente solo tener razón, sino también sustentar un gran esfuerzo de persuasión. Un esfuerzo que alerte a la ciudadanía sobre los grandes peligros que corre en esta fase de caos global y sobre cuáles son las políticas necesarias para garantizar esa seguridad colectiva y esa tranquilidad social que es el deseo más profundo de la mayoría social. Solo de esa manera podremos recuperar el significado etimológico de seguridad como falta de preocupación en lugar de causa de ansiedad, como se ha convertido en las últimas décadas.

UNIVERSALIDAD

Carlos Corrochano

«Los viejos cimientos se resquebrajan, y todavía no hemos imaginado otros nuevos».

ANDAIYE, Gender, Race, and Class: A Perspective on the Contemporary Caribbean Struggle

«El problema del marxismo son los marxistas. Al haber descubierto el sistema mundial, están convencidos de haber adquirido la llave de la infalibilidad».

JIM HIGGINS, More Years for the Locust

«El fondo de todo drama humano es que hay lazos, nudos, pactos establecidos. Los humanos ya están vinculados entre ellos por compromisos que determinan su lugar, nombre, esencia. Y entonces aparece otro discurso, otros compromisos, palabras. Y entonces hay que descoser».

JACQUES LACAN, El seminario sobre la carta robada

LA POLÍTICA EXTERIOR, DEL SECRETISMO A LA SUBLIMACIÓN DE LA DERROTA

Según el viejo paradigma de la política exterior, existe una delineación clara e indiscutible entre lo interior y lo exterior: dentro de nuestras fronteras, podemos pelearnos por políticas concretas y principios abstractos; pero, una vez que nos aventuramos fuera de esos confines, se trata de nuestro «interés nacional» contra el resto del mundo. Lo ilustró a la perfección Arthur Vandenberg, senador republicano de la primera mitad del siglo XX: «Los límites de la política los marcan los límites de nuestras aguas territoriales». Es más: el concepto de «política exterior» tiene un origen, digamos, poco progresista —como tantos otros conceptos de la política contemporánea que constituyen herramientas ineludibles para la acción política—. Surgió en la Inglaterra del siglo XVIII como una estrategia para proteger a la Corona y aislarla de los vaivenes y discusiones parlamentarias. «No deberíamos husmear en los secretos relacionados con los asuntos exteriores», imploró Sir William Yonge a sus colegas en 1743. «Nuestro negociado tiene que ver, principalmente, con los asuntos internos, y así debe seguir siendo». Lo exterior era, pues, un espacio estanco e inalterable, un estado de excepción permanente en el que no cabía, sencillamente, la política, sino la defensa de unos intereses nacionales que —¡oh, sorpresa!— coincidían con los de las élites.¹

Varios siglos y muchos cambios después, la política exterior continúa siendo un objeto incómodo para aquellos que aspiramos a transformar el actual estado de las cosas. Hoy, de hecho, la política global quizá sea el terreno donde más crudamente se expresa la crisis de las narrativas progresistas, la sublimación teórica de la derrota de los movimientos emancipadores, según la terminología empleada por Perry Anderson para ilustrar la desorientación de las izquierdas tras la caída del muro de Berlín.² Desde aquel momento, nuestras discusiones en torno a lo internacional solo se han colocado del lado de las «pesadillas diurnas»,³ desde la carrera armamentística hasta la crisis climática, pasando por las crecientes tensiones geopolíticas.

Esta sublimación se da de muchas formas diferentes, todas ellas expresión del repliegue y la impotencia. Una de ellas es el «provincianismo», referido al empeño en evaluar lo que sucede más allá de nuestro país bajo el prisma único de la política nacional, obviando que la política nacional y la internacional son,

en realidad, las dos caras de una misma moneda, que existe un *continuum* inquebrantable entre ambas, que la grandilocuencia en el ámbito exterior no disimula —muy al contrario: magnífica— la impotencia de la interior.⁴ Otra forma de sublimación es la crítica sin alternativa, síntoma de la crisis contemporánea de la imaginación política. Por supuesto, este mal no se ciñe en exclusiva a la política exterior, pero es ahí donde más crudamente se refleja la imposibilidad de postular otros mundos posibles, como si la desorientación estratégica se redoblara allende nuestras fronteras; como si a mayor superficie, mayor fuera la confusión. Ante la vastedad de los desafíos globales —una auténtica «lucha de potencias monstruosas»—,⁵ pareciera que solo caben las posiciones en contra: «no a la guerra (o al genocidio)», «alto el fuego» y un largo etcétera de pronunciamientos adversativos. Las expresiones más enérgicas en el ámbito de la política exterior —gestos de dignidad necesarios, pero insuficientes—⁶ se formulan siempre como convicciones negativas, bajo la creencia, quizá, de que la repetición machacona del rechazo a lo existente produjera un nuevo orden global.⁷ Así, para una parte de las izquierdas, la política internacional se concibe como un repositorio de eslóganes altisonantes, una aceptación estoica y resignada del colapso de nuestro mundo y el fracaso de sus alternativas, un espacio ausente de toda discusión estratégica —la explicación pormenorizada de cómo conseguir las cosas, ni más ni menos— en el que prima la «perspicacia del fracaso»⁸.

LA PERSISTENCIA DE LA GEOPOLÍTICA POPULISTA

¿Cómo desublimar nuestra política exterior para producir avances tangibles en lo inmediato, por modestos que sean? ¿Cómo construir una política global que deje atrás los clichés y automatismos que han predominado en las últimas décadas, que abandone su carácter únicamente reactivo?

Cruzando los diferentes abordajes de las agresiones coloniales en Palestina y Ucrania, Bruno Mações delinea las diferentes «tribus geopolíticas» que pueden ser identificadas en el interregno contemporáneo: universalismo, occidentalismo, antioccidentalismo y darwinismo.⁹ Los universalistas, ilustrados en el artículo de Mações por una efigie de Pedro Sánchez, están comprometidos con la libertad del pueblo palestino y ucraniano por igual. Los occidentalistas, en cambio,

critican con profusión a Moscú mientras envuelven en paños a Israel. En respuesta a esta doble vara de medir, los antioccidentalistas identifican a Estados Unidos como el principal responsable de la invasión de Ucrania y el genocidio gazatí. En último lugar están los darwinistas, que niegan el derecho a existir de pueblos agredidos como el palestino y el ucraniano, y constituyen la expresión más cruda de las power politics. Acogiendo el mapeo de Mações, salir del impasse actual en la política exterior de las izquierdas pasaría por asumir como una derrota que Sánchez ocupe, de forma inmerecida, las coordenadas del universalismo vigente; pasa, así, por aspirar a ocupar un espacio usurpado indebidamente por una socialdemocracia cuya desorientación es solo equiparable a la nuestra.

En primer lugar, para convertir el universal en el principio rector de una política internacional diferente, necesitamos otra brújula moral: una que apoye al pueblo ucraniano, víctima del imperialismo ruso, pero también al soldado de las periferias de Moscú que ha sido dirigido hacia una muerte segura; una que asuma la causa palestina como la causa de la humanidad, pero que sea capaz de empatizar con el dolor de una familia israelí que ha perdido a un ser querido. Se trata, pues, de mostrar «solidaridad con los pueblos de ambos lados del campo de batalla».10 Hay quien le ha puesto nombre a este enfoque —después, precisamente, del 7 de octubre de 2023—: «doble lealtad», la capacidad de estremecerse con la barbarie que sufre un lado y el otro —sin que ello implique caer, por supuesto, en la equidistancia, que nada tiene que ver con los pueblos, y sí con sus dirigentes y aparatos estatales—.11 Esta decisión no solo es moral, sino también estratégica. Si entendemos que las ideas se miden en sus efectos, que el objetivo de nuestras acciones debe ser «popularizar una posición de izquierdas, o ganar a la gente y sumarla a un proyecto» y no «estar en una posición de superioridad elitista»,12 entenderemos que para la amplia mayoría de la gente no es incompatible estremecerse con el sufrimiento genuino de una civil israelí, víctima de violencia sexual en algún kibutz cercano a la Franja de Gaza, y oponerse frontalmente a la ocupación, apartheid y genocidio de Palestina.

En segundo lugar, necesitamos, también, deshacernos de las expresiones más flagrantes del repliegue, que comparten el rasgo de la antiuniversalidad. Por un lado, podemos encontrar lo que en el mundo anglosajón se ha denominado «campismo», una traslación burda de las lógicas de la lucha de clases a la disciplina de las relaciones internacionales, una suerte de «antiimperialismo unidireccional» —esto es: «la estupidez política con las consecuencias más

siniestras que consiste en pensar que solo hay un Enemigo»—.13 Bajo la ahistórica mirada campista, cualquier forma de antiimperialismo está necesariamente subordinada a la oposición primigenia al hegemon estadounidense, dogma que ha sobrevivido al contexto geopolítico de la posguerra fría. De este modo, en el mejor de los casos, los campistas son una pésima reinterpretación del marxismo, entendido como una batería de axiomas en conserva, una excusa para evitar estudiar las transformaciones y paradojas del mundo contemporáneo. En el peor, una desviación funcional a las fuerzas de la reacción. En ambos casos, los campistas harían bien en recordar la concepción del comunismo que Karl Marx y Friedrich Engels esbozaron en La ideología alemana: no un «estado de cosas a establecer, un ideal al que la realidad deba ajustarse», sino un «movimiento que suprime el actual estado de cosas», resultando las condiciones de ese movimiento de «las premisas ahora existentes».14

Por otro lado, una modalidad diferente del repliegue, contraria a toda aspiración universal, es el «superparticularismo», definido por Immanuel Wallerstein como una «rendición oculta a las fuerzas de los poderosos del presente».15 La teoría decolonial y los estudios subalternos han alertado de los peligros de cualquier intento de reconstrucción con vocación global, que se arriesga a reinscribir la diferencia colonial y redoblar el dominio del supremacismo blanco y occidental; esta es, en realidad, la principal lección del largo siglo XX. Pero en la hermenéutica de esta advertencia también anidan peligros. Walter Mignolo encarna a la perfección este riesgo cuando afirma que «republicanismo, liberalismo, neoliberalismo pertenecen», a su entender, «al mismo sintagma».16 El semiólogo argentino llega a afirmar, por ejemplo, que «el republicanismo es más un problema en la historia de Europa y de Estados Unidos que en el resto del mundo»,17 negando el legado histórico de luchas republicanas en América Latina y relegando al sujeto subalterno al estatus de víctima pasiva, en lugar de concebirlo como un agente activo capaz de incidir y avanzar.18 Así, el camino trazado por Mignolo puede conducir al callejón sin salida de la «multipolaridad autoritaria», como enfatizan Cadahía y Coronel:

La división tajante entre un Occidente supuestamente blanco y unas otredades auténticas no nos ayuda a entender las complejidades actuales de las relaciones entre el trauma colonial y el capitalismo, que ha aprendido a incorporar hábilmente muchas pieles negras entre las máscaras blancas. Y esa división

tampoco sirve para articular a unos sujetos políticos populares que, con independencia del lugar geográfico donde les tocara nacer, hoy sufren las múltiples violencias del neoliberalismo. En todo caso, así como es necesario seguir criticando el eurocentrismo y detectando sus simulaciones, también es importante aprender a asumir críticamente los legados europeos como una herramienta más en la lucha por la emancipación.¹⁹

La aparente contradicción entre universalismo y particularismo es, en realidad, un falso dilema: un particularismo que no aspire a un universal es políticamente fútil, del mismo modo que un universalismo que niega las particularidades resulta políticamente reaccionario. De ahí que sea necesario que «universalicemos nuestros particulares y particularicemos nuestros universales simultáneamente, en una especie de intercambio dialéctico constante».²⁰ Y es que, como afirmaba Aimé Césaire, «nuestras especificidades alimentan lo universal y no el particularismo»²¹.

Frente a estas formas de resignación en diferido, frente al determinismo más burdo o la contingencia absoluta —la «accidentalización de la historia y la política», en palabras de Ellen Meiksins Wood—, debemos reivindicar una narrativa y proyecto worldmaking,²² dirigido a concebir y construir nuevos mundos más allá de la mera crítica de los existentes. Adom Getachew acuñó este término para referirse al conjunto de intelectuales y líderes políticos anticoloniales y panafricanistas —desde W.E.B. Du Bois en el contexto estadounidense hasta Kwame Nkrumah en Ghana, pasando por Nnamdi Azikiwe en Nigeria o Eric Williams en Trinidad y Tobago—, que redefinieron, a mediados del siglo pasado, el sentido de la «autodeterminación», yendo más allá de sus luchas por la independencia —dentro de las estructuras del Estado-nación y el orden westfaliano— para proponer un orden internacional diferente, regido por el principio de la no dominación.²³

Hoy, el rechazo del identitarismo y las diferentes expresiones del repliegue solo puede conseguirse a través de la reafirmación de una universalidad estratégica. Se trataría, de esta manera, de recuperar la crítica que Frantz Fanon hizo del universalismo del opresor; una crítica que, lejos de recluirse en la exaltación de las particularidades, facilitó las condiciones materiales para pensar y construir un universalismo de corte plebeyo —un universalismo, de alguna forma, populista—. De hecho, podría afirmarse, siguiendo a Wallerstein, que «la lucha entre el

universalismo europeo y el universalismo universal es la lucha ideológica central del mundo contemporáneo».24 Se trata, así, de universalizar el universalismo, conscientes de que la propia noción de lo universal es aspiracional: buscarlo es, siempre y por definición, un proyecto inconcluso, una «contradicción performativa en permanente despliegue».25 Lo que tenemos que recuperar, en plena era marcada por el desorden y la incertidumbre global, es esa misma aspiración.26

Para intentar esquivar las múltiples trampas que habitan en este complejo ejercicio, se requiere una construcción particular del universal, una suerte de universalismo estratégico. Esta idea bebe de la noción de «esencialismo estratégico» postulada por Gayatri Spivak, una idea formulada desde los estudios poscoloniales en los años noventa —y fuertemente discutida a posteriori—. El concepto de Spivak parte de una premisa antiesencialista —no existen esencias en el mundo social; las identidades, sean del orden que sean, poseen un carácter contingente—, para luego afirmar que, debido a su efectividad y persistencia en el día a día de los individuos, las esencias pueden ser estratégicamente utilizadas al servicio de una causa. Aplicado al ámbito que atañe a estas líneas, el enfoque propuesto entiende que los valores que han de sustentar una forma alternativa de universalidad no nos son dados; de hecho, «la empresa humana de crear dichos valores es la gran empresa moral de la humanidad»27. La mirada estratégica parte de que el universal no existe en un vacío, como una suerte de idea preceptiva que se aplica de forma mecánica a cualquier circunstancia, y que se trata de construir una «nueva narrativa», que blinde no ya un programa específico de transformación, sino las condiciones mismas de su ejercicio. Aplicado al ámbito de las relaciones internacionales, la universalidad estratégica se aleja del materialismo más vulgar: la política, también la exterior —quizá sobre todo la exterior—, no es desvelar, sino construir.

El papa Francisco es el mejor portavoz de este universalismo estratégico, sabedor, como afirmó en un encuentro con movimientos populares, de que «el mundo se ve más claro desde las periferias». En línea con el choque de universalismos mencionado con anterioridad, Francisco propone una «globalización de la esperanza, que nace de los pueblos y crece entre los pobres» como respuesta a la «globalización de la exclusión y la indiferencia». En ese sentido, la geopolítica del papa adquiere un cariz populista. Además de demostrar, en el mejor sentido worldmaking, que una estructura tan milenaria y rígida como la del papado puede dirigirse hacia fines y discursos posneoliberales, el papa ha articulado con gran habilidad política el antagonismo

que estructura nuestro presente: los descartados —«los hijos de nadie, los dueños de nada», como diría Francia Márquez, recuperando el poema de Eduardo Galeano— frente a los arquitectos de «una economía que mata», como afirma en *Evangelii Gaudium*. A su vez, para Francisco, las demandas dispersas y fragmentadas de los excluidos, con orígenes, situaciones e identidades muy diversas entre sí, constituyen una cadena de equivalencias que opera como un único reclamo en la arena internacional, como lo que Lacan llamó *points de capiton* —puntos nodales—, significantes capaces de aglutinar todos esos particularismos dispersos.

En ese sentido, Francisco ha comprendido como nadie que la «globalización no es nueva, pero la inmanencia global lo es»²⁸, entendiendo por ello la desaparición de un afuera especial, la ausencia de un Otro respecto a la totalidad del planeta. Fruto de esta operación, muy evidente en textos como *Laudato Si'* o *Laudate Deum*, el pueblo del papa se muestra como inequívocamente global: su terreno de juego no es otro que la Tierra, la «casa común de la humanidad», en línea con la tesis de Dipesh Chakrabarty de que el cambio climático permite considerar a la humanidad como sujeto de acción política, quizá por primera vez en la historia.²⁹ Y es que Francisco, siempre con un pie en el sentido común existente y otro en la posibilidad del cambio, ha demostrado una enorme habilidad para practicar una «guerra de posiciones» en el terreno transnacional, participando activamente en las cumbres del clima, atreviéndose incluso a proponer reformas en profundidad de Naciones Unidas y la arquitectura financiera global.

A grandes rasgos, estos elementos del discurso del papa constituyen los cimientos, todavía embrionarios, de lo que podríamos considerar una política exterior populista, quizá la única fórmula capaz de llevar el universalismo estratégico a buen puerto. Esto, además, supone una gran paradoja: los límites teóricos que han impedido que la hipótesis populista perdurase en el marco nacional —capaz de sacudir tableros políticos, incapaz de consolidar conquistas y estructuras—, no la descalifican para operar, de forma efectiva, como una narrativa con vocación global.³⁰

LIBERTÉ, ÉGALITÉ, FRATERNITÉ CON SEDE EN SUDÁFRICA

La iniciativa de Sudáfrica contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia, el órgano judicial de Naciones Unidas, constituye un ejemplo paradigmático de una política global worldmaking, así como de las posibilidades y límites que el derecho internacional ofrece en esta tarea. El alegato de la causa sudafricana puede ser visto, en realidad, como el texto fundacional de un nuevo universalismo estratégico promovido desde las periferias, en contra de los deseos de gran parte de las naciones occidentales. Dice Álvaro García Linera que las victorias políticas son antes victorias morales e intelectuales. Lo que sucedió en La Haya lo fue.

Las izquierdas han abordado el derecho internacional casi siempre desde el desánimo teórico. A modo de ejemplo, Martti Koskenniemi, uno de los juristas críticos más reputados, concibe la legalidad internacional como una práctica retórica que despoltiza las relaciones internacionales, una suerte de «técnica hegemónica», en el sentido gramsciano, que hace pasar un interés particular —el eurocéntrico— como un valor universal.³¹ En esa misma línea, Nina Tzouvala afirma que el derecho internacional está cruzado por dos lógicas: la del «perfeccionamiento» y la «biológica». Según Tzouvala, la primera es la presunción naif de que todos los Estados pueden acceder de forma igualitaria en el terreno global, siempre y cuando accedan a «una reforma interna exhaustiva de acuerdo con los imperativos de la modernidad capitalista»; mientras que la segunda lógica se refiere a los «estándares de normatividad jurídica occidentalizados» que los países de las periferias han de asumir para ganarse la respetabilidad (sic) de Occidente.³²

De alguna manera, el fallo de la Corte Internacional de Justicia que ordenaba a Israel «tomar todas las medidas» posibles para «prevenir» un genocidio en la Franja de Gaza deconstruye, al menos parcialmente, las premisas derrotistas de ambos autores, volcadas en reiterar lo evidente, convertirse en profecías autocumplidas, en lugar de centrar toda la energía y esfuerzos en aprovechar las brechas realmente existentes. En una perspectiva más a largo plazo, el proyecto sudafricano es un claro ejemplo de las transformaciones que se han estado observando en las relaciones internacionales durante las últimas dos décadas: actualmente, son los países del Sur Global los que toman un papel activo en la aplicación del derecho internacional, los que mejor han entendido que se pueden —y deben— orientar las viejas estructuras hacia objetivos alternativos, que se hace política «con las circunstancias inmediatamente dadas, presentes y heredadas».³³

Además, el uso en positivo de esas herramientas no les ha impedido criticar el doble estándar inherente al derecho internacional, el constructo de una época de dominio eurocéntrico y una herramienta de «integración desigual» en un orden global desnivelado. Eso sí: la lucidez con respecto a lo existente no les ha hecho caer en la parálisis y el victimismo —que es, en realidad, un componente central en la tradición intelectual de las derechas—.34 Estos actores globales han comprendido que el principal problema del derecho internacional no radica en su vocación universal, ni siquiera en sus orígenes occidentalistas, sino en que las posibilidades de su aplicación real están capadas por la asimetría del actual orden global, en el que los Estados más poderosos mantiene la potestad de evitar sus consecuencias más inmediatas —eso sí: con un coste cada vez más alto, sobre todo reputacional—. Asimismo, como advierte Noura Erakat al examinar las diferentes maniobras seguidas por Namibia y Palestina para alcanzar la libre determinación, no basta con tener la ley a favor: el uso de los instrumentos de la legalidad internacional ha de dotarse siempre de una estrategia eminentemente política.35

En el contexto actual, el derecho internacional constituye el lenguaje común a defender, el único resquicio del sistemamundo actual que a pesar de sus orígenes y limitaciones permite imaginar uno diferente. La frase de Gustavo Petro en el Foro de Davos —«la consigna “Libertad, Igualdad y Fraternidad” que popularizó la Revolución francesa ya no tiene su sede en París, sino en Sudáfrica»— contiene en su sentido y fuerza una universalidad incipiente, una vía que desborda tanto el voluntarismo liberal como el colapsismo izquierdista, una estrategia a seguir para proteger, en primer lugar, el orden internacional basado en reglas —un constructo inestable, claro, pero un constructo que echaremos de menos cuando ya no esté—, y, en segundo lugar, generar las condiciones en las que un horizonte político compartido y una arquitectura global diferente puedan concebirse y planificarse.

UN BLOQUE HISTÓRICO NECESARIAMENTE GLOBAL

Volver a lo internacional como terreno de disputa de lo político es condición de posibilidad para aspirar a un universalismo estratégico. El internacionalismo, históricamente a disposición de ideologías e intereses muy variados, se muestra

en la actualidad como una vía irrenunciable para transformar el estado de cosas en un contexto en el que la crisis climática ha convertido las relaciones internacionales en relaciones planetarias.³⁶ Con todo, lo internacional tardó mucho en convertirse en un terreno aspiracional. Desde Maquiavelo hasta Montesquieu, durante siglos se valoró positivamente la fragmentación de Europa, en contraste con las formas arcaicas de los vastos imperios asiáticos. De hecho, la propia palabra «internacionalismo» fue inventada por Jeremy Bentham, padre del utilitarismo moderno, a finales del siglo XVIII. Poco después, el internacionalismo mutaría en un anhelo transversal para sujetos tan diversos como Karl Marx, Giuseppe Mazzini, comerciantes, abogados o científicos, grupos diversos para los que «lo internacional se había convertido en el terreno sobre el que grupos políticos e ideologías muy diferentes trazaban sus sueños y pesadillas».³⁷

La asunción del ámbito internacional como un campo de batalla imprescindible no es solo una cuestión de escala. Es más: en una coyuntura de repliegue, en la que se tiende a concebir lo nacional y lo internacional como compartimentos estancos, es más necesario que nunca romper con este falso binarismo, pensarlos simbióticamente.³⁸ Hoy, al pánico ubicuo que marca nuestra época —la sensación de que «puede pasar cualquier cosa, en cualquier sitio, a cualquiera en cualquier momento»—³⁹ solo se le puede hacer frente con una seguridad y certeza con la misma vocación de ubicuidad. Hoy se vislumbra una ventana de oportunidad, tímida pero real, por la renuncia de las élites a recuperar la hegemonía que cimentaron en los años noventa y que ahora parecen haber perdido.

Y es que solo si entendemos el éxito del neoliberalismo podremos aprovecharnos de su fracaso. El neoliberalismo triunfó, décadas atrás, gracias a su capacidad para construir amplias alianzas y performar una verdad universal, ayudado, a su vez, por la debilidad de los discursos con los que supuestamente competía —«el neoliberalismo cambió el mundo, mientras que el discurso de los derechos humanos nunca pudo aspirar a ello»—.⁴⁰ Aplicado al ámbito de las relaciones internacionales, los internacionalistas neoliberales comprendieron la necesidad de vislumbrar nuevas realidades institucionales, y desde esta premisa promovieron la creación de estructuras como la Organización Mundial del Comercio y una amplia gama de cortes de arbitraje al servicio de las grandes corporaciones. En ese sentido, el internacionalismo neoliberal fue un proyecto worldmaking. Ahora, intelectualmente moribundo, no tiene qué le sustituya.

Así, tras el triunfo indiscutible del paradigma de la globalización, más de tres décadas atrás, las élites han cambiado hegemonía por dominación, convicción por cinismo, universalidad por fragmentación.⁴¹ Ya no se trata tanto de convencernos de que sus recetas son las mejores posibles, sino de imponerlas por la fuerza. El universalismo de las élites que dibujó la globalización de los noventa ha dado paso a una «globalización policéntrica»⁴² en la que varios bloques compiten por reordenar un mundo huérfano de hegemonía. Este abandono, fruto de la pérdida de confianza en la propia idea de futuro, es condensado a la perfección por Bruno Latour:

Por primera vez, un movimiento de gran envergadura pretende no afrontar seriamente las realidades geopolíticas, sino situarse explícitamente fuera de toda restricción, literalmente offshore —como los paraísos fiscales—. Lo más importante es no tener que compartir con los otros un mundo que jamás volverá a ser común.⁴³

Esta suerte de nihilismo global inaugura una disputa real por los principios que han de regir el mundo por venir. Precisamente por eso, la reclusión contemporánea de las élites constituye una oportunidad: muestra, al menos, la disponibilidad de un camino antaño exitoso para el adversario. Y es que, según Gramsci, la hegemonía depende no de la ausencia de discursos contrarios, sino de la «desorganización del desacuerdo».

Para aprovechar esta coyuntura, universalidad estratégica mediante, es necesario un sujeto político de dimensión internacional y vocación universalista. No se trata de un grupo que, por arte de magia, «toma conciencia de sí mismo», como afirma Judith Butler, sino de un «operador que articula y desarticula las regiones e identidades».⁴⁴ Con ese objetivo, «habría que insistir menos en la política identitaria», y más en «la precaridad y en sus distribuciones diferenciales».⁴⁵

Una primera pista se puede encontrar en la Primera Internacional, formada en 1864 —la primera experiencia realmente worldmaking, según la propia Getachew—. ⁴⁶ Estaba formada por una larga lista de ismos —neojacobinos, cartistas, mutualistas— que, a pesar de sus manifiestas diferencias, entendieron que la erosión del capital solo podía partir de una coordinación efectiva y

solidaria de sus antagonistas. Las internacionales posteriores ya incorporaron la escisión como forma de hacer política: en la Segunda, los anarquistas; en la Tercera, los socialdemócratas. De este modo, la Primera Internacional es una inspiración para concebir el sujeto a construir en un contexto histórico que encuentra enormes paralelismos con el siglo XIX.⁴⁷ Tirando de este hilo, Xan López habla de la articulación, en plena época de ebullición global, de una Internacional Climática, un proyecto con un doble objetivo: postular «planes para superar el presente estado de las cosas», pero también «propuestas creíbles para gestionar lo existente»,⁴⁸ sabedor, en la línea de Erik Olin Wright, de que «las reformas graduales pueden no ser muy ilusionantes, pero es lo mejor que podemos hacer».⁴⁹

Llevadas al ámbito internacional, esas nuevas coaliciones, fundadas en las aspiraciones comunes y compartidas de los pueblos, y no solamente en su condición de sujetos subalternos, ni en su pertenencia a bloques geopolíticos preestablecidos, deben aspirar a reconstruir una dirección hegemónica, un horizonte de certidumbre diferente. Estas alianzas, sujetos de la universalidad estratégica, adquieren la condición de bloque histórico: en palabras de Gramsci, el conjunto de alianzas, diversas, plurales y heterogéneas, que se forman en torno a un horizonte concreto de transformación, y que en su dimensión global aglutina a Estados-nación, movimientos, partidos, instituciones y liderazgos individuales.

Actualmente se puede vislumbrar un bloque incipiente, que incluye al secretario general de las Naciones Unidas y algunos organismos multilaterales, el sindicalismo internacional, países del Sur Global, los movimientos sociales a lo largo y ancho del planeta, y personajes como el papa Francisco o Greta Thunberg.⁵⁰ Al mismo tiempo, llevando la lógica gramsciana al terreno del orden internacional, un bloque histórico geopolítico, para triunfar, necesita incorporar a actores que compartan un pasado colonial o hayan sido conniventes con lógicas imperiales: es imprescindible, a modo de ejemplo, contar con países como España, que en destellos de lucidez han logrado asomar tímidamente la cabeza a la coalición descrita con anterioridad. Así, para prosperar en el interregno actual, este bloque histórico ha de articularse de forma «apofática»:⁵¹ más definido por sus negaciones que por sus afirmaciones, más por aquello que no es que por lo vociferante de sus consignas.

Un bloque histórico con vocación internacionalista es el único sujeto capaz de redefinir los contornos de una política global que hable más de «qué hacer» que

de «quiénes somos», de estrategia que de convicción —que es, como recuerda Wendy Brown, un «potente instrumento de sumisión discursiva»,⁵² especialmente en el plano global—, de puntos de llegada que de puntos de partida; que entienda que la quintaesencia de la política —y la exterior no es menos política, a pesar de lo que afirmaba Vandenberg— no es «en qué crees», sino «¿qué hay que hacer, dado un cierto tipo de esperanza y objetivos, y considerando quiénes somos y qué posición ocupamos en la historia y la cultura?».53

Hoy, en un contexto de desorientación estratégica, reclusión en lo moral y regocijo en los «consuelos de la identidad»,⁵⁴ exacerbado en nuestras respuestas a la invasión de Ucrania y el genocidio en Palestina, la universalidad estratégica presenta un camino a explorar en la reconstrucción de una política exterior que no se conforme con reaccionar al mundo, sino que se proponga intervenir en él mientras imagina y articula uno diferente. Afirmaba el marxista trinetense C.L.R. James en *Los jacobinos negros*, una lectura sobre la única rebelión esclava exitosa de la historia, la revolución haitiana de finales del siglo XVIII, que el «liderazgo político es un asunto de programa, estrategia y táctica, y no del color de quienes lo llevan a cabo, de su común origen con su pueblo o de los servicios que hayan prestado».55 Programa, estrategia y táctica: todo ello necesario; todo ello, también, necesitado de una narrativa estratégicamente universal.

VIOLENCIA

1

Adam Shatz

El 16 de octubre, Sabrina Tavernise, anfitriona en The Daily, el pódcast de The New York Times, logró hablar con dos palestinos en la Franja de Gaza.

«Cuéntame, Abdallah», le dijo a Abdallah Hasaneen, un residente de Rafah, cerca de la frontera egipcia, que solo tenía cobertura desde su balcón, «hemos estado hablando de todos los ataques aéreos que vienen sucediéndose desde el pasado sábado, día en el que tuvo lugar el terrible y brutal ataque de Hamás en Israel, ¿qué piensas de ese ataque?».

«No puedes encarcelar a la gente, despojarla de sus derechos más fundamentales, y esperar que todo siga igual», replicó Hasaneen. «No puedes deshumanizar a la gente y no esperar una respuesta [...]. No soy de Hamás, y nunca me he sentido particularmente cercano, pero lo que está sucediendo aquí y ahora no tiene que ver con eso».

Tavernise —tímidamente—: Entonces, ¿qué sucede?»

Hasaneen: «Tiene que ver con la limpieza étnica del pueblo palestino, con más de 2,3 millones de personas. Esa es la razón por la que la primera acción de Israel fue cortar el suministro de electricidad, agua y comida. Esto no tiene que ver con Hamás. Nunca lo tuvo. Tiene que ver con el error original: haber nacido como palestinos».

La segunda invitada de Tavernise fue una mujer llamada Wafa Elsaka, quien había vuelto a Gaza tras más de treinta y cinco años trabajando como profesora en Florida. Ese fin de semana, Elsaka había huido de su domicilio familiar, después de que Israel ordenara a los 1,1 millones de habitantes del norte de Gaza que abandonaran sus casas y se dirigieran hacia el sur bajo amenaza de invasión.

Docenas de palestinos fueron asesinados por los bombardeos mientras viajaban por caminos que Israel había calificado de seguros. «Sobrevivimos en 1948, y todo lo que pedimos ahora es poder criar a nuestros hijos e hijas en paz», dijo Elsaka. «¿Por qué se tiene que repetir la historia de nuevo? ¿Qué quieren? ¿Gaza? ¿Qué quieren hacer con nosotros? ¿Qué harán con la gente? ¡Que lo digan ya! Antes decía que Gaza era una prisión al aire libre, ahora creo que es una tumba al descubierto. La gente no está viva. Son zombis». Cuando Tavernise volvió a hablar con Hasaneen al día siguiente, este le dijo que toda su familia y él estaban hacinados en la misma habitación. Así, al menos, morirían juntos.

La situación en Gaza ha alcanzado límites inconcebibles en las últimas semanas,² pero no es nueva. En su relato del año 1956, «Carta desde Gaza», Ghassan Kanafani la describe como «más angosta que la mente de un sonámbulo en plena agonía en una terrible pesadilla, con sus calles estrechas y su olor peculiar, el olor de derrota y la pobreza». El protagonista de este relato, un profesor que ha trabajado durante años en Kuwait, acaba de regresar a casa tras un bombardeo israelí. Cuando su sobrina corre para abrazarle, el protagonista se da cuenta de que a la niña le han amputado la pierna: resultó herida intentando proteger a sus hermanos de las bombas.

En palabras de Amira Hass, periodista israelí que pasó muchos años informando desde la Franja, «Gaza encarna la contradicción central del Estado de Israel: democracia para unos, desposesión para otros; es nuestro nervio expuesto». Los israelíes no dicen «vete al infierno», dicen «vete a Gaza». Las autoridades de ocupación siempre la han tratado como una tierra fronteriza, más similar al sur del Líbano que a Cisjordania, donde se aplican normas diferentes y mucho más duras.

Tras la conquista de Gaza en 1967, Ariel Sharon, entonces general responsable del mando sur de Israel, supervisó la ejecución sin juicio de decenas de palestinos sospechosos de participar en la resistencia, y la demolición de miles de viviendas, a lo que se le llamó «pacificación». En 2005, Sharon presidió la «retirada»: Israel retiró a 8.000 colonos de Gaza, pero la Franja permaneció básicamente bajo control israelí y, desde la elección de Hamás en 2006, está sometida a un bloqueo que el gobierno egipcio contribuye a imponer.

¿Por qué no abandonamos esta Gaza y huimos?, preguntaba el narrador de Kanafani en 1956. Hoy en día, tales reflexiones serían una fantasía. A los habitantes de Gaza no es preciso llamarlos gazatíes, ya que dos tercios de ellos

son hijos y nietos de refugiados de otras partes de Palestina; de hecho, son cautivos en un territorio que ha sido amputado del resto de su patria. Solo podrían abandonar Gaza si los israelíes les ordenaran instalarse en un «corredor humanitario» en el Sinaí, si Egipto se sometiera a la presión estadounidense y abriera la frontera.

Los motivos detrás de Al-Aqsa Flood, como Hamás llamó a su ofensiva, no tenían nada de misteriosos: reafirmar la primacía de la lucha palestina en un momento en que parecía estar desapareciendo de la agenda de la comunidad internacional; conseguir la liberación de presos políticos; frustrar un acercamiento entre Israel y Arabia Saudí; humillar aún más a la impotente Autoridad Palestina; protestar contra la oleada de violencia de los colonos en Cisjordania, así como contra las provocadoras visitas de judíos religiosos y funcionarios israelíes a la mezquita de Al-Aqsa en Jerusalén; y, no menos importante, enviar un mensaje a los israelíes de que no son invencibles, de que hay un precio que pagar por mantener el statu quo en Gaza.

Logró un éxito espeluznante: por primera vez desde 1948, fueron combatientes palestinos, y no soldados israelíes, quienes ocuparon ciudades en la frontera y aterrorizaron a sus habitantes. Nunca Israel ha parecido menos un santuario para el pueblo judío. Como dijo Mahmoud Muna, propietario de una librería en Jerusalén, el impacto del ataque de Hamás fue «como reducir los últimos cien años a una semana». Sin embargo, esta ruptura del statu quo, este golpe por una especie de mórbida igualdad con la formidable maquinaria bélica israelí, ha tenido un precio enorme.

Los combatientes de Hamás y la Yihad Islámica, brigadas de unos mil quinientos comandos, mataron a más de mil civiles, entre ellos mujeres, niños y bebés. Sigue sin estar claro por qué Hamás no quedó satisfecha tras lograr sus objetivos iniciales. La primera fase de Al-Aqsa Flood fue una guerra de guerrillas clásica, y legítima, contra una potencia ocupante: los combatientes atravesaron la frontera y la valla de Gaza y atacaron puestos militares avanzados. Las primeras imágenes de este asalto, junto con los informes de que los combatientes de Gaza se habían adentrado en veinte ciudades israelíes, suscitaron una comprensible euforia entre los palestinos; lo mismo ocurrió con la matanza de cientos de soldados israelíes y la toma de hasta doscientos cincuenta rehenes. En Occidente, pocos recuerdan que cuando los palestinos de Gaza protestaron en la frontera en 2018-2019 durante la Gran Marcha del Retorno, las fuerzas israelíes mataron a 223 manifestantes. Pero los palestinos sí, y el asesinato de

manifestantes desarmados solo ha aumentado el atractivo de la lucha armada.

La segunda fase, sin embargo, fue muy diferente. Junto con los residentes de Gaza, muchos de los cuales salían por primera vez en su vida, los combatientes de Hamás se lanzaron a una matanza. Convirtieron la fiesta de la Tribu de Nova en una sangrienta bacanal, otro Bataclan. Cazaron a familias en sus casas en kibutz. Ejecutaron no solo a judíos, sino también a beduinos y trabajadores inmigrantes. Varias de las víctimas eran judíos conocidos por su labor solidaria con los palestinos, en particular Vivian Silver, una israelí-canadiense que ahora es rehén en Gaza. Como señaló Vincent Lemire en *Le Monde*, se necesita tiempo para matar a «civiles escondidos en garajes y aparcamientos o refugiados en habitaciones seguras». La diligencia y la paciencia de los combatientes de Hamás eran escalofriantes.

Nada en la historia de la resistencia armada palestina a Israel se aproxima a la escala de esta masacre: ni el atentado de Septiembre Negro contra los Juegos Olímpicos de Múnich en 1972, ni la masacre de Maalot perpetrada por el Frente Democrático para la Liberación de Palestina en 1974. El 7 de octubre murieron más israelíes que en los cinco años de la Segunda Intifada. ¿Cómo explicar este carnaval de matanzas? La rabia alimentada por la intensificación de la represión israelí es sin duda una de las razones. En el último año, más de doscientos palestinos han sido asesinados por el ejército y los colonos israelíes; muchos de ellos eran menores de edad. Pero esta rabia tiene raíces mucho más profundas que las políticas del gobierno derechista de Netanyahu. Lo que ocurrió el 7 de octubre no fue una explosión; fue un acto metódico de asesinato, y el asesinato sistemático de personas en sus casas fue un amargo remedo de la masacre de 1982 perpetrada por falangistas apoyados por Israel en Sabra y Shatila, en el Líbano. La publicación calculada de vídeos de los asesinatos en las cuentas de redes sociales de las víctimas sugiere que la venganza estaba entre los motivos de los comandantes de Hamás: Mohammed Deif, jefe del ala militar de Hamás, perdió a su mujer y a sus dos hijos en un ataque aéreo en 2014. Uno recuerda la observación de Frantz Fanon de que «el colonizado es un perseguido que sueña constantemente con convertirse en perseguidor». El 7 de octubre, este sueño se hizo realidad para quienes cruzaron al sur de Israel: por fin, los israelíes sentirían la impotencia y el terror que habían conocido durante toda su vida. El espectáculo de júbilo palestino y los posteriores desmentidos de que se hubiera producido la matanza de civiles fueron preocupantes, pero no sorprendentes. En las guerras coloniales, escribe Fanon, «el bien es simplemente lo que más les duele».

Lo que hirió a los israelíes casi tanto como el ataque en sí fue el hecho de que nadie lo vio venir. El gobierno de Israel había recibido una advertencia general de Egipto acerca de la inquietud en Gaza. Sin embargo, Netanyahu y sus asesores creían que habían contenido a Hamás con éxito. Recientemente, cuando los israelíes trasladaron una cantidad significativa de soldados de la frontera de Gaza a Cisjordania para proteger a los colonos que realizaban pogromos en Huwara y otros pueblos palestinos, se convencieron de que no había motivo de preocupación: contaban con los sistemas de vigilancia más avanzados del mundo y una extensa red de informantes en Gaza. Para ellos, Irán era la verdadera amenaza, no los palestinos, a quienes consideraban carentes de la capacidad y competencia necesarias para llevar a cabo un ataque significativo. Fue esta arrogancia y desprecio racista, alimentados por años de ocupación y una política de apartheid, lo que llevó al «fallo de inteligencia» del 7 de octubre.

Se han sugerido muchas analogías para el aluvión de Al-Aqsa: la Ofensiva del Tet, Pearl Harbor, el ataque de Egipto en octubre de 1973 que dio inicio a la guerra de Yom Kippur, y, por supuesto, el 11-S. Pero la comparación más pertinente podría ser un episodio crucial y en gran parte olvidado de la Guerra de Independencia de Argelia: el levantamiento de Philippeville en agosto de 1955. Asediado por el ejército francés y temeroso de perder influencia frente a políticos musulmanes reformistas partidarios de un acuerdo negociado, el FLN desató un ataque aterrador en la ciudad portuaria de Philippeville y sus alrededores. Campesinos armados con granadas, cuchillos, palos, hachas y horcas asesinaron —y en muchos casos mutilaron— a 123 personas, la mayoría europeos, pero también algunos musulmanes. Para los franceses, la violencia parecía injustificada, pero los autores se consideraban vengadores de la masacre de decenas de miles de musulmanes a manos del ejército francés, asistido por milicias de colonos, tras los disturbios independentistas de 1945. En respuesta a Philippeville, el gobernador general liberal de Francia, Jacques Soustelle, considerado por la comunidad europea como un poco fiable «amante de los árabes», implementó una campaña de represión que resultó en la muerte de más de diez mil argelinos. Al reaccionar de manera excesiva, Soustelle cayó en la trampa del FLN: la brutalidad del ejército francés empujó a los argelinos hacia los brazos de los rebeldes, de la misma manera que la dura respuesta de Israel probablemente fortalecerá a Hamás, al menos temporalmente, incluso entre los palestinos de Gaza que desaprueban su gobierno autoritario. El propio Soustelle reconoció que había contribuido a cavar «un foso por el que corría un río de sangre».

Hoy, un foso similar se está cavando en Gaza. Decididos a superar la humillación sufrida a manos de Hamás, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) no han sido distintas —ni más inteligentes— que los franceses en Argelia, los británicos en Kenia o los estadounidenses después del 11 de septiembre. El desprecio de Israel por la vida palestina nunca ha sido tan insensible ni tan descarado, y está siendo alimentado por un discurso para el cual el adjetivo «genocida» ya no parece una exageración. En solo los primeros seis días de ataques aéreos, Israel lanzó más de seis mil bombas, y el número de civiles muertos bajo los bombardeos ya ha superado el doble de las víctimas del 7 de octubre. Estas atrocidades no son excesos ni «daños colaterales»: son intencionadas. Como dice el ministro de Defensa israelí, Yoav Gallant, «estamos luchando contra animales humanos y actuaremos en consecuencia». (Fanon: «cuando el colonizador habla de los colonizados, utiliza términos zoológicos» y «constante referencia al bestiario»). Desde el ataque de Hamás, la retórica exterminacionista de la extrema derecha israelí ha alcanzado un tono febril y se ha extendido al discurso general. «Cero gazatíes» es el eslogan de algunos en Israel. Un miembro del Likud, el partido de Netanyahu, declaró que el objetivo de Israel debería ser «una Nakba que eclipse la de 1948». «¿Me está preguntando por los civiles palestinos?», dijo el ex primer ministro israelí Naftali Bennett a un periodista de Sky News. «¿Qué le pasa? Estamos luchando contra nazis».

La «nazificación» de los oponentes de Israel es una estrategia antigua, que respalda tanto sus guerras como sus políticas expansionistas. Menachem Begin dijo que estaba luchando contra nazis durante la guerra de 1982 contra la OLP en el Líbano. En un discurso de 2015, Netanyahu sugirió que los nazis podrían haber deportado, en lugar de exterminar, a los judíos de Europa si Haj Amin al-Husseini, el muftí de Jerusalén, no hubiera influenciado a Hitler para la Solución Final. En su descarada instrumentalización del Holocausto y su difamación de los palestinos como nazis peores que los propios nazis, los líderes israelíes «hacen burla del verdadero significado de la tragedia judía», como observó Isaac Deutscher después de la guerra de 1967. Además, estas analogías sirven para justificar una brutalización aún mayor del pueblo palestino.

El sadismo del ataque de Hamás ha facilitado esta nazificación, reavivando los recuerdos colectivos, transmitidos de generación en generación, de los pogromos y el Holocausto. Que los judíos, tanto en Israel como en la diáspora, busquen explicaciones para su sufrimiento en la historia de la violencia antisemita es comprensible. El trauma intergeneracional es tan real entre los judíos como entre

los palestinos, y el ataque de Hamás ha tocado la parte más vulnerable de su psique: su miedo a la aniquilación. Pero la memoria también puede ser un obstáculo. Hace tiempo que los judíos dejaron de ser los parias indefensos, los «otros» internos de Occidente. El Estado que dice hablar en su nombre posee uno de los ejércitos más poderosos del mundo, y un arsenal nuclear, el único en la región. Las atrocidades del 7 de octubre pueden rememorar a los pogromos, pero Israel no es el Pale of Settlement.

Como ha señalado el historiador Enzo Traverso, el pueblo judío «ahora ocupa una posición bastante singular en la memoria del mundo occidental. Sus sufrimientos son proclamados y están sujetos a protección legal, como si los judíos debieran estar siempre bajo una legislación especial». Dada la historia de persecución antisemita en Europa, es totalmente comprensible la preocupación occidental por la vida de los judíos. Pero lo que Traverso llama la «religión civil del Holocausto» ocurre cada vez más a expensas de la preocupación por los musulmanes, y a expensas de un examen veraz de la cuestión palestina. «Lo que diferencia a Israel, Estados Unidos y otras democracias en situaciones difíciles como esta», declaró el secretario de Estado estadounidense Antony Blinken el 11 de octubre, «es nuestro respeto por el derecho internacional y, cuando corresponde, por las leyes de la guerra». Mientras tanto, Israel respetaba el derecho internacional devastando barrios y matando a familias enteras, un recordatorio de que, como escribió Aimé Césaire, «la colonización trabaja para deshumanizar al colonizador, para brutalizarlo en el verdadero sentido de la palabra».

En los días posteriores al ataque de Hamás, la administración de Biden ha promovido políticas de transferencia de población que podrían llevar a otra Nakba. Ha apoyado, por ejemplo, el traslado supuestamente temporal de millones de palestinos al Sinaí para que Israel pueda continuar su asalto a Hamás. (El presidente egipcio, Abdel Fattah al-Sisi, replicó que si Israel realmente se preocupara por el bienestar de los refugiados de Gaza, los reubicaría en el Néguev, es decir, en el lado israelí de la frontera con Egipto). Para apoyar su ofensiva, Israel ha recibido más envíos de armas de Estados Unidos, que también ha desplegado dos portaaviones en el Mediterráneo oriental como advertencia a los principales aliados regionales de Hamás, Irán y Hezbolá. El 13 de octubre, el Departamento de Estado distribuyó un memorando interno instando a los funcionarios a evitar usar las palabras y frases «desescalada/cese el fuego», «fin de la violencia/derramamiento de sangre» y «restablecimiento de la calma»; no se toleraría el más mínimo reproche. Pocos días después, una

resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que pedía una «pausa humanitaria» en Gaza fue vetada, como era de esperar, por Estados Unidos (el Reino Unido se abstuvo). En el programa de noticias de CBS Face the Nation, Jake Sullivan, asesor de seguridad nacional de Estados Unidos, definió el «éxito» de la guerra como «la seguridad y protección a largo plazo del Estado judío y del pueblo judío», sin considerar en absoluto la seguridad y protección, ni la continuación del estado de apátrida, del pueblo palestino. En un extraordinario lapsus linguae, casi respaldó el derecho al retorno de los palestinos: «cuando la gente abandona sus hogares en un conflicto, se merecen el derecho a regresar a esos hogares, a esas casas. Y esta situación no es diferente». Quizás, pero es poco probable, especialmente si Hezbolá abandona su cautela y se une a la batalla, un escenario que una ofensiva terrestre israelí haría mucho más probable. El apoyo de Estados Unidos a la escalada puede tener sentido electoral para Biden, pero conlleva el riesgo de desencadenar una guerra regional.

Hasta la devastadora explosión en el hospital árabe Al-Ahli el 17 de octubre — un atentado que Netanyahu inmediatamente atribuyó a los «bárbaros terroristas de Gaza»—, los periódicos estadounidenses se leían mayormente como boletines de prensa del ejército israelí. Las grietas que habían comenzado a abrir espacio a la realidad palestina, a palabras como «ocupación» y «apartheid», se cerraron de un día para otro: un testimonio, quizás, de lo frágiles y pequeñas que habían sido estas victorias retóricas. The New York Times publicó un editorial que afirmaba que Hamás había atacado a Israel «sin ninguna provocación inmediata» y un perfil halagador de un general israelí retirado que «tomó su pistola y enfrentó a Hamás»: su consejo al ejército era «allanar el terreno» en Gaza. (Una vez más, el destacado periódico israelí Haaretz puso en evidencia la cobardía de la prensa estadounidense, culpando al «gobierno de anexión y desposesión» de Netanyahu por provocar la guerra). Los tres presentadores musulmanes de MSNBC se retiraron temporalmente del aire, en aparente deferencia a las sensibilidades israelíes. Rashida Tlaib, una congresista palestino-estadounidense de Detroit, ha sido denunciada por liderar un «caucus de Hamás» debido a sus críticas a las FDI. Se han cometido crímenes de odio contra musulmanes, alimentados al menos en parte por un torrente de islamofobia a un nivel no visto desde la guerra contra el terrorismo. Entre sus primeras víctimas: un niño palestino de seis años en Chicago, Wadea Al-Fayoume, asesinado por el casero de su familia en aparente represalia por el 7 de octubre.

En Europa, expresar apoyo a los palestinos se ha vuelto tabú y, en algunos casos,

incluso criminalizado. A la novelista palestina Adania Shibli se le notificó que la ceremonia de entrega de premios en la Feria del Libro de Fráncfort por su novela *Minor Detail*, basada en la historia real de una niña beduina palestina violada y asesinada por soldados israelíes en 1949, había sido cancelada. Francia ha prohibido las manifestaciones propalestinas y la policía francesa ha recurrido a cañones de agua para dispersar una concentración en apoyo a Gaza en la Plaza de la República. La ministra del Interior británica, Suella Braverman, ha presentado planes para prohibir la exhibición de la bandera palestina. El canciller alemán, Olaf Scholz, ha declarado que la «responsabilidad derivada del Holocausto» obliga a Alemania a «defender la existencia y seguridad del Estado de Israel», y ha responsabilizado a Hamás por todo el sufrimiento en Gaza. Uno de los pocos funcionarios occidentales que expresó su horror por lo que sucede en Gaza fue Dominique de Villepin, ex primer ministro francés. En *France Inter*, criticó la «amnesia» de Occidente respecto a Palestina, el «olvido» que ha permitido a los europeos creer que los acuerdos económicos y la venta de armas entre Israel y sus nuevos aliados árabes del Golfo harían desaparecer la cuestión palestina. El 14 de octubre, Ione Belarra, ministra española de Derechos Sociales y miembro del partido de izquierda Podemos, fue incluso más allá, acusando a Israel de genocidio por castigo colectivo y pidiendo que Netanyahu fuera juzgado por crímenes de guerra. Pero Tlaib, Villepin y Belarra se ven ampliamente superados por políticos y expertos occidentales que se alinean con Israel como la parte «civilizada» en el conflicto, ejerciendo su «derecho a defenderse» contra los «bárbaros» árabes. El debate sobre la ocupación y las raíces del conflicto a menudo se confunde con antisemitismo.

Los «amigos de Israel» judíos pueden ver esto como una victoria. Pero, como apunta Traverso, el apoyo incondicional de Occidente a Israel y su identificación con el sufrimiento judío por encima del de los palestinos musulmanes, «favorece un desplazamiento de los judíos hacia las estructuras de dominación». Aún peor, abandonar la neutralidad en cuanto a la conducta de Israel expone a los judíos de la diáspora a un mayor riesgo de violencia antisemita, ya sea por parte de grupos yihadistas o de actores solitarios. La censura de las voces palestinas en nombre de la seguridad judía, lejos de proteger a los judíos, solo intensificará su inseguridad.

El tratamiento binario de la guerra en la prensa occidental se refleja en el mundo árabe y en gran parte del Sur Global, donde el apoyo de Occidente a la resistencia ucraniana frente a la agresión rusa y su negativa a confrontar la agresión israelí contra los palestinos bajo ocupación ya han generado

acusaciones de hipocresía. (Estas divisiones recuerdan a las fracturas de 1956, cuando la población del «mundo en desarrollo» apoyó la lucha de Argelia por la autodeterminación, mientras que los países occidentales respaldaban la resistencia húngara contra la invasión soviética). En países que lucharon por superar el dominio colonial, la supremacía blanca y el apartheid, la lucha palestina por la independencia, en condiciones de grotesca asimetría, resuena profundamente. Y luego están los admiradores de Hamás en la izquierda «descolonial», muchos de ellos afincados en universidades occidentales. Algunos descoloniales, especialmente el Parti des Indigènes de la République en Francia, que aplaudió sin reservas el diluvio de Al-Aqsa, parecen casi fascinados por la violencia de Hamás, describiéndola como una forma de justicia anticolonial al estilo de Fanon en «Sobre la violencia», el polémico primer capítulo de Los condenados de la tierra. «¿Qué pensabais que significaba la descolonización?», preguntó la escritora somalí-estadounidense Najma Sharif en X. «¿Vibraciones? ¿Papeles? ¿Ensayos? Perdedores». «La descolonización no es una metáfora», entonaban los seguidores del diluvio de Al-Aqsa. Otros sugirieron que los jóvenes del festival Tribu de Nova merecían lo que les pasó por atreverse a organizar una fiesta a pocos kilómetros de la frontera con Gaza.

Ciertamente, Fanon abogaba por la lucha armada contra el colonialismo, pero entendía el uso de la violencia por parte de los colonizados como un «desintoxicante», no como un «purificador», una interpretación errónea que se ha difundido ampliamente. Su visión de las manifestaciones más letales de la violencia anticolonial era desde la perspectiva de un psiquiatra, diagnosticando una patología de venganza forjada bajo la opresión colonial, más que proporcionando una justificación. Era lógico, argumentaba, que «aquellas personas a quienes se les había enseñado constantemente que el único lenguaje que comprendían era el de la fuerza, optaran finalmente por expresarse a través de esa misma fuerza». Al evocar la experiencia fenomenológica de los combatientes anticoloniales, indicó que en la fase inicial de la revuelta, «la vida solo podía surgir del cadáver en descomposición del colono».

Sin embargo, Fanon también escribía, de manera perturbadora, sobre los efectos del trauma de la guerra, incluyendo el trauma experimentado por los rebeldes anticoloniales que habían matado civiles. Y en un pasaje que pocos de sus actuales admiradores citan, advertía que:

El racismo, el odio, el resentimiento y el «deseo legítimo de venganza» no pueden, por sí solos, sustentar una guerra de liberación. Esos destellos de conciencia que impulsan al cuerpo hacia una zona de turbulencia, sumergiéndolo en un estado casi patológico de ensueño donde la visión del otro provoca vértigo, donde mi sangre clama por la sangre del otro, ese furor pasional en la fase inicial, se desvanece si se permite que se nutra únicamente de sí mismo. Por supuesto, los incontables abusos de las fuerzas colonialistas inyectan elementos emocionales en la lucha, proporcionando al militante más razones para odiar y nuevos motivos para buscar a un «colono a quien matar». Sin embargo, día tras día, los líderes comprenderán que el odio no puede ser un programa.

Para organizar un movimiento eficaz, Fanon creía que los combatientes anticoloniales debían superar las tentaciones de una venganza primitiva, y desarrollar lo que Martin Luther King, citando a Reinhold Niebuhr, llamó una «disciplina espiritual contra el resentimiento». De acuerdo con este enfoque, la visión de Fanon sobre la descolonización incluía no solo a los musulmanes colonizados liberándose del yugo opresor, sino también a miembros de la minoría europea y a los judíos (que en sí mismos eran un antiguo grupo «indígena» en Argelia), siempre y cuando se unieran a la lucha liberadora. En El colonialismo moribundo, rindió un emotivo homenaje a los no musulmanes en Argelia que, junto con sus camaradas musulmanes, soñaban con un futuro en el que la identidad y ciudadanía argelinas estarían definidas por ideales comunes, no por la etnia o la religión. Que esta visión fuera aniquilada, debido a la violencia francesa y al autoritarismo nacionalista islámico del FLN, es una tragedia de la cual Argelia todavía no se ha recuperado. La destrucción de esta visión, que fue defendida por intelectuales como Edward Said y una pequeña pero influyente minoría de izquierdistas palestinos e israelíes, ha sido igualmente dañina para el pueblo de Israel-Palestina.

«Lo que realmente me aterra», me dijo el historiador palestino Yezid Sayigh en un correo electrónico,

es que estamos en un punto de inflexión en la historia mundial. Los profundos cambios que se han venido gestando durante al menos las dos últimas décadas, y que han dado lugar a movimientos (y gobiernos) de derechas e incluso fascistas,

estaban ya gestándose. Por eso veo la matanza de civiles por parte de Hamás como algo potencialmente equivalente a Sarajevo en 1914 o quizás a la Kristallnacht en 1938, en términos de acelerar o desencadenar tendencias mucho más amplias. En una «menor escala», estoy furioso con Hamás por haber borrado prácticamente todo lo que hemos luchado durante décadas, y horrorizado con aquellos que han perdido la capacidad crítica de diferenciar entre la oposición a la ocupación israelí y los crímenes de guerra, y que cierran los ojos ante lo que Hamás hizo en los kibutz del sur de Israel. Etnotribalismo.

Las fantasías etnotribalistas de la izquierda descolonial, con su insistencia en citar a Fanon y sus carteles de parapentes y guerrilleros, son verdaderamente perversas. Como escribió el escritor palestino Karim Kattan en un emotivo ensayo para Le Monde, parece haberse vuelto imposible para algunos autoproclamados amigos de Palestina «decir: las masacres como las ocurridas en el festival Tribu de Nova son un horror indignante, e Israel es una potencia colonial feroz». En una época de derrota y desmovilización, donde las voces más extremas se amplifican a través de las redes sociales, un culto a la fuerza parece haberse apoderado de ciertas partes de la izquierda, anulando cualquier empatía hacia los civiles israelíes.

Pero el culto a la fuerza de la izquierda radical es menos peligroso, porque sus consecuencias son menores, que el de Israel y sus partidarios, empezando por la administración de Biden. Para Netanyahu, la guerra es una lucha por la supervivencia, tanto la suya como la de Israel. Generalmente ha preferido las maniobras tácticas, evitando ofensivas a gran escala. Aunque ha liderado varios asaltos a Gaza, también ha sido artífice del entendimiento con Hamás, una postura que justificó en 2019 ante miembros del Likud en la Knesset, diciendo que «cualquiera que quiera evitar el establecimiento de un Estado palestino debe apoyar el fortalecimiento de Hamás y la transferencia de dinero a Hamás». Netanyahu entendió que mientras Hamás estuviera en el poder en Gaza, no habría negociaciones sobre la creación de un Estado palestino. La ofensiva de Hamás no solo destruyó su apuesta por mantener un frágil equilibrio entre Israel y Gaza, sino que también coincidió con su defensa ante acusaciones de soborno y un movimiento de protesta, desencadenado por su plan de debilitar el poder judicial y remodelar el sistema político del país según un modelo al estilo de Orbán. Desesperado por superar estos contratiempos, ha impulsado esta guerra, presentándola como una «lucha entre los hijos de la luz y los hijos de las

tinieblas, entre la humanidad y la ley de la selva». Los colonos fascistas de Israel, representados en su gabinete por Bezalel Smotrich e Itamar Ben-Gvir, ambos defensores abiertos de la limpieza étnica, han asesinado a varios palestinos en Cisjordania desde el ataque de Hamás (incluyendo a los asesinados por el ejército, el número de muertos allí supera los sesenta). Los ciudadanos palestinos de Israel temen ataques como los que sufrieron a manos de bandas judías en mayo de 2021, durante la Intifada de la Unidad. En cuanto a los habitantes de Gaza, no solo se les está haciendo pagar por las acciones de Hamás; una vez más, están pagando por los crímenes de Hitler. Y el imperativo de invocar el Holocausto se ha convertido en la Cúpula de Hierro ideológica de Israel, su escudo contra cualquier crítica a su conducta.

¿Cuál es el verdadero objetivo de Netanyahu? ¿Eliminar a Hamás? Eso es imposible. A pesar de todos los esfuerzos de Israel por presentarla como la rama palestina del Estado Islámico, y por muy reaccionaria y violenta que sea, Hamás es una organización nacionalista islámica, no una secta nihilista. Se nutre de la desesperación generada por la ocupación y no puede ser simplemente erradicada, al igual que los fanáticos fascistas del gabinete de Netanyahu (o, de hecho, los terroristas del Irgun de los años cuarenta que luego formaron parte de la clase política israelí). El asesinato de líderes de Hamás como el jeque Ahmed Yassin y Abdel Aziz al-Rantissi, ambos en 2004, no impidió el creciente influjo de la organización, e incluso lo favoreció. ¿Acaso Netanyahu piensa que puede forzar a los palestinos a renunciar a las armas o a sus demandas de un Estado, bombardeándolos hasta someterlos? Esto ya se ha intentado repetidamente; el resultado invariable ha sido una nueva generación de militantes palestinos aún más amargados. Israel no es un tigre de papel, como concluyeron los líderes de Hamás después del 7 de octubre, aún exultantes por la experiencia de matar a soldados israelíes dormidos en sus camas. Pero se está volviendo cada vez más incapaz de cambiar de rumbo, ya que su clase política carece de imaginación y creatividad —sin mencionar el sentido de justicia y dignidad hacia los demás— necesarios para buscar un acuerdo duradero.

Una administración estadounidense responsable, menos influenciada por las ansiedades de una próxima elección y menos endeudada con el establishment proisraelí, habría aprovechado la crisis actual para instar a Israel a reexaminar no solo su doctrina de seguridad, sino también sus políticas hacia la única población del mundo árabe con la que no ha mostrado ningún interés en establecer una paz genuina: los palestinos. En cambio, Biden y Blinken se han hecho eco de las frases trilladas israelíes sobre la lucha contra el mal, mientras olvidan

convenientemente la responsabilidad de Israel en el callejón sin salida político en el que se encuentra. La credibilidad de Estados Unidos en la región, nunca muy alta, es ahora más débil de lo que era bajo la administración de Trump. El 18 de octubre, Joshua Paul, quien había sido director de asuntos públicos y del Congreso de la Oficina de Asuntos Político-Militares del Departamento de Estado durante más de once años, renunció en protesta por las transferencias de armas de la administración a Israel. Una postura de «apoyo ciego a una de las partes», escribió en su carta de renuncia, ha llevado a políticas «miopes, destructivas, injustas y contrarias a los valores que públicamente defendemos». No es de extrañar que el único Estado árabe que criticó el diluvio de Al-Aqsa fuera los Emiratos Árabes Unidos. El doble rasero estadounidense, y la inmisericorde respuesta israelí, lo han hecho imposible.

La ineludible verdad es que Israel no puede extinguir la resistencia palestina mediante la violencia, así como los palestinos no pueden ganar una guerra de liberación al estilo argelino: los judíos israelíes y los árabes palestinos están atrapados juntos, a menos que Israel, la parte mucho más fuerte, conduzca a los palestinos al exilio para siempre. Lo único que puede salvar a los pueblos de Israel y Palestina, y evitar otra Nakba, que es una posibilidad real mientras que otro Holocausto sigue siendo una alucinación traumática, es una solución política que reconozca a ambos como ciudadanos iguales y les permita vivir en paz y libertad, ya sea en un único Estado democrático, en dos Estados o en una federación. Mientras esta solución se evite, una continua degradación y una catástrofe aún mayor están prácticamente garantizadas.

BLOQUE III

NUEVOS DESAFÍOS EN EL INTERREGNO

ANTROPOCENO

Xan López

LA HISTORIA DEL ANTROPOCENO

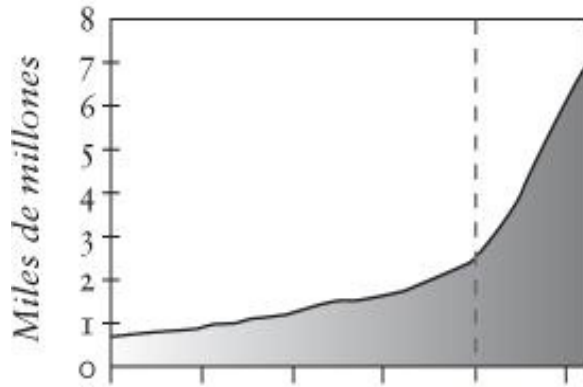
El Antropoceno es la era de la convergencia de la historia natural y la historia social. Por primera vez desde que existimos como especie, nuestra capacidad de influencia en nuestro entorno es mayor que la de las llamadas fuerzas naturales. Esa capacidad de influencia viene acompañada de una explosión del crecimiento económico, que a su vez asociamos con nuestro bienestar. En cierto sentido, claro, estamos hablando de distintos aspectos de un mismo fenómeno: una lógica de acumulación y expansión económica, que lleva asociado un desarrollo de la complejidad tecnológica y la capacidad de transformar la naturaleza, que lleva asociada una explosión de la cantidad y calidad de vida para un número cada vez mayor, aunque siempre insuficiente, de seres humanos.

Si tuviésemos que dar una forma bidimensional al Antropoceno sería la de la «gráfica del palo de hockey»: un largo periodo relativamente plano seguido de un estallido de crecimiento casi vertical. Tanto los indicadores de nuestro impacto en el medioambiente como los de nuestra evolución social pueden visualizarse de esa manera. La nuestra es la era del crecimiento exponencial, la era de aplanar las «curvas malas» y lidiar con la incómoda realidad de que muchas de las «curvas buenas» dependen en buena medida de las primeras. Las últimas décadas son las de la terrible dualidad de las «fuerzas productivo-destructivas» del capitalismo: enormes avances en bienestar social de un número creciente de personas (población, renta per cápita, uso de agua, disponibilidad energética, transporte, telecomunicaciones...), pagados con un enorme salto adelante en la superación de todos los límites planetarios en los que siempre ha vivido la humanidad hasta ahora (concentración de gases de efecto invernadero, temperatura media, acidificación de los océanos, pérdida de los bosques

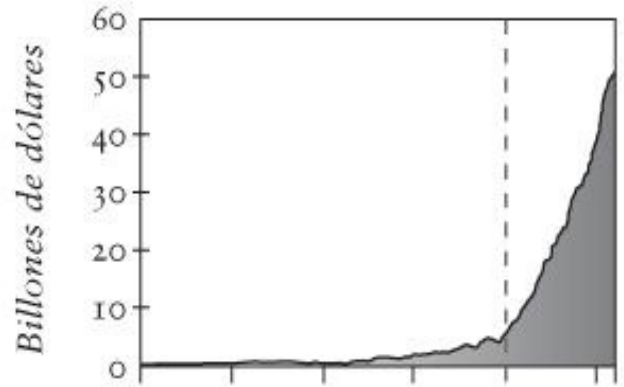
tropicales, pesca marítima, polución por nitrógeno en zonas costeras...).

a) Tendencias socio-económicas

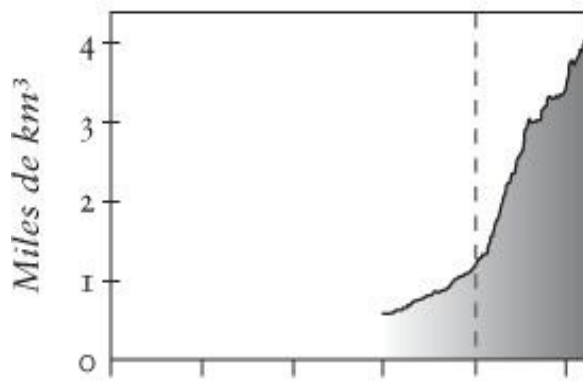
POBLACIÓN



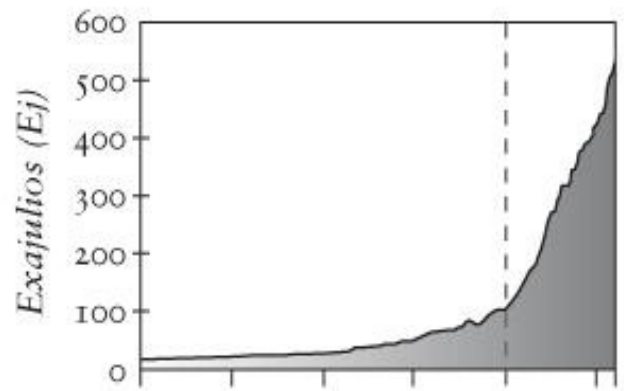
PIB REAL



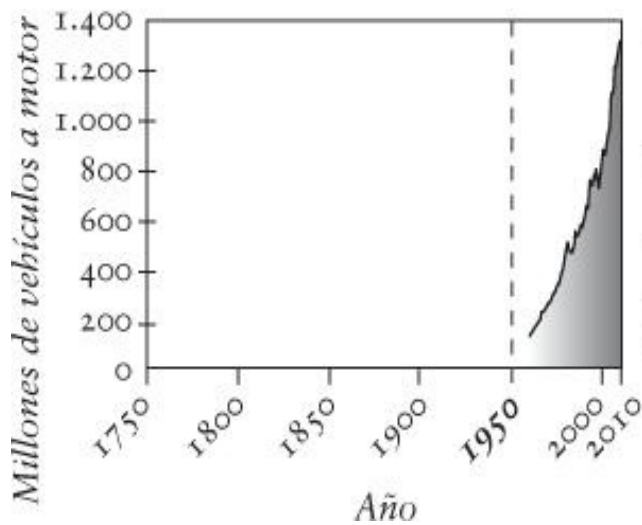
CONSUMO DE AGUA



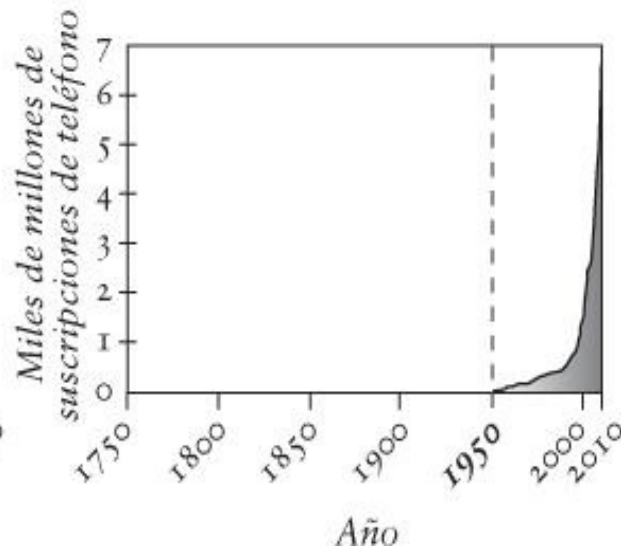
CONSUMO DE ENERGÍA



TRANSPORTE

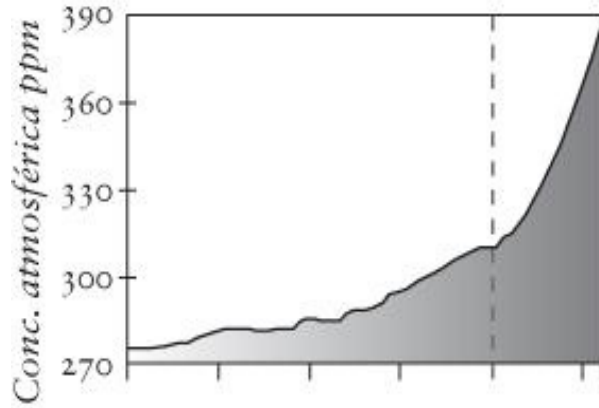


TELECOMUNICACIONES

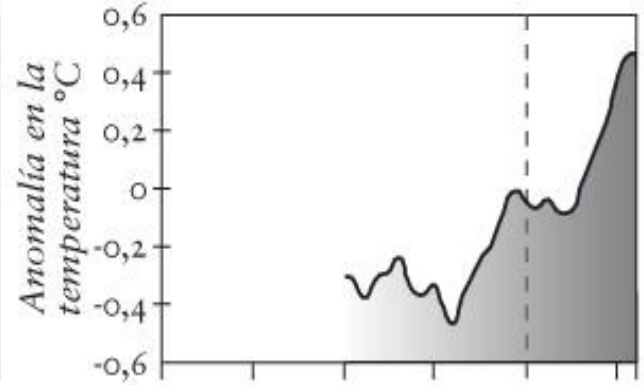


b) Tendencias del sistema Tierra

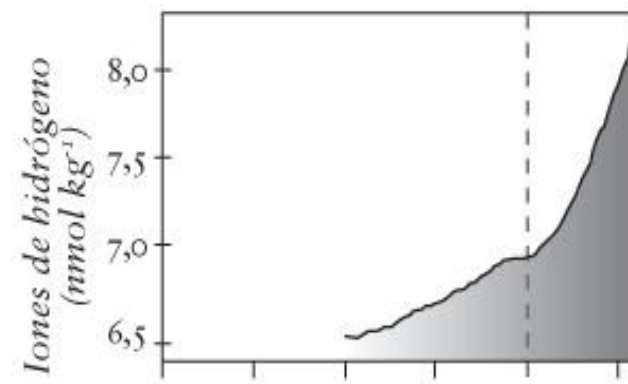
DIÓXIDO DE CARBONO



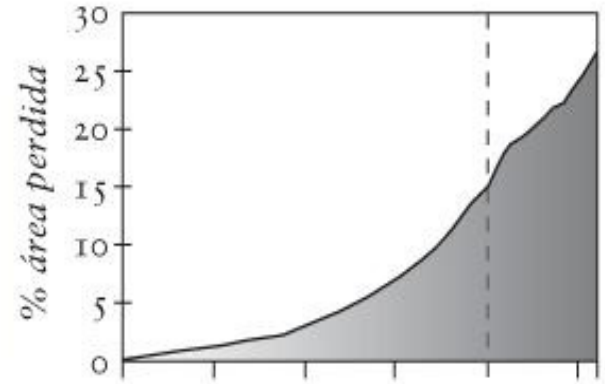
TEMPERATURA EN SUPERFICIE



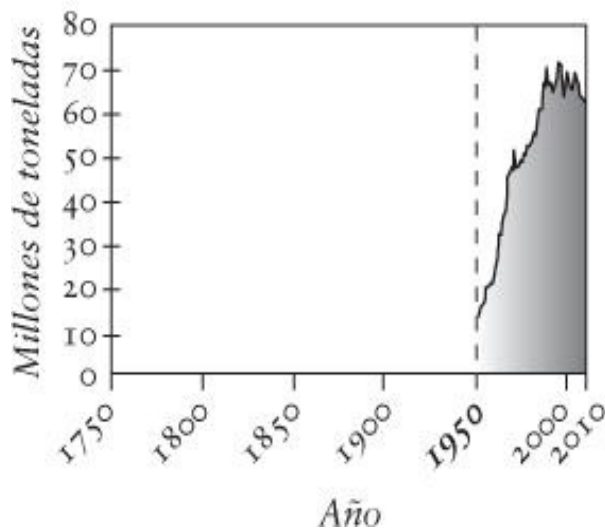
ACIDIFICACIÓN DEL OCÉANO



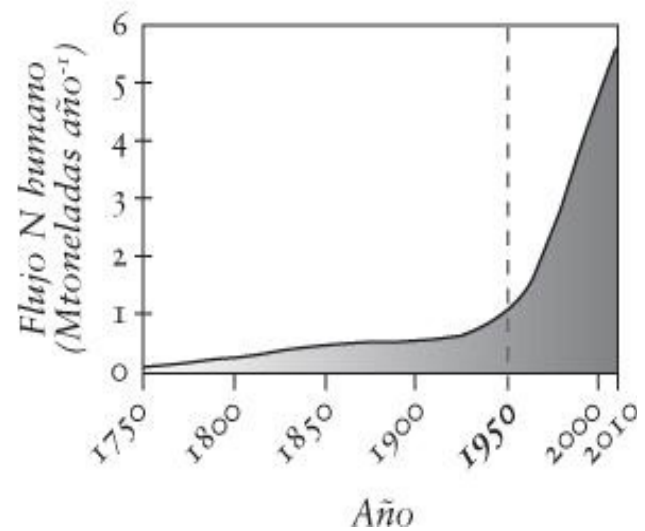
PÉRDIDA BOSQUE TROPICAL



CAPTURAS DE PESCA MARINA



NITRÓGENO EN ZONA COSTERA



Las «curvas de hockey» del Antropoceno: Fuente: Steffen, W. et al., «The trajectory of the Anthropocene: the Great Acceleration». *Anthrop. Rev.* 2, 81–98 (2015), Sage Journals.

Los peligros de este desarrollo destructivo exponencial son enormes. En el corto plazo ya están causando, y seguirán causando con cada vez más intensidad, olas de calor interminables, incendios incontrolables, lluvias torrenciales, sequías crónicas, pérdidas de cosechas catastróficas, el estallido de nuevas enfermedades, migraciones forzadas y en general un aumento constante de la presión sobre la vida humana y no humana en el planeta. En el límite, en las peores proyecciones que nos muestra la ciencia climática, está en peligro la propia continuidad de lo que podríamos llamar «civilización compleja». La extinción literal de nuestra especie es improbable, pero existe la posibilidad real, medible, de que muchos de los logros históricos que damos por supuestos dejen de ser posibles en las condiciones climáticas del futuro. Toda la historia escrita de nuestra especie ha ocurrido en unas condiciones medioambientales relativamente suaves y estables, al terminar la última glaciación del Holoceno, que ahora estamos abandonando a una velocidad inédita e incompatible con la vida de muchas especies. Somos, en un sentido literal, los primeros seres humanos que se enfrentan a una situación semejante.

Una de las críticas más recurrentes al término «Antropoceno» es que sugiere una falsa responsabilidad colectiva. Aunque existen multitud de alternativas críticas al término, una de las más habituales es la de «Capitaloceno», que busca centrar la responsabilidad en la compulsión por la acumulación sin límites, y por lo tanto inevitablemente en un grupo más reducido de personas que la especie humana en general. Hay cierta verdad en el uso de ambos términos, pues de hecho vivimos en un Antropoceno capitalista. La lógica de la acumulación y el crecimiento constante es propia del capitalismo en sí, sin duda, pero la explosión tecnológica y la distribución mínimamente generalizada de sus beneficios dependen de configuraciones institucionales y sociales que no son necesarias. El Antropoceno es el resultado de un tipo específico de capitalismo, aquel que a partir de 1945 acepta, después de varias décadas de violencia extrema, un nuevo contrato social por el desarrollo nacional que mejore la calidad de vida de amplias mayorías.

Este desarrollo redistributivo es hegemónico en el capitalismo occidental, son sus «treinta gloriosos», pero también en el socialismo realmente existente, por lo que supone el verdadero consenso de época.¹

La contrarrevolución neoliberal opera, entre otras muchas cosas, contra este consenso. Su victoria es profunda en el mundo occidental y socialista, pero tiene al menos dos limitaciones importantes.² La primera es que no consigue arrasar completamente con aquella lógica del desarrollo nacional allí donde era más fuerte, por lo que la legitimidad de muchos gobiernos sigue dependiendo en buena medida de ese aumento del bienestar general. La quiebra más profunda de aquel contrato social ocurre en el abandono de la planificación indicativa de la modernidad industrial como motor de prosperidad, y en el fortalecimiento de los mecanismos de mercado, especulativos y rentistas. La segunda limitación consiste en la capacidad de China para construir sus propios «treinta gloriosos» de desarrollo nacional explosivo integrándose perfectamente en las cadenas de valor globales, hijas del neoliberalismo. Sus grandes zonas económicas especiales para la exportación y, sobre todo, su asombroso proceso de urbanización acelerado (500 millones de personas se mudan del campo a la ciudad en menos de veinticinco años), ambos alimentados por el carbón, son el segundo gran impulso del capitalismo mundial y de su impacto medioambiental.

Es esta difusión amplísima de una configuración capitalista específica la que permite una defensa crítica del término «Antropoceno». Nuestra realidad no está dictada por una lógica capitalista abstracta, sino por una forma histórica de la misma en la que el desarrollo nacional redistributivo es hegemónico (lo sigue siendo en el neoliberalismo moribundo, lo es en China, lo es en el resto del planeta de forma aspiracional). Esta realidad es el resultado de muchas décadas de luchas, de estallidos revolucionarios y procesos de reforma en los que se han invertido cantidades astronómicas de esfuerzo humano. Esta es la verdadera base sociológica de la persistencia capitalista, su transformación en un sistema mundial de Estados nación legitimados por su capacidad de proporcionar cierto bienestar a través del desarrollo expansivo. Es esto lo que nos permite hablar con algo de seriedad de una «responsabilidad» colectiva humana, más extensa y compleja que la «culpa» asignada a un puñado de capitalistas o al sistema capitalista en abstracto. Si es posible una resolución de la crisis medioambiental, esta tendrá que ocurrir en un gran número de países, contra intereses económicos de parte pero también contra formas de producir y vivir que han sido aceptadas y serán defendidas por muchas personas. En esta forma de enfocar el problema se desdibuja una posible demarcación amigo-enemigo, pero a cambio se gana en

claridad analítica y realismo político, ambos necesarios para poder empezar a articular una estrategia viable de estabilización y justicia climática en el corto plazo.

LA POLÍTICA EN (CONTRA) EL ANTROPOCENO

Hay cierta perspectiva histórica desde la que Lutero tenía razón y no Müntzer. Los girondinos y no los jacobinos. Los mencheviques y no los bolcheviques. La opción correcta era la moderación, el gradualismo que se ciñe a los límites de lo posible. Hay otra perspectiva que defiende que la cantidad de energía organizada para conseguir un cambio siempre tiene que desbordar los objetivos realmente alcanzables. Que para llegar a lo posible hay que intentar, y rozar, lo imposible. Es la idea del progreso como dos pasos adelante y uno atrás. El paso atrás es traumático, pero al final se ha conseguido avanzar algo que permanece. Estas dos perspectivas, los dos tipos ideales de concebir toda política progresista, comparten un convencimiento implícito. El de que en cualquier caso hay un tiempo histórico suficiente para la mejora social, y que ningún exceso de moderación o paso atrás inevitable nos llevará a un abismo que ponga fin a la serie histórica.

El Antropoceno es la ruptura de esta concesión que hace la historia a la política, esa promesa de que ninguna derrota es definitiva y de que toda victoria del enemigo encierra en sí la promesa de nuestro triunfo futuro. El comienzo de la era atómica es nuestro primer encuentro con esa posibilidad de cierre definitivo, de exterminio de la esperanza. Hay, sin embargo, una diferencia importante. La amenaza nuclear es la amenaza de una escalada bélica coyuntural, un momento de locura inconmensurable con cualquier racionalidad bélica. Perderlo todo para ganar una guerra. En retrospectiva podemos decir que esto hace la conflagración nuclear menos probable, un desenlace posible pero nunca necesario. La crisis climática, por centrarnos en el aspecto más conocido del Antropoceno, es completamente diferente. En las últimas seis décadas hemos atrapado en la atmósfera unos 380 zettajulios de calor, el equivalente a la detonación de veinticinco mil millones de bombas como la de Hiroshima.³ Ya estamos, por lo tanto, viviendo una descomunal guerra nuclear a cámara lenta. Esta guerra, sin embargo, es una consecuencia del proceso de desarrollo capitalista. No es un

evento singular que se pueda evitar durante décadas, sino un efecto sistemático de la manera en la que producimos, consumimos y vivimos.

Ante esta situación inédita no es difícil imaginar las grandes transformaciones necesarias para evitar la catástrofe. Solo el fin del capitalismo, el decrecimiento acelerado o la paz perpetua podrían librarnos de los horrores que nos esperan, dicen algunos. Es tentador adoptar una postura paternalista ante la forma en la que se suelen declamar estas recetas milagrosas. Su realización en cualquier momento de la historia solo podría describirse como utópica, en un sentido fuerte, pero su realización en los plazos temporales que nos marca la crisis ecológica parece verdaderamente imposible, una ensoñación que nos distrae de las tareas urgentísimas que tenemos por delante. En esta cuestión, sin embargo, hay que hilar fino.

El espíritu de la época es el del nihilismo y la cancelación del futuro, la pose más común en la izquierda es la que confunde cinismo con inteligencia. Frente a esto es deseable cualquier propuesta que busque mejorar nuestras vidas, por muy fantasiosa que sea. Cualquier posible inmadurez de esas fantasías liberadoras no se corregirá nunca desde el falso realismo, como nos recuerda Ernst Bloch; la superación de la utopía abstracta es la utopía concreta, no el abandono atropellado del espíritu utópico. En esta cuestión, además, trabajamos con conocimiento de causa: del mismo modo que el repliegue antes de tiempo del Estado suele llevar a las mafias, y no a la emancipación, el repliegue antes de tiempo de lo utópico lleva a la distopía, y no a la gestión aburrida y melancólica de un presente eterno. La utopía concreta se diferencia de la abstracta por tratar de ser más que una mera exigencia normativa, una imposición que violenta el sentido presente de las cosas. Lo concreto en la utopía concreta es su carácter inmanente, de anticipación de una posibilidad real en la tendencia histórica. Aquí hay por lo tanto dos elementos en tensión: una anticipación radical, liberadora, y un conocimiento preciso del devenir de las cosas, de sus posibilidades objetivas. Bloch llamaba a estos dos aspectos «corriente cálida» y «corriente fría», el espíritu de emancipación y la ciencia de la posibilidad.

Es frecuente asociar, como lo hizo Bloch, esta forma de pensar y hacer con la tradición marxista. Sin embargo, los últimos grandes revolucionarios que el mundo ha visto han sido los neoliberales, y en su forma de transformar el mundo podemos encontrar también una utopía concreta. El sueño neoliberal, como su nombre indica, era la recuperación del mundo liberal de la belle époque. Los neoliberales buscaban aislar a los mercados de la democracia, proteger al

capitalismo de las exigencias de justicia social y redistribución económica. Unían a esta utopía sui géneris la comprensión de que todo había cambiado demasiado como para que el viejo mundo volviese sin más: los nuevos Estados nación democráticos no iban a desaparecer, por lo que los neoliberales estaban obligados a trabajar en y a través de ellos (dentro y contra). El neoliberalismo, una vez materializado, no es por lo tanto una destrucción del Estado, sino una estrategia de diseño institucional que busca anular los aspectos indeseables del mismo y utilizar sus poderes y su legitimidad para construir un nuevo orden internacional que limite la democracia y empodere al capital.⁴ Esta estrategia es capaz de tomar el poder y de aprovechar la crisis orgánica del anterior modelo para vencer en todo el mundo, como ya hemos dicho. Lo importante aquí no es recordar esta victoria, ya conocida, sino entender que su gestación comienza en un momento de máxima debilidad en las filas liberales, con casi todo en su contra, y con unos objetivos políticos aparentemente inalcanzables. Esta es, ahora, nuestra propia situación.

Así contada, esta estrategia política de transformación puede sonar banal. Es evidente, se podría decir, que siempre hay que unir un horizonte emancipador que nos anime a luchar con una comprensión precisa de la situación histórica en la que debemos llevar a cabo esa lucha. Estamos repitiendo, de otra manera, la vieja idea de que hacemos nuestra propia historia (y por lo tanto primero debemos imaginarla), pero no bajo circunstancias elegidas por nosotros mismos, sino bajo unas que nos encontramos y que hemos heredado de nuestro pasado (y que por lo tanto no podemos cambiar a voluntad, inmediatamente).⁵ El problema, normalmente, no es que no entendamos que esos dos elementos, utópico y realista, deban darse. El problema ni siquiera es que esos dos elementos no existan dentro de nuestras filas: hay mucha gente soñando hermosos futuros emancipados, y mucha gente con el conocimiento y la capacidad para lidiar con el mundo tal y como es ahora. El problema fundamental es uno de organicidad, de intermediación. Un siglo después de uno de sus debates más célebres podemos decir que por desgracia Kautsky tenía razón, y no Luxemburg: la conciencia de la clase existe principalmente por su organización, por su trabajo político y social práctico, y no de una manera general e independiente de las formas específicas en las que se articula. La conciencia de la clase no es su verdadera organización, sino más bien al contrario: la verdadera conciencia de la clase es su organización.⁶ Una vez que esa organicidad desaparece, que la clase para sí ya no existe, la conciencia y la concreción de la emancipación también desaparecen. Volvemos a la separación entre sueños y trabajo práctico, que suele implicar la escisión entre revoluciones

imaginadas y reformas anémicas.

El elemento utópico en el Antropoceno es relativamente fácil de imaginar: una sociedad emancipada, con justicia social, que haya aprendido a vivir dentro de los límites planetarios que la mejor ciencia de la que disponemos nos dice que no debemos sobrepasar.⁷ Este horizonte recupera en primer lugar el convencimiento de que todas las formas de explotación y opresión son desarrollos históricos, y por lo tanto potencialmente superables. Le añade, además, un nuevo convencimiento de que una sociedad humana con un poder como el nuestro debe aprender a vivir en una relación sostenible con su entorno, debe unir sus enormes capacidades, propias ya de los mismos dioses, con una humildad y precaución que los dioses, al menos los que nosotros hemos imaginado, no suelen tener. El marxismo ha hablado durante un siglo y medio de la necesidad de poner fin a la prehistoria humana, de cabalgar las contradicciones inherentes en toda sociedad escindida en clases hasta aprender a caminar erguidos. Pero esta necesidad era siempre una necesidad inteligida teóricamente, que se veía frustrada una y otra vez al proyectarse en un descalabro inminente del capitalismo. La prehistoria capitalista ha resistido lo suficiente como para conquistar las cuatro esquinas del mundo, los ocho mil millones de almas humanas, y saturar la atmósfera con los restos fosilizados y calcinados de todos nuestros antepasados. Ni siquiera los muertos estarán a salvo si el enemigo vence,⁸ y todas esas victorias nos han llevado a la que quizás sea la materialización histórica del viejo lema de combate: socialismo o barbarie. O socialismo como superación compleja, contradictoria y decepcionante de la compulsión por la explotación y la acumulación, pero superación. O barbarie como cierre definitivo de la promesa de emancipación general, como desastre desigual y combinado, creciente y acelerado, que nos haga añorar incluso las épocas más oscuras de nuestra historia. No el fin absoluto, no la extinción permanente, pero sí la barbarie.

El elemento realista en el Antropoceno es una mezcla de un ajuste de cuentas con nuestros traumas, y una imposición casi automática de los agobiantes márgenes temporales en los que trabajamos. Debemos señalar al menos tres elementos. Primero, y al igual que los neoliberales, debemos asumir que los Estados nación (democráticos o autoritarios, con las muchas realidades posibles en ese espectro) no van a desaparecer. Vivimos, quizás de forma imprevista, en el mundo utópico de Giuseppe Mazzini.⁹ Su visión del estado nacional, contrario al liberalismo (por ser contrario al imperio) y al socialismo (por violentar la unidad nacional con su lucha de clases), organizado en un sistema internacional, es enormemente parecido al mundo en el que vivimos. Ese estado

nacional ha resistido varias oleadas históricas que buscaban superarlo o anularlo. Nació combatiendo al liberalismo, venció al socialismo, y en el crepúsculo neoliberal y la vuelta de la razón geopolítica y de estado podemos decir que ha vuelto a imponerse. El segundo elemento es la transformación profunda del sujeto. La desaparición de la clase trabajadora como fuerza cohesionada, y su mutación neoliberal (esto es: su dispersión geográfica, su debilitamiento organizativo, su aceptación del disciplinamiento del mercado como fuerza irresistible y despolitizada...) reducen la eficacia muchas de las tradiciones de organización que perviven en nuestra cultura. Convierten la memoria de escisiones que en su día fueron cuestiones de vida o muerte en simples recreaciones nostálgicas que ya no mueven a nadie, muchas veces ni a los propios actores de esas recreaciones (solo hay que observar el abismo que suele existir entre el titanismo de la palabra y la vida cotidiana de los que las enuncian). El último elemento de este realismo antropocénico, nunca podremos insistir lo suficiente en este punto, es la urgencia a la hora de alcanzar victorias concretas en la lucha contra la crisis ecológica, y la irreversibilidad potencial de cada derrota. El fin del margen ilimitado para la producción de futuro es en cierto sentido el verdadero fin de la modernidad, de su lógica temporal más profunda.¹⁰ La única pregunta que nos queda por responder es la de si seremos capaces de dar un último estímulo a esas fuerzas modernas para alcanzar la velocidad de escape del Antropoceno, o si caeremos en el agujero negro provocado por dos siglos de emisiones fósiles.

HACIA UNA INTERNACIONAL CLIMÁTICA

Una forma de imaginar la reconstrucción de nuestra capacidad organizativa y de intermediación es la de un salto al futuro que parta de una mirada nostálgica a nuestro pasado. Todas las grandes innovaciones políticas han ocurrido así, desde la obsesión jacobina con la Roma republicana a todas las tomas de Palacios de Invierno en latitudes tropicales. Si forcejamos por las arenas movedizas de nuestra tradición llegamos a un posible punto de apoyo firme, a aquel momento de reorganización posterior a una gran derrota de época: la formación de la Primera Internacional en la segunda mitad del siglo XIX.¹¹ La fuerza, la dimensión y la duración (menos de diez años, en la práctica) de esta Primera Internacional son menores que las de sus sucesoras, pero nuestra coyuntura

histórica es mucho más parecida a la de aquellos sindicalistas, socialistas, anarquistas, cartistas y neojacobinos que decidieron unir sus fuerzas en una improbable organización internacional de trabajadores. Aquella Internacional partía de una situación de confusión teórica y disgregación organizativa, de derrota ante un liberalismo que entraba en decadencia pero todavía era fuerte, de enorme diversidad que no podía plantearse objetivos más ambiciosos que su propia clarificación a través de la colaboración alrededor de objetivos concretos y falsamente modestos (la coordinación internacional de huelgas, la lucha por la jornada laboral de ocho horas). La «corriente fría» nos vuelve a insistir: es esta, y no otra, nuestra situación, la coyuntura desde la que debemos empezar a trabajar. Todas las victorias posteriores del movimiento obrero beben de aquel comienzo internacionalista, y no hay mayor peligro que querer volver a ellas sin antes pasar por el penoso esfuerzo de volver a preparar el terreno en el que se deberán luchar.

En la aparente necesidad de una nueva Internacional confluyen varios afluentes. La dimensión global de la crisis ecológica, que exige una solución también global; que obliga, de hecho, a una política normativamente global, otro aspecto en el que debemos aprender de los neoliberales. La mundialización definitiva del capitalismo, que acaba con la clase trabajadora como sujeto político cohesionado a la vez que la mundializa como realidad sociológica y productiva, lo que añade a la aspiración emancipatoria de la organización internacional trabajadora un elemento de imperativo material y urgente. El interregno ideológico persistente, en el que la hegemonía de una gran tradición política ha sido reemplazada por una multitud de corrientes y subcorrientes; en esta situación hay un peligro constante de canibalismo narcisista, de regresión permanente a la secta personalista como forma-partido dominante, pero también una necesidad renovada de interlocución y alianza entre los que son diferentes pero buscan cosas similares. Finalmente, la persistencia testaruda de los estados nacionales, y de la realidad de buena parte de la política mundial como resultado de las correlaciones de fuerzas, guerras y negociaciones entre esos estados.

La Internacional Climática debería jugar un doble papel de intermediación. Como partido mundial, con sus secciones nacionales, debe ser la casa común de todos aquellos dispuestos a trabajar por la utopía concreta de la transición ecológica con justicia social. Al igual que las primeras luchas por la reducción de la jornada laboral y por la dignidad de la clase trabajadora, puede que este horizonte no contente a todo el mundo, pueda parecer simultáneamente excesivamente ambicioso y excesivamente humilde. Sin embargo, esta transición

justa es el objetivo irrenunciable, el camino por el que alcanzar victorias concretas y sucesivas que vayan ampliando el tiempo del que disponemos y que vayan fortaleciendo las hipótesis compartidas y los lazos orgánicos. Como institución mundial, la Internacional debe ser también la organización de estados en los que ese partido haya logrado ser la fuerza dominante. Esto no implica abandonar las instituciones intergubernamentales que ya existen, pero es urgente conformar una nueva «coalición de la voluntad», o de los dispuestos,¹² que se enfrente a la ya existente Internacional del Odio reaccionaria y que permita avanzar con paso firme en objetivos más ambiciosos de descarbonización, sostenibilidad, redistribución y justicia. La Internacional Climática deberá, en última instancia, ser fuerza fundadora de las instituciones que se hagan cargo de manera ya permanente de la viabilidad ecológica de la humanidad y el resto de los seres vivos en este planeta. Tenemos todavía una oportunidad de superar esta crisis civilizatoria, y de hacerlo en beneficio de una amplia mayoría. Si hay una batalla que deben librar todas las fuerzas progresistas en este siglo es esta, y deben ganarla cueste lo que cueste. Las generaciones futuras, parafraseando a Max Weber, no nos juzgarán por el tipo de organización política y económica que les leguemos, siempre que ellas puedan seguir luchando por mejorarlas o por fundar otras nuevas. Nos juzgarán por el margen de maniobra que hayamos conquistado y que seamos capaces de transmitirles, y solo por eso.

FEMONACIONALISMO

1

Sara R. Farris

Habitamos una coyuntura global cada vez más inestable y desordenada, cuya navegación requiere de otros conceptos, nociones diferentes que alumbren nuevas realidades. El presente texto reexamina idea de «femonacionalismo» — esbozada de forma extensiva en *En nombre de los derechos de las mujeres*— por su potencial para captar la esencia de los cambios y transformaciones de las fuerzas reaccionarias contemporáneas, uno de los principales desafíos de nuestro tiempo a escala global.

Así, resulta evidente que uno de los rasgos centrales que ha sido movilizado por los nacionalistas de extrema derecha en los últimos años es el profundo peligro que constituyen los hombres musulmanes para las sociedades europeas occidentales, debido, sobre todo, a su trato opresivo hacia las mujeres.

Algunos académicos han descrito el repentino interés de los nacionalistas hacia la igualdad de género como un intento de modernizar su agenda y ampliar sus bases de votantes femeninas.² Otros han establecido un vínculo entre Europa y Estados Unidos, donde políticos conservadores enmarcaron las guerras imperialistas en Oriente Medio posteriores al 11-S como misiones para liberar a las mujeres musulmanas de los hombres musulmanes. Y, sin embargo, los nacionalistas de extrema derecha no son las únicas fuerzas que ondean la bandera de la igualdad de género de formas que parecen contradecir sus ideologías y políticas clásicas. En el otro extremo del espectro político, algunas feministas conocidas y francas también se han unido al coro antiislam, desde autoras y políticas feministas de renombre hasta organizaciones en defensa de los derechos de las mujeres.

El particular encuentro entre las agendas antiislam y la retórica emancipatoria de

los derechos de las mujeres no está, sin embargo, restringido a nacionalistas y feministas. Los neoliberales, que por lo demás son antinacionalistas, también han desplegado cada vez más ataques contra el Islam enarbolando los derechos de las mujeres.³ Un buen ejemplo de esto son los programas de integración cívica para «nacionales de terceros países», un auténtico hito del neoliberalismo. Estos programas instan a los migrantes tanto a reconocer los derechos de las mujeres como un valor central de Occidente como a asimilarse a las prácticas culturales occidentales, que se presentan como más avanzadas en términos civilizatorios.

Así, tres actores políticos muy diferentes —nacionalistas de extrema derecha, ciertas feministas y organizaciones de igualdad de género, y neoliberales— invocan los derechos de las mujeres para estigmatizar a los hombres musulmanes con el fin de avanzar sus propios objetivos políticos. Pero ¿por qué estos diferentes movimientos evocan la misma bandera e identifican a los hombres musulmanes como una de las amenazas más peligrosas para las sociedades occidentales? ¿Cuáles son las implicaciones de estas alianzas en el interregno global? ¿Quiénes son exactamente las fuerzas nacionalistas, feministas y neoliberales que movilizan la igualdad de género contra el Islam, y cuáles son sus argumentos específicos? ¿Estamos presenciando el surgimiento de una nueva alianza impía, o es este aparente consenso a lo largo del espectro político meramente contingente?

Varios académicos han explicado la nueva centralidad del género en las agendas antiislam como consecuencia del giro a la derecha y la guerra contra el terrorismo que marcó la década de 2000 en Europa y Estados Unidos, especialmente después del 11-S. De este modo, enfatizan la lógica securitaria que subyace en las narrativas actuales que apuntan a las mujeres musulmanas como víctimas, y leen estos relatos principalmente como constelaciones políticas que caracterizan el actual sentido común neoliberal y nacionalista, un *Zeitgeist* que adquiere una dimensión global muy evidente.

En realidad, se han pasado por alto, en su mayor parte, importantes dimensiones político-económicas propias de estas intersecciones paradójicas en Europa occidental. Por ello, es necesario emplear nuevos vínculos, conceptualizaciones y categorías de análisis para descifrar las razones de la sorprendente intersección entre nacionalistas de extrema derecha, feministas y neoliberales. En ese sentido, el concepto de «femonacionalismo» es particularmente útil a la hora de nombrar esta intersección y enmarcar la lógica político-económica que la sustenta.

Abreviatura de «nacionalismo feminista y femocrático», el femonacionalismo se refiere tanto a la explotación de temas feministas por nacionalistas de extrema derecha y neoliberales en campañas antiislam —pero, como mostraré, también antiinmigratorias— como a la participación de ciertas feministas y femócratas en la estigmatización de los hombres musulmanes bajo la bandera de la igualdad de género. Así, el femonacionalismo describe, por un lado, los intentos de los partidos de derecha y neoliberales de Europa occidental de avanzar políticas xenófobas y racistas a través de la promoción de la igualdad de género, mientras, por otro lado, captura la participación de varias feministas y femócratas bien conocidas y bastante visibles en el enmarcamiento actual del Islam como una religión y cultura esencialmente misógina.

En este punto, son necesarias dos aclaraciones. En primer lugar, hay que enfatizar que, a diferencia de los partidos nacionalistas de derecha que instrumentalizan la igualdad de género dentro de campañas antiinmigratorias más amplias, las feministas, organizaciones de mujeres y femócratas a las que hace referencia el término femonacionalismo han dirigido su crítica principal a los musulmanes y no a los migrantes en general. Es urgente desentrañar esta compleja interrelación, afirmando que, mientras la retórica antimuslim se ha convertido en la dominante retórica anti-Otro, en ciertos momentos y en ciertos lugares y discursos, se solapa con la retórica antiinmigración.

En segundo lugar, es necesario aclarar, también, que la crítica de la representación europea occidental de las mujeres musulmanas como las víctimas por excelencia del patriarcado no occidental de ninguna manera implica una negación de la desigualdad o represión a la que estas mujeres, al igual que las mujeres de cualquier otro trasfondo cultural/social/nacional, de forma potencial —más a menudo, de hecho— pueden estar sujetas dentro de sus sociedades. Sin embargo, el principal problema radica en sus representaciones y conceptualizaciones en el imaginario cultural europeo occidental y en las formas en que dichas representaciones y conceptualizaciones están informadas por —y a su vez informan— estereotipos racistas profundamente arraigados, así como intereses y prácticas económicas, que también afectan a otras mujeres (migrantes) no occidentales.

Por todo ello, resulta oportuno analizar la intersección entre los partidos nacionalistas de derecha, ciertas feministas/femócratas prominentes y varias políticas neoliberales como un caso de convergencia. Este término describe el encuentro entre diferentes actores y movimientos en un espacio dado, sin que

estos pierdan su autonomía relativa, y sin que el encuentro en sí produzca identidad u homogeneidad. Los académicos han utilizado dos enfoques principales para explicar el tipo de encuentro entre el nacionalismo, los movimientos feministas/queer y el neoliberalismo. El primer enfoque se refiere a este encuentro como «instrumentalización» y «explotación». Tal enfoque ha sido propuesto, por ejemplo, por el sociólogo Eric Fassin y Liz Fekete, académica de la critical race theory, en el contexto de sus respectivas discusiones sobre «nacionalismo sexual» y «fundamentalismo ilustrado». Introducen estas nociones para definir el despliegue de los derechos de las mujeres y colectivo LGBT en campañas antiislam y antiinmigración en varios contextos europeos occidentales. La segunda perspectiva, que se enfoca en nociones de «colusión» o «alianza», ha sido propuesta más prominentemente por Jasbir Puar en su estudio del «homonacionalismo». Este concepto destaca las formas en que los derechos de los homosexuales han sido movilizados contra musulmanes y otros racializados dentro de nuevos marcos homonormativos.

El objetivo de proponer entender el femonacionalismo como el resultado de una convergencia no es rechazar estos análisis. Así, la noción de convergencia nos permite hacer dos preguntas importantes sobre la coalición femonacionalista contemporánea. Primero, ¿cuáles son las matrices ideológicas que han animado a estos partidos, actores y movimientos a avanzar en la política antiislam/antiinmigración, a pesar de las diferencias significativas entre ellos? Segundo, ¿qué interés podrían tener los nacionalistas de derecha, los neoliberales y las feministas/femócratas en respaldar un tipo de política que está (o parece estar) en desacuerdo con al menos ciertos aspectos de sus programas políticos?

La primera pregunta debe ser respondida proporcionando una genealogía crítica de la participación de los partidos de derecha en campañas antiislam y antiinmigración en nombre de los derechos de las mujeres. Una vez que hacemos eso, podemos ver los cambios que han ocurrido dentro del campamento nacionalista de derecha: de «nacionalismo étnico» a «nacionalismo cultural» y «supremacía occidental» —particularmente en Italia y Francia— o de «supremacía occidental» a «nacionalismo étnico» en el caso de los Países Bajos.

A pesar de las muchas diferencias políticas, teóricas y biográficas entre estos actores «feministas», el denominador común de su postura antiislam es un acuerdo fundamental en que las relaciones de género en Occidente son más avanzadas y deben ser enseñadas a las mujeres musulmanas que, de lo contrario, se consideran objetos sin agencia a merced de sus culturas patriarcales. Es este

acuerdo fundamental lo que lleva a feministas y femócratas de diferentes tendencias políticas a posicionar la igualdad de género y las prácticas islámicas como opuestas.

Esta percepción sesgada de supremacía occidental también ha informado las políticas de integración cívica, que son tan nacionalistas como neoliberales. Estas políticas se han convertido en el sitio donde convergen las posiciones antiislam de feministas y nacionalistas con el neoliberalismo. Estas políticas están, también, informadas por la lógica neoliberal del *workfare* y la responsabilidad individual, y se han fusionado con la ideología de derecha de la homogeneidad y superioridad de la nación (occidental), así como con la noción feminista «occidentalocéntrica» de emancipación a través del trabajo.

La noción de convergencia también nos ayuda a responder la segunda pregunta planteada anteriormente: es decir, ¿qué intereses tienen los nacionalistas de derecha, los liberales y las feministas/femócratas en respaldar un tipo de política que está (o parece estar) en desacuerdo con al menos parte de su propia agenda política? Para responder a esta pregunta debemos recurrir a la «teoría de la convergencia de intereses» de Derrick Bell, que postula que el grupo racial dominante apoyará la lucha del grupo racial subalterno por la igualdad de derechos solo si el primero cree que tiene algo que ganar en el proceso.

Por un lado, resulta evidente que al fomentar una retórica de división, o una escisión maniquea del debate político e ideológico en uno que contrapone «Nosotros» —blancos, europeos, occidentales, cristianos, civilizados, «amigables con las mujeres»— contra «Ellos» —no blancos, no europeos, no occidentales, musulmanes, incivilizados, misóginos, Otros—, los partidos nacionalistas de derecha tienen todo por ganar. En una coyuntura histórica en la que el tema de la igualdad de género, al igual que el de los derechos humanos, se ha convertido en la moneda común en nombre de la cual nuevas configuraciones racistas e imperialistas de poder se vuelven hegemónicas, una idea vaga y generalizada de igualdad de género puede ser utilizada de forma oportunista por estos partidos para contribuir a la consolidación del proyecto nacionalista. Por otro lado, es también evidente que al converger con voces antiislam y racistas en nombre de los derechos de las mujeres, las feministas y femócratas tienen todo por perder. Es decir, al sugerir que la desigualdad de género es un problema que afecta principalmente a mujeres no occidentales, las feministas y femócratas antiislam han contribuido a desviar la atención de las muchas formas de desigualdad que aún afectan a las mujeres europeas occidentales. Los gobiernos

neoliberales han aprovechado la oportunidad abierta por la identificación de los derechos de las mujeres como un «problema exclusivo de mujeres migrantes/musulmanas» para disminuir la financiación de los programas universales destinados a abordar la injusticia de género de manera holística. En lugar de ayudar a que gane más visibilidad, el recurso generalizado al tema de los derechos de las mujeres como una batalla «civilizatoria» lo degrada de la rúbrica de problemas sociales generales y lo desplaza como un «problema exclusivo de mujeres no occidentales» —o como un problema que afecta a las mujeres europeas occidentales como potenciales víctimas de hombres musulmanes y no occidentales/no blancos—.

Es aquí donde la noción de convergencia que proponen estas páginas se aparta de la de Derrick Bell. Mientras que su «teoría de la convergencia de intereses» nos ayuda a analizar las intenciones tácticas (y manipulaciones) detrás del respaldo repentino de proyectos emancipatorios por movimientos políticos no emancipatorios, la teoría de Bell no puede dar cuenta de las razones por las cuales los movimientos emancipatorios o los sujetos oprimidos podrían converger con partidos conservadores. Tampoco puede explicar por qué los movimientos emancipatorios no cuestionan el respaldo repentino por parte de conservadores de derechos previamente negados o disputados. En otras palabras, la «teoría de la convergencia de intereses», tal como la enmarca Bell, no puede explicar lo contraproducente que resulta recurrir a argumentos antiislam en nombre de los derechos de las mujeres como hacen ciertas feministas y agencias por la igualdad de las mujeres. A pesar de que ciertos sectores feministas y femócratas que defienden estos argumentos creen que su postura reintroduce notablemente la igualdad de género en la agenda pública, en este libro explico cómo y por qué en realidad lo que provoca es lo contrario.

La convergencia que produce el femonacionalismo puede verse así como el resultado (y la causa) de una tensión y una contradicción fundamentales: por un lado, entre las fuerzas no emancipatorias de la islamofobia y el racismo; y, por el otro, la lucha emancipatoria contra el sexismo y el patriarcado. Es precisamente esta tensión lo que hace que el femonacionalismo sea al mismo tiempo tan fuerte y extendido, pero también (al menos potencialmente) tan frágil. La fuerza del femonacionalismo radica sobre todo en el hecho de que la proyección de los hombres y las mujeres musulmanes (y, en menor medida, de los migrantes no occidentales) como respectivamente «opresores» y «víctimas» se logra gracias a la participación de una gama de feministas prominentes, femócratas, así como algunas políticas o figuras públicas femeninas de origen musulmán.

Así, se han dado diferentes nombres a las constelaciones políticas que emergen de la intersección entre políticas nacionalistas, neoliberales y feministas o LGBT en una serie de países. Sin embargo, ya sea en términos de un *Zeitgeist*,⁴ una táctica discursiva,⁵ o un proyecto político,⁶ los académicos han señalado principalmente las dimensiones político-coyunturales de este fenómeno. Más específicamente, han destacado la coyuntura temporal contemporánea en la que tienen lugar estos encuentros, pero han prestado insuficiente atención a sus historias. Por esta razón, la convergencia entre partidos nacionalistas de derecha, políticas neoliberales y feministas/femócratas se capta mejor en términos de una formación ideológica, al menos por tres razones teóricas importantes.

En primer lugar, la noción de formación ideológica nos permite examinar la filosofía que sustenta el femonacionalismo, previamente identificada como una convicción común respecto a la supremacía de Occidente sobre el resto. Pero también permite identificar qué es nuevo y lo que ya conocemos dentro de esta formación, o lo que yo denominaría su «modularidad». Al invocar el concepto de modularidad para dar cuenta de la aparente ubicuidad del femonacionalismo, se trae a colación una dimensión de la teoría del nacionalismo de Benedict Anderson. Este concepto se refiere al doble carácter de la forma-nación (es decir, tanto universal como particular) y a su capacidad de trasladarse en el espacio y en el tiempo. Como argumenta Manu Goswami en su discusión sobre el concepto de modularidad de Anderson, «las reivindicaciones nacionalistas de particularidad y la singularidad imaginada de las formaciones nacionales solo se vuelven inteligibles contra y dentro de una red global de naciones y Estados nación formalmente similares».⁷

En consecuencia, la noción de la modularidad del femonacionalismo destaca cómo la actual posición de los hombres y las mujeres musulmanes, con estas últimas desempeñando el papel de víctimas pasivas de la violencia masculina no occidental que requieren protección, puede considerarse como una cara contemporánea de un tópico occidental bien conocido, es decir, el de los «hombres blancos [que afirman] salvar a mujeres morenas de hombres morenos», para usar la formulación apropiada de Spivak.⁸ Hoy en día, las mujeres musulmanas personifican la figura homogeneizadora de la mujer no occidental como la víctima por excelencia de la violencia masculina no occidental en el imaginario europeo occidental. Así, mientras los discursos mediáticos y políticos actuales se centran en los musulmanes varones como opresores, en Europa occidental la amenaza del inmigrante masculino en la década de los noventa provenía del Este. El mal inmigrante estaba entonces

mayormente encarnado por hombres de Europa del Este, generalmente retratados como involucrados en actividades criminales y tráfico sexual, mientras que las mujeres de estos países a menudo eran descritas como víctimas de una cultura atrasada y/o de la industria del sexo.

Además, como han demostrado de manera convincente los críticos poscoloniales, en épocas coloniales en los Países Bajos, Francia e Italia (entre otros), la insistencia en las relaciones de género desiguales y la idea de que las mujeres colonizadas eran víctimas de la violencia patriarcal, que se entendían como marcadores de la «cultura» de las poblaciones indígenas, fueron instrumentalizadas para reforzar las tecnologías de dominación sobre los sujetos coloniales.⁹

En segundo lugar, el femonacionalismo opera «a través de regularidades discursivas» que, como lo describió Stuart Hall, están en el núcleo de las formaciones ideológicas. Para Hall, las formaciones ideológicas son aquellas que «“formulan” sus propios objetos de conocimiento y sus propios sujetos; tienen su propio repertorio de conceptos, están impulsadas por sus propias lógicas, operan su propia modalidad enunciativa, constituyen su propia manera de reconocer lo que es verdadero y excluir lo que es falso dentro de su propio régimen de verdad. Establecen a través de sus regularidades un “espacio de formación” en el cual ciertas declaraciones pueden ser enunciadas».¹⁰

La noción de formación ideológica, por lo tanto, nos permite conceptualizar de manera más precisa el plano discursivo que constituye y consolida el femonacionalismo. La movilización contemporánea del feminismo para promover antiinmigración e islamofobia dentro de un marco cada vez más nacionalista no sería posible sin el despliegue de un masivo aparato mediático discursivo. Solo hay que pensar en la enorme exhibición mediática a la que ha sido sometido Occidente, particularmente desde el 11-S: el bombardeo de Afganistán presentado como necesario para liberar a las mujeres musulmanas del burqa; leyes de inmigración draconianas en los Países Bajos aprobadas supuestamente para evitar la «importación» de novias de Marruecos o Turquía; o, más recientemente, la representación de refugiados sirios masculinos como responsables en masa de las agresiones sexuales y robos a mujeres durante las festividades de Año Nuevo en Alemania. Este aparato, entonces, ha producido la asociación incuestionable y concluyente entre la violencia de género y el Islam. En otras palabras, el femonacionalismo ha sido constituido y nutrido a través de la producción y práctica de significados que han llegado a saturar el imaginario

cultural occidental; es decir, a través de la condensación de tales significados, símbolos, imágenes y regularidades discursivas en el senso comune — literalmente, «sentido común»—, para usar el concepto apropiado de Gramsci.¹¹

Los pocos estudios que han intentado tener en cuenta las dimensiones político-económicas del acercamiento a la igualdad de género y la del colectivo homosexual por parte de las políticas conservadoras, neoliberales o racistas se han referido fundamentalmente al neoliberalismo como una de las fuerzas de fondo. Sin embargo, estos estudios anteriores tratan el neoliberalismo como el teatro económico de operación para el encuentro entre un conjunto diferente de fuerzas, pero no como uno de los principales personajes en escena. Si bien el neoliberalismo es central para entender estos fenómenos, es también cierto que no es simplemente el terreno contextual en el que tiene lugar la convergencia femonacionalista, sino que es en sí mismo constitutivo de dicha convergencia. La movilización de los derechos de las mujeres dentro de campañas xenófobas, que se ha vuelto prominente bajo el neoliberalismo, no desvía la atención simplemente de las crecientes desigualdades económicas mediante modos de desplazamiento de corte «culturalista». Tampoco tal movilización ha operado únicamente haciéndolas funcionales a culturas consumistas. Más bien, el neoliberalismo puede ser entendido como una formación político-económica que «institucionaliza» la ideología femonacionalista como parte del funcionamiento de los aparatos estatales con el fin de (re)organizar la esfera productiva y particularmente la esfera reproductiva social.

Los programas de integración de los «nacionales de terceros países» sirven como ejemplo de la institucionalización neoliberal del femonacionalismo. Estos programas requieren que los migrantes aprendan lo que se afirma son los principales principios culturales de los estados europeos receptores para ser concedidos los permisos de residencia. Aquí la igualdad de género se presenta como un pilar de la nación europea occidental y una condición primordial para el asentamiento. Al reconstruir la historia de la implementación de estos programas, el perfil político de sus diseñadores y partidarios, así como sus dimensiones de género, muestran cómo han incorporado la representación de mujeres y hombres musulmanes —como opresores y víctimas, respectivamente— en el aparato disciplinario de las políticas de inmigración del Estado. Así, estas políticas son un sitio específico y muy concreto en el que vemos un deslizamiento entre los estereotipos antiislam y los procesos de otredad que involucran e impactan no solo a las mujeres musulmanas, sino también a las mujeres migrantes no occidentales más en general. Además, estas políticas

también operan de manera crucial en el nivel económico.

Basándose en la idea de que las mujeres musulmanas y migrantes no occidentales son individuos atrasados que están mayormente confinados al hogar, desde 2007 en adelante, las políticas de integración cívica en los Países Bajos, Francia e Italia han alentado a estas mujeres a integrarse económicamente buscando empleo fuera del hogar. La integración económica para las mujeres migrantes no occidentales en particular —tanto musulmanas como no musulmanas— ha funcionado efectivamente a través de la aplicación de dispositivos neoliberales de trabajo asistencial. Organizaciones de mujeres y agencias estatales en defensa de la igualdad de género han apoyado y participado activamente en la implementación de estas iniciativas, que abordan las dificultades de la población femenina migrante en el mercado laboral del país de destino. Sin embargo, un análisis profundo de estas iniciativas subraya que las mujeres migrantes no occidentales que participan en programas de integración cívica han sido sistemáticamente dirigidas hacia un puñado de trabajos: limpieza de hoteles, tareas domésticas, cuidado de niños, cuidado de ancianos y/o discapacitados. A pesar del gran énfasis puesto en la necesidad de que estas mujeres se emancipen ingresando a la esfera pública productiva por diversas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas, en realidad, las mujeres migrantes no occidentales han sido confinadas al trabajo de cuidado y doméstico en la esfera privada. Existe, por lo tanto, una contradicción cuando las feministas y femócratas instan a la emancipación para las mujeres musulmanas y migrantes no occidentales mientras las canalizan hacia la misma esfera —trabajos domésticos, mal pagados y precarios— de la cual el movimiento feminista históricamente había intentado liberar a las mujeres.

En conclusión, el doble estándar aplicado a las mujeres musulmanas y migrantes no occidentales en el imaginario público como individuos que necesitan atención especial, e incluso «rescate», opera como una herramienta ideológica que está estrictamente conectada a su papel clave en la reproducción de las condiciones materiales de la reproducción social. El femonacionalismo debe entenderse como parte integral de la reorganización específicamente neoliberal del bienestar, el trabajo y las políticas de inmigración estatales que han ocurrido en el contexto de la crisis financiera global y, más generalmente, la crisis europea occidental de la reproducción social. La misma posibilidad de que nacionalistas de extrema derecha y neoliberales puedan explotar los ideales emancipatorios de igualdad de género, así como la convergencia de feministas/femócratas con políticas xenófobas y antiemancipatorias, surge en gran parte de la

reconfiguración específicamente neoliberal de la economía europea occidental en los últimos treinta años. El femonacionalismo se muestra, así, como un fenómeno característico de un nuevo orden global en el que las fuerzas de la reacción transforman constantemente sus discursos y postulados.

PETRÓLEO

[1](#)

Quinn Slobodian

Black Panther (2018) gira en torno a Wakanda, una civilización hipermoderna situada en el continente africano y aislada del mundo moderno por una geografía impenetrable y un sistema de camuflaje de última generación. La fuerza, prosperidad y seguridad de Wakanda están garantizadas por un recurso natural con propiedades fantásticas: el metal más duro y ligero del mundo, el vibranium.

Los wakandianos han realizado grandes inversiones en investigación básica y desarrollado sus propios sistemas de armamento, aviación y tecnología médica. La verdadera tensión de la película reside en la cuestión de si los wakandianos deben guardarse para sí sus maravillas tecnológicas. Tras una lucha titánica, la película termina con la apertura de un centro de ayuda patrocinado por Wakanda en un barrio pobre de Oakland, California. Así, Wakanda opta por la filantropía.

Cuando los cines sauditas abrieron en la primavera de 2018, por primera vez en treinta y cinco años, proyectaron Black Panther. «Es simple y sencillamente maravilloso ver a un superhéroe, rodeado de mujeres guerreras, pelear por su reino, mientras se abordan cuestiones de raza y colonialismo», dijo una espectadora. La referencia al género no es casual: unos años antes, las mujeres habían conseguido el derecho al voto. En 2018, también se les permitió conducir. En 2023, una astronauta saudita visitó el espacio por primera vez, a pesar de que el estatus subordinado de la mujer seguía marcado en la ley.

Como casi todo lo que ha ocurrido en Arabia Saudita en los últimos años, la proyección de Black Panther fue decidida por Mohammed bin Salmán (MBS), que tenía en ese entonces de treinta y dos años. Tras maniobrar para acceder al cargo de príncipe heredero en 2017, se convirtió en el gobernante con más

presencia pública dentro del reino al lanzar Visión 2030, un plan a largo plazo para desarrollar los servicios públicos del país y diversificar su economía para volverla menos dependiente del petróleo. En su primer año como gobernante, metió en la cárcel a un grupo de personas adineradas, incluidos miembros clave de la familia real, por corrupción en el Ritz Carlton de Riad. No es absurdo sugerir que MBS se veía a sí mismo como T'Challa, la Pantera Negra, guiando su reino con mano firme.

Desde un punto de vista estético, el príncipe heredero de Arabia Saudita parece conducir el reino hacia el mundo de Wakanda. Desde la llegada de MBS, resulta difícil transcribir los comunicados de prensa de las empresas sauditas sin tener la sensación de estar escribiendo relatos cortos de ficción especulativa. No es casualidad. Apasionado de la ciencia ficción, MBS le ha encargado a expertos dedicados a los relatos fantásticos que le ayuden a concebir sus nuevos proyectos nacionales.

Chris Hables Gray, especialista en literatura popular, trabajó con un equipo para crear una tipología estética de los distintos subgéneros de la ciencia ficción, de la que salieron victoriosos el «solarpunk» y el «postciberpunk». Pero el proyecto saudita va mucho más allá de la ficción. La novela distópica de ciencia ficción de Larry Niven y Jerry Pournelle, *Oath of Fealty* (1981), presenta una ciudad cúbica llamada Todos Santos o La Caja, que sobresale sobre la línea del horizonte que se puede ver desde Los Ángeles. En 2023, Arabia Saudita anunció el inicio de un proyecto dos veces más grande: un cubo ornamentado llamado Nueva Murabba, cuyos lados serían cien metros más largos que el Shard, un enorme rascacielos en Londres. El cubo tendrá una torre y casi el doble de metros cuadrados de oficinas y locales comerciales que el complejo de negocio conocido como Canary Wharf, también ubicado en Londres.

Ese gigantesco proyecto no es nada comparado con Neom, una ciudad de diez mil kilómetros cuadrados que costará medio billón de dólares y será construida en el noroeste de la península saudita. MBS anunció su construcción unos meses antes del estreno de *Black Panther*. En un vídeo promocional bañado por el sol, Neom es presentada como «una start-up del tamaño de un país». La maqueta más lograda se exhibe actualmente en la Bienal de Arquitectura de Venecia, en una exposición titulada «Zero Gravity Urbanism», que presenta las primeras maquetas del elemento fundamental de Neom, diseñado por «starchitectes», *The Line*, dos rascacielos de 500 metros de altura que están uno frente al otro y que se erigen sobre una ciudad extendida a lo largo de una línea de 170 kilómetros en

medio del desierto.

Entre los participantes del proyecto Neom, figuran algunos de los más grandes despachos de arquitectura del mundo, como Coop Himmelb(l)au (que diseñó el Banco Central Europeo), Adjaye Associates (que diseñó el Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana del Smithsonian Institution) y Morphosis. En sus maquetas, los muros exteriores de la línea son paneles solares reflectantes que suministran electricidad al interior de la ciudad. El espacio entre los dos edificios se asemeja a un barranco y está poblado de polígonos salientes, ángulos rectos y desniveles que representan la característica principal de la arquitectura de vanguardia desde que Peter Cook y Archigram diseñaron sus ciudades plug-in hace sesenta años.

El despacho de Cook está diseñando un segmento de dicha línea. Las simulaciones que se pueden ver del proyecto de Cook, como si se tuviera una cámara que sobrevolara la ciudad, nos llevan por un claustrofóbico callejón de apartamentos modulares, con balcones salientes conectados por pasarelas y cubiertos por jardines colgantes, lo que significa que se necesita una asombrosa cantidad de agua para asegurar su riego. Mientras los diseñadores de la ciudad dorada de Wakanda se centraron en el transporte público, The Line parece haber sido pensada para taxishelicópteros personales que por fin tuvieron su primer vuelo de prueba en Riad tras años de promesas.

Es difícil decir cuánto de la visión saudita se hará realidad, porque depende mucho de las tecnologías revolucionarias. Además, hay muy pocos precedentes de iniciativas de esta envergadura. Y también hay que tomar en cuenta el efecto distorsionador que se crea debido a la enorme nómina del proyecto. Se paga a tantos consultores, oficinas de gestión de proyectos y despachos de arquitectos, que nadie está interesado en que el proyecto deje de crecer. Por ejemplo, en la página de empleo de Neom hay más de trescientas vacantes, desde el puesto de oficial de protección de peces hasta el de profesor de música, pasando por el de modelador de datos financieros. Y todos ellos seguramente muy bien pagados. La primera regla de un trabajo fácil es dejar de preguntar por qué fluye el dinero.

Y luego está el problema de «la sierra cortahuesos». Como me dijo alguien que lleva años trabajando en esa región, una de las razones por las que hay pocos periodistas es el miedo a ser «marginados o algo peor». No soy el primero en establecer el vínculo entre Arabia Saudita y Wakanda. En la proyección de Black Panther en 2018, un periodista y agente político llamado Jamal Khashoggi hizo

lo mismo. En una columna para el Washington Post, había sugerido que el verdadero vibranium era «la estabilidad, el equilibrio financiero y unas relaciones exteriores sólidas», añadiendo que el reino debía promover el pluralismo en la región.

«¿Utilizará el príncipe heredero Mohammed bin Salmán, que probablemente muy pronto será rey, su poder para traer la paz al mundo?», se preguntaba Khashoggi. Seis meses después, descubriría el precio de tales preguntas: entró vivo al consulado saudita en Estambul, pero lo que salió de ahí fue su cadáver descuartizado.

Norman Foster abandonó el Proyecto Neom tras el asesinato de Khashoggi, pero muchos otros se quedaron o se han ido incorporando desde entonces. La muerte de un residente del espacio supuestamente «virgen» donde se construirá Neom —Abdul Rahim al-Howeiti fue asesinado a balazos por las fuerzas sauditas en abril de 2020 tras acusar al país de «terrorismo de Estado» después de su expulsión— no disuadió a los arquitectos estrellas, como tampoco lo hizo una reciente declaración de relatores de la ONU preocupados por la probable ejecución de otros tres residentes. Este mes también se informó que una mujer había sido condenada a treinta años de cárcel por criticar a Neom en Twitter.

Las flagrantes violaciones de los derechos humanos no han impedido que las estrellas del deporte se trasladen al reino. El año pasado se produjo lo que un observador describió como un «tsunami de poder blando». El ejemplo más sonado fue la fusión de la liga de golf saudita LIV con el PGA Tour, que costó varios miles de millones de dólares. La suma ofrecida bastó para superar todas las objeciones de los dirigentes de las federaciones.

El fútbol ha sido otro vector de expansión. Tras la adquisición saudita del Newcastle United en 2021, la Liga Profesional saudita rivaliza ahora con China y Estados Unidos como competencia preferida por los futbolistas que están a punto de retirarse. Cristiano Ronaldo, Karim Benzema y muchos otros se han trasladado al Golfo Pérsico en los últimos meses.

Desde el Atlántico Norte, es tentador pasar de la risa al horror ante los planes de Arabia Saudita y los turbios motivos de quienes están ayudando a llevarlos a cabo. Pero debemos intentar encontrar un sentido a las acciones del reino debido a su inusual estatus. Arabia Saudita es una de las pocas reservas de capital a las que se puede echar mano en un momento en que las tasas de interés cada vez

más altas han agotado las otras fuentes de financiamiento. Como me dijo sin rodeos un experto en IA deseoso de encontrar apoyo, «los sauditas simplemente tienen la ventaja de tener efectivo».

En estos tiempos difíciles, Arabia Saudita se ha convertido en un centro de inversión y un punto de referencia para los políticos de derecha y la comunidad empresarial en general. Puede que no nos gusten sus planes, pero Arabia Saudita, que irónicamente debe su riqueza al petróleo, podría ser uno de los pocos países con los medios y la voluntad de planificar un futuro poscarbono. Si se convierte en un próspero ejemplo de capitalismo sin democracia, la perspectiva de un siglo saudita tendrá consecuencias para todos nosotros.

Como en el caso de Black Panther, la historia de Arabia Saudita en la época moderna comienza con un recurso natural: el petróleo. Como el carbón antes que él, el poder del petróleo proviene del hecho de que nos ha permitido emanciparnos de nuestra dependencia de la energía que nos llega directamente del sol. Es decir, permitió controlar el calor. El historiador del medio ambiente John McNeill llama al carbón el «sol congelado». Producía un 50% más de energía por tonelada que la leña y tres veces más que la turba, otro combustible hoy completamente olvidado.

Entramos en la era del petróleo hace cinco generaciones. Fue hacia 1960 cuando el consumo mundial de carbón se vio eclipsado por el «sol líquido», capaz de producir el doble de energía que el carbón.

La transición de una roca extraída de una pared en las profundidades del subsuelo a un fluido fácilmente explotable en la superficie terrestre fue también un punto de inflexión en la política social. La explotación del carbón requería la implicación de comunidades que podían «poner de rodillas» toda una economía mediante las huelgas. En cambio, el petróleo era fácil de extraer, almacenar y, sobre todo, transportar. Su descubrimiento en Arabia Saudita en 1938 y la formación de la Arabian-American Oil Company (Aramco) proporcionaron una nueva fuente de sol cautivo. ¿Para qué negociar con los sindicatos del norte de Inglaterra si se puede negociar con los jeques del Golfo Pérsico, donde los sindicatos están prohibidos?

En 1960, Arabia Saudita formó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) con Irán, Irak, Kuwait y Venezuela, a los que seguirían más tarde otros países. En 1973, los miembros árabes del grupo utilizaron el «arma

del petróleo» para oponerse a los países que, como Estados Unidos, habían apoyado a Israel durante la guerra del Yom Kippur. Su descontento se vio mitigado por la cuadruplicación del precio del petróleo, que disparó los ingresos de los países con mayores reservas de hidrocarburos líquidos. En aquella época, se pensaba que las reservas de crudo del reino eran las mayores del mundo.

La dependencia excesiva a una sola materia prima, por abundante o deseable que sea, puede ser perjudicial para un país. Esta maldición de las materias primas, comúnmente conocida como enfermedad holandesa, significa que las ganancias inesperadas de los recursos pueden producir inflación, enriquecer a una pequeña élite a expensas de las masas, desviar la riqueza fuera del país y hacer que no sea rentable construir una base manufacturera nacional. Los recursos nacionales son una droga demasiado buena para dejar de tomarla.

Centrada principalmente en el petróleo, Arabia Saudita ha reciclado sus ingresos en inversiones en el extranjero y, más concretamente, en armamento estadounidense. Aunque el famoso acuerdo de 1945 entre el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt y el rey Abdul Aziz Ibn Saud preveía acceso al petróleo saudita a cambio de seguridad, no se proporcionaba gratuitamente. Arabia Saudita ha sido uno de los principales clientes de la industria armamentística estadounidense en las últimas décadas, situándose entre los veinte primeros países del mundo en gasto militar.

Mientras Arabia Saudita se centraba en el petróleo y las armas, uno de sus vecinos más pequeños, paradójicamente privilegiado por su falta de reservas profundas de petróleo, labraba su propio camino. A partir de los años setenta, en un terreno de apenas 35 kilómetros cuadrados, el emirato de Dubái empezó a presentarse como una plataforma vacía sobre la que se podía construir, comprar o hacer cualquier cosa. Utilizando la metáfora del fallecido historiador Mike Davis, la ciudad creó «burbujas de aire jurídico-reguladoras», zonas polivalentes con leyes específicas diseñadas para atraer a los inversionistas, ya fuera en el Distrito Financiero Internacional, la Zona Educativa, Media City o los archipiélagos de islas artificiales con forma de palmeras y continentes que fueron noticia de primera plana en los periódicos.

A principios de la década del 2000, Dubái se globalizó, creando versiones en miniatura de sí misma por todo el mundo en una serie de puertos gestionados por la empresa logística estatal DP World. El Reino Unido ha sido un foco de atención especial, con DP World gestionando los puertos de Southampton y

Thames Gateway y haciéndose cargo de P&O Ferries, que en 2022 despidió a casi 800 personas de la noche a la mañana.

En los últimos años, tres tendencias han llevado a Arabia Saudita a replantearse el modelo de Dubái y a entrar en feroz competencia con el emirato por el estatus de principal centro capitalista de la región. La primera es de orden tecnológico. El éxito de la fracturación hidráulica en Estados Unidos le ha permitido, por primera vez desde 1949, pasar de importador neto a exportador neto de petróleo en 2019.

La segunda tendencia es geopolítica. El aumento del poder económico de China, así como su creciente divergencia con Estados Unidos tras el estallido de la guerra comercial de Donald Trump en 2016, le ofreció a Arabia Saudita la oportunidad de negociar con los dos bandos. Al mismo tiempo, el llamado grupo OPEP+ ha sumado a países no OPEP, principalmente Rusia, como contrapeso al poder estadounidense. Desde la invasión masiva de Ucrania por parte de Rusia en 2023, Arabia Saudita y la OPEP+ han actuado en algunas ocasiones para frustrar los intentos estadounidenses de influir en los precios mundiales del petróleo.

La tercera tendencia es ecológica. Con la creciente evidencia del cambio climático, Arabia Saudita siente que tanto las condiciones globales para la inversión como el modelo de desarrollo urbano están cambiando completamente. Sin embargo, no desea reducir la producción de combustibles fósiles: el año pasado, en la COP27 de Sharm el-Sheij, el reino se unió a China para oponerse a ciertas formulaciones del texto final que pedían la eliminación progresiva de todos los combustibles fósiles. Pero, por otro lado, sabiamente quiere evitar apostar todo a un activo potencialmente obsoleto: el petróleo.

Cuando regresaron los cientos de miles de sauditas que se marcharon a estudiar al extranjero, en el marco del programa de becas del rey Abdalá a partir de 2005, trajeron consigo el mismo espíritu de tecnocracia capitalista ilustrada característico de la era Obama y compartido por Rishi Sunak y Emmanuel Macron. Según esta filosofía de gobierno, que es la del consultor, la diversificación más allá del petróleo permite a Arabia Saudita ampliar su base económica interna y garantizar una mayor autosuficiencia en un futuro caótico y potencialmente menos dependiente de las emisiones de carbono.

La emulación saudita del modelo de Dubái es particularmente evidente en sus

esfuerzos por promover el turismo y los servicios financieros. La compañía aérea saudita Flynas ha encargado ciento veinte nuevos aviones a Airbus, lo que representa una importante ampliación de su flota. También ha anunciado su intención de crear una nueva aerolínea, Riyadh Air, para competir con Emirates y Qatar Airways, y piensa encargarse de ciento cincuenta aviones a Boeing y otros más a Airbus. Uno de los objetivos de Visión 2030 es animar a los sauditas a quedarse y gastar el dinero en su país. Al facilitar la obtención de visados, el gobierno también espera atraer a más turistas extranjeros.

Los eventos espectaculares, como la candidatura de Arabia Saudita para albergar la Exposición Universal en 2030, y el «lavado de imagen deportivo» en torno a grandes competiciones, como los Juegos Asiáticos de Invierno de 2029 en Neom, son una forma eficaz de atraer la atención. Dicho esto, Arabia Saudita se dedica principalmente a sectores mucho menos glamorosos.

Los dos mil millones de dólares gastados por el reino en el LIV Golf parecen insignificantes si se tiene en cuenta que, solo en la última semana de junio, la semana del Hajj, el gobierno saudita firmó contratos por valor de nueve veces esa suma. La empresa surcoreana Hyundai obtuvo un contrato de cinco mil millones de dólares con Aramco para construir una planta petroquímica. Un grupo de ingeniería italiano obtuvo un contrato de dos mil millones de dólares para otra ampliación petroquímica en una refinería. También se firmó un tercer contrato de once mil millones con la multinacional francesa Total-Energies, nuevamente para la construcción de una planta petroquímica.

A diferencia de Dubái, Arabia Saudita combina los servicios y la logística con la industria pesada y la «industrialización por sustitución de importaciones», lo que le permite reducir su dependencia de los países más desarrollados. El mayor fabricante de acero en el mundo, la china Baosteel, anunció, por ejemplo, sus planes para instalar su primera acerería en el extranjero en una de las zonas económicas especiales del reino, de reciente creación. Arabia Saudita es uno de los principales candidatos para adquirir una participación del 10% en una empresa minera brasileña especializada en níquel y cobre. También está trabajando con gestores de activos ya existentes y firmará en noviembre un acuerdo con BlackRock para invertir conjuntamente en proyectos de infraestructuras.

Otro proyecto emblemático de Visión 2030 es la creación de una industria nacional de vehículos eléctricos. Arabia Saudita tiene una participación de más

de ocho mil millones de dólares en Lucid, una empresa especializada en este tipo de productos. La construcción de una fábrica en Yeda comenzó en 2022 y tiene el objetivo de producir 155 mil coches al año.

Como economía en desarrollo, Arabia Saudita rechaza el esquema binario entre resiliencia interna y crecimiento impulsado por las exportaciones. En su lugar, su enfoque es una mezcla de lo antiguo y lo nuevo, fortaleciendo la capacidad industrial local al tiempo que sigue aprovechando la ventaja de la que goza tanto en materia petrolera como en energía solar.

En el siglo XIX, el famoso ejemplo de «ventaja comparativa» de David Ricardo era Portugal, que se centraba en el vino gracias a su sol, mientras que Gran Bretaña lo hacía en los tejidos. Pocos lugares tienen más sol que Arabia Saudita... pero, y eso se preguntan los sauditas, ¿por qué no fabricar también tela? Utilizando los ingresos de un producto para financiar el otro, Arabia Saudita puede protegerse de un futuro próximo en el que las perturbaciones exógenas, desde las condiciones meteorológicas extremas hasta el estancamiento democrático, debilitarían el actual orden mundial hasta el punto de correr el riesgo de fracturarse.

El principal agente de esta vorágine de actividad es el Fondo de Inversión Pública (FPI) de Arabia Saudita. Aunque es uno de los diez mayores fondos soberanos del mundo, uno de los objetivos del informe Visión 2030 era multiplicar sus activos por más de diez. El gobierno ha anunciado su intención de transferir la propiedad de Aramco al FPI para convertirlo en «el fondo soberano más grande del mundo». Hasta ahora, esa transferencia solo se ha hecho a cuentagotas, el 4% de Aramco transferido recientemente al FPI tiene un valor de 80 mil millones de dólares, pero el reto logístico que representa una transferencia completa es asombroso.

En 2021, el FPI inauguró oficialmente una nueva torre, la más alta de Riad. Con ochenta pisos, se supone que su superficie angulosa evoca los cristales que se encuentran en los lechos secos de los ríos del desierto saudita. Su base de diamantes metálicos guarda un asombroso parecido con la arquitectura de Wakanda.

Black Panther es una referencia del movimiento estético afrofuturista. Por tanto, está impregnada de un discurso político afrocéntrico. En una escena sobrecogedora, un pretendiente al trono entra en el «Museo del Reino Unido» y

recupera por la fuerza un martillo de guerra del siglo vii. La inversión de las estructuras de poder racializadas del mundo imperial y poscolonial es uno de los aspectos más emocionantes de la película. Ahí, una de las «naciones oscuras», como las llamó WEB Dubois, ocupa una posición dominante.

¿Es posible imaginar a Arabia Saudita en un papel similar? No faltarían precedentes. El uso del arma del petróleo en la década de 1970 vino acompañado de la declaración de un nuevo orden económico internacional, que pretendía deshacer el legado económico colonial y crear una comunidad de Estados nación más equitativa después del imperio. Arabia Saudita desempeñó un papel en el Grupo de los 77, una coalición de países en desarrollo en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En un reciente artículo publicado en la revista *Foreign Affairs*, un analista llegó a sugerir que Arabia Saudita está resucitando el sueño de los años setenta de un «movimiento de países no alineados».

Y en eso, China tiene un papel central que desempeñar. La visita de tres días de Xi Jinping al reino en diciembre de 2022 dio lugar a una serie de acuerdos por valor de treinta mil millones de dólares. En una cumbre más reciente, un portavoz chino expresó la voluntad de China de contribuir a la «desamericanización» de Arabia Saudita. Lo más destacado de la conferencia fue un acuerdo de 5 600 millones de dólares con la empresa china especializada en vehículos eléctricos Human Horizons, que produce la marca de lujo HiPhi. Arabia Saudita también está invirtiendo en el extranjero, con miles de millones en refinerías nuevas o ya existentes en el noreste de China y Corea del Sur.

En cierto modo, la idea de «desamericanizar» Arabia Saudita es un oxímoron. La empresa más valiosa del país es, de lejos, Aramco, el acrónimo de Arab-American Oil Company. El auge del reino, el único en el mundo que lleva el nombre de la familia reinante, no puede entenderse sin el patrocinio estadounidense.

Sin embargo, Arabia Saudita envió representantes a una reunión de los «Amigos de los BRICS» en junio de 2023, y consideró la posibilidad de unirse a un banco de inversiones apoyado por esta organización. Irán también estuvo presente y reabrió su embajada en Riad la semana siguiente a la reunión en Sudáfrica, tras siete años de ausencia. Fue una señal de apaciguamiento de las tensiones en la región después de que Arabia Saudita pusiera fin a su desastrosa intervención en Yemen, que había provocado lo que Naciones Unidas calificó como «la peor crisis humanitaria del mundo». El acuerdo para relajar las tensiones con Irán fue

negociado por China.

En todo caso, cualquier cínico vería el coqueteo del reino con China, Rusia y el gran grupo de los BRICS como una cuestión de táctica más que de ideología tercermundista.

Pero ¿qué hay de los sueños de ciencia ficción de MBS? ¿Tanto Neom como Murabba son algo más que una versión de medio billón de dólares del Mercedes Benz con incrustaciones de diamantes que, según la leyenda urbana, posee el príncipe saudita? En 2022, Bloomberg publicó un artículo titulado: «El sueño del desierto de MBS de \$500 mil millones se vuelve cada vez más extraño». No es la primera vez que los sauditas hacen esto. En 2005, el gobierno anunció un plan de treinta mil millones de dólares para construir seis ciudades desde cero. Solo se construyó una y solo tiene siete mil habitantes, muy lejos de los dos millones previstos para 2035.

Un cínico, el mismo de antes, señalaría que la primera parte de Neom que se inaugurará será la isla de Sindalah. Imaginada por un diseñador italiano, cuenta con un campo de golf, tres hoteles de lujo, un complejo comercial y 86 amarres para yates de hasta 75 metros de longitud máxima. No deja de ser irónico que el primer paso de la transición hacia un futuro «sostenible» se dirija a los países con mayor huella de carbono. En estos nuevos bastiones de alta tecnología, alejados de las ciudades densas y en expansión, los residentes podrán mantener inalterado su estilo de vida.

Pero al otro lado del mundo, si atravesamos los valles del oeste de Massachusetts, ahí donde las antiguas fábricas se convirtieron en edificios de apartamentos, talleres de alfarería o simplemente se dejaron abandonados y a su suerte, nos encontraremos con una fábrica en funcionamiento de la Saudi Arabia Basic Industries Corporation (Sabic). En 2002, Sabic también compró la empresa petroquímica holandesa DSM, que tiene plantas en Bélgica y Alemania.

Para nada es exagerado hablar de la importancia del dinero saudita en estos tiempos de escasez de capital. Pero comparar las cifras es casi triste. La primera ministra italiana, Giorgia Meloni, le está suplicando a los sauditas que inviertan en un fondo de mil millones de dólares para su país. Mientras tanto, Arabia Saudita está actuando discretamente en el Reino Unido. En 2007, Sabic compró la antigua planta química de Huntsman en el noreste de Inglaterra para ampliar allí sus actividades, mientras que el partido conservador británico recibió con

satisfacción la inversión del reino en una planta química en Teesside.

Los anuncios de Sabic, que aparecen en la portada del Financial Times, muestran escenas de vida doméstica y desarrollo sostenible con una luz tenue, junto al mundo «sin chiste» de los relojes suizos y los jaguares Bulgari. La empresa goza de una reputación positiva por su alta competitividad e innovación.

La fábrica de Sabic en Teesside llevó a cabo recientemente una fiesta llena de diversión, con gokarts, caricaturistas y la posibilidad de «probar una amplia gama de refrescos, así como ginebra, cerveza clara, vino, sidra y prosecco». Es fácil entender por qué el gobierno británico está dispuesto a hacer la vista gorda ante el historial que tiene Arabia Saudita en cuanto a derechos humanos al tiempo que propone a sus socios británicos para Neom. El Golfo Pérsico está logrando la combinación perfecta de moralidad tradicional e hipercapitalismo, algo que los conservadores británicos siempre han soñado realizar.

El reino también ha entrado en el mercado del hidrógeno verde. En mayo, Arabia Saudita firmó un acuerdo para construir una planta de producción de hidrógeno verde, con una inversión de 8 400 millones de dólares, más otros 6 700 millones para la ingeniería, adquisición y construcción de la planta. El proceso de electrólisis en el que se basa el hidrógeno verde consume mucha energía, pero la energía solar puede cumplir con esa función. Los seguidores solares son suministrados por un contratista español, y la multinacional india Larsen & Toubro se encarga del almacenamiento de la energía solar, eólica y las baterías. Como pionero en desalinización, el reino también parte con ventaja en el aparentemente insalvable problema del agua.

Si lo analizamos más de cerca, lo que los críticos llaman con razón «Blade Runner en el Golfo» puede parecerse a las utopías energéticas internacionales. El éxito de las inversiones en energías renovables a gran escala llevaría a mucha gente a olvidarse de los superyates.

Si las criptotecnologías, como las monedas Doge y los NFT, eran los síntomas mórbidos de la era de la política de tasas de interés cero, una central eléctrica en el desierto podría ser el símbolo de una época en la que el dinero inteligente puede dar lugar a una cierta capacidad industrial y a una resiliencia de la cadena de suministro para acompañar sus rápidos beneficios. Queda por ver cuántos de los contratos firmados se concretarán, pero, como dicen los sauditas, incluso si una pequeña fracción de este colosal esfuerzo llega a buen puerto, será una gran

victoria.

En otras palabras, Arabia Saudita es un país en el que se tiene la sensación, como en otras partes, de que el tiempo no está de parte de nadie, pero los sauditas también parecen tener «mejores cartas» que la mayoría de los demás países —o, de hecho, que de cualquier otro país—.

En *Climate Leviathan*, publicado en 2018, los geógrafos Geoff Mann y Joel Wainwright describen una serie de escenarios para el futuro en caso de colapso climático. Una situación posible es la del «Leviatán climático», en la que los países optan por acuerdos internacionales vinculantes, renunciando a parte de su propia autonomía en favor de la supervivencia colectiva y la acción coordinada. Otra situación es la del «Behemoth climático», en la que los países se limitan a participar en su propia carrera para «sumar cero o quedar en tablas» y así obtener ventajas en un mundo devastado.

Aunque Arabia Saudita se presente como defensora del multilateralismo, es más sensato pensar en ella como un «gigante climático» que no necesita ninguna de las formas tradicionales de legitimación democrática. Aunque las luchas internas en el seno de la familia real son despiadadas, el número de pretendientes al poder está limitado por una línea hereditaria estricta. La buena voluntad de la población se compra bajo la forma de beneficios y transferencias para el 60% de los residentes del reino que son ciudadanos. El persistente problema de lo que un experto en la región describió como «pobreza oculta» es una de las razones por las que el régimen está ampliando las oportunidades de empleo para los ciudadanos, como parte de las acciones a largo plazo previstos por un fondo soberano extraordinariamente bien dotado.

Tras la elección de Trump en 2016, comportarse como un Behemoth climático estaba mal visto, síntoma de un «accidente» en la historia del orden internacional liberal, que había durado desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el presente. La retórica altisonante y las promesas vacías en las cumbres internacionales estaban siempre a la orden del día. Pero este orden se está repensando. Dado que no se ha alcanzado ningún acuerdo vinculante y que el mundo se calienta cada vez más, los océanos se elevan cada vez más y los polos son cada vez más delgados, quizá exista una alternativa. Es posible que un enfrentamiento abierto y desinhibido entre Estados soberanos pueda, paradójica y perversamente, producir mejores resultados para todos. El exjefe y economista del Banco de Inglaterra, Andy Haldane, escribió recientemente que «la carrera

armamentística industrial mundial es exactamente lo que necesitamos».

Hasta ahora, nada ha empujado a gobiernos ricos como el estadounidense a proporcionar las subvenciones o inversiones necesarias para poner en marcha una transición energética justa. ¿Y si el ingrediente que falta es la percepción de una lucha geopolítica entre Estados Unidos y sus aliados, por un lado, y China y Rusia, por otro? ¿Podría ser que Arabia Saudita, en su papel de Behemoth climático, abra el camino? Si es así, la cuestión es quién tendrá los medios para seguirla. MBS no se equivoca al considerar que su país tiene un estatus global. Otros también empiezan a verlo.

Visión 2030 comienza con dos declaraciones solemnes. La primera reconoce que «Alá Todopoderoso le ha dado a nuestro país un regalo más preciado que el petróleo. Nuestro reino es la tierra de las dos mezquitas sagradas, los lugares más sagrados del planeta, y la dirección de la Kaaba a la que acuden a rezar más de mil millones de musulmanes». ¿El segundo pilar de esta visión? «Convertirnos en una potencia inversionista mundial».

En cuanto a los que no tienen ni petróleo ni a Alá, pueden contentarse con mirar, petrificados, o ser económicamente racionales y girarse hacia la Meca.

TECNOSOLUCIONISMO

Itxaso Domínguez

Gracias a internet y a la forma en que el capitalismo global descansa hoy en la privatización y multiplicación de cadenas digitales pos-1990, las tecnologías digitales han logrado expandirse, de distintas formas y con distinta intensidad, por (casi) todos los rincones de nuestro planeta (Schiller, 2000). Al transformar cada acción tangible en un proceso informático, cualquier acción que emprendamos en la actualidad incorpora una dimensión digital. Hoy por hoy, resulta imposible entender las Relaciones Internacionales sin centrar parte de nuestro análisis en el papel e ideología de las tecnologías digitales, tanto en lo que se refiere a la geopolítica de la tecnología, íntimamente relacionada con la materialidad de las fronteras y los recursos, como a otras intimidades y vulnerabilidades que el ámbito digital desvela o encubre.

Y es que el concepto de ‘tecnología’ lleva siglos conformando los contornos de la política global y ayudando a avanzar las agendas de los más poderosos, que lo presentan como algo inevitable, con potencial humanista. El determinismo tecnológico ha sido reemplazado en nuestros días por el tecnosolucionismo (Morozov, 2013), la creencia de que cualquier problema complejo puede resolverse, generalmente de forma rápida y extremadamente eficiente, aplicando una solución, en todo o en parte, tecnológica, con lo que la aplicación de la tecnología cambiará la sociedad para mejor. Avances relativamente recientes, como la inteligencia artificial (IA), de la mano de conceptos como Tech for Good, suelen presentarse como herramientas ahistóricas y apolíticas. Sin embargo, la tecnología no es mágica: es algo diseñado, programado y desarrollado por seres humanos falibles, al igual que el mundo que nos rodea.

Este mito de inevitabilidad tecnológica, pero también política y social en torno a Internet como una fuerza estable y coherente, representaba, y aún lo hace, un poderoso tranquilizante de nuestras conciencias. Los problemas se presentan y

perciben como fracasos del individuo y el algoritmo y no como problemas colectivos, en vista de que existen soluciones definidas y computables, procesos transparentes y evidentes que pueden optimizarse (Morozov, 2013, p. 5). La pandemia de la covid-19 confirmó que la cuarta revolución tecnológica es la única alternativa: las élites económicas y políticas generaron expectativas de innovación, modernización, recuperación económica, equidad e igualdad, como forma de legitimar las transformaciones que ellos mismos conducían de forma extremadamente silenciosa y... casi sin resistencia social.

No obstante, las realidades sobre el terreno arrojan una y otra vez luz sobre cómo los avances tecnológicos son cómplices de las estructuras de poder que han dado forma a las relaciones globales. Así como otros pilares de la globalización, proceden a confirmar las asimetrías (pos)coloniales que conforman el lado oscuro de la modernidad. Y es que la tecnología no puede entenderse sin prestar atención al contexto social, sin entender la relacionalidad. Existe solo dentro de las relaciones humanas que produce. Aunque a menudo se piensa en espacios vacíos e inocuos para que otros interactúen, en realidad encarna una realidad política, y representa un campo de batalla político en sí mismo, más que un facilitador normativo y neutral de libertades.

CAPITALISMO DE PLATAFORMAS Y VIGILANCIA: PERPETUACIÓN DE ASIMETRÍAS

Las telecomunicaciones constituyen los cimientos de producción e infraestructura de control del capitalismo digital. El capitalismo de plataformas es una consecuencia natural de la historia más amplia del capitalismo, con el punto de inflexión de la crisis de 2008. Una reorganización del capitalismo que, ante la progresiva caída de la rentabilidad del sector manufacturero, recurrió a los datos como forma de mantener el crecimiento económico, la producción y la acumulación incesante de capital. Srnicek (2016) define las plataformas como «infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen», un nuevo modelo de negocio que ha evolucionado hasta convertirse en un nuevo y poderoso tipo de empresa, aun así completamente inmersa en la financiarización de la economía. Así, hardware y software se utilizan como base (plataforma) para que otros actores alquilen el acceso a espacios en los que llevar a cabo sus

negocios, movidos por la promesa de una producción más flexible, inteligente y disruptiva, todo ello aderezado con la perspectiva de rendimientos excepcionales.

En una «sociedad de plataformas» (Van Dijck, De Waal, Poell, 2018) dominada por grandes monopolios globales a menudo ubicados en Silicon Valley, nos hemos vuelto casi completamente dependientes de compañías privadas. Una característica de las plataformas es que cuantos más usuarios (esto incluye vendedores, anunciantes y otros intermediarios) utilizan una plataforma, más atractiva se vuelve. Algo que en el caso de las redes sociales se ha relacionado con la viralidad y la economía política del conocimiento y las emociones: la desinformación y opiniones más extremas generan clics, vistas, reacciones y, lo más importante, publicidad y datos. El interés va más allá de la mera «atención» de los usuarios: el concepto «monetización» admite tácitamente que lo importante son las ganancias obtenidas gracias a esa atención. Y es aquí donde entra en juego la nueva estrategia de acumulación capitalista: el uso y la mercantilización de la enorme cantidad de datos que estas plataformas generan.

Mientras todas las áreas de su vida van siendo mercantilizadas, los usuarios en Internet no son ya trabajadores ni ciudadanos, ni siquiera consumidores, sino fuentes de suministro de una materia prima que, al igual que el petróleo, se extrae, refina y utiliza de diferentes maneras, y que permite crear rentabilidad a partir de estas acciones. La plusvalía se genera a partir del registro de las elecciones de los usuarios. Inversiones y desarrollos tecnológicos generan potentes motores de predicción, toma de decisiones y seguimiento que a menudo se convierten en soluciones en busca de un problema. Las personas cuyos datos se recopilan y monetizan de esta manera a menudo no lo saben o no tienen la opción de dar su consentimiento para su recopilación y uso compartido, al menos no sin perder la funcionalidad de sus dispositivos, y se guían por la ilusión de lo gratuito.

Los datos son introducidos en sistemas capaces de anticipar el comportamiento de una persona. Pero no se trata solo de predecir nuestro comportamiento, sino también de influir en él. Progresivamente se refuerza el nivel de control que estas empresas ejercen sobre nuestra actividad diaria. La influencia de las grandes tecnologías se ha extendido mucho más allá de los ámbitos en los que fueron creadas y ha arramplado en los ámbitos de la política y la cultura, con una enorme incidencia en distintas formas de producción de conocimiento y formación de pensamiento. Estos datos, a su vez, también alimentan esfuerzos

presentes y futuros de investigación y desarrollo tecnológicos.

Y es que no podemos entender el capitalismo de plataformas sin tener en cuenta el capitalismo de vigilancia, la monetización de los datos capturados mediante el seguimiento de los movimientos y comportamientos de las personas en el ámbito digital, pero también físico. El término está estrechamente asociado con Shoshana Zuboff (2019). Una nueva mutación del capitalismo, sí, aunque son varias las empresas, como, por ejemplo, las aseguradoras, que basan su modelo de negocio en recopilar datos sobre los ciudadanos, sin mediar algoritmo alguno. Zuboff también utiliza, paradójicamente, la metáfora de la «conquista» (Kavenna, 2019). ¿Por qué paradójicamente? Porque el marco preferido por la autora, y adoptado por el relato mayoritario, abraza una conceptualización del capitalismo como algo intrínsecamente positivo que únicamente necesita ligeras reformas para poner fin a sus insuficiencias.

No obstante, el matrimonio entre vigilancia y capitalismo no es una invención reciente: las tecnologías de vigilancia contemporáneas de todo tipo han sido formadas e informadas por los métodos de potencias coloniales e imperialistas de vigilancia y categorización de la vida racializada bajo esclavitud u otras formas de dominación. Como una parte intrínseca del capitalismo racial (Robinson, 2019), las vidas racializadas se han visto durante décadas sometidas a vigilancia, modificación de conducta e ingeniería social, hoy en día con un rol muy particular de la tecnología. Lo que muchos inocentemente ven como un gadget para controlar el número de pasos, tiene su origen en instrumentos diseñados para controlar cada suspiro en la vida de personas racializadas estructuralmente criminalizadas (Gilliard, 2022). Benjamin (2019, pp. 5-6) destaca cómo las nuevas tecnologías reproducen desigualdades existentes, pero son percibidas como avances progresistas en contraste con los sistemas discriminatorios del pasado.

Los impactos del capitalismo de vigilancia no se hacen sentir por igual en todo a lo largo y ancho del cuerpo social. Mientras que las plataformas son utilizadas en la gran mayoría del planeta, una gran parte de poblaciones en el Sur Global (y de poblaciones marginadas en el Norte) no tienen acceso a las infraestructuras que permiten un acceso pleno y de calidad y precio adecuados, lo que profundiza los legados coloniales en términos de igualdad de oportunidades y acceso a información. La cooperación al desarrollo se limita a hablar de «brecha digital», subrayando que se trata de una mera cuestión de voluntad política y, con ello, de más tecnología. A esto se añade que, la mayoría de las veces, las plataformas

responden a los intereses y puntos de vista de actores ubicados en el Norte Global, lo que contribuye aún más a la reproducción de jerarquías globales.

Un término clave es el de «tecnocolonialismo» (Madianou, 2019). En primer lugar, y haciendo referencia a la materialidad de la tecnología que este capítulo abordará a continuación, es necesario señalar cómo gran parte del «progreso tecnológico» depende en gran medida de la explotación de larga data del Sur Global. Además, lejos de simbolizar una colección neutral y apolítica de artefactos, la tecnología ha desempeñado históricamente un papel clave en la construcción y perpetuación de órdenes coloniales. La herencia tecnológica del colonialismo tiene una larga historia, que se remonta a algunas de las primeras innovaciones en TIC, como los cables telegráficos de larga distancia, desarrollados principalmente para establecer la dominación militar del imperio. También resulta fundamental reconocer cómo los discursos en torno a las TIC están fuertemente influenciados por el conocimiento eurocéntrico y la colonialidad del saber (Márquez Duarte, 2022), con una obsesión por lo cuantitativo que no solo no facilita una representación necesariamente adecuada del mundo, sino que desplaza todas las demás formas posibles de hablar sobre un fenómeno.

¿QUÉ HAY DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL?

Un algoritmo es un conjunto de instrucciones diseñado para resolver un problema. Representa un paso más en la narrativa tecnosolucionista, donde la IA representa el nuevo maná del capitalismo digital, pero también el nuevo disfraz de la discriminación estructural. Como evidencian portadas y titulares, la IA ha experimentado un notable crecimiento en los últimos años y se refiere a la capacidad de una computadora de imitar las características del cerebro humano, replicando su inteligencia basándose en algoritmos. La eficiencia del machine learning sobre el que reposa la IA aumenta significativamente al personalizar el contenido que proporciona.

Al igual que ocurre con la tecnología, la IA se presenta como neutral; o al menos potencialmente neutral. La realidad, no obstante, es que profundiza las asimetrías existentes: contra comunidades racializadas o LGBTQ, empobrecidas,

mujeres, y también en casos de grupos vulnerables en contextos de crisis/conflicto, entre otros. Diferentes ejes demográficos e identitarios interactúan para crear formas específicas de discriminación. Abeba Birhane (2020) explica que el uso de la tecnología en la esfera social a menudo se centra en prácticas punitivas, ya sea para predecir quién cometerá el próximo delito o quién será incapaz de pagar su hipoteca.

Son humanos los que la imaginan, construyen, entrenan e implementan sistemas computacionales utilizando conjuntos de datos que incorporan los sesgos históricos de nuestras instituciones sociales y políticas. El aprendizaje automático sobre el que reposa la IA se alimenta de decisiones previas, la mayoría de las cuales son discriminatorias como consecuencia del racismo y discriminaciones estructurales que han perdurado en nuestras sociedades y a nivel global durante siglos (AlgoRace, 2023). A esto se añade la falta de representación: la investigación, el desarrollo y la producción de IA están hoy por hoy impulsados en su gran mayoría por personas que no ven el impacto que las discriminaciones estructurales tienen en la configuración no solo de los procesos tecnológicos, sino también de nuestras vidas en general.

A primera vista, términos como IA ética, IA humanista, o incluso IA responsable, pueden parecer la solución (de nuevo esta dichosa palabra). Sin embargo, al enmarcar la IA como potencialmente «ética», corremos el riesgo de dar a entender que la tecnología en sí misma posee valores morales intrínsecos: los debates no giran en torno a si deberían implementarse algoritmos, sino simplemente cómo hacer que sean «éticos». Esto podría llevarnos a una trampa en la que colocamos a la tecnología en un pedestal, al mismo tiempo que relegamos la compleja interacción de factores sociales, culturales y humanos que deberían situarse al corazón de cualquier discusión en torno a lo que es ético.

LA MATERIALIDAD OLVIDADA DE LA TECNOLOGÍA

Estos últimos tiempos, se ha hecho sonar la alarma en numerosas ocasiones sobre los peligros de la IA, con debates que sistemáticamente evitan referirse a las cuestiones materiales que hoy por hoy presenta el recurso a la IA y el avance de la tecnología en general. Pensemos, por ejemplo, en la nube, presentado como

algo etéreo que tiene una traducción material muy real como son los centros de datos, construidos en países en los que se violan derechos humanos, cuyas emisiones de carbono son considerables, y que consumen millones de litros de agua, en ocasiones en zonas con riesgo de sequía.

Hablar de la materialidad de la tecnología obliga a reflexionar sobre las infraestructuras necesarias para que existan y funcionen las «nuevas tecnologías»: cables submarinos, fibra, postes de electricidad, satélites... Implica reflexionar sobre todos y cada uno de los eslabones en las cadenas de suministro y producción en los que está imbricada la tecnología. Es así como nos topamos con el rastro de sangre que deja tras de sí la producción de herramientas digitales, por ejemplo, en virtud de las condiciones de explotación bajo las cuales se extrae el coltán en la República Democrática del Congo.

Y, dado que hablamos de tecnología e infraestructuras... ¿por qué no reflexionar sobre el rol que juega la tecnología en nuestras fronteras, muy particularmente aquellas con el Sur Global? Gran parte de las tecnologías consisten en reconstruir relaciones (sociales y no) y, con ello, construir límites —digitales, sí, pero aun así con potencial para dividir—. Las fronteras europeas se han convertido en campos de prueba para nuevas tecnologías, en una era de creciente criminalización de personas migrantes y de narrativas que justifican violaciones de los derechos humanos. Muchos países han comenzado a explorar soluciones tecnológicas en sus fronteras como la única forma de defender la seguridad de sus ciudadanos. En este vertiginoso panorama de desarrollo tecnológico, operan numerosos actores, oscureciendo la responsabilidad legal de los gobiernos. Lo que los decisores a menudo omiten reconocer es que estos experimentos tecnológicos acrecientan la discriminación sistémica. Las tecnologías de reconocimiento facial, por ejemplo, perpetúan el racismo estructural al contribuir al excesivo control policial de comunidades racializadas.

A pesar de la creciente centralidad de la emergencia climática en los debates contemporáneos, resulta chocante la limitada cantidad de los mismos que reflexionan sobre el impacto medioambiental de la tecnología. No puede ser más paradójico que la «generación del clima» esté obsesionada por el mundo digital, o que se presente la IA como una solución a la crisis climática (Brevini, 2021). La huella de carbono de la revolución digital crece por momentos (20% de la producción eléctrica mundial y 7,5% de los gases de efecto invernadero en 2025), y el consumismo impulsado por la tecnología impulsa un bucle de agotamiento ecológico: productos innecesarios, obsolescencia programada y

despilfarro. Un ejemplo destacado es el de la producción y gestión de grandes cantidades de datos necesarios para entrenar grandes modelos y potenciar la IA. Otro es el de cómo Microsoft y Google trabajan en el desarrollo de IA para mejorar la eficiencia en la extracción y procesamiento de petróleo y gas en grandes compañías del sector. Por no hablar de los residuos de la tecnología, en su gran mayoría abandonados en vertederos electrónicos gigantes en el Sur Global.

Asimismo, el estado actual de la tecnología no puede entenderse sin considerar la precarización del trabajo, consecuencia de varias crisis del modelo capitalista. Históricamente, la tecnología capitalista ha servido para controlar la lucha de la clase trabajadora y destruir las formas de organización existentes a la base de la resistencia proletaria. Esta nueva etapa del capitalismo que representa el capitalismo de plataformas también se refiere a nuevas modalidades de trabajo. Las movilizaciones sindicales se ven debilitadas, así como las lógicas competitivas se ven favorecidas por la creciente precariedad y el individualismo de quienes se concentran en su propia pantalla. Como prácticas comunes en la economía de plataformas, destacan la no garantía de un salario digno, las condiciones laborales no seguras, además de la discriminación de género y otros aspectos. Lo mismo ocurre con la explotación de los cientos de moderadores de contenido humanos que exige el sistema.

TECNOPOLÍTICA, O EL PAPEL CRECIENTE DEL SECTOR PRIVADO EN LA REPRESIÓN ESTATAL Y GLOBAL

La utilidad de los datos como el nuevo «oro negro» va mucho más allá de la publicidad. Y el solucionismo es muchas veces punitivista. El término tecnopolítica aborda la estrecha relación entre la gobernanza de la seguridad y la política. En nombre de la competencia geopolítica, se justifica una inversión exponencial en la dimensión tecnológica del complejo industrial militar, caracterizado por una búsqueda obsesiva por lograr un dominio total en el monopolio de los medios de vigilancia y violencia.

La tecnopolítica se apoya de forma incremental en la vigilancia policial preventiva/predictiva, y esto gracias a que los datos articulan la gestión de las

infraestructuras nacionales. Durante siglos, los sistemas de dominación se han basado en adelantarse a, y castigar, la amenaza contra el sistema representada por «criminales potenciales». Esta tecnificación de la vigilancia intrusiva se basa en tecnologías integradas en protocolos de seguridad cada vez más anticipativos. Teóricamente, el comportamiento social es más fácilmente regulado, predecible y controlable gracias a la tecnología. Sin embargo, todavía cometen toneladas de errores, principalmente con respecto a personas racializadas y otras comunidades vulnerables. E, incluso si no fuera así, necesitan enormes cantidades de datos, intercambiados entre empresas y/o fuerzas de seguridad sin consentimiento ni respeto por los principios como la legalidad, la necesidad y la proporcionalidad, amparándose en excepciones en nombre de la seguridad de los ciudadanos, sin que estos sean conscientes de que en cualquier momento sus derechos pueden ser violados.

La tecnopolítica arroja luz sobre el vínculo inevitable entre la tecnología y el complejo militar-industrial global. Las decisiones sobre la adquisición y el despliegue de tecnología son cuestiones de alta prioridad para las fuerzas de seguridad de distintos niveles, ya que los organismos encargados de hacer cumplir la ley en todos los niveles del gobierno gastan grandes sumas de dinero público en tecnología con la esperanza de mejorar su eficiencia y eficacia, claves para la seguridad nacional. ¿Y quiénes son sus aliadas privilegiadas? Las empresas tecnológicas, que se han convertido en los nuevos especuladores de la guerra y buscan lucrativos contratos militares y proporcionan a los ejércitos y las agencias policiales militarizadas las herramientas que necesitan para implementar la violencia estatal, con casos como el de AWS (Amazon), que proporciona computación en la nube para la defensa de Estados Unidos, o el de España, donde Indra y Telefónica se han convertido en actores clave para el sector de la defensa (Cancela, 2023).

Mientras que el ideal inicial de Internet estaba caracterizado por ciberespacios descentralizados y horizontales e inspirado por el principio de neutralidad de la red, según el cual todo el tráfico y contenido de Internet debería ser tratado por igual, su privatización y posterior jerarquización optaron por un ecosistema que mantendría y profundizaría las desigualdades y asimetrías existentes. Hoy se sigue permitiendo acríticamente la progresión de plataformas digitales, que se apoderan progresivamente del sector público. El principal problema no es tanto la privatización de la seguridad nacional, sino el profundo entrelazamiento entre los servicios de inteligencia, las fuerzas del orden, los ejércitos y los proveedores de servicios tecnológicos y la consiguiente deconstrucción de las bases de la

soberanía estatal, con las consecuencias que esto tiene sobre principios democráticos y valores fundamentales, y con ello también en la (re)organización de la economía y la sociedad. Todo en nombre de nuestra «seguridad», pero ¿quién garantiza en realidad la protección del ciudadano?

ÚLTIMO APUNTE PARA LA REFLEXIÓN Y LA ESPERANZA

A pesar del tono pesimista de este capítulo, el futuro de la transformación digital no está predefinido, y no quería dejar pasar la oportunidad de señalar cómo, a lo largo de estos últimos años, han surgido centenares de iniciativas que demuestran que es posible cuestionar o hackear el sistema, y hacer frente al tecnoimaginario imperante. Tal y como dejan claro los orígenes de la desposesión global de la acumulación capitalista, siempre ha existido un abismo entre la economía de mercado y la democracia, y subalternos de todo tipo llevan décadas buscando maneras de priorizar la segunda.

Morozov dejaba claro su temor de que Rosa Parks no podría haber revolucionado el sistema segregacionista en el contexto actual. Pero olvidaba que ese acto de rebeldía no representaba sino una pequeña pieza de un movimiento en el que participaban cientos de miles de personas, movimientos como los que hoy aterrorizan por igual a directores generales y representantes políticos. Pensemos, por ejemplo, en cómo trabajadores y sindicatos se han plantado frente a las plataformas más predatorias. O en cómo los palestinos usan imágenes de sandías para sortear la censura en redes sociales. Algunos movimientos van más allá y proponen modelos no solo reformistas, sino abolicionistas, enfrentados a la economía-mundo, basados en futuros tecnológicos justos, equitativos y autodeterminados, que beneficien y logren la emancipación de todos, a nivel local, regional y global.

TIANXIA

Xulio Ríos

El concepto de «Tian Xia , Todo bajo el cielo», nacido bajo los Zhou (1046-221 a.n.e.), expresión acentuada de la civilización china, ha retornado a la agenda de la mano, sobre todo, del pensador e investigador del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias Sociales de China, Zhao Tingyang. En esencia, expresa un neouniversalismo destinado a crear instituciones mundiales atendiendo a la concepción universalista china. La visión, que podríamos enmarcar en la del excepcionalismo chino o «características chinas», propone un enfoque de la gobernanza global articulado bajo el concepto de «autoridad discursiva», encaminado a abordar la realidad desde todos los ángulos posibles para encontrar soluciones al arbitrio de su identidad civilizatoria, es decir, aplicando la «sabiduría china». Considerado utópico por muchos, es objeto de reserva y debate en la propia China. En el exterior, académicos como William A. Callahan de la London School of Economics creen que, en lugar de allanar el camino para un mundo poshegemónico, Tianxia propone una nueva hegemonía basada en la puesta al día del sistema jerárquico de gobernanza mundial de la era imperial.

Hace tres mil años, el punto de partida del Tianxia era la ubicación de China en el centro del mundo civilizado, de forma que le permitía regular las relaciones de vasallo a soberano a través del tributo. En los tiempos actuales, cuando China ha logrado recuperar de forma espectacular buena parte de su poder global a todos los niveles, constituye una referencia a tener en cuenta para proyectar una mundialización de signo chino. La antigua filosofía del Tianxia nos sugiere una alternativa de gobernanza mundial.

Pero no debiéramos pasar por alto que, al igual que en el ámbito ideológico, es importante reconocer una alta dosis de eclecticismo en el pensamiento teórico del Partido Comunista de China (PCCh), en el cual podemos advertir influencias

diversas en diversas dosis (desde el marxismo al leninismo pero también el legismo o el confucianismo). En el análisis de las tendencias globales y el posicionamiento chino podemos advertir diferentes influencias. Y una de ellas es, sin duda, el concepto Tianxia, pero no la única.

De entrada, el recurso a Tianxia debe interpretarse como una expresión de rechazo a la admisión sin más de las influencias ideológicas extranjeras o, si se prefiere, del énfasis en las referencias políticas propias. Hay en ello cierto nivel de respuesta a esa interiorización de la crucifixión a que China fue sometida en el siglo XIX por las potencias occidentales, un calvario profundamente anclado en la mentalidad social y principal catalizador del nacionalismo chino moderno. Podría señalarse como la espina dorsal de la ideología identitaria, hoy expresada particularmente en forma de emancipación de las influencias políticas occidentales y plasmada en la exploración del llamado «socialismo con peculiaridades chinas».

En el pensamiento político chino se ha reforzado en los últimos años la vocación universalista, convirtiéndose en un eje reconocible de su estrategia de proyección internacional. Pero ¿cuánto Tianxia tiene cabida en el mundo de hoy? Aunque la posición de influencia global de China ha mejorado, es evidente que su capacidad para transformar la civilización china en universal sustituyendo al liderazgo discursivo occidental presenta grandes obstáculos. Pero ¿acaso es ese su objetivo? Y si lo es, ¿no representa una contradicción con el sentido último de Tianxia?

Cuando Xi Jinping evoca el papel global de China, inevitablemente nos hace recordar la antigua utopía de la centralidad china del Tianxia. Podemos afirmar, por ejemplo, que Tianxia es la columna vertebral ideológica de las nuevas Rutas de la Seda que sitúan a China en el centro de una operación económica y estratégica capaz de servir como modelo de desarrollo y gobernanza global. Y aunque el concepto se reconecta a lo largo de los siglos con la idea de la centralidad del Imperio, por esta misma desafía el predominio global de Occidente.

Además del carácter pacífico y benevolente que inspiraría el proceder internacional de China a resultas de esa visión de Tianxia, el ideal de perfección moral subyace en este sistema, más vinculado a la cultura, a las tradiciones y a la historia que a las disposiciones legales y constitucionales. Tianxia atribuía a China todas las virtudes morales de capacidad de apaciguamiento, justicia e

inocencia internacional mientras que, por otro lado, colocaba colectivamente a Occidente en el campo de la barbarie, atribuyéndole un odio natural hacia China.

En la visión china de la realidad internacional y en sus propuestas hay, por tanto, una considerable impregnación nacional, ofreciendo valores e ideas susceptibles de conectar con los enfoques de buena parte de la izquierda global en numerosos aspectos. No obstante, en su proyección, busca trascender dicha adscripción promoviendo la generación de complicidades más allá de la izquierda.

UN DEBATE DE LARGA GESTACIÓN

La cuestión acerca de la identidad y rumbo de la proyección internacional no es unánime en China. Unos piensan que se debe seguir priorizando a toda costa el interés nacional y otros apuestan por «caminar con las dos piernas», implicándose más en la gobernanza global y aportando bienes públicos globales. Pero la disyuntiva es recurrente, aunque en el liderazgo es clara la apuesta por asumir responsabilidades globales al tiempo que se persigue el interés nacional.

En ese contexto, a principios del siglo XXI, durante el mandato de Hu Jintao (2002-2012), se dio forma primero a la teoría del ascenso pacífico y, después, a la del desarrollo pacífico, a instancias de Zheng Bijian, con el objetivo final de construir un mundo armonioso como correlativo de la sociedad armoniosa que, a nivel interno, debiera priorizar la búsqueda de la justicia social y la superación de los desequilibrios territoriales. En ambos enfoques se percibe la idea de buscar un espacio para China acorde a su condición de «país grande», evitando la confrontación y bajo el mismo gradualismo que inspiró su transformación interna. La capacidad de proporcionar desarrollo y bienestar es el principal activo de legitimación del poder político y fuente de poder nacional e internacional. El Emperador, Hijo del Cielo, reforzado por el mandarinato, ejerce un mandato temporal cuya duración depende de la moralidad y virtuosidad de su desempeño. La estabilidad y la propia legitimidad sistémica son las vigas estructurales de la visión china de la legitimidad internacional: quien produce caos pierde el mandato del Cielo.

Yan Xuetong, cuyo pensamiento estratégico se formó entre China y Estados Unidos, insistente en advertir contra la política de fuerza que conduce a la

confrontación, suscribe una teoría basada en el «realismo moral neoclásico», según él la única base aceptable para la legitimidad de un poder. Refutando el imperialismo a través de la fuerza militar, convoca, al mismo tiempo que idealiza, el concepto Tianxia de prevalencia cultural sobre los «bárbaros», buscando la adhesión a través del «humanismo» en lugar de la coerción. Visto desde este ángulo, que repiensa y actualiza la antigua construcción cosmológica para facilitar su instrumentación hoy día, su pensamiento es una crítica a las políticas en curso tanto en China como en Estados Unidos. Si ambas son las únicas potencias capaces de reclamar hegemonía global, cuando las demás solo pueden reclamar influencia regional, Beijing y Washington, dice, deben esforzarse por ejercer su magisterio e inspirar respeto internacional promoviendo un sistema de valores morales en lugar de intentar imponerlo por la fuerza.

Pero mientras su visión de un «duopolio de poderes» que gestiona el planeta toma la visión opuesta a la idea de un mundo multipolar, su pensamiento ha evolucionado para señalar que el aumento de las feroces rivalidades sistémicas a partir de 2012 sugiere abandonar el proselitismo de influencias y centrarse únicamente en los intereses nacionales chinos. En esto se une a la defensa a ultranza del soberanismo de Wang Huning, ideólogo de larga factura y ascendido a número cuatro en el XX Congreso del PCCh (2022).

Por su parte, Qin Yaqin nos propone una teoría de la relacionalidad basada en el pensamiento confuciano. Lo establece como base de la gobernanza con el objetivo de suscitar un orden basado en acuerdos negociados y cuya observación parte de la confianza mutua que surge de una comprensión compartida de las normas sociales. Contempla, por tanto, más que instituciones y reglas, una participación plural de todos los actores para dar lugar a una síntesis creativa.

Entre la llamada Nueva Izquierda china, Jiang Shigong, muy próximo a Xi, apela a la afirmación del país como baluarte frente al liberalismo global. En su opinión, el desafío a la hegemonía global occidental debe cristalizar en un orden multipolar.

APLICACIONES E IMPLICACIONES

La filosofía tradicional china contiene una sabiduría específica sobre las

relaciones exteriores. La defendida naturaleza pacífica de esta civilización implicaría que China se comprometerá con la paz mundial y contribuirá al desarrollo global. Igualmente, establece que China mantiene una política exterior independiente de paz y sigue un camino de desarrollo pacífico.

En un mundo cada vez más conectado y plagado de graves desafíos, la promoción de la armonía infundiría energía positiva sobre cómo la humanidad puede crear un futuro próspero y pacífico de manera sostenible, respetuoso con el medio ambiente y cooperativo.

Propuestas como la Iniciativa de Desarrollo Global (IDG), la Iniciativa de Seguridad Global (ISG) y la Iniciativa de Civilización Global (ICG), destilan esa influencia y tanto se basan en la prosperidad compartida como en los intercambios entre culturas.

Tianxia es aplicable a individuos, grupos y estados. Podemos advertir la influencia del concepto Tianxia en algunas expresiones relevantes y recientes de la diplomacia china. Se ha citado ya la revitalización de las Rutas de la Seda, pero igualmente podemos reconocerla en la plasmación de acrónimos bajo su liderazgo influyente como los BRICS o el G20 o el desarrollo de políticas específicas en entornos geopolíticos de alta sensibilidad. En dichos mecanismos hay un nervio estructural basado claramente en la negociación y la relación y creación de confianza entre sus miembros, descartando que medie, por ejemplo, un tratado formal. Su praxis se aleja del actuar diplomático clásico para hacer imperar los modos asiáticos de gestión.

En cuanto a las implicaciones, la realidad internacional hoy nos dice que el estado, por sí solo, es insuficiente como tal para responder a retos globales que van ganando en relevancia. Necesitamos abordar todo el sistema para poder vislumbrar un orden estable. Y eso nos acerca mucho al enfoque cultural chino.

En la tradición confuciana no es la fuerza sino la virtud del gobernante lo que determina la fortaleza de un estado y la capacidad para defenderse. En consecuencia, es la capacidad moral más que la militar el argumento de la legitimidad. Eso implica que la virtud está por encima del uso de la fuerza, y deriva en la priorización de medios pacíficos para la resolución de problemas. El uso de tácticas no violentas en el pasado —como el comercio o la asimilación cultural— ejemplificaba un modus operandi alejado de la opresión y las humillaciones occidentales de las que fue víctima. La expansión geoeconómica

sería hoy el mejor síntoma de esa vocación contemporizadora que potencia los factores de encuentro y las sinergias.

Para China, la restauración de la grandeza perdida está doblemente asociada a la revitalización de su poder como a la promoción de un modelo alternativo de sociedad que sigue girando en torno a un socialismo con «peculiaridades chinas». De hecho, el interés nacional en la China de Xi viene determinado no solo por la unidad territorial, que incluye a Taiwán, o el compromiso general con la paz y el desarrollo, sino también por el blindaje de su sistema político.

En cualquier caso, la emergencia de China no solo va a cambiar la estructura y los equilibrios de poder en el sistema internacional vigente, sino que Beijing también tiene el potencial ideológico para trastocar los paradigmas que lo sustentan. En este sentido, se está preparando para asumir un cierto liderazgo intelectual global no excluyente, habilitando políticas específicas como respuesta a los desafíos globales, al margen de Occidente. Lo hace a partir de análisis propios y también basándose en la propia tradición, en las fuentes de su cultura política.

LA IZQUIERDA Y CHINA

Nunca ha sido fácil para la izquierda, en sus diversas acepciones, caracterizar al Partido Comunista chino y su proceso. Aun surgido en 1921 al abrigo de la Internacional Comunista, los desencuentros ab initio por la exigencia de una mayor adaptación de las estrategias políticas a las condiciones nacionales provocó no pocas tensiones con Moscú. El ascenso de Mao (1935) en detrimento de los «28 bolcheviques» de Wang Ming generó un debate en el seno del movimiento comunista que se acentuaría con el paso de los años.

Durante el maoísmo, una vez en el poder, la alianza entre el PCCh y el PCUS fue efímera. Desde la frase de Stalin «los comunistas chinos son como los rábanos: rojos por fuera y blancos por dentro» hasta la declaración de Mao de «no puede haber dos soles en el cielo», la búsqueda de un camino propio para la Revolución China marcó una heterodoxia que en la izquierda de los países desarrollados fue calificada primero como tragedia, a la vista del resultado del Gran Salto Adelante o la Revolución Cultural, y después como traición, al

constatar la alianza de facto establecida con el imperialismo en el desarrollo de una política exterior que tanto podía entenderse con el Chile de Pinochet como apoyar las huestes de la CIA en Angola.

Tras la muerte de Mao, el abandono de sus políticas por parte del liderazgo denguista tampoco logró suscitar simpatías en buena parte de la izquierda. A los críticos con el maoísmo se sumaron los escépticos con el rumbo «capitalista» promovido por Deng Xiaoping. La desideologización, las reformas de mercado, el incremento exponencial de las desigualdades, la supuesta connivencia con el imperialismo estadounidense, etc., contribuyeron a un perfil igualmente heterodoxo bajo otras claves.

Paradójicamente, esta liberalización, que insistía en el liderazgo del PCCh y rechazaba cualquier rumbo no socialista, se formulaba en paralelo a la desconfianza crítica hacia el proceso de cambio auspiciado por el PCUS al abrigo de la perestroika y la glasnost. Como había ocurrido tras la condena del estalinismo por parte del PCUS en tiempos de Nikita Jrushchov, China reprobó las reformas de Mijaíl Gorbachov, así como las terapias de choque posteriores de signo ultraliberal. La clave primigenia para el PCCh radicaba en la preservación de la soberanía nacional, que solo podía garantizarse canonizando la inmutabilidad de la hegemonía política.

El periodo xiísta que arranca en 2012 se caracteriza por una reafirmación de los vectores de origen, incluido el compromiso con el vademécum ideológico fundacional. En la política interna esto se ha traducido en una corrección de los desequilibrios ocasionados por el denguismo, especialmente en términos de justicia social y medioambiental, así como en un resurgimiento del marxismo como inspiración teórica. Además, se formula un proyecto en clave nacional a modo de revitalización del país, con énfasis en el liderazgo de la revolución tecnológica o el reencuentro con la cultura tradicional, antes denostada. En la política exterior, Xi Jinping abraza el sinocentrismo, esta vez interdependiente, para erigir el nuevo estatus global de una China que proyecta para 2049 la culminación de una modernización que le devolverá la posición que ocupaba antes de las Guerras del Opio, cerrando así un ciclo de decadencia de dos siglos.

El internacionalismo del PCCh pasa de puntillas sobre la identidad de clase para favorecer un diálogo plural con todas las fuerzas políticas, ya sean de derechas o de izquierdas. La paradiplomacia auspiciada por el PCCh se sustenta en la ausencia de mesianismo y en la habilitación de consensos que prioricen el

desarrollo. El santo y seña de su hipotética V Internacional quedó patente en 2017 al promover el establecimiento de alianzas para un «destino compartido», pluriideológicas y comprometidas con la agenda global.

El desconocimiento y las dificultades para realizar una diagnosis adecuada del proceso chino o las reservas en cuanto a su trayectoria, explican cierto distanciamiento de la izquierda. Sin embargo, esto no impide que, parcialmente, en los últimos años, algunas de sus políticas, en especial las de naturaleza económica, sean vistas con buenos ojos y hasta adoptadas en algunos países en desarrollo. Eso que llamamos Sur Global tiene ahora en China un referente para explorar otras vías al desarrollo, adaptando estrategias a las condiciones nacionales.

La caracterización del modelo chino como capitalismo de Estado, por ejemplo, o sus limitaciones en el ámbito político desaconsejan, a ojos de algunos sectores de izquierda, su condición de modelo. Y es que incluso quienes simpatizan con él reconocen la importancia de no adoptar ciegamente propuestas de presunta utilidad universal. Podríamos decir incluso que ninguna izquierda en el mundo lo contempla como modelo integral a seguir, aunque tras el fracaso del socialismo real las vías nacionales emergen como única alternativa viable. Este ha sido un triunfo póstumo de las tesis chinas frente a las soviéticas.

No obstante, cabe reconocer que la complejidad de su sistema, en contraste con nuestros marcos de referencia, manifiesta serias limitaciones. Igualmente, en ellas influye un paradigma cultural e histórico muy alejado del cosmos occidental y que representa otra forma de ver y entender el mundo. Por otra parte, las carencias en materia de derechos humanos o déficits democráticos, que pudiera compartir la izquierda, en especial la de los países desarrollados, en su crítica con el orbe liberal, ponen de manifiesto reservas difíciles de salvar hoy en día, a la espera de una evolución que se resiste.

Es importante que la izquierda acompañe el proceso de transformación de China y sea capaz de situarlo en perspectiva. Esto se refiere tanto a la política exterior, en la que se advierten signos crecientes de medidas claramente alineadas con el progresismo global, como en la política interna. El rechazo del modelo liberal y la búsqueda de un perfil propio adaptado a las condiciones nacionales pueden sustentar un diálogo teórico que, más allá de la distancia cultural, sea capaz de vertebrar políticas favorecedoras de un mayor progreso y bienestar social.

CONCLUSIÓN

China ha surgido como modelo de desarrollo y gobernanza alternativo al de las democracias liberales precisamente porque sigue una lógica distinta que toma muy en consideración las claves propias. Es por eso que prescindiendo de la historia y la cultura es imposible entender el proceso chino y también vislumbrar cuál puede ser su recorrido. En este contexto, Tianxia es una propuesta de regulación política de la humanidad en su conjunto que busca no solo establecer una autoridad moral, sino también un mundo armonioso.

Dice Yan Xuetong que la emergencia de China es una cuestión de gobernanza interna e internacional. En el primer caso, porque debe facilitar la construcción de una sociedad de bienestar y moderna; en el segundo, porque debe establecer un nuevo orden internacional. Esta dualidad complementaria se labra en el denguismo tardío, cuando Hu Jintao insta al mundo armonioso como complemento de la sociedad armoniosa. Los pasos de su sucesor, Xi Jinping, dan el carpetazo a la formulación tradicional de la política exterior denguista basada en la modestia.

La gobernanza que propone China es diferente de la gobernanza occidental basada en reglas, aunque ambas pueden complementarse y dialogar. El sistema chino aboga por extender al conjunto del mundo de forma progresiva la idea de la sociedad familiar. En el corto plazo, se concretaría, de una parte, en evitar una confrontación con Estados Unidos; de otra, en la cesión de cuotas de poder institucional para acomodar a las potencias emergentes. Este es, sin duda, un interés estratégico de China a largo plazo.

Pero Beijing aspira a algo más que cambiar la estructura del poder existente. Es realista en la medida en que hoy por hoy no dispone de ese discurso que puede triunfar universalmente. Sin embargo, no renuncia a proyectar sus ideas, abriéndose al mundo, cuidando de que esto no se traduzca en una amenaza rupturista del orden vigente, asumiendo que el Tianxia hoy es el orden internacional de una sociedad mundial en la que la influencia va en doble sentido.

Lo que subyace en el discurso chino es la deshegemonización del sistema

internacional. Y la propia multipolaridad podría entenderse como un periodo transitorio hacia ese mundo armonioso que debe basarse en la colaboración entre las grandes potencias, la coexistencia pacífica y el respeto mutuo entre los estados, así como en la construcción de consensos. Esa disposición, que la izquierda puede compartir, requiere de un enfoque crítico pero igualmente constructivo sobre el auge chino.

BLOQUE IV

REELABORAR UN EUROPEÍSMO CRÍTICO

ETNOREGIONALISMO

Hans Kundnani

Al igual que el término «etnonacionalismo» designa una forma de nacionalismo en la que la nación y la nacionalidad se definen en términos de etnicidad, el término «etnoregionalismo» se puede usar para designar una identidad similar basada en la etnia a nivel regional, es decir, a una escala más grande que la nación. En particular, he propuesto el término para captar una identidad europea específica basada en la etnicidad y la cultura, que está estrechamente relacionada con la idea de la blancura (Kundnani 2023). Este concepto nos ayuda a ver con mayor claridad que las ideas de extrema derecha no solo están vinculadas a la nación en Europa, sino que también pueden estar vinculadas a la idea misma de Europa. En particular, estas ideas etnoregionalistas se centran en la idea de una civilización europea percibida como superior y amenazada al mismo tiempo.

El concepto de etnoregionalismo complica la identificación implícita de identidades étnicas/culturales y nacionalismo sugerida por el término etnonacionalismo del cual se deriva. En otras palabras, la idea de que el racismo y el nacionalismo van de la mano y que, por extensión, entidades supranacionales como la Unión Europea (UE) son automática o inherentemente antirracistas. Las identidades étnicas no se expresan únicamente a través del nacionalismo o, dicho de otra manera, las naciones no son el único vehículo para las identidades étnicas. Más bien, las identidades étnicas también pueden estar vinculadas a unidades que no son naciones. En particular, también pueden estar vinculadas a entidades supranacionales, especialmente la UE como encarnación política de Europa.

La idea de etnoregionalismo es importante para repensar la política internacional y europea desde un punto de vista crítico y progresista, precisamente por esta razón. La UE se ha imaginado a menudo como una alternativa progresista al Estado-nación. Sin embargo, la percepción de que la UE ofrece una escapatoria

al pensamiento centrado en la raza ha sido cada vez más difícil de sostener, a medida que el proyecto europeo ha experimentado lo que he llamado «giro civilizatorio» durante la última década, desde la «crisis de refugiados». De hecho, a medida que la extrema derecha se ha fortalecido a lo largo y ancho del continente, y la centro-derecha ha integrado y normalizado sus ideas en cada vez mayor medida, la posibilidad de una UE de extrema derecha, que hasta hace poco parecía imposible de imaginar, ha cobrado relevancia.

NACIONALISMO Y REGIONALISMO

La distinción conceptual entre nacionalismo étnico y nacionalismo cívico se remonta a Hans Kohn (1944). Kohn definió el nacionalismo étnico como una forma exclusiva de nacionalismo basada en una etnia, lengua o religión compartida, en oposición al nacionalismo cívico, que era un nacionalismo más inclusivo basado en el compromiso voluntario de un grupo de personas con los principios liberales como base para un sentido compartido de ciudadanía. Kohn consideraba esta forma de nacionalismo «orgánico» e iliberal, que entiende la nación como algo natural en lugar de voluntario, como una reacción al nacionalismo liberal. El caso paradigmático lo representaba la versión romántica del nacionalismo alemán, que surgió en oposición a la ocupación francesa durante la era napoleónica y culminó en el nazismo.

En realidad, sin embargo, los nacionalismos estadounidense, británico, francés y alemán presentan elementos tanto cívicos como étnico-culturales.¹ Todas las formas de nacionalismo son en cierta medida exclusivas, no pueden estar abiertas a la población del mundo en su conjunto. A menudo, las diferencias entre ellas no reposan tanto sobre el grado en que excluyen a otros, sino sobre quiénes exactamente excluyen y por qué razón: pueden ser inclusivas hacia algunos, y exclusivas hacia otros. Además, casi todas las formas de nacionalismo, incluso aquellas que se ven como ejemplos paradigmáticos de nacionalismo cívico, se definen al menos en cierta medida en términos étnicos y culturales. Por lo tanto, el nacionalismo cívico y el nacionalismo étnico-cultural deben ser entendidos como tipos ideales, en lugar de descripciones de casos nacionales particulares.

Un buen ejemplo lo representa el nacionalismo estadounidense, que Kohn idealiza como un «nacionalismo casi puramente cívico» (Calhoun, 2005, p. xxvi). El principio de la ciudadanía por nacimiento, que está consagrado en la constitución, diferencia a Estados Unidos de los países europeos, que generalmente condicionaban el acceso a la ciudadanía a la descendencia. Sin embargo, la ciudadanía por nacimiento solo se incluyó en la constitución a través de la Decimocuarta Enmienda, como parte de la «segunda fundación» de Estados Unidos después del final de la Guerra Civil, y aunque fue «una repudiación dramática de la poderosa tradición de equiparar la ciudadanía con la blancura» (Foner, 2019, p. 71), no garantizaba aún derechos plenos de ciudadanía para los afroamericanos, que no pudieron votar en el Sur hasta la década de 1960. Así, Kohn pasa por alto los elementos étnico-culturales del nacionalismo estadounidense.²

Sin embargo, si dejamos de lado la asociación de Kohn del nacionalismo cívico con lo que Kohn llama «Occidente» y el nacionalismo étnico con el Este, la suya sigue siendo una distinción conceptual útil. En particular, resulta útil para entender de manera más precisa los nacionalismos europeos. Sin embargo, en lugar de pensar en identidades nacionales específicas como simplemente cívicas o simplemente étnicas/culturales, resulta más útil pensar en cada nacionalismo como representativo de elementos tanto cívicos como étnicos/culturales que están entrelazados, aunque en proporciones variables (Calhoun, 2005, p. xl). En lugar de ubicar los nacionalismos individuales en uno u otro lado de la dicotomía de Kohn, resulta más útil estudiar las tensiones entre los dos lados en cada contexto específico (Calhoun, 2005, pp. xxxiv, xli).

La distinción entre formas étnicas y cívicas de identidad también se puede aplicar a las ideas de Europa, es decir, al regionalismo europeo (Kundnani, 2023, pp. 13-39). A lo largo de la larga y compleja historia de la idea de Europa, se han sucedido y entrelazado elementos tanto cívicos como étnico-culturales. La identidad europea moderna surgió de la Ilustración, que produjo una identidad racializada y racionalista que incluía elementos tanto étnico-culturales como cívicos. Después de la Segunda Guerra Mundial, surgió una nueva identidad más cívica, al menos entre las élites, centrada en lo que se convertiría en la UE. Pero, a medida que estas élites buscaban darle legitimidad y afectividad al «proyecto europeo», a menudo recurrieron a elementos étnicos y culturales anteriores de la identidad europea y, aún hoy, se confunden las versiones cívicas y étnico-culturales del regionalismo europeo.

ETNOREGIONALISMO Y CIVILIZACIONALISMO

Al menos en el caso de Europa, el etnoregionalismo está estrechamente vinculado a la idea de civilización: una identidad étnico-cultural europea es a menudo también una identidad civilizatoria. Las ideas étnicas-culturales de Europa se centran en la idea de una civilización europea distinta y unitaria, basada en una lectura particular de la historia de Europa como un sistema cerrado, es decir, como una región que tiene su propia historia, autocontenida y separada de la de otras regiones. Esto reduce la historia europea a una narrativa lineal que va desde la antigüedad clásica pasando por el cristianismo, el Renacimiento y la Ilustración hasta la UE, y borra sus «profundas interconexiones con otras historias» (Hall, 2002, p. 61), tanto las múltiples influencias externas en Europa (en particular desde África y Oriente Medio) como las interacciones de los europeos con el resto del mundo más allá de las fronteras geográficas disputadas y cambiantes de Europa.

La primera referencia conocida a los «europeos» se encuentra en la Crónica Mozárabe del siglo VIII, en la que se contrasta con los «árabes». A lo largo del período medieval, «europeo» fue en gran medida sinónimo de cristianismo, y se definió en oposición a múltiples «Otros» no cristianos, en particular los musulmanes que fueron, a su vez, identificados con la barbarie. En la época moderna temprana (es decir, a partir de 1450 aproximadamente) comenzó a surgir una idea nueva y más compleja de Europa en el contexto de la revolución científica y la Ilustración, pero, también, de encuentro de los europeos con las poblaciones de África, Asia y América, es decir, en el contexto en el que surgió la idea de blancura. En otras palabras, a diferencia de la idea religiosa anterior de Europa, la idea moderna de Europa era tanto racionalista como racializada.

La identificación de Europa con la blancura fue reforzada durante el período del colonialismo europeo. Por un lado, el progreso científico y tecnológico en Europa parecía confirmar que se trataba de una civilización distinta más avanzada o desarrollada, ya que era más racional y, por lo tanto, tenía la misión de «civilizar» al resto del planeta. Por otro lado, a medida que los pensadores europeos, inspirados por el éxito de los científicos naturales, buscaban clasificar a los seres humanos en jerarquías raciales, con europeos o personas blancas, que

se entendían como sinónimos, en la cima, la idea misma de raza se consolidó como una categoría científica. Sin embargo, desde el principio del siglo XX, y especialmente después de la Primera Guerra Mundial, la ansiedad en torno al declive europeo también comenzó a aumentar, lo que a su vez llevó a la idea de que los europeos deberían unirse y formar un bloque geopolítico para mantener su poder.

Las ideas étnico-culturales de identidad europea conectadas con el cristianismo y la blancura no desaparecieron simplemente después de 1945, sino que persistieron e influyeron en el desarrollo del proyecto europeo de la posguerra. En la década de 1950, se produjo un resurgimiento de la idea de una Europa cristiana, que, a través de la influencia de los demócratas cristianos, informó la primera fase de la integración europea en la década de 1950. En particular, figuras como Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi y Robert Schuman buscaron crear un bloque europeo occidental como una especie de baluarte cristiano contra el ateísmo soviético. Esta idea de la integración europea como un proyecto civilizatorio cristiano también ayuda a explicar la importancia de Carlomagno, la personificación de la idea medieval de la identidad europea sinónima del cristianismo, para el proyecto.

La íntima relación entre Europa y blancura establecida en el período moderno también persistió después de 1945, aunque se volvió más implícita y sutil. Después de la Segunda Guerra Mundial, las ideas en torno a la raza, y especialmente el concepto biológico de raza que había surgido en la segunda mitad del siglo XIX, habían sido desacreditadas por su vínculo con el nazismo. En particular, mientras que antes de 1945 era común hablar de los países europeos individualmente en términos raciales (por ejemplo, los alemanes como una raza distinta), este relato fue abandonado en gran medida tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los europeos continuaron pensándose colectivamente, es decir, en contraste con el resto del mundo fuera de Europa, en términos raciales. En este contexto, «civilización» se convirtió en una especie de «palabra clave» para raza (Marker, 2022), que permitía a los europeos articular lo que los hacía distintos del resto del mundo sin por ello respaldar un concepto biológico de raza.

En el período posterior a la Guerra Fría, y especialmente después del 11 de septiembre, el concepto de civilización se volvió aún más central para pensar la política global. En su libro de 1996 *El choque de civilizaciones*, el politólogo estadounidense Samuel Huntington predijo un conflicto entre Occidente, China e

Islam, es decir, veía a Occidente como una civilización única. Pero, basándose en una tradición que se remonta a la década de 1920, algunos también imaginaban a Europa como una civilización que era distinta, incluso, amenazada por Estados Unidos. Así que existen versiones europeas y occidentales del civilizacionismo, es decir, la idea de que la política global puede entenderse en términos de competencia y conflicto entre civilizaciones distintas, algo que podríamos plantear como una actualización de la antigua idea de las relaciones internacionales como relaciones raciales en el siglo XXI.

El área política en la que el pensamiento civilizatorio es más visible, por supuesto, es la política migratoria. Desde la «crisis de refugiados» en 2015, el enfoque de la UE hacia la migración se ha visto cada vez más influenciado por la extrema derecha. Un ejemplo es que la actual Comisión Europea incluye un nuevo cargo de Comisario Europeo para la Promoción de nuestro modo de vida europeo, responsable, entre otros asuntos, de la movilidad humano. El título deja claro que la migración no representa únicamente un problema político difícil de gestionar, sino una amenaza para el «modo de vida europeo». Asimismo, el pensamiento civilizatorio también da cada vez más forma a los debates sobre la política exterior europea, donde a menudo son políticos centristas como el presidente francés Emmanuel Macron, tanto como la extrema derecha, quienes ven la civilización europea amenazada por otras potencias.

ETNOREGIONALISMO Y LA EXTREMA DERECHA EUROPA

Durante la última década, los debates sobre la política europea han girado en gran medida en torno a una serie de oposiciones binarias alineadas: liberalismo e illiberalismo, centrismo y populismo, internacionalismo o globalismo, y nacionalismo o patriotismo. Esta forma binaria de pensar tiende a exagerar las diferencias entre el centro-derecha y la extrema derecha. En particular, el debate se ha centrado en el uso de clichés y políticas problemáticas por parte de la extrema derecha euroescéptica, mientras que se ignora la forma en que los partidos de centro-derecha han adoptado muchos de los mismos clichés e implementado muchas de las mismas políticas, aunque en nombre de Europa en lugar de la nación. O, dicho de otra manera, la forma en que el centro-derecha ha creado versiones «proeuropeas» de las ideas de extrema derecha.

Al centro de estos debates destaca el concepto de «populismo». Se ha asumido que se trata de un fenómeno nacional, a menudo hasta el punto de que nacionalismo y populismo se confunden en conceptos como «populismo nacional». Pero esta confusión de nacionalismo y populismo simplifica la manera en que las figuras, partidos y movimientos de extrema derecha hablan sobre Europa, que no puede reducirse al euroescepticismo y es, en realidad, mucho más ambigua y ambivalente (Lorimer, 2021). En particular, los políticos de extrema derecha a menudo hablan sobre la civilización europea, que identifican con el cristianismo y ven amenazada, en particular por la inmigración de países musulmanes. Así, se ven a sí mismos no solo como nacionalistas, sino también como regionalistas europeos, específicamente como defensores de una Europa definida en términos étnico-culturales.

Brubaker (2017) ha identificado una variedad distinta de populismo nacional en los países del norte y oeste de Europa, que surgió por primera vez en los Países Bajos. Figuras como Geert Wilders combinan posiciones de extrema derecha, en temas como la inmigración y el islam, con posiciones liberales en cuestiones como la igualdad de género, los derechos LGBT y la libertad de expresión. De hecho, los partidos de extrema derecha en países como los Países Bajos a menudo justifican lo primero haciendo referencia a lo último. Esto contrasta, señala Brubaker, con los partidos de extrema derecha en países de Europa central y oriental, como Fidesz en Hungría y Ley y Justicia en Polonia, que presentan posiciones más iliberales sobre estas últimas cuestiones. Sin embargo, esta distinción corre el riesgo de exagerar la diferencia entre una extrema derecha del norte y oeste de Europa «civilizacionista» y secular, y una extrema derecha del centro y este de Europa «nacionalista» y religiosa.

Podría resultar más útil pensar en la extrema derecha en toda Europa en términos de una mezcla de nacionalismo y civilizacionismo. Utilizando los términos de Brubaker, los partidos de extrema derecha «construyen la oposición entre el yo y el otro» en términos que no son solo «estrechamente nacionales», sino también «ampliamente civilizacionales», incluso si existen diferencias entre ellos en cuanto a la importancia que otorgan a cada uno de los dos elementos. En cualquier caso, el aspecto crucial es que la extrema derecha en Europa no simplemente habla en nombre de la nación contra Europa, sino también en nombre de Europa, es decir, en nombre de «un tipo diferente de comunidad imaginada, ubicada en un nivel diferente del espacio cultural y político» (Brubaker, 2017, p. 1211) que la nación. En cierto sentido, por lo tanto, también podemos pensar en la extrema derecha como «proeuropea».

La respuesta de los partidos principales «proeuropeos», especialmente los partidos de centroderecha, al auge de la extrema derecha ha consistido en desafiarlos, e incluso afirmar estar en contra de ellos, al tiempo que adoptan parte de su enfoque y posiciones, especialmente en cuestiones de identidad, inmigración e Islam. En particular, mientras rechaza el nacionalismo de la extrema derecha euroescéptica, el centro-derecha «proeuropeo» ha adoptado su idea de civilización europea amenazada. Así, la distinción entre el centro-derecha y la extrema derecha se ha vuelto cada vez más porosa. De hecho, en cuestiones como la inmigración, ha parecido en ocasiones que lo único que diferencia claramente al centro-derecha de la extrema derecha en Europa es su actitud hacia la propia UE. En ese sentido, también es posible hablar de «populismo regional», una especie de versión «proeuropea» del «populismo nacional».

Un cliché de extrema derecha particularmente influyente ha sido la idea de un «gran reemplazo». En su libro de 2011 *Le Grand Remplacement*, el escritor francés Renaud Camus argumentó que la inmigración musulmana amenazaba con destruir la civilización europea. La «teoría del reemplazo blanco» ha influido en la extrema derecha en Europa y más allá (en particular, influyó en Brenton Tarrant, quién mató a cincuenta y una personas en dos mezquitas en Christchurch, Nueva Zelanda, en 2019, y en Payton Gendron, quien hizo lo mismo con diez personas en una comunidad mayoritariamente afroamericana en Buffalo en 2022). Sin embargo, bajo la presión de la extrema derecha, los políticos de centro-derecha en Francia y en otros lugares de Europa también han comenzado a aludir a la idea de un «gran reemplazo».

De forma quizás aún más significativa, pero también más difícil de percibir, la teoría del reemplazo blanco forma más sutil, influye en el pensamiento sobre la UE misma, y está produciendo una versión «proeuropea» de la misma. Mientras que los nacionalistas enfatizan el «reemplazo» de una nación o pueblo en particular, como Francia, algunos «proeuropeos» han «europeizado» esta tropa y se preocupan por el «reemplazo» de una Europa definida en términos étnico-culturales. De hecho, para algunos, el miedo al reemplazo es precisamente lo que debería unir a los europeos. Esto se puede ver en particular en los debates sobre la inmigración como una amenaza para el «modo de vida europeo», pero también en los debates sobre la necesidad de una política exterior europea más enérgica para evitar la «desaparición» de Europa.

El dilema para la izquierda lo representa cómo posicionarse en relación con la

UE, a medida que esta se va configurando cada vez más bajo la influencia del etnoregionalismo. Aunque este último comenzó como un proyecto de centro-derecha, el centro-izquierda en toda Europa lo adoptó como un proyecto progresista, o al menos como uno con potencial progresista. En la práctica, la UE se vio gobernada por una especie de gran coalición permanente contra la extrema izquierda y la extrema derecha. Pero, a medida que la influencia de la extrema derecha ha aumentado, especialmente en cuestiones relacionadas con la identidad, la inmigración y el Islam, puede llegar un momento en que la izquierda europea debería efectivamente pasar a la oposición y, desde allí, abogar por una visión alternativa de una Europa progresista, en lugar de volverse cómplice de una toma de posesión de la UE completa por parte de la extrema derecha.

EUROPA SOCIAL

Aurélie Dianara Andry

1

En los últimos años, «Europa» —hoy en día, una metonimia común para la «Unión Europea» (UE)— ha tenido que lidiar con un incremento de la impopularidad. En 2005, los votos de los ciudadanos franceses y neerlandeses que rechazaron el Tratado por el que se instituye una Constitución para Europa, seguidos por un voto en Irlanda contra el Tratado de Lisboa en 2008, ya sugerían una profunda crisis de legitimidad democrática. Las cada vez más bajas tasas de participación en las elecciones al Parlamento Europeo (PE), junto con los crecientes resultados electorales de los llamados «euroescépticos», tanto en la izquierda pero principalmente en la derecha y extrema derecha del espectro político, han sido indicadores adicionales de esta tendencia. Al menos en la izquierda, la respuesta europea a la crisis económica y de deuda que siguió al shock financiero de 2007-2008, las disputas entre los gobiernos europeos en torno al presupuesto europeo y la solidaridad europea, las medidas de austeridad impuestas al pueblo griego (y a otros «PIIGS») contra su voluntad, los miles de millones de euros gastados para salvar a los bancos europeos mientras los servicios públicos y los gastos sociales se reducían bajo la supervisión de la «Troika» (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional), todos contribuyeron a complicar la situación. Algo similar ocurrió con los temores crecientes sobre la inmigración propagada por propaganda de la derecha. En 2016, el voto del pueblo británico a favor del Brexit, que anunció la primera retirada en la Historia de la UE tras más de sesenta años, se sumó a la percepción de que Europa se estaba desintegrando.

Todos estos problemas recientes han puesto de manifiesto preguntas que anteriormente habían permanecido en un segundo plano, al menos relativamente. Entre ellas, destaca el interrogante sobre el propósito social fundamental de la

integración europea, y sus consecuencias para la vida de las personas. Europa, con razón, es percibida (y a menudo denunciada) con cada vez mayor intensidad como uno de los principales actores de un giro «neoliberal» en las políticas públicas que tuvo lugar en las últimas décadas.

¿Era inevitable que fuera así? Durante la Segunda Guerra Mundial y en los años inmediatamente posteriores, algunos, como el famoso intelectual francés Jean-Paul Sartre y sus colegas en la revista *Les Temps Modernes*, cultivaron la esperanza de construir una Europa pacífica, democrática y social —o quizás más precisamente socialista—, sobre las ruinas de la Europa nacionalista de Alemania.² Esta esperanza alimentó incluso algunos de los primeros proyectos de unificación europea de la posguerra entre los miembros de la Resistencia. Aunque rara vez se recuerda, el famoso Manifiesto de Ventotene de 1941, el libro sagrado del federalismo europeo escrito por Altiero Spinelli y Ernesto Rossi mientras eran prisioneros del régimen fascista italiano, no solo abogaba por una Europa libre y unida, sino también por una Europa socialista:

Una Europa libre y unida es el requisito previo para el desarrollo de la civilización moderna, para la cual la era totalitaria representa una interrupción. Tan pronto como esta era llegue a su fin, el proceso histórico de lucha contra las desigualdades sociales y los privilegios se restablecerá por completo. (...)

Para satisfacer nuestras necesidades, la revolución europea debe tener un carácter socialista; en otras palabras, su objetivo debe ser la emancipación de las clases trabajadoras y la garantía de condiciones de vida más humanas para ellas.³

Además, aunque en gran medida se olvide hoy en día, hubo un tiempo, hace medio siglo, cuando una Europa alternativa estaba a nuestro alcance. El punto crítico de una «Europa social» como proyecto político se alcanzó en lo que podríamos llamar la «larga década de 1970», que abarcó aproximadamente desde finales de la década de 1960 hasta mediados de la década de 1980. Examinar la historia olvidada de la lucha de la izquierda europea por una Europa social puede ofrecer lecciones valiosas. Las divisiones internas, las debilidades estratégicas y la falta de impulso popular fueron las principales razones por las que una Europa

social nunca vio la luz.

Una ventana de oportunidad para una Europa social

La idea de una Europa social ha sido frecuentemente esgrimida por élites europeas en busca de aprobación en las últimas décadas. Ha representado una promesa de parte de la izquierda europea en la antesala de cada elección o referéndum europeo desde 1979. Tanto es así que desde hace algunos años la idea de una Europa social ha comenzado a perder su atractivo, a menudo ridiculizada como un sueño que nunca se materializará, o atacada más duramente como una «coartada» para disfrazar las realidades de una UE económicamente liberal.⁴ Algunos incluso consideran la idea de una Europa social como un oxímoron, ya que los planes de integración europea fueron concebidos desde el principio como un proyecto económico liberal y capitalista impulsado por Estados Unidos.⁵ De hecho, desde las primeras décadas tras la Segunda Guerra Mundial, la integración europea se orientó fuertemente hacia la cooperación y el liberalismo económicos, descuidando las cuestiones sociales. En ese momento, la integración europea estaba impulsada en gran medida por fuerzas conservadoras, y la izquierda desempeñaba solo un papel marginal.⁶

Sin embargo, durante la larga década de 1970, una parte de la izquierda europea, que anteriormente estaba dividida y a menudo se mostraba hostil hacia los planes de unidad de la Europa occidental de la posguerra, intentó imaginar y promover un proyecto alternativo de unidad europea. Este proyecto buscaba convertir Europa en un instrumento al servicio del progreso social y de los intereses de la clase trabajadora, comenzando por la Comunidad Europea (CE), precursora de la UE.⁷ Este proyecto europeo alternativo, imaginado principalmente por partidos socialistas y sindicatos europeos, abogaba, por ejemplo, por la redistribución de la riqueza, la regulación del mercado, la planificación social y económica, la democratización económica, la armonización ascendente de los regímenes sociales y fiscales europeos, mejores condiciones laborales y de vida, y una reducción de la jornada laboral.⁸ También incluía preocupaciones medioambientales, propuestas para la democratización de las instituciones europeas y demandas para reequilibrar el sistema internacional a favor del desarrollo del Tercer Mundo. Una Europa social representaba, en resumen, una

propuesta para un futuro bastante diferente al que protagonizamos hoy en día.

En esos años, la izquierda europea tenía el viento a su favor. La larga década de 1970 fue un tiempo de enorme contestación social a lo largo y ancho de Europa, que surgió con las famosas protestas de 1968. También representó la culminación de los años dorados de la socialdemocracia occidental después de 1945 (algunos hablarían de su «veranillo de San Martín»), durante los cuales los socialdemócratas lideraron gobiernos en toda Europa, y líderes socialdemócratas como Olof Palme, Willy Brandt y Harold Wilson eran figuras prominentes en el escenario mundial. Al mismo tiempo, parecían abrirse nuevas perspectivas para los comunistas de Europa occidental, que protagonizaron notables éxitos electorales, especialmente en Francia e Italia. Los sindicatos europeos también alcanzaron su punto álgido, especialmente en términos de afiliación y espíritu combativo.

Así, a mediados de la década de 1970, la izquierda dominaba las instituciones europeas. Una amplia alianza de la izquierda europea en apoyo de un proyecto europeo alternativo era, al menos en teoría, concebible. Durante la década de 1970, los partidos socialistas, los sindicatos y (en menor medida) los partidos comunistas aumentaron significativamente su cooperación transnacional para influir en la política europea.⁹ La creación de la Confederación de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea en 1974 (el precursor del Partido de los Socialistas Europeos), y de la Confederación Europea de Sindicatos en 1973 (en adelante CES) (que reunió, por primera vez en la era de la Guerra Fría, a sindicatos de tradiciones socialdemócratas, socialcristianas y comunistas, y representaba a aproximadamente cuarenta millones de trabajadores en toda Europa) indicaba avances importantes en este proceso de europeización.

El nuevo proyecto de Europa social surgió en la década de 1970, y se desarrolló a medida que avanzaba la década. El canciller alemán Willy Brandt promovió la idea de una «unión social europea», mientras que el nuevo partido socialista francés, aliado con los comunistas desde 1972, abogó por una reforma radical de business Europe. En abril de 1973, en Bonn, los partidos socialistas de la CE adoptaron su primer programa «Por una Europa Social». En los años siguientes, trabajaron en su primer manifiesto europeo común, que era bastante radical. Por su parte, los sindicatos europeos también formularon un programa detallado y combativo de una «Europa de los trabajadores» (en muchos aspectos similar al de los socialistas), que proponía una alternativa europea a las soluciones neoliberales, que incluía un mayor control del capital, planificación democrática

y control obrero de la industria.

La larga década de 1970 representó un momento histórico definitorio para Europa Occidental, así como para el planeta en su conjunto. Tras 1968, con la intensificación del nivel de conflicto social, la confirmación de una unión de países del «Tercer Mundo» en pos de la redistribución del poder y la riqueza, la caída del sistema de Bretton Woods, el agotamiento del auge económico de la posguerra, las crisis económicas y la desintegración del «compromiso de la posguerra», se abrió una ventana de oportunidad para nuevas alternativas. En esos años, el proyecto de integración europea, al igual que el mundo en general, parecía enfrentarse a una encrucijada, en vista de que se contemplaban soluciones radicalmente divergentes. Una ilustración irónica de esta tensión fue cómo, en 1974, el Premio Nobel de Economía se otorgó conjuntamente a dos pensadores más bien opuestos: el influyente economista socialdemócrata sueco Gunnar Myrdal y el campeón neoliberal austro-británico Friedrich von Hayek.

Se incluyeron varias propuestas para una Europa social en la agenda de los responsables políticos europeos en esos años. Los esfuerzos de la izquierda europea fueron cruciales para llevar, en 1974, al primer Programa de Acción Social adoptado por la Comunidad Europea, que resultó en la adopción de diversas directivas y medidas. Estas incluyeron el fortalecimiento del Fondo Social Europeo y la creación de agencias europeas para la formación profesional, así como la mejora de las condiciones de vida y trabajo. Hubo avances significativos, especialmente en ámbitos como la igualdad de género y la salud y seguridad en el trabajo.

Sin embargo, en los años siguientes, la visión de Europa de la izquierda europea perdería cada vez más influencia frente a fórmulas más conservadoras. Entre 1979 y 1982, la derecha volvió al poder en el Reino Unido, Estados Unidos y Alemania Occidental, donde fueron elegidos Margaret Thatcher, Ronald Reagan y Helmut Kohl. A mediados de la década de 1980, tras una serie de duras disputas en torno a algunas de las propuestas clave para una Europa social, en particular aquellas relacionadas con el tiempo de trabajo y los derechos de los trabajadores a la información y consulta en empresas multinacionales (la «Directiva Vredeling»), se hacía evidente que Europa estaba tomando un camino diferente al imaginado por la izquierda europea. La ventana de oportunidad que se abrió a finales de la década de 1960 se estaba cerrando. Después de 1986, la implementación del programa del mercado único y la unión económica y monetaria (UEM) abrieron la puerta a una creciente liberalización y restricción

presupuestaria, poniendo a las instituciones nacionales de bienestar bajo presión. La Europa social, o, más bien, esa idea particular de Europa social que había sido respaldada por la izquierda durante la larga década de 1970, había sido derrotada.

MOTIVOS DE LA DERROTA

Fueron varias las razones complejas por las cuales no se eligió el camino de una Europa social. Algunas eran exógenas a la izquierda europea. El aumento de la popularidad de soluciones «neoliberales» fue una de estas. También se dieron factores estructurales e institucionales que favorecieron una Europa orientada al mercado. La mayoría de las cuestiones de política social y fiscal seguían excluidas de las competencias de la CE/UE o, en caso contrario, estaban sujetas a un voto por unanimidad en el Consejo. El peculiar proceso de toma de decisiones institucional de la CE/UE también facilitó la «integración negativa», es decir, la desregulación económica y liberalización en toda la UE, más que la «integración positiva».10 Además, las diferencias en términos de política social entre los Estados miembros de la CE/UE también eran clave: con las sucesivas rondas de ampliación europea, la variedad cada vez más compleja de modelos sociales dificultaba en cada vez mayor medida la armonización.11

Sin embargo, también entraban en juego razones endógenas a la izquierda europea, y estas resultaron decisivas en última instancia. Las divisiones internas entre las fuerzas de la izquierda con respecto a la política europea y las estrategias para oponerse a las crecientes ideas neoliberales fueron amplias y persistentes, y tuvieron consecuencias muy concretas en la (in)capacidad de la izquierda a la hora de presentar un frente unido dentro de las instituciones europeas en apoyo de propuestas de una Europa social. Existían divergencias importantes entre algunos socialistas «del Sur», como el Partido Socialista francés, PS (que promovía la autogestión, la planificación económica desde el nivel regional hasta el europeo y la alianza con los comunistas) y algunos socialdemócratas «del Norte», como el Partido Socialdemócrata alemán SPD (que abogaba por la codeterminación, era más reacio a hablar de planificación económica y nacionalización, y tendía a rechazar alianzas con comunistas). Pero también existían divisiones internas generalizadas dentro de los partidos

socialdemócratas, especialmente entre las nuevas corrientes de socialismo europeo respaldadas por jóvenes activistas de base, que promovían estrategias económicas alternativas que buscaban limitar la empresa privada, ampliar el sector público y aumentar el control sobre el capital (en Francia y Gran Bretaña, entre otros), y la «corriente principal» de la socialdemocracia europea, que por aquel entonces favorecía únicamente una forma fortalecida del capitalismo de bienestar keynesiano (sin mencionar las corrientes más a la derecha a las que pertenecían tanto Helmut Schmidt como James Callaghan).

Estas tensiones se mantuvieron constantes en paralelo con los esfuerzos por aumentar la cooperación entre sindicatos y partidos a nivel europeo a lo largo de la década de 1970. Aunque se daba un amplio acuerdo sobre temas genéricos (como la armonización social ascendente y la reducción del tiempo de trabajo), también existían desacuerdos importantes sobre cuestiones institucionales importantes, como los poderes del PE o la participación de los trabajadores en la gestión industrial, o incluso sobre la necesidad de romper con el capitalismo. Además, las estructuras encargadas de asegurar su coordinación internacional y europea seguían siendo relativamente débiles en lo que se refería a sus capacidades, insuficientemente financiadas y esencialmente no vinculantes en sus decisiones. Por ejemplo, tras varios años de laboriosas discusiones, los partidos socialistas de la CE renunciaron a la adopción de una plataforma electoral común vinculante para las primeras elecciones europeas. Los partidos comunistas no tenían ninguna estructura institucionalizada para la cooperación a nivel de la CE.

La ambivalencia del Partido Laborista Británico hacia la CE también obstaculizó el camino hacia una Europa social. La perspectiva de la adhesión del Reino Unido representaba una de las principales esperanzas de los socialistas europeos para inclinar la CE hacia la izquierda a principios de la década de 1970. La decisión del partido de «boicotear» las instituciones europeas hasta el referéndum de 1975, y de luego abstenerse de la preparación del manifiesto socialista europeo común en los años siguientes, debilitó el frente de izquierda. A principios de la década de 1980, después de perder las elecciones ante Margaret Thatcher, el Partido Laborista adoptó una posición explícitamente euroescéptica, desacreditando así la viabilidad del proyecto de una Europa social.¹²

Además de las divisiones internas, otra causa clave del fracaso del proyecto de una Europa social fue la incapacidad de la izquierda para construir una amplia

coalición a nivel europeo. Aunque todos estaban de acuerdo en que se necesitaba una alianza extensa, los partidos de izquierda discrepaban constantemente sobre cómo debería ser esta. Algunos, como los socialistas franceses, favorecían una «Unión de la Izquierda» a nivel europeo con los partidos comunistas, muchos de los cuales estaban adoptando estrategias «eurocomunistas». Otros partidos socialistas rechazaron esta idea y prefirieron mirar hacia la derecha a las fuerzas «democráticas y progresistas» entre las familias de partidos democristianos y liberales. La dirección del SPD alemán, por ejemplo, se oponía firmemente a cualquier forma de colaboración con los partidos comunistas. Esta cuestión siguió siendo objeto de intenso debate a lo largo de la década, y creó profundas tensiones dentro de la izquierda europea.¹³

Incluso más allá de tales divisiones, a la izquierda europea en su mayoría le faltaban las habilidades estratégicas necesarias para impulsar eficazmente su agenda a nivel europeo. Por otro lado, el lobbying empresarial estaba en auge en las instituciones europeas.¹⁴ Cuando las discusiones sobre la Directiva Vredeling desataron a principios de la década de 1980 la campaña de lobby más costosa e intensiva en la historia del Parlamento Europeo, tanto los sindicatos europeos como los partidos de izquierda se mostraron incapaces de competir con los intensos y multifacéticos esfuerzos de lobby de los círculos empresariales.

Además, con la excepción del gobierno de Brandt a principios de la década de 1970, los gobiernos de izquierda europeos durante estos años no lograron impulsar propuestas de Europa social en el Consejo. Durante la segunda mitad de la década de 1970, por ejemplo, los gobiernos de la CE (incluidos los liderados por socialistas) abandonaron su compromiso anterior de redactar un segundo Programa de Acción Social. Para cuando los socialistas llegaron al poder en Francia y presentaron nuevas propuestas para una Europa social, la izquierda había perdido su mayoría en el Consejo. Las propuestas de Mitterrand fueron ignoradas cortésmente, también por parte de Schmidt, quien nunca había aceptado el proyecto de «unión social» de su predecesor. La necesidad de garantizar la unanimidad en el Consejo ciertamente obstaculizó el progreso hacia una Europa que pudiera disciplinar el mercado y redistributiva. Pero si los gobiernos de Alemania, el Reino Unido y Francia hubieran impulsado con determinación una agenda «social» a fines de la década de 1970 y principios de la década de 1980, las cosas podrían haber tomado otro rumbo.

Finalmente, una razón clave para la derrota de una Europa social fue la incapacidad de la izquierda europea para generar movilización popular

transnacional en apoyo de un cambio radical a nivel europeo. Tal movilización habría sido necesaria para invertir el equilibrio de poder a favor del laborismo y las personas trabajadoras en los debates sobre la gobernanza europea. Resulta significativo que, aparte de una reunión bajo la Torre Eiffel unos días antes de las primeras elecciones al PE, en esos años los partidos socialistas ni siquiera consideraron movilizar a activistas a favor de su proyecto europeo. Tampoco lo hicieron los comunistas. A lo largo de la larga década de 1970, la política europea no dejó de ser un asunto de líderes de partido, y únicamente una preocupación marginal para aquellos en los escalones medios e inferiores de los partidos socialistas. Además, el fracaso de la izquierda para integrar nuevos movimientos sociales, combinado con una disminución gradual de su apoyo de la clase trabajadora desde la década de 1980 en adelante, haría en última instancia remota las probabilidades de movilización popular a favor de una Europa alternativa.

Las cosas fueron ligeramente diferentes en el frente sindical, donde se produjo un verdadero intento de construir un movimiento transnacional de trabajadores para apoyar un proyecto de Europa social durante finales de la década de 1970 y principios de la década de 1980. Por ejemplo, el Día de Acción Europea y la Semana de Acción organizados en 1978 y 1979 por la CES, que contaron con la participación de millones de trabajadores en toda Europa, marcaron una fase particularmente marcada de activismo para el movimiento sindical europeo. Sin embargo, la propuesta de organizar una huelga coordinada en toda Europa fue rechazada por la mayoría de los sindicatos en el Comité Ejecutivo de la CES para esta ocasión,¹⁵ y la CES no logró conectar verdaderamente con los sindicatos nacionales, o informar y movilizar a los trabajadores en apoyo de una de sus principales luchas europeas: la Directiva Vredeling.¹⁶

En resumen, la izquierda europea nunca logró construir el bloque unido, estratégico y beligerante que hubiera sido necesario para imponer una Europa alternativa.

LECCIONES PARA EL MEMENTO ACTUAL

Hoy en día, sin embargo, son varias las voces en la izquierda que han

comenzado a afirmar que ha surgido un nuevo impulso político para una transformación de Europa progresista, social y ecológica. Argumentan que las crisis sanitarias, climáticas y geopolíticas han obligado a la UE a abrir brechas en el «consenso de Maastricht». Por ejemplo, el Pacto de Estabilidad ha sido suspendido, se ha creado un mecanismo de solidaridad Next Generation EU sin precedentes con un paquete de 750 mil millones de euros respaldado por la creación de bonos mutuos, y se ha creado una incipiente póliza de seguro social (SURE).¹⁷ Suponiendo que realmente haya, hoy, una ventana de oportunidad para cambiar la UE, ¿cómo podría la izquierda europea asegurarse de que no sea cerrada por fuerzas neoliberales y conservadoras con una reafirmación de las reglas de austeridad y desregulación?

El fracaso de la izquierda europea en construir una Europa «social» —o socialista— durante los largos años setenta presenta lecciones importantes para la izquierda actual. Por un lado, sugiere que es necesario un grado justo de pesimismo sobre la posibilidad de transformar la UE en un instrumento de progreso social, democrático y ecológico. Vale la pena enfatizar que en los largos años setenta, el equilibrio de poder era mucho más favorable para los trabajadores y la izquierda de lo que lo es hoy, y el marco de gobernanza socioeconómica europeo era más maleable. Con veintisiete Estados miembros sentados hoy en el Consejo, y gobiernos que se desplazan hacia la derecha y extrema derecha en todo el continente, una Europa social parece cada vez menos posible. Si las recientes crisis han abierto en realidad pequeñas brechas en el «consenso de Maastricht», estas están lejos de ser suficientes para revertir la tendencia, y las fuerzas conservadoras ya están ocupadas reafirmando la austeridad. Un ejemplo: la Comisión Europea presentó su «plan de reforma» del Pacto de Estabilidad hace unos meses, que, tras la pantalla de humo de una «mayor flexibilidad», refuerza las sanciones contra los rendimientos insuficientes.

Al mismo tiempo, este fracaso insta a la izquierda europea que aún cree que la UE puede cambiar, o tal vez ser reemplazada por otro tipo de cooperación europea, a trabajar incansablemente para superar sus propias divisiones internas y debilidades estratégicas. Podría pensarse que hay razones para ser optimista hoy en día, ya que los partidos socialdemócratas, verdes y de izquierda radical, los sindicatos y la sociedad civil están mejor organizados a nivel europeo, la gente está ahora más atenta a la política europea, y la crisis climática está generando un impulso para la movilización transnacional. Sin embargo, para lograr una verdadera reorientación del proyecto europeo, la izquierda tendría que

construir un bloque hegemónico verdaderamente transnacional y claramente opuesto a los bloques neoliberales y conservadores, acordar un programa común para una Europa social, ecológica y democrática orientada a los intereses de los trabajadores, y lanzar una ofensiva basada en un apoyo popular masivo. El camino hacia el éxito es cuesta arriba, y es una colina empinada y rocosa.

INTERGUBERNAMENTALISMO

1

Nicholas Mulder

Al inicio de la tercera década del siglo XXI, Europa se encuentra en una posición ambivalente. Por un lado, el resurgimiento del nacionalismo representa el denominador común en la política del continente. Al mismo tiempo, el proceso de integración y expansión europea, que hasta ahora ha creado vínculos entre casi medio billón de personas, continúa a paso firme, incluso después de una pausa temporal. A pesar de perder a un Estado miembro, Reino Unido, los Estados aspirantes siguen haciendo fila en Europa del Este, incluyendo recientemente a una empobrecida Moldavia y a una Ucrania devastada por la guerra. Hace apenas unos años, resultaba común escuchar predicciones de que la Unión Europea estaba destinada a desmoronarse. Pero tales profecías fueron refutadas por los acontecimientos. Bruselas ha adoptado una postura más protectora, mientras que la mayoría de los partidos nacionalistas se han desvinculado de la idea de abandonar la Unión. Parece que se ha declarado un alto el fuego en la histórica lucha entre nacionalismo e internacionalismo.

La política recompensa los enfoques basados en oposiciones binarias. Sin embargo, cualquier análisis de la evolución histórica exige categorías más complejas. Para entender cómo el nacionalismo ha regresado con tanta fuerza después de que fuera declarada su muerte, debemos retroceder al menos una década y media. La crisis económica de 2008 representó un momento crucial en la política europea. Una crisis bancaria se transformó en una crisis de deuda en la Eurozona que llevó a los gobiernos a adoptar políticas de austeridad contraproducentes. Al mismo tiempo, el impacto de la crisis financiera global desacreditó a las élites gobernantes, y sentó las bases para una tremenda ola de resentimiento popular. La desconfianza sembrada en esos años también dio origen a los tres desafíos internos más serios para la UE, ya que los gobiernos en

Londres, Atenas, Budapest y Varsovia proclamaron que su soberanía nacional estaba siendo atacada por la burocracia despótica de la UE. El centro neoliberal mantuvo su compromiso con el mercado común. Además, un número creciente de partidos empezó a equiparar la pertenencia a la UE con una sumisión voluntaria a los dictados de un mecanismo gigante en Bruselas no sujeto a rendición de cuentas.

Los nacionalistas perciben la UE como una construcción globalista arquetípica. Los conservadores critican a la Comisión Europea por obligar a las poblaciones nativas a aceptar grandes cantidades de refugiados africanos y de Oriente Medio. Alegan que Europa se ha expandido demasiado rápido y se ha vuelto demasiado invasiva, algo que habría beneficiado a los «parásitos» del Sur sin conseguir proteger los bienes de los ahorradores disciplinados en los países «excedentes» del Norte. Estas afirmaciones tienen considerable apoyo político, pero, en muchos aspectos, sobreestiman la generosidad de las instituciones de la UE. La acogida de refugiados en Europa, ya sustancialmente por debajo de su pico temporal en 2015, sigue siendo baja, a la vista de su capacidad económica e institucional. Los contribuyentes y bancos del Norte han obtenido ganancias no desdeñables en sus patrimonios y balances, como consecuencia los rescates a los deudores del Mediterráneo. Y el Banco Central Europeo (BCE), que endureció las condiciones de acceso al capital griego durante el periodo más profundo de la crisis, es una entidad conservadora de acuerdo con los estándares de la Reserva Federal de Estados Unidos, que difícilmente puede ser clasificada como caldo de cultivo del radicalismo.

Mientras que la mayoría de las acusaciones que la derecha dirige contra la UE nacen de una postura nacionalista relativamente reconocible, la izquierda ha desarrollado una crítica que sigue líneas ligeramente diferentes. Los políticos de izquierda han censurado a la UE como una autoridad antidemocrática empeñada en imponer el sistema neoliberal durante años. La salida de Gran Bretaña de la UE alimentó el entusiasmo de algunos por una salida de la izquierda, o «Lexit». Aunque la desconfianza hacia las instituciones europeas representaba una dinámica generalizada en la izquierda británica en la década de 1970, el Brexit, tal como se llevó a cabo de 2016 a 2020, comenzó como una idea de los Partidos Conservador e Independentista, que ha llegado a tener un papel importante en la relación de la izquierda con Europa. Las posturas en torno al Lexit ponen de relieve una división entre los críticos de la Unión en la izquierda. Esta división se centra en el origen de la deficiencia democrática y el sesgo neoliberal de la UE. En este sentido han surgido diagnósticos divergentes, que sugieren a su vez

caminos diferentes hacia una Europa más progresista y democrática.

A lo largo de la última década y media, han surgido dos amplias variedades de antieuropeísmo de izquierda. La primera postura crítica sostiene que la UE es una tecnocracia que no tiene que rendir cuentas, y que por lo tanto no es democrática desde el punto de vista constitucional. De acuerdo con esta interpretación, los Eurócratas no elegidos de la Comisión Europea amenazan la soberanía nacional al imponer reglas presupuestarias, leyes y regulaciones que no implican en momento alguno rendición de cuentas.

Una crítica relacionada con esta última, pero aun así distinta, es que la UE es perjudicial para la democracia nacional porque no es sino un vehículo para el imperio alemán. Según esta interpretación, los tecnócratas simplemente se dedican a cumplir órdenes de Berlín, o bien los alemanes han manipulado las reglas de la Unión a favor del país más grande y poderoso del continente. Otra versión de esta postura es la sugerencia frecuente de que detrás de cumbres en las que participan varios países, la UE no ha dejado de ser en esencia un condominio franco-alemán. En ambos casos, las instituciones de Bruselas funcionan simplemente como una fachada que protege el verdadero centro de poder, que sigue reposando sobre acuerdos entre bastidores entre las potencias tradicionales.

Estos análisis se centran en un problema real: las restricciones de las políticas económicas actuales de la UE y la Eurozona, que han profundizado y prolongado la crisis del continente. Sin embargo, en su afán por contrarrestar la tiranía del mercado, los nacionalistas interpretan erróneamente la naturaleza del proyecto neoliberal en la política europea. El neoliberalismo de la UE no fue orquestado por un único Estado-nación poderoso, para el que el resto del bloque no eran sino sus títeres; tampoco funcionó siguiendo los pasos trazados por un grupo transnacional de globalistas. En cambio, aquello a lo que la izquierda se enfrenta está arraigado en las transformaciones internas que varios Estados miembros experimentaron en las décadas de 1980 y 1990, tras lo cual una multitud de élites nacionales poderosas cooperaron para remodelar las instituciones europeas a su favor.

Aunque se ha apuntado con frecuencia que la variedad de neoliberalismo propia de Alemania, conocida como ordoliberalismo, es la fuente de la disciplina monetaria y fiscal, el giro de la UE hacia la disciplina de mercado nunca habría tenido éxito sin la activa contribución de los otros cinco Estados miembros

fundadores. Políticos franceses, italianos, holandeses, belgas y luxemburgueses fueron tan responsables como sus homólogos alemanes en convertir a la UE en un conjunto de democracias «conformes al mercado». Desde entonces, un creciente círculo de ministerios más allá de estos seis ha adoptado el consenso neoliberal como algo propio.

Lo anterior significa que la verdadera fuente del neoliberalismo en Europa no es ni la tecnocracia ni la hegemonía, sino un problema específico del continente: el intergubernamentalismo. En consecuencia, los nacionalistas de izquierda en partidos como el Partido Laborista Británico, La France Insoumise en Francia y Die Linke de Alemania tienen la intuición correcta sobre dónde una política progresista podría superar al sistema neoliberal, a nivel nacional. Sin embargo, su coqueteo con la idea de salir de la Unión ha representado una estrategia equivocada para lograr ese objetivo. Para abordar los problemas intergubernamentales, las izquierdas nacionales han tenido que unir fuerzas a nivel europeo. El desafío al que se enfrenta la izquierda europea es principalmente cómo contrarrestar la disciplina neoliberal, tanto a través como más allá del Estado-nación. Con el doble impacto de la pandemia y la guerra ruso-ucraniana parece estar surgiendo un período de intervencionismo estatal renovado. Pero si esta nueva disposición puede ser orientada hacia fines progresistas sigue siendo una pregunta abierta.

*

Los debates en torno al carácter neoliberal de la UE representan, en cierto sentido, debates sobre historia e identidad. Una respuesta inicial al shock de 2008 por parte de Europa consistió en culpar a la ideología del libre mercado angloamericana por infectar a un continente tradicionalmente socialdemócrata. Esto no dejaba de ser una argumentación más bien débil a un nivel puramente material: como ha relatado Adam Tooze, el sobredimensionado sector bancario de Europa desempeñó un papel clave en la crisis financiera global. La impresión de inocencia europea es asimismo insostenible desde el punto de vista ideológico; académicos como Quinn Slobodian han recapitulado los orígenes centroeuropeos de muchos pensadores clave del neoliberalismo en la última década. Algunos historiadores del neoliberalismo han pensado en términos de un

«camino desde Mont Pèlerin», la ciudad suiza donde surgió en 1947 la red más influyente de economistas y abogados partidarios del *laissez faire*.

Analíticamente, este argumento presupone un patrón de influencia que se extiende hacia afuera desde un único centro: las propuestas favorables al mercado pueden haberse adaptado a contextos locales, pero esencialmente derivaron de una plantilla única y concentrada.

Pero existe una diferencia entre el punto de origen concentrado de las ideas neoliberales y los éxitos difusos del neoliberalismo como programa electoral y agenda política. Después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania Occidental fue atípica en el sentido de que nunca adoptó el tipo de política económica fuertemente intervencionista que caracterizó el crecimiento de posguerra en otros lugares. Por esta razón, Alemania juega un papel importante en la mayoría de los relatos sobre cómo la UE adoptó el neoliberalismo, siendo la reunificación alemana un punto de inflexión clave. Los críticos de la UE de izquierda a menudo razonan en sentido contrario: en vista de que los tratados de la Eurozona y la UE han beneficiado desproporcionadamente a Alemania, esas instituciones fueron necesariamente concepciones alemanas desde el principio. Siguiendo esa lógica, la moneda común y la estructura de disciplina presupuestaria son presentadas como instrumentos del poder alemán sobre el continente. La implicación es que recuperar la soberanía nacional al abandonar el euro o la Unión permitirá a los Estados miembro como Francia, Italia y España volver a su inclinación natural hacia regímenes de bienestar estatista con gastos elevados. Wolfgang Streeck, el intelectual nacionalista de izquierda más conocido, ha argumentado que los países del sur de Europa no tenían la estructura adecuada para integrarse en una unión monetaria con Alemania, ya que su modelo social se basaba en el aumento de la deuda pública y la inflación moderada. De manera más amplia, predomina la opinión generalizada de que Bonn y luego Berlín obligaron a estos países al corsé antiinflacionario del BCE, presentado por los críticos como esencialmente una copia del ortodoxo Bundesbank alemán.

Las trayectorias políticas de los cinco países de la Comunidad Económica Europea no alemanes en la década de 1980 y principios de la década de 1990 arrojan una imagen diferente. Las élites de estos países priorizaron sus propias agendas, por sus propias razones. François Mitterrand, elegido presidente de Francia en 1981 con la esperanza de una transformación socialista, siguió políticas económicas de izquierda durante menos de dos años antes de capitular en su infame «giro hacia la rigurosidad» en marzo de 1983, tras lo cual se convirtió en el privatizador más ávido en la historia del país. La agenda de

liberalización de Mitterrand fue dirigida por un grupo de influyentes miembros del Partido Socialista, que eventualmente lideraron una campaña global para abolir los controles de capital: Jacques Delors, primero ministro de Finanzas de Mitterrand y luego presidente de la Comisión Europea; Michel Camdessus, gobernador del Banco de Francia y presidente del FMI de 1987 a 2000; y Henri Chavranski, quien dirigió los movimientos de capital en la OCDE. Lejos de ser víctimas de la hegemonía alemana, estos decisores conscientemente trataban de transformar sus economías políticas para ajustarse al nuevo contexto modelado por el fin de los tipos de cambio fijos y el inicio de la financiarización mundial. Querían Estados más eficientes que pudieran preservar las provisiones sociales en un entorno internacional mucho más difícil.

Una transformación nacional similar con miras a la competencia global ocurrió en los Países Bajos, donde el demócrata cristiano Ruud Lubbers (1982-1994) obligó a los sindicatos laborales de su país a un nuevo pacto de supresión salarial. Esto permitió a los neerlandeses seguir la trayectoria de crecimiento impulsado por las exportaciones y las políticas de dinero sólido de Alemania, pero de ninguna manera se hizo por expresa imposición de los alemanes. En el sur, Italia superó temporalmente al Reino Unido en términos PIB en 1991 para convertirse en la quinta economía mundial, en el llamado sorpasso o «adelantamiento», pero las ganancias desiguales de este crecimiento se vieron exacerbadas por una enorme expansión de la deuda pública. Tras la implosión de todo el sistema político italiano de posguerra en 1992, Silvio Berlusconi y sus sucesores comenzaron a perseguir en firme políticas de privatización y desregulación. Un procedimiento similar de tala y quema en Bélgica bajo el primer ministro Wilfried Martens (1981-1992), quien redujo impuestos y casi duplicó la deuda gubernamental, estableció las bases para que sus sucesores recortaran prestaciones.

Sin embargo, puede ser que el Gran Ducado de Luxemburgo, el más pequeño de los seis fundadores, ilustre mejor la conversión de las élites nacionales de Europa al neoliberalismo. Un territorio montañoso con una población de menos de 400.000 personas, la economía siderúrgica de Luxemburgo respaldó un estado de bienestar demócrata-cristiano durante gran parte del período de posguerra. La posición intersticial del ducado, además de su política moderada, también lo convirtieron en una fuente de presidentes de la Comisión Europea: el primer ministro Pierre Werner propuso una moneda común como estrategia para ganar independencia de la hegemonía estadounidense ya en 1970. Pero a medida que las ideas de libre mercado arrasaban las capitales europeas en la década de

1980, el significado de una mayor integración económica y financiera cambió. Bajo el primer ministro Jacques Santer (1984-1995), el ducado se reinventó como un paraíso fiscal global para las empresas, y un refugio para fondos de mercado monetario de todo el mundo. La agenda de Santer fue ejecutada por su mano derecha, el afable y discreto abogado Jean-Claude Juncker.

En los casi setenta años desde que comenzó la integración, los luxemburgueses nunca vacilaron en su apoyo al proyecto europeo. Comprendieron desde el principio su naturaleza fundamentalmente intergubernamental. En resultado, si no en forma, las instituciones europeas no se asemejan al Reich alemán, a una federación desequilibrada dominada en su momento por Prusia, sino más bien al Sacro Imperio Romano Germánico, una máquina idiosincrática y extraordinariamente duradera que destacaba en la protección de los estados pequeños. Lejos de crear un libre juego sin fronteras dominado por países grandes, la CEE posibilitó políticas de bienestar, industriales y agrarias que fortalecieron la soberanía nacional (un hecho demostrado en el todavía incomparable estudio del historiador Alan Milward sobre la integración europea, «El Rescate Europeo del Estado-Nación» [1992]).

Cuando la UE fue creada en 1993, las reorientaciones neoliberales internas de los seis países fundadores contribuyeron fuertemente a que adquiriera un carácter más disciplinario que su predecesora. Las dos instituciones más importantes de la nueva UE fueron el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC) y el BCE. El PEC era un tratado intergubernamental que expresaba el deseo de las élites nacionales en los seis países fundadores de remodelar sus propios países como democracias «conformes al mercado» que pudieran ser independientemente resilientes y competitivas; en consecuencia, limitaba los déficits presupuestarios anuales al 3% del PIB y la deuda gubernamental total al 60% del PIB. Sin embargo, el impacto potencial de estas restricciones resultó ser mucho más limitado de lo imaginado inicialmente: tanto París como Berlín rompieron las pautas de deuda y déficit del tratado en la primera década de su existencia. No existía un mecanismo sólido de aplicación contra los infractores presupuestarios, por lo que el PEC eran tan estricto como lo era la voluntad de los gobiernos nacionales de cumplir con él. El mercado de bonos internacional habría proporcionado normalmente otra forma de disciplina contra el gasto gubernamental desmesurado. Del mismo modo, los inversores se hubiesen negado a financiar presupuestos desequilibrados. Pero el efecto disciplinario del mercado de bonos fue sofocado por un enorme auge crediticio global sin precedentes en la historia del sistema capitalista, que comenzó a principios de la

década de 2000. En vísperas de la crisis, Grecia disfrutaba de costes de endeudamiento solo ligeramente más altos que los de Alemania.

El BCE también funcionó más como una plataforma de colaboración que como un dictador monetario. Durante su primera década no tuvo que reprimir la inflación de sus miembros, ya que los banqueros centrales nacionales representados en su consejo ya lo habían hecho en sus propios países durante años. El primer presidente del banco, el socialdemócrata holandés Wim Duisenberg, había sido influenciado por la búsqueda de un florín fuerte en los años setenta y ochenta como la única garantía holandesa de éxito en la economía mundial, una creencia que ahora mantenía como modelo para otros estados miembros.

El giro institucional de Europa hacia el neoliberalismo en las décadas de 1980 y 1990 no fue impulsado únicamente por ideas globalistas y presiones externas, sino también por la primacía de la política interna. Se trató de un proceso caótico y contingente que tuvo lugar de manera independiente en diferentes países, el antiguo equilibrio de la posguerra entre el capital y el trabajo fue desplazado por un nuevo consenso entre grupos empresariales, decisores políticos, y políticos de centro-izquierda y centro-derecha. En lugar de una Alemania hegemónica, fueron pequeños países como los Países Bajos y Luxemburgo, así como los Estados nórdicos que ingresaron en 1995, especialmente Finlandia, los actores cruciales en la expansión de los mercados en todo el continente. Fue en los nuevos Estados miembros, en lugar de en sus antiguos miembros del oeste, sur y centro de Europa, donde el PEC impuso una disciplina real. Seguir las restricciones del SGP se convirtió en la prueba de fuego para ingresar al área de la moneda común de la Eurozona tras 1999. Es por este motivo que los Estados que llegaron a constituir la Eurozona después de 2002 adquirieron un papel dominante, aunque no omnipotente, dentro de la UE: sus élites creían que se habían transformado con éxito en el tipo de economías capaces de competir globalmente. La pertenencia a la zona euro abrió la puerta a flujos enormes de capital internacionales, lo que aflojó la rigidez del SGP en relación con los límites de gasto y una política monetaria común.

Las mismas destrezas a las que habían recurrido las élites de los países pequeños para construir consenso en sus países se aplicaban ahora para encandilar y persuadir a los nuevos participantes de que cumplieran con las reglas. Para 2004, cuando ocho antiguos países comunistas de Europa Central y del Este, además de Malta y Chipre, se unieron a la UE, el paquete de políticas conformes al

mercado estaba listo para ser adoptado de inmediato por los neófitos. Deseos de romper con los vestigios del socialismo estatal, élites poscomunistas desde Sofía hasta Tallin, y desde Bratislava hasta Bucarest, estaban comprensiblemente entusiasmadas con su incorporación a la Unión en la década de 2000. La adhesión a la UE difundió no solo las fuerzas del mercado, sino también cientos de miles de millones en fondos estructurales y regionales de la UE, así como el acceso al creciente depósito de crédito bancario occidental. La combinación de préstamos bancarios, inversiones de capital y remesas de trabajadores migrantes en Europa occidental prometía un crecimiento rápido, en contraste con un rendimiento mediocre en la década de 1990. Aunque este camino hacia la prosperidad requería un cambio interno enorme, no fue impuesto desde arriba; muchos gobiernos de los nuevos Estados miembro lo buscaron con entusiasmo por sí mismos, al igual que los Estados de la CEE que se habían embarcado por primera vez en esta dirección en la década de 1980.

La transformación neoliberal de Europa alcanzó su apogeo con el Tratado de Lisboa de 2009, cuyo prefacio definía a la UE como una «economía social de mercado», el lema ordoliberal original desarrollado por los demócratas cristianos en la Alemania Occidental de la década de 1940, en la que el papel económico del Estado era el de árbitro, no de jugador. La medida de esta victoria de conformidad con el mercado era cuántos gobiernos socialdemócratas implementaron estas reformas: el SPD de Gerhard Schröder en Alemania, el PS de Lionel Jospin en Francia, las coaliciones L'Ulivo de Romano Prodi en Italia, el New Labour de Blair y Brown en Gran Bretaña, así como con qué avidez lo hicieron. Los múltiples caminos políticos hacia el Tratado de Lisboa, un proceso de convergencia autodirigido de décadas, son muy diferentes de la única «carretera desde Mont Pelerin» concebida como la difusión centralizada del fundamentalismo de mercado. El primer paso hacia una política europea progresista es reconocer que este consenso neoliberal existe en cada Estado miembro de la UE, que se construyó allí y que, en consecuencia, se sostiene o cae con su aceptación a nivel nacional.

*

Sin embargo, no se puede negar que las disposiciones del PEC y su sucesor más

reciente de 2011, el llamado Pacto Fiscal, siguen predominando en Europa. ¿De dónde surge este impulso conservador en la postura económica de la UE? Proviene, en gran parte, del Consejo de la Unión Europea. Este órgano intergubernamental es, como lo describió Perry Anderson en 1996, «una cuasi legislatura de sesiones ministeriales, protegida de cualquier supervisión nacional, que funciona como una especie de cámara alta», y es tan poderosa y conservadora como el Senado de Estados Unidos. Lo que Anderson no pudo prever era que la gestión del euro crearía una fortaleza interna dentro de ese mismo senado. El Eurogrupo, creado en 1998, reúne a los diecinueve ministros de finanzas de los países de la eurozona. No es una institución europea, en el sentido más oficial del término, y su existencia legal se basa en un único artículo del Tratado de Lisboa, que establece que debe «reunirse de manera informal». Dotado de un poder enorme y sin rendición de cuentas, el Eurogrupo representa el principal obstáculo en la lucha de las izquierdas europeas contra la austeridad.

La fuerza disciplinaria del Eurogrupo quedó patente en su confrontación con el gobierno griego de izquierdas de Syriza en 2015. Lo que finalmente rompió la resistencia griega a la austeridad fue el poder colectivo de dieciocho ministros de Finanzas democráticamente elegidos, incluyendo a los de países profundamente afectados por la crisis como Irlanda, Portugal, España, Italia y Chipre. Estos ministros de finanzas provenían de coaliciones de centro-derecha, eminentemente promercado, y habían sometido a sus propios países a severos recortes presupuestarios en años anteriores. Por lo tanto, estaban resueltos a no permitir que Atenas escapara. No fue una burocracia supranacional, sino el acuerdo intergubernamental sobre la austeridad y en contra de una reestructuración de deuda más generosa lo que obligó a Syriza a ceder. El resultado, tanto en los países de origen de estos ministros como en Grecia, fue una devastación social y económica enorme.

El Eurogrupo no está sujeto a supervisión democrática externa. Sin embargo, sus miembros son ministros de gobiernos nacionales elegidos democráticamente. Por lo tanto, la toma de decisiones sobre los presupuestos europeos no es tanto democráticamente deficiente como democráticamente desequilibrada: permite a las coaliciones de gobiernos nacionales imponer presupuestos conservadores al resto de la zona monetaria y, a través de efectos económicos indirectos, a toda la Unión. En teoría, un Parlamento Europeo con sus propios partidos políticos podría ser una fuerza compensatoria poderosa contra el consenso disciplinario del Eurogrupo. Sin embargo, el actual Parlamento Europeo está dominado por constelaciones de socios poco flexibles y contradictorios. Predominan los

legados de la democracia cristiana de posguerra y el centrismo, de modo que hasta hace poco Angela Merkel y Viktor Orbán compartían el mismo partido paraguas, mientras que los progresistas están dispersos en bloques de partidos de izquierda-verde, socialdemócratas, verdes y liberales. Una asamblea tan fragmentada no puede hacer frente al inmenso poder de los órganos intergubernamentales de la UE, que siguen dominados por los jefes de gobierno nacionales, en cuyas manos reposa el éxito o fracaso de las políticas europeas.

Emmanuel Macron ha intentado ganar el apoyo de Merkel para expandir las instituciones de la eurozona, proponiendo un presupuesto autónomo para la eurozona e incluso un parlamento. Sin embargo, estos esfuerzos reformistas están siendo bloqueados no por un único país hegemónico ni por una burocracia descontrolada, sino por un grupo de pequeños países —los Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Finlandia, los tres Estados bálticos e Irlanda— que se autodenominan la Nueva Liga Hanseática. Al igual que la Antigua Liga Hanseática, donde las prósperas ciudades mercantiles del Mar del Norte y del Báltico se unieron para proteger su riqueza de los impuestos del Sacro Imperio Romano Germánico, las pequeñas democracias del norte de Europa están frenando a los Estados miembros más grandes. La importante diferencia es que no están asediadas por ninguna fuerza externa, salvo los tratados presupuestarios que ellas mismas redactaron.

*

La historia de cómo Europa pasó de adoptar políticas de estímulo a políticas de disciplina económica a escala continental explica la profundidad de la crisis actual. Sin embargo, no aclara por qué la izquierda no ha resurgido. Muy al contrario los gobiernos europeos han intensificado tanto la austeridad como el nacionalismo.

Así, en todo el continente, el apoyo tradicional de la clase trabajadora a los partidos de centro-izquierda se ha desvanecido prácticamente en las últimas tres décadas, un fenómeno conocido como «pasokización», en referencia al destino del partido socialdemócrata griego PASOK, cuya implicación en el auge financiero de Grecia acabó con su base de apoyo después de 2009. En Gran

Bretaña, el Partido Laborista sufrió reveses significativos tanto en las elecciones de 2010 como en las de 2015, antes de su reorientación bajo Jeremy Corbyn. Pero fue en 2017 cuando los votantes castigaron realmente a los partidos socialdemócratas «pasokizados» del núcleo tradicional europeo. En las elecciones parlamentarias holandesas de marzo, el Partido Laborista (al que pertenece Jeroen Dijsselbloem, presidente del Eurogrupo que aplastó a Syriza) experimentó una derrota histórica en sus setenta años de existencia. La victoria centrista de Macron en las elecciones presidenciales francesas de mayo canibalizó tanto votos como personal del moribundo Parti Socialiste. En septiembre, no sorprendió a muchos cuando el SPD alemán obtuvo sus peores resultados electorales desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras la izquierda parlamentaria se desmorona, la combinación de la crisis económica y la ansiedad de la derecha por la inmigración ha dado lugar a una reconfiguración nacionalista del neoliberalismo, lo que el geógrafo económico Reijer Hendrikse ha denominado acertadamente «neoliberalismo». Aunque difieren en sus posturas sobre las instituciones europeas e internacionales y la inmigración, todos los partidos europeos de centro-derecha se han vuelto más nacionalistas. El caso más atroz y conocido de esta tendencia es Viktor Orbán y su partido Fidesz. Desde sus inicios como un movimiento liberal en la década de 1990, Orbán ha transformado su partido en una formación nacionalista chovinista que favorece el enriquecimiento oligárquico de sus aliados, mientras reescribe la Constitución húngara para negar el papel del país en el Holocausto y ubica a los refugiados de Oriente Medio en campos de concentración.

Un proceso más amplio de «fideszificación» ha afectado a las democracias de todo el continente. Los gabinetes liberales y conservadores de centro-derecha, que dependen de la extrema derecha para el apoyo en coaliciones, han sido especialmente vulnerables. Tanto Dinamarca como Austria se encuentran en esta situación. En 2016, el gobierno danés fue pionero en una ley que permitía decomisar las posesiones de valor de los solicitantes de asilo, incluyendo joyas; una política que poco después fue adoptada por el canciller austriaco de treinta y dos años, Sebastian Kurz, un defensor del cierre de fronteras que gobierna junto al neofascista FPÖ. Mientras tanto, en Roma, la Lega de Matteo Salvini ha pasado de ser un pequeño partido separatista proempresarial a una influyente formación nacionalista italiana, ganando popularidad por su duro trato a los refugiados y su abierto desafío a Bruselas.

Sin embargo, el patriotismo de Salvini se limitó a sentar las bases de un retorno

histórico más siniestro. Tras un breve interludio de gobierno tecnocrático bajo Mario Draghi durante los años de la pandemia, las elecciones de septiembre de 2022 arrojaron un asombroso resultado en forma de victoria para una formación posfacista como Fratelli d'Italia. Así, casi cien años después de la Marcha de Mussolini sobre Roma, Italia eligió a su primera mujer y a su primera líder gubernamental neofascista. Sin embargo, esto no se tradujo en un Italexit, ni siquiera en críticas al euro. Tras dejar claro que la política económica seguiría en manos de los economistas ortodoxos de la universidad privada de Milán —los Bocconi Boys— y asegurar a los socios de la OTAN que mantendría el apoyo a la defensa de Ucrania contra Rusia, Meloni logró ser aceptada e incluso bienvenida en las capitales del Atlántico Norte. Con el apaciguamiento tanto de las élites financieras como de sus socios en materia de seguridad, la política europea se convirtió en un lugar seguro para una política ultranacionalista escarmentada.

La trayectoria de Italia fue un presagio de lo que ocurriría en los seis países europeos más importantes de la antigua CEE. Los sucesivos gobiernos del primer ministro holandés, Mark Rutte, entre 2010 y 2023, le convirtieron en el jefe de gobierno más longevo de la UE después de Orbán. A nivel europeo, Rutte se posicionó como un intermediario privilegiado en la cuestión de la inmigración. Pero su denuncia de las «élites de las grandes ciudades que beben vino blanco» dejó claro que él también podía entrar en el juego de Orbán, Kurz y Salvini. Rutte intentó abiertamente imponer cuotas de admisión de inmigrantes a los países del Este de Europa. Pero esa supuesta coordinación a nivel europeo fue internacionalista solo en apariencia; las cuotas permitieron a Rutte apaciguar a la extrema derecha neerlandesa, en rápido crecimiento, aceptando menos personas inmigrantes en los Países Bajos. En 2017 hizo campaña con lenguaje nixoniano en nombre de una «mayoría silenciosa» que quiere que los extranjeros «se adapten o se vayan». Mientras tanto, el gobierno neerlandés desvió los intentos de la Comisión Europea de poner fin a la condición de paraíso fiscal de los Países Bajos. El efecto general ha sido el de desplazar el marco discursivo de la política holandesa a la extrema derecha.

También en este caso el resultado electoral era perfectamente previsible, y la victoria de la extrema derecha fue mucho más inesperada por su tardanza en producirse que por su amplitud. En noviembre de 2023, el Partido de la Libertad de Geert Wilders obtuvo el mayor porcentaje de votos en las elecciones parlamentarias neerlandesas; trece años de centrismo neoliberal fueron así relevados por una combinación experimental de nacionalismo derechista y

asistencialismo conservador. En Alemania, la ultranacionalista Alternativa para Alemania se había convertido en 2023 en el segundo partido más grande del Bundestag, superando a cada uno de los partidos socialdemócratas, verdes y liberales de la coalición gobernante de Olaf Scholz. La ultraderecha alemana hace tiempo que puso fin a la hegemonía política de la CDU en la era Merkel, obligándola a virar a la derecha en materia de inmigración y restringiendo su margen de maniobra en futuras iniciativas a escala europea.

El giro nacionalista del centro-derecha europeo combinó una mayor apertura a la movilidad de capitales y reformas favorables a las empresas con una mano dura contra los inmigrantes y la población no autóctona. La fideszificación es una estrategia de equilibrismos. Capaz de defender el statu quo cuando es posible y dispuesta a coquetear con el radicalismo de extrema derecha cuando resulta necesario, la derecha está muy bien posicionada para poder beneficiarse tanto de los votantes prudentes como de los votantes enfadados. Esto le ha dado un dominio casi natural en países en los que la izquierda se ha dividido entre partidos de centro-izquierda pasokizados y una extrema izquierda euroescéptica.

*

Casi no existe en este panorama una política progresista de izquierda que sea al mismo tiempo antineoliberal y proeuropea. El intento de Yanis Varoufakis de combinar la pertenencia a la eurozona con una economía expansiva y el alivio de la deuda en la primavera de 2015 terminó en derrota. El exministro de Finanzas griego ha seguido luchando contra el neoliberalismo a nivel paneuropeo a través de la creación de una nueva «internacional progresista», el Movimiento Democracia en Europa 2025 (DiEM25), que se presentará a las elecciones parlamentarias europeas de primavera de 2019. Con la bandera de un Nuevo Pacto Verde global, DiEM25 ha unido fuerzas con el ala progresista del Partido Demócrata estadounidense bajo Elizabeth Warren, Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez. Aunque la agenda del movimiento es astuta, es dudoso que pueda conseguir un amplio apoyo popular en toda Europa. La izquierda radical en países como Gran Bretaña y Francia tiene impulso electoral, pero formaciones como el Partido Laborista o La Francia Insumisa están profundamente divididas sobre su participación activa en el proyecto europeo.

En estas condiciones, las perspectivas de un europeísmo de izquierdas son inciertas.

NextGenEU es un punto de inflexión significativo en la historia económica europea. Se ha abandonado una década de rigor austericida y se ha dado un impulso fiscal y de inversión muy necesario. Hoy existe una aceptación generalizada de que hay que revisar las normas fiscales de la UE. En diciembre de 2023 se adoptó una nueva fórmula para la interpretación del PEC y del Pacto Fiscal. Aunque sigue siendo solo un modesto alejamiento de la disciplina de mercado, la idea de que las políticas neoliberales son la condición sine qua non de la integración europea se ha quedado por el camino. Alemania y los «frugales» de la Liga Hanseática siguen insistiendo en que hay que respetar las reglas en esta cuestión. Pero el espíritu de la época les ha pasado claramente por encima. En todo el mundo, los principales Estados capitalistas han respondido a la pandemia y a las crisis geopolíticas subsiguientes con grandes aumentos del gasto. Lo que el periodo 2020-2022 puso al descubierto en Europa fue una verdad histórica fundamental de la historia del continente como comunidad: cuando la perspectiva ideológica dominante cambia bajo la influencia de los acontecimientos, tarde o temprano también lo hace el carácter de sus instituciones compartidas.

El impulso protector se ha expresado en el gasto público, la redistribución, los impuestos sobre los beneficios extraordinarios, los aranceles y el apoyo estatal a las industrias estratégicas y la fuerte subvención al desarrollo de las energías renovables. Todas estas medidas son bienvenidas. El problema no son las políticas en sí, sino la orientación política general que las impulsa. En lugar de ser redistributivo y solidario, el nuevo intervencionismo es predominantemente de naturaleza nacionalista y xenófoba. Incluso las facciones progresistas y liberales de la política europea defienden ahora una mayor supervisión estatal de las grandes industrias en términos de defensa nacional contra las amenazas extranjeras, más que como formas necesarias de provisión de bienes públicos.

La lenta victoria de una suerte de nacionalismo subterráneo en la política europea durante la década de 2010 ha dado forma, por tanto, al nuevo consenso político de la década de 2020. Una vez más, las políticas de Bruselas reflejan la suma de las preferencias nacionales, más que las perspectivas de la tecnocracia de la UE o los deseos de unos pocos Estados miembros dominantes. El intergubernamentalismo ha demostrado ser capaz de acomodar la era neomercantilista en la que estamos entrando tan bien como el consenso

neoliberal que consagró durante el periodo 1991-2020. Para bien y para mal, el terreno en el que deberá desarrollarse la política europea es este campo intergubernamental. Se extiende dentro y entre los Estados nación, unidos por instituciones comunes. Este es el extenso espacio de toma de decisiones que la izquierda progresista debe dominar: el Sacro Imperio Romano Germánico de nuestros tiempos.

EPÍLOGO

Lea Ypi

Este libro representa un primer esfuerzo en la ambiciosa tarea de esbozar una comprensión de la política global que responda a los desafíos colosales de nuestro tiempo. A lo largo de estas páginas se han discutido numerosos conceptos, desde el neoliberalismo hasta las fronteras, pasando, por supuesto, por el Estado. Sin embargo, quiero concentrarme en un término crucial para la democratización de las relaciones internacionales, que a menudo es pasado por alto por la izquierda global: la libertad.

El progreso es una noción tan esencial como problemática. Es indispensable para mejorar nuestra realidad, pero también representa una amenaza, ya que su búsqueda ha llevado al paternalismo liberal, la dominación colonial y las narrativas de superioridad cultural. En este texto, reflexiono sobre cómo podría conceptualizarse el progreso de una manera que esté íntimamente ligada a una concepción robusta de la libertad. Asimismo, planteo esta cuestión de manera que nos invite a considerar tanto la microhistoria como la macrohistoria: cómo los grandes eventos históricos dan forma y restringen las vidas de los individuos atrapados en ellos, y cómo las instituciones políticas actuales intentan, pero a menudo fallan, en promover ciertos ideales morales. Para avanzar, debemos reconocer dos tipos de fallos: el de los Estados socialistas, que no lograron proveer la libertad prometida, y el de las instituciones capitalistas liberales, que no han sabido extender la libertad más allá de las élites y unas pocas sociedades occidentales. De hecho, aunque muchos piensan que el socialismo aboga por la igualdad y la justicia y que el liberalismo prioriza la libertad, la tradición socialista desde Marx ha defendido en realidad las mismas ideas de libertad que constituyen el núcleo filosófico del liberalismo. Lo que hace es llevar estas ideas aún más lejos, señalando las limitaciones de las teorías liberales, por ejemplo, cómo se restringen los conceptos de libertad a ciertas categorías de personas: ciudadanos de un estado particular o miembros de una clase social específica.

No obstante, no deberíamos adherirnos ciegamente ni al socialismo ni al liberalismo como ideologías cerradas. Propongo, en cambio, reflexionar sobre las contradicciones inherentes a la experiencia de la libertad: la tensión entre los ideales morales a los que aspiramos y la manera en que estas aspiraciones son interpretadas y aplicadas por las instituciones realmente existentes.

Tomemos, por ejemplo, la libertad de movimiento. Recuerdo mi primer viaje a Occidente con mi abuela cuando tenía alrededor de once años. Fue la primera vez que se permitió a los ciudadanos albaneses viajar fuera de su país. El discurso oficial había cambiado radicalmente: antes, la imposibilidad de viajar se atribuía a restricciones internas, como la falta de permiso del Estado o de pasaporte. Pero entonces, tras la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, con el abandono del socialismo estatal, de repente, el Estado empezó a emitir pasaportes a sus ciudadanos. Sin embargo, pronto descubrimos que poseer un pasaporte no era suficiente; también necesitabas un visado, cuya emisión dependía de otro país. De esta manera, las barreras a la libertad de movimiento, que siempre habíamos asumido como limitaciones internas, se revelaron como externas. Nos encontramos con que no podíamos viajar no solo por restricciones propias, sino porque otros países nos lo impedían. Pero si valoramos la libertad de circulación, esta debe importar tanto para la emigración como para la inmigración: tanto para dejar tu propio país como para ingresar en otro. Si me dicen que soy libre de salir de esta sala de conferencias, pero al llegar al pasillo encuentro todas las puertas cerradas, ¿soy verdaderamente libre de ir a donde desee? Justo en el momento en que los Estados socialistas del Este dejaron de disparar a sus ciudadanos en las fronteras, los países capitalistas occidentales comenzaron a desplegar barcos para patrullar sus mares. Los migrantes continuaron muriendo; solo cambió el color de los uniformes y las banderas bajo las cuales se cometían los crímenes.

Traigo a colación el tema de la migración por ser una cuestión crucial en las democracias liberales actuales, y porque ofrece una lente adecuada para examinar las falencias en las visiones dominantes sobre la libertad, aquella que se concede a algunos pero se niega a otros. Pero también porque permite una reflexión más amplia sobre la relación entre libertad y progreso, tema al que volveré más adelante. Nuestra interconexión global es tal que los efectos de una injusticia en un punto del planeta se sienten en todos lados: la migración es una manifestación palpable de esto. Por tanto, resulta ilógico pensar que podemos simplemente cerrar fronteras o concretar la libertad en un lugar, en un Estado o grupo de Estados, para un grupo específico de personas. Debemos

conceptualizar la libertad como un bien global, y la democracia, como una realidad global. ¿Cómo podemos lograr esto?

La crisis actual de la democracia ha evidenciado una tensión peculiar. Por un lado, ha desafiado las teorías globalizadoras que predecían —y a menudo celebraban— el fin del Estado-nación y el ocaso de la soberanía. Por otro, ha puesto de manifiesto su alejamiento de la única concepción de soberanía que dota al Estado de atractivo moral y legitimidad democrática: la soberanía popular, la idea de que todos somos autores en igualdad de condiciones de las leyes a las que estamos sujetos.

El ideal moderno de democracia se fundamenta en un concepto de legitimación distintivo, divergente de aquellos prevalecientes en la antigüedad, donde la comunidad era la fuente de las normas morales, o en la época medieval hasta el inicio de la modernidad, donde predominaba la idea del derecho divino de los reyes. El concepto moderno de legitimación está íntimamente ligado a la libertad, y se utiliza para justificar por qué los individuos, nacidos libres e iguales, aceptan renunciar a la libertad sin restricciones del estado de naturaleza a cambio de la libertad que se obtiene al unirse a otros bajo un sistema de leyes. Esta noción de legitimación democrática también aclara por qué, en situaciones de emergencia, solo el Estado tiene la autoridad para suspender o limitar temporalmente aquellas libertades fundamentales que tiene el deber de proteger: la libertad de movimiento, de asociación o de participación electoral.

Estas libertades, al menos en teoría, están aseguradas en los documentos fundacionales de la mayoría de las democracias liberales actuales. Sin embargo, la mayoría, si no todas, han experimentado suspensiones o restricciones como parte de las medidas de emergencia adoptadas frente a diversas crisis recientes: crisis financieras, emergencias sanitarias, conflictos bélicos, entre otros. Aunque las emergencias suelen ser fenómenos de corta duración, revelan una preocupación de largo alcance. Las normativas de emergencia establecen un precedente para una acumulación de poder sin precedentes en manos de unos pocos: científicos expertos, autoridades de control de datos, élites económicas y políticas que continúan apoyándose en la autoridad del Estado para exigir obediencia a todos, pero ofreciendo protección solo a algunos.

Por consiguiente, el desafío del progreso político está vinculado a la necesidad de reevaluar los fundamentos de la democracia a la luz de nuestras experiencias históricas. La caída del socialismo en Europa del Este nos ha enseñado que

ciertas libertades —como la libertad de expresión, de pensamiento, de protesta, de asociación y de movimiento— no deben ser objeto de negociación. Sin embargo, es crucial combinar la firme protección de estas libertades de primera generación con garantías robustas de las libertades sociales, es decir, la libertad de prosperar y de desarrollar el potencial moral de las personas. En otras palabras, estas libertades de primera generación deben ser significativas. La libertad de pensamiento es vital, pero ¿qué valor tiene si las personas no tienen acceso a la cultura? ¿Qué significa cuando nuestros pensamientos están condicionados por flujos de datos y algoritmos que benefician a compañías privadas?

Por lo tanto, un compromiso auténtico con la libertad implica repensar los cimientos de la democracia. Para lograrlo, debemos reexaminar la relación entre el liberalismo y el capitalismo, considerándolos como fenómenos históricos, con todas sus promesas incumplidas y fracasos. Este análisis nos permitirá comprender mejor cómo fortalecer las bases de una sociedad democrática que verdaderamente valore y promueva la libertad en todas sus dimensiones.

Desentrañar esta cuestión no es sencillo. El liberalismo engloba un espectro ideológico muy amplio y no debe confundirse con el capitalismo. Mientras que el capitalismo se define por sus relaciones políticas y económicas, el liberalismo se fundamenta en un conjunto de ideas. Aunque el capitalismo depende en gran medida del respaldo de teorías liberales, no todas las variantes del liberalismo apoyan el sistema capitalista. Liberales progresistas, desde John Stuart Mill hasta John Rawls, han criticado el capitalismo y han abogado por formas alternativas de organización social, como la democracia propietaria y el socialismo liberal.

Esta dualidad sitúa al liberalismo en una posición única: en cuanto coexiste con el capitalismo, se convierte en un fenómeno histórico; pero en la medida en que se distancia o matiza esta relación, emerge como un ideal social. El liberalismo se centra en un concepto clave, la libertad, y promete un objetivo fundamental: la emancipación del miedo. Para los liberales progresistas, surge una pregunta crucial: ¿debería interpretarse el fracaso del capitalismo como un fracaso del liberalismo? Y si consideramos al liberalismo más como un ideal que como la realidad vigente, ¿en qué medida los encuentros históricos entre capitalismo, socialismo, fascismo, democracia, teocracia y populismo desafían el proyecto liberal en su totalidad?

Desde mi perspectiva, el liberalismo no logra erradicar el miedo, ya que las

sociedades liberales, al interactuar con las estructuras económicas capitalistas, generan sus propias patologías. Estas patologías difieren del temor al despotismo o de la intolerancia que el liberalismo busca contrarrestar, pero son igualmente perniciosas. En este contexto, el desafío radica en cómo el liberalismo, manteniendo su compromiso con la libertad, puede confrontar y superar estas nuevas formas de miedo y patología, redefiniendo su relación con el capitalismo y explorando vías para una organización social más justa y equitativa.

Los socialistas suelen interpretar las patologías del liberalismo a través de las condiciones materiales que moldean el desarrollo de las ideas. Sin embargo, incluso antes de las críticas socialistas, las tensiones inherentes al proyecto liberal, incluso en su concepción más ideal, eran evidentes para los observadores más perspicaces. Los orígenes intelectuales del liberalismo se sitúan en las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, y se fundamentan en la combinación de tres elementos clave: una antropología moral, una teoría económica y una teoría política. Estos componentes permitieron a los pioneros del liberalismo desarrollar una narrativa distintiva sobre la naturaleza del poder y su ejercicio adecuado, contribuyendo a la utopía liberal que todavía aspiramos a concretar. No obstante, en cada uno de estos aspectos, los primeros críticos del liberalismo identificaron tensiones que relegaban las promesas liberales a meras aspiraciones.

Consideremos, por ejemplo, la antropología moral del liberalismo. Muchos celebraron la liberación de los individuos de las cadenas de la autoridad y acogieron con entusiasmo el surgimiento de un nuevo ideal: el de la sociedad civil. Esta se concibió en torno al concepto de *doux commerce* —término acuñado por Montesquieu—, destacando el papel del comercio en el fomento de la prosperidad material y las relaciones pacíficas entre las personas. Sin embargo, paralelamente a la exaltación de la centralidad del individuo y el discurso sobre los vicios privados que generan virtudes públicas, en el siglo XVIII también emergieron críticas significativas hacia la sociedad comercial. Estas críticas enumeraban las disposiciones psicológicas negativas que el proyecto liberal incentivaba: egoísmo, avaricia, envidia, desconfianza, la competencia por bienes superfluos y de lujo, la exaltación de las apariencias, el deseo de impresionar a otros, la necesidad de reconocimiento externo, rivalidad, indiferencia hacia la suerte de los más vulnerables y comportamientos explotadores.

La relación entre la teoría económica liberal y la teoría del Estado destaca una

paradoja fundamental en el pensamiento liberal. Aunque los liberales ensalzaron las virtudes de la sociedad comercial, reconocieron la necesidad de un Estado que garantizara su funcionamiento. Los liberales se atribuyeron la creación de los derechos humanos y el ideal de ciudadanía universal, celebrados durante las revoluciones francesa y estadounidense, así como el fin de la representación corporativa y la disolución de estructuras autoritarias tradicionales, como la nobleza y la iglesia. Sin embargo, este ideal universal se enfrentó constantemente al conflicto entre las demandas de la sociedad comercial y las necesidades del Estado. Por un lado, el Estado es esencial para asegurar la propiedad privada y el marco de derechos y obligaciones que sustentan la sociedad comercial. Por otro lado, el Estado depende de la recaudación de impuestos y de las contribuciones financieras de los más acaudalados para mantener el orden y la estabilidad. La extensión de los impuestos y las políticas de bienestar necesarias para prevenir que la desigualdad socave la estabilidad social pueden generar divisiones políticas tan profundas que amenacen el ideal de solidaridad cívica universal, reviviendo las divisiones de clase y estatus en una nueva forma. Para manejar esta amenaza, el Estado a menudo externaliza parte de sus problemas al sistema internacional de crédito y débito, logrando así mitigar la desigualdad interna a costa de contribuir a la anarquía global.

Este análisis nos lleva a una tercera preocupación distintiva del liberalismo. Los liberales clásicos intentaron limitar el papel del Estado, exaltando en cambio la sociedad civil como una estructura espontánea y no jerárquica donde todos son iguales. Esta idealización de la sociedad civil se apoyaba en una teoría escénica de la historia, promovida por pensadores como Adam Smith, Adam Ferguson y John Millar, quienes veían la historia como una evolución de las relaciones materiales a través de distintos modos de producción, culminando en la superioridad de la sociedad comercial. Sin embargo, esta visión esperanzadora es, por su naturaleza, jerárquica y condena formas de vida alternativas como inferiores en el desarrollo histórico. Esto lleva a una postura agresiva contra aquellos que se aferran a estos modos de organización social, tachándolos de primitivos, atrasados y en necesidad de «reeducación» liberal. Así, el liberalismo genera su propio temor distintivo: el miedo al colonialismo y al imperialismo. Esto no es simplemente un efecto secundario o una aplicación inconsistente de las normas liberales, sino un elemento esencial de la misión liberal de extender las virtudes de la sociedad civil a aquellos que, de otro modo, permanecerían al margen.

Los liberales a menudo marginan la historia del colonialismo, tratándola como si

fuera ajena a sus ideales. Sin embargo, el temor al colonialismo —y al neocolonialismo, ya sea en forma de dependencia de la deuda, de subordinación a instituciones internacionales dominadas por los países liberales occidentales, o de intervenciones humanitarias— no es un efecto colateral desafortunado. Es el resultado directo de una visión de la historia en la que la sociedad capitalista liberal se presenta como la culminación de un proceso emancipador, liberando a los pueblos «atrasados» de su supuesta ignorancia y opresión.

Esta crítica apunta a un problema más amplio en la concepción liberal de la libertad y su interacción con el poder. Los liberales buscan restringir el poder del Estado, de las autoridades religiosas y de cualquier forma de organización colectiva que considere una amenaza para la libertad individual. Sin embargo, en su intento por dispersar el poder, el proyecto liberal acaba creando sus propias estructuras de poder, sus propios miedos y un nuevo tipo de restricciones a la libertad. Estas estructuras de poder liberales son más anónimas que personales, más espontáneas que planificadas, y las actitudes psicológicas que promueven inclinan más hacia el egoísmo y la indiferencia que hacia la agresión directa. Pero esto no hace que el temor al capitalismo liberal sea menos significativo o menos omnipresente que los temores que el liberalismo busca superar. De hecho, puede ser más dañino. Cuando el poder es disperso, espontáneo y anónimo, combatirlo se vuelve aún más complicado.

La derecha política ha logrado dominar el debate público, persuadiendo a la ciudadanía de que los conflictos actuales se pueden reducir a una división entre una suerte de liberalismo cosmopolita y el comunitarismo. Hasta ahora, la derecha ha tenido éxito porque ha sido capaz de persuadir a los ciudadanos de que los problemas del capitalismo son reducibles a problemas de pertenencia política. Según esta visión, resolviendo quién «pertenece» se solucionarían los conflictos de nuestra era. Pero, como mencioné anteriormente, la migración no es la causa de los problemas, sino un síntoma de la crisis. Si el desafío del progreso político es evitar los errores del pasado, la exclusión no puede ser la respuesta. Una alternativa progresista debe comenzar por replantear los términos en los que se enmarca la relación entre libertad y democracia en el discurso político diario, especialmente el que promueve la derecha.

Este análisis destaca un dilema central en la izquierda contemporánea: la transformación del progreso político en una cuestión de leyes y derechos abstractos, de inclusión y exclusión, más que en una lucha por empoderar a las comunidades marginalizadas cuyas experiencias de opresión no se alinean

estrictamente con las fronteras del Estado-nación. La migración se ve como un problema dentro de este marco porque la pertenencia política se considera la solución. Las guerras culturales adquieren prominencia al intentar definir los límites de pertenencia a un grupo social. Sin embargo, si la izquierda no logra superar el debate sobre los derechos y la cultura para reexaminar la relación entre democracia y capitalismo, es probable que cualquier solución propuesta termine siendo, de alguna manera, excluyente a largo plazo, jugando así inadvertidamente a favor de la derecha.

La pregunta sobre cómo se produce el cambio y el progreso es compleja y se encuentra en el corazón de la tensión entre ideales ilustrados de libertad y las realidades materiales de injusticia y desigualdad. Por un lado, el compromiso con el proyecto ilustrado de crítica intelectual, la exposición de hipocresías y contradicciones entre el ideal de libertad y su práctica institucionalizada, junto con una visión de la libertad vinculada a la responsabilidad moral hacia otros, apunta hacia la necesidad de un compromiso ético con el pasado y el futuro. Esto implica promover una democracia efectiva, tanto económica como política, a nivel global. Por otro lado, desde una perspectiva materialista, el reconocimiento de las injusticias perpetuadas por estructuras sociales anónimas subraya la necesidad de un cambio material: democratizar el mercado, transformar las instituciones políticas y cerrar la brecha entre el mundo tal como es y como debería ser. Así, desde este enfoque, se hace evidente que vivimos en un mundo definido por asimetrías en el poder, la movilidad, los recursos materiales y la producción de conocimiento. Estas desigualdades no solo perpetúan la injusticia sino que también impiden la realización plena de la libertad para todos. Un mundo donde no todos son libres, por definición, no puede ser un mundo verdaderamente libre para nadie.

Por tanto, la tarea de la izquierda, y de cualquier movimiento comprometido con el progreso genuino, debe ser doble: por un lado, debe continuar la labor intelectual de crítica y exposición de contradicciones; por otro, debe trabajar para cambiar las condiciones materiales que sostienen estas contradicciones. Esto significa un compromiso tanto con la transformación de las estructuras de poder existentes como con la construcción de nuevas formas de democracia económica y política que sean verdaderamente globales e inclusivas. Solo a través de este doble enfoque podemos esperar cerrar la brecha entre el ideal de libertad y la realidad de un mundo libre para todos. Y un mundo en el que no todos son libres es un mundo que no puede ser verdaderamente libre para nadie.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1Wallerstein, Immanuel, Utopistics: Or Historical Choices of the Twenty-First Century , The New Press, 1998.

2Ibidem .

3Olin Wright, Erik, Construyendo utopías reales , Akal, 2014.

4Bloch, Ernst, El principio esperanza (2) , Trotta, 2006.

5Gramsci, Antonio, Cuadernos de la cárcel , Akal, 2023.

6Matejova, Miriam; Shesterinina, Anastasia, Uncertainty in Global Politics , Routledge, 2024.

7Garcés, Marina, Escuela de aprendices , Galaxia Gutenberg, 2020.

8García Linera, Álvaro, La comunidad ilusoria , Sudamericana, 2023.

9Se puede acceder a un resumen ejecutivo del estudio en watson.brown.edu/costsofwar/costs/human/civilians.

[10 Olson, Gary; Worsham, Lynn, Race, Rhetoric, and the Postcolonial, University of New York Press, 1999.](#)

[11 Mackenzie, Kate; Sahay, Tim, «La era de la ebullición global», El Grand Continent , 2023, accesible en \[legrandcontinent.eu\]\(http://legrandcontinent.eu\), \[legrandcontinent.eu/es/2023/08/08/la-era-de-la-ebullicion-global-x-1-x/\]\(http://legrandcontinent.eu/es/2023/08/08/la-era-de-la-ebullicion-global-x-1-x/\)](#)

[12 Bangstad, Sindre, Nilsen, Torbjørn, «Thoughts on the Planetary: An Interview with Achille Mbembe», New Frame , 2019, accesible en \[newframe.com\]\(http://newframe.com\) , \[newframe.com/thgoughts-on-the-planetary-an-interview-with-achille-mbembe/\]\(http://newframe.com/thgoughts-on-the-planetary-an-interview-with-achille-mbembe/\)](#)

[13 Ibidem .](#)

[14 Ian Bremmer acuñó el concepto de «recesión geopolítica» para designar nuestro momento actual, en el que la arquitectura global carece de la capacidad y legitimidad de ofrecer soluciones efectivas a los conflictos, en parte por lo obsoleto de sus estructuras y su disociación con los equilibrios de poder existentes.](#)

[15 Latour, Bruno, «¿Está cambiando el suelo europeo bajo nuestros pies?», El Grand Continent , 2022, accesible en \[legrandcontinent.eu\]\(http://legrandcontinent.eu\), \[legrandcontinent.eu/es/2022/05/23/esta-cambiando-el-suelo-europeo-bajo-\]\(http://legrandcontinent.eu/es/2022/05/23/esta-cambiando-el-suelo-europeo-bajo-\)](#)

[nuestros-pies/](#)

[16 Bustinduy, Pablo; Corrochano, Carlos, «El dilema internacional del 23J», Público , 2023, accesible en \[blogs.publico.es, blogs.publico.es/dominiopublico/53973/el-dilema-internacional-del-23j/\]\(https://blogs.publico.es/dominiopublico/53973/el-dilema-internacional-del-23j/\)](#)

[17 Butler, Judith, ¿Qué mundo es este? Fenomenología y pandemia , Arcadia, 2022.](#)

[18 Bustinduy, Pablo; Lago, Jorge, Política y ficción: las ideologías en un mundo sin futuro , Península, 2024.](#)

[19 Ibidem .](#)

[20 Bhabha, Homi K., El lugar de la cultura , Manantial, 2003.](#)

[21 López, Xan, «Notas para una Internacional Climática», Corriente Cálida , 2023, accesible en \[corrientalcalida.com , corrientalcalida.com/notas-para-una-internacional-climatica/\]\(https://corrientalcalida.com/notas-para-una-internacional-climatica/\)](#)

[22 Cox, Oliver, Caste, Class and Race , Forgotten Books, 2018.](#)

[23 Nkrumah, Kwame, Neocolonialism. The Last Stage of Imperialism , Panaf LTD, 2009.](#)

24 Táíwò, Olúf é mi, Elite Capture: How the Powerful Took Over Identity Politics (And Everything Else) , Pluto Press, 2022.

25 Jackson, Van, Grand Strategies of the Left. The Foreign Policy of Progressive Worldmaking , Cambridge University Press, 2024.

26 Keucheyan, Razmig, Hemisferio izquierda: un mapa de los nuevos pensamientos críticos , Siglo XXI, 2013.

27 Bhambra, Gurinder K., Connected Sociologies , Bloomsbury, 2014.

28 Hall, Stuart, El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda , Lengua de Trapo, 2018.

29 Criticados por el grueso de la teoría decolonial y los estudios subalternos como una herramienta para sostener el orden colonial, pero no solo. Samuel Moyn los concibe como un lenguaje moral que pretendía escapar del radicalismo político propio de la Guerra Fría. Para el estadounidense, los derechos humanos son «poco ambiciosos en la teoría e ineficaces en la práctica frente al éxito del fundamentalismo de mercado», además de «tener poco o nada que decir frente a la desigualdad material».

30 Wallerstein, Immanuel, Utopistics: Or Historical Choices of the Twenty-First Century , The New Press, 1998.

[31 Hayek, Friedrich, «The Intellectuals and Socialism», University of Chicago Law Review , 1949, accesible en chicagounbound.uchicago.edu, chicagounbound.uchicago.edu/uclev/vol16/iss3/7.](#)

[32 Slobodian, Quinn, Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo , Capitán Swing, 2021.](#)

[33 Friedman, Milton, Capitalism and Freedom , University of Chicago Press, 1982.](#)

[34 Brecht, Bertolt, Vida de Galileo , Alianza, 2012.](#)

[35 Said, Edward, Orientalismo , DeBolsillo, 2008.](#)

[36 Ibidem .](#)

[37 Brown, Wendy, «Resisting Left Melancholy», Boundary 2, vol. 26, núm. 3, otoño de 1999, p. 26.](#)

[38 Cabral, Amílcar, Análise de Alguns Tipos de Resistência , Outro Modo, 2020.](#)

CREATIVIDAD

1La redacción de este capítulo ha sido posible gracias a la financiación de la Unión Europea-NextGenerationEU, Ministerio de Universidades y Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, mediante convocatoria de la Universidad Pompeu Fabra «Margarita Salas».

2Las fotografías de esa exhibición pueden consultarse en King's College London, «Student Photography Showcase», Flickr , 2018, accesible en <https://www.flickr.com/photos/149224128@N02/sets/72157701234821624/>

3El documental, dirigido y rodado por Xavi Segura en 2018 y estrenado en 2019, está disponible en la plataforma digital Filmin.

4Véase, por ejemplo, Sparks, Caitlin, et al ., «The Imagination and International Relations», *International Studies Quarterly* , vol. 66, n.º 3, 2022.

5Sylvester, Christine, «Creativity», en Ní Mhurchú, Aoileann y Shindo, Reiko (eds.), *Critical Imaginations in International Relations* , Routledge, 2016, pp. 56-69.

6Kara, Helen, *Creative Research Methods: A Practical Guide* , Bristol University Press, 2020.

7Ní Mhurchú y Shindo, op. cit.

8Para una introducción al concepto de ensamblaje en el análisis de relaciones internacionales, véase Acuto, Michele y Curtis, Simon, *Reassembling*

International Theory: Assemblage Thinking and International Relations , Palgrave, 2014.

9Sylvester, op cit. , p. 66.

[10 Bleiker, Roland, «Seeing Beyond Disciplines: Aesthetic Creativity in International Theory», Australian Journal of International Affairs , vol. 75, n.º 6, 2021, pp. 573-590.](#)

[11 Rancière, Jacques, The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible , Continuum, 2004.](#)

[12 Callahan, William A., Sensible Politics: Visualizing International Relations , Oxford University Press, 2020.](#)

[13 De Certeau, Michel, The Practice of Everyday Life , University of California Press, 1984.](#)

[14 Malik, Sarita, et al . \(eds.\), Creativity and Resistance in a Hostile World , Manchester University Press, 2020.](#)

[15 Jabri es profesora del King's College London y curadora de la exhibición Traces of War , una colaboración entre los mundos académico y artístico sobre el papel y los efectos de la guerra en lo cotidiano.](#)

[16 Said, Edward, «The Art of Displacement: Mona Hatoum's Logic of Irreconcilables», Quaderns de la Mediterrània , n.º 15, 2011, p. 109.](#)

[17 Véase Andrä, Christine, «Crafting Stories, Making Peace? Creative Methods in Peace Research», Millennium: Journal of International Studies , vol. 50, n.º 2, 2022, pp. 494-523; Cohen, Cynthia E., «Reimagining Transitional Justice», International Journal of Transitional Justice , vol. 14, n.º 1, 2020, pp. 1-13.](#)

[18 Iskander, Natasha, «Design Thinking is Fundamentally Conservative and Preserves the Status Quo», Harvard Business Review , 5 de septiembre de 2018, disponible en: <https://hbr.org/2018/09/design-thinking-is-fundamentally-conservative-and-preserves-the-status-quo> .](#)

[19 Byrce, Emma, «The Remarkable Story of How Yemen's Oil Tanker Disaster was Averted by Crowdfunding», The Guardian , 29 de agosto de 2023, disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/2023/aug/29/the-remarkable-story-of-how-yemens-oiltanker-disaster-was-averted-by-crowdfunding> .](#)

GEOPOLÍTICA

1«El monumento dedicado a los pensadores revolucionarios (1918-2013) [Plan de Propaganda Monumental de Lenin]», blog Moscú de la revolución, 4 de febrero de 2017, accesible en <https://moscudelarevolucion.blogspot.com/2017/02/el-monumento-dedicado-los-pensadores.html> .

2Buck-Morss, S., Mundo soñado y catástrofe: el fin de la utopía de masas en el

Este y el Oeste, Antonio Machado Libros, pp. 41-42.

3Spenser, D., «El viaje de Vicente Lombardo Toledano al mundo del porvenir», Desacatos, n.º 34, sep.-dic. 2010, accesible en Scielo.org.mx , https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2010000300005 .

4Buck-Morss, S., op. cit., p. 43.

5Traverso, E., Revolución: una historia intelectual, Akal, 2022, p. 62

6elDiarioes, «Una televisión rusa desafía a Putin en su última emisión: «No pasarán»», YouTube, 7 de marzo de 2022, accesible en <https://www.youtube.com/watch?v=yJomJeA1tTc> .

7Woods, A., «Spartacus: a real representative of the proletariat of ancient times», In Defence of Marxism, 3 de abril de 2009, accesible en [marxist.com](https://www.marxist.com/spartacus-representative-of-proletariat.htm) , <https://www.marxist.com/spartacus-representative-of-proletariat.htm> .

8Buck-Morss, S., op. cit., p. 42.

9Ibidem , p. 43.

[10 Ibidem , p. 51.](#)

[11 Ibidem , p. 43.](#)

[12 Scott, J. S., El viento común: corrientes afroamericanas en la era de la Revolución haitiana, Traficantes de Sueños, 2021, p. 218.](#)

[13 Ibidem , pp. 21-22.](#)

[14 Buck-Morss, S., op. cit., p. 100.](#)

[15 Karl Bassil, Twitter, 22 de mayo de 2021, https://twitter.com/Karl-Bassil/status/1395873464427364364?lang=es .](https://twitter.com/Karl-Bassil/status/1395873464427364364?lang=es)

[16 Marx, K., «A Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos de América», 22-29 de noviembre de 1864, accesible en Marxists.org , https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864lincoln.htm .](https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864lincoln.htm)

IMPERIALISMO

1Este capítulo se basa en el artículo «Behind Russia’s War Is Thirty Years of Post-Soviet Class Conflict», publicado en Jacobin el 10 de marzo de 2022.

IN/MOVILIDADES

1Este capítulo se basa principalmente en el capítulo «Towards Climate Mobility Justice: From Climate Debt to Climate Reparations and a Welcoming Culture for Climate Migrants», en De Gruyter Handbook of Climate Migration and Climate Mobility Justice. De Gruyter , editado por A. Neef, N. Pauli y B. Salami en De Gruyter, 2024.

2Hemos observado que la noción de «inhabitabilidad» ha sido cuestionada recientemente, en especial en el contexto de países atolones del Pacífico (véase, por ejemplo, Farbotko y Campbell, 2022).

INTERNACIONALISMO

1Este capítulo se basa en el artículo «The New Black Internationalism», publicado en Dissent en 2021.

MULTIPOLARIDAD

1Este capítulo se basa en el artículo «Multipolarity, the Mantra of Authoritarianism», publicado en The India Forum el 20 de diciembre de 2022, y traducido por Pablo Batalla en El Cuaderno .

NACIONES UNIDAS

1Este capítulo es una actualización y adaptación original del artículo «Does the United Nations still exist?», publicado en Social Europe el 3 de octubre de 2022.

REALISMO

1Un esfuerzo de separar la Realpolitik de la teoría realista puede encontrarse en S. Goddard and D. Nexon, «The Dynamics of Global Power Politics. A Framework for Analysis», *Journal of Global Security Studies*, vol. 1, n.º 1, 2016).

2Véase Porter, P., *The False Promise of Liberal Order. Nostalgia, Delusion and the Rise of Trump*, Polity, 2020.

3Jackson, Van, *Grand Strategies of the Left. The Foreign Policy of Progressive Worldmaking*, Cambridge University Press, 2023.

4Nexon, D., «Towards a Neo-Progressive Foreign Policy: The Case for an Internationalist Left», *Foreign Affairs*, 4 de septiembre de 2018.

5Malley, B., «Can the Quincy Institute Survive Putin's War?», *The New Republic*, 1 de septiembre de 2022.

6Mouffe, C., «Schmitt's Vision of a Multipolar World Order», *South Atlantic Quarterly*, vol. 104, n.º 2, 2005, pp. 245-251.

7Nexon, D. H.; Jackson, P. T., «International Theory in a Post-Paradigmatic Era: From Substantive Wagers to Scientific Ontologies», *European Journal of*

International Relations , vol. 19, n.º 3, pp. 543-565.

8Kroenig, M., «International Relations Theory Suggests Great-Power War is Coming», *Foreign Affairs*, 27, 27 de agosto de 2022; Layne, C., «Coming Storms. The Return of Great-Power War», *Foreign Affairs* , noviembre/diciembre 2020).

9Véase, por ejemplo, Specter, M., «Realism after Ukraine: A Critique of Geopolitical Reason from Monroe to Mearsheimer», *Analyse und Kritik*, vol. 44, n.º 2, 2022, pp. 243-269.

[10 Mearsheimer, J., «Why the Ukraine Crisis is the West’s Fault: The Liberal Delusions that Provoked Putin», *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2014; idem, «Playing with Fire in Ukraine», *Foreign Affairs*, 17 de agosto de 2022.](#)

[11 Véase, por ejemplo, Bromwich, David, «The Dangerous Myth of the ‘Good War’», *The Nation* , 7 de septiembre de 2023, y Green, Phil, «The Alt-Left and Ukraine», *Logos: A Journal of Modern Society and Culture* , vol. 22, n.º 3. Para una visión más equilibrada del debate en su totalidad, véase Michael Brenes, «The Future of Restraint after Ukraine», 26 de diciembre de 2022, <https://responsiblestatecraft.org/2022/12/26/the-future-of-restraint-after-ukraine/>](#)

[12 Gale, Alexander, «Hungary, Russia, the West, and the Rest: Orban’s Hedging Strategy», i *Global Policy Journal*, 5 de diciembre de 2023, <https://www.globalpolicyjournal.com/blog/05/12/2023/hungary-russia-west-and-rest-orbans-hedging-strategy>](#)

[13 Véase Smith, N. R.; Dawson, G., «Mearsheimer, Realism and the Ukraine](#)

War», Analyse und Kritik, vol. 44, n.º 2, 2022, pp. 175-200.

14 Porter, P., «The Realist Bogeyman. Everyone Likes to Shoot the Messenger and Nobody Likes to Hear ‘I Told You So», The Critic , 15 de junio de 2022. <https://thecritic.co.uk/the-realist-bogeyman/>

15 Donnelly, J.; Wohlforth, W. «Realism». En: Christian Reus-Smit y Duncan Snidal, eds. The Oxford Handbook of International Relations , Oxford University Press, 2008, p. 133.

16 El término «realismo clásico» es relativamente reciente, acuñado en la década de 1980. Donnelly y Wohlforth añaden: «En los últimos años, los académicos incluso han ampliado el término para incluir todas las obras realistas desde Tucídides hasta Morgenthau (por ejemplo, [Ned] Lebow 2003)». Ibidem , p. 137. Para una tipología de los tres tipos de realismo neoclásico, véase Smith y Dawson, «Mearsheimer, Realism and the Ukraine War», op. cit.

17 Ibidem , p. 136.

18 Ibidem , p. 131.

19 Ibidem , pp. 143, 146.

20 Donnelly, J., «Realism». En: S. Burchill, A. Linklater, R. Devetak, J. Donnelly, M. Paterson, C. Reus-Smit, J. True, eds. Theories of International Relations , rev. 3.ª ed., Palgrave Macmillan 2005, p. 53.

[21 Ibidem , pp. 40. 43.](#)

[22 Ibidem , pp. 44-45.](#)

[23 Ibidem , p. 32.](#)

[24 Wolhforth y Donnelly, op. cit ., p. 135.](#)

[25 Guilhot, N., After the Enlightenment. Political Realism and International Relations in the Mid-Twentieth Century , Cambridge University Press, 2018, pp. 24, 83.](#)

[26 Beardsworth, R., Cosmopolitanism and International Relations Theory , Polity, 2011, p. 54.](#)

[27 Acharya, A.; Buzan, B., The Making of Global International Relations , Cambridge University Press, 2019, pp. 64-66; Lawson, G.; Buzan, B., The Global Transformation. History, Modernity, and the Making of International Relations , Cambridge University Press, 2015, pp. 62-63.](#)

[28 Lawson, op. cit ., pp. 51-52.](#)

[29 Ibidem , p. 53.](#)

[30 Specter, M., The Atlantic Realists: Empire and International Political Thought Between Germany and the United States , Stanford University Press, 2022.](#)

[31 Ibidem](#)

[32 Véase Guilhot, op. cit ., 2018.](#)

[33 Waltz, K., «International Politics is not Foreign Policy», Security Studies vol. 6, n.º 1, 1996, p. 56.](#)

[34 Véase Guilhot, N., «Imperial Realism: Postwar IR Theory and Decolonization», The International History Review, vol. 36, n.º 4 \(2014\), pp. 698-720. Para evaluaciones diferentes de la postura de Morgenthau sobre Vietnam, véase Specter, Atlantic Realists , op. cit .; para una perspectiva divergente a la mía sobre la relación del realismo con la Guerra Fría, véase Schweller, R.,«Neorealism’s Power and Restraint: A Tribute to Waltz on his 100th Birthday», Journal of Global Strategic Studies, vol. 2, n.º 2 \(diciembre de 2022\), p. 28: «Los defensores del realismo estructural de equilibrio de poder y la contención han sido completamente excluidos del establecimiento de política exterior estadounidense desde el inicio de la unipolaridad \(y podría decirse que desde 1945\)».](#)

[35 Linklater, A., «The Achievements of Critical Theory». En: Steve Smith, Ken Booth, Marysia Zalewski, eds. International Theory: Positivism and Beyond , Cambridge University Press, 1996, p. 282.](#)

[36 Linklater, A., Beyond Realism and Marxism. Critical Theory and International Relations, Londres, Macmillan, 1990, p. 29. Parafrasea el argumento de Cox, R. W., «Social Forces, States and World Order: Beyond IR Theory», Millennium, vol. 12, 1981, pp. 162-175.](#)

[37 Ibidem](#)

[38 Para una visión más moderada de la democracia de Kennan y Morgenthau, véase Guilhot, After Enlightenment , op. cit ., p. 53. « In Politics Among Nations» \(1948\) y varios ensayos posteriores, Morgenthau instó repetidamente al establecimiento de una élite diplomática capaz de aprender las reglas de las Relaciones Internacionales que él proporcionaba. \[...\] \[E\]ste anhelo por la diplomacia clásica tenía una importante dimensión antidemocrática». El principal desafío al que se enfrentaban los presidentes estadounidenses, continúa Guilhot, era lo que Morgenthau llamó «la incompatibilidad entre los requisitos racionales de una política exterior sólida y las preferencias emocionales de una opinión pública democráticamente controlada», op. cit ., p. 233. Cita a Morgenthau, Restoration of American Politics \(Politics in the Twentieth Century\), University of Chicago Press, 1970, p. 106.](#)

ESTADO

1<https://www.elysee.fr/en/emmanuel-macron/2020/11/16/interview-granted-to-le-grand-continent-magazine-by-the-french-president-emmanuel-macron> .

2<https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2023/04/27/remarks-by-national-security-advisor-jake-sullivan-on-renewing-american-economic-leadership-at-the-brookings-institution/>

3Véase Gabor, D. (2023), «The (European) Derisking State», Stato e Mercato , 1(23), pp. 53-84. <https://osf.io/preprints/socarxiv/hpbj2> .

4https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/de/speech_22_6463 .

5Por ejemplo, el informe Soberanía Energética de la UE a través de las Energías Renovables (2023), financiado por Aquila Group, un gestor de activos alemán, pedía que «se destine más capital a las energías renovables haciendo que estas clases de activos sean aún más atractivas para el capital privado. Es crucial abrir los activos de energías limpias a un grupo más amplio de inversores y fondos». https://pure.iiasa.ac.at/id/eprint/19124/1/ExecutiveSummary_EU_Power_Sovereignty

6<https://planderecuperacion.gob.es/noticias/Hereu-ofrece-gran-pacto-reindustrializacion-Espana-fomento-turismo-sostenible-prte-prtr> .

7<https://www.ft.com/content/cb161f56-de60-4a4d-bdf9-b0b3e0e62174> .

8Larry Fink, consejero delegado de BlackRock, explicó la compra en enero de 2024 de una empresa de capital riesgo por valor de 12.000 millones de dólares: «El futuro de la financiación de los déficits por parte de los gobiernos con sus propios balances va a ser cada vez más difícil. Y estamos en conversaciones con muchos gobiernos para hacer más transacciones de tipo público-privado: todos sabemos que cada vez más países se centran en la independencia energética, y algunos de ellos en la descarbonización, en todas estas inversiones, estamos hablando de billones de dólares. Así que creemos que la gran macrotendencia en el futuro va a ser una mayor dependencia del capital privado, de los activos de jubilación, para coinvertir con empresas y gobiernos e infraestructuras». <https://www.cnbc.com/2024/01/12/first-on-cnbc-cnbc-transcript-blackrock->

chairman-ceo-larry-fink-speaks-with-cnbc-andrewross-sorkin-on-squawk-box-today.html .

9<https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2020/html/ecb.sp200911~ea32bd8bb5>

10 Véase Öniş, Z. (1991), *La lógica del Estado desarrollista*.
<https://www.jstor.org/stable/422204> .

11 Como por ejemplo en la Unión de Mercados de Capitales, véase Gabor y Kohl (2022), «My home is an asset class». <https://extranet.greens-efa-service.eu/public/media/file/1/7461> .

12 <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/EN/TXT/PDF/?uri=CELEX:52023DC0156> .

13 <https://www.nsenergybusiness.com/news/aquila-secures-e1bn-renewable-energy-pipeline/>

14 Véase Coeure, B. (2016), *Deuda soberana en la zona del euro: ¿demasiado segura o demasiado arriesgada?* <https://www.bis.org/review/r161108a.pdf> .

15 Como ocurrió con la fallida subasta de energía eólica marina en el Reino Unido, cuando los promotores privados alegaron que las subvenciones públicas no eran suficientes <https://www.reuters.com/sustainability/climate-energy/latest-uk-renewables-auction-fails-attract-offshore-wind-bids-2023-09-08/>

[16 https://www.fbf.fr/en/concrete-proposals-from-the-french-banking-federation-for-successfully-funding-the-energy-transition/](https://www.fbf.fr/en/concrete-proposals-from-the-french-banking-federation-for-successfully-funding-the-energy-transition/)

[17 Véase Gabor, D.; Braun, B., Green Macrofinancial Regimes. Disponible en https://osf.io/preprints/socarxiv/4pkv8 .](https://osf.io/preprints/socarxiv/4pkv8)

[18 https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2023/html/ecb.sp230421~489cd977e0.](https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2023/html/ecb.sp230421~489cd977e0)

.

FRONTERAS

1Eslovenia, Suecia, Italia, Austria, Alemania, Dinamarca, República Checa, Eslovaquia, Francia, Noruega y Polonia.

POPULISMO

1Germani, 2003; Di Tella, 1965; Laclau, 2005.

2Laclau, 2005 p. 10.

3Laclau, 2005, p. 16.

4Germani, 2003; Ionescu, 1970; Canovan, 1981; Zavaleta Mercado, 1986; Youngdale, 1975.

5Zanatta, 2015; Vilas, 2004; de Ipola, 2009; de la Torre, 2015-2013-2008-2007-2000a/b; Vilas, 2009; de Ipola, 2009; de la Torre, 2015.

6Laclau, 2009-2015; Aboy Carlés, 2010-2003; Barros, 2006a/b-2005a/b; Arditri, 2010; Biglieri, 2007.

7Zavaleta Mercado, 1986; Canelas y Errejón, 2013.

8De la Torre, 20015-2004, Cueva, 1973-1981; Burbano, 1989; Errejón, 2013; Quintero, 2004.

9Germani, 2003; Canovan, 1981.

[10 Zanatta, 2015; de la Torre, 2008.](#)

[11 Vilas, 2009; de Ípola, 2009; de Ípola y Portanterio, 1981.](#)

[12 De la Torre, 2013.](#)

[13 De Ípola y Portantiero, 1981; de Ípola, 1982.](#)

[14 Abi-Hassan, 2017, p. 427; Spierings, 2015.](#)

[15 Betz, 1994.](#)

[16 Scheuch, 1967.](#)

[17 Mudde, 2004.](#)

[18 Mudde, 2004, p. 543.](#)

[19 Mudde, 2004, p. 542.](#)

[20 Mudde, 2004, p. 541](#)

[21 Mudde, 2004, p. 542.](#)

[22 Laclau, 2009, p. 16.](#)

[23 Cadahia y Biglieri, 2023.](#)

[24 Laclau y Mouffe, 2004.](#)

[25 Biglieri, Cadahia, 2021.](#)

[26 Laclau, 2005.](#)

[27 Biglieri y Cadahia, 2021.](#)

[28 Stavrakakis, 2015-2014; Panizza, 2009; Errejón; Villacañas, 2015; Fernández-Liria, 2016.](#)

[29 Carlés, 2021.](#)

[30 Rinesi, 2010.](#)

[31 Máiz, 2006; Rinesi, 2010; Carlés, 2010; Cadahia, Coronel et al., 2020; Stoessel, Coronel, et al. , 2021.](#)

[32 Di Marco, Fiol y Schwars, 2019.](#)

[33 Di Marco et al., 2020, p. 154.](#)

[34 Di Marco et al ., 2020, pp. 146-150.](#)

RAZA

1Este capítulo se basa principalmente en el artículo «Race, Palestine, and International Law», *American Journal of International Law* , vol. 117, 2023.

2Mandato Británico de Palestina, 3 *League of Nations Official J.*, Anexo 391, 1007-12, 1922.

3Fayez A. Sayegh, *Zionist Colonialism in Palestine v*, 1965.

4Am. Soc’y Int’l L., «The Richardson Report, Final Report from the ASIL Ad Hoc Committee Investigating Possible Exclusion or Discouragement of Minority Membership or Participation by the Society During Its First Six Decades», 2020; James Gathii, «Studying Race in International Law Scholarship Using a Social Science Approach», 22 *Chicago J. INT’L L.* 71, 75, 2021.

5Esta búsqueda abarcó tanto la cobertura de *AJIL* como la de *AJIL Unbound* del «conflicto árabe-israelí», así como varios artículos sobre temas globales que dedicaban un espacio considerable a Palestina. Incluía artículos de investigación, simposios, reseñas de libros y artículos más breves sobre la evolución doctrinal y práctica. Investigación archivada por los autores, que agradecen a Hassan Mohammadi Doostdar su ayuda en la recopilación y el análisis de estos datos.

6Ver, por ejemplo, Ruth Wedgwood, «The ICJ Advisory Opinion on the Israeli Security Fence and the Limits of Self-Defense», 99 AJIL 1, 52, 2025.

7Por ejemplo, Malvina Halberstam, colaboradora habitual de AJIL en las décadas de los ochenta y noventa, incluso sobre la cuestión palestina, forma parte del consejo del Centro para el Derecho y la Justicia de la Organización Sionista de América.

8Leo Gross, Voting in the Security Council and the PLO , 70 AJIL 470 (1976) (critica las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU que permiten la participación de la Organización para la Liberación de Palestina en los debates); Leo Gross, The Geneva Conference on the Law of the Sea and the Right of Innocent Passage Through the Gulf of Aqaba , 53 AJIL 564 (1959) (defendiendo el derecho de los barcos israelíes a pasar por el estrecho de Tirán); Leo Gross, Passage Through the Suez Canal of Israel-Bound Cargo and Israel Ships, 51 AJIL 530 (1957) (oponiéndose a las restricciones egipcias al acceso de Israel al canal de Suez).

9Edward W. Said, Permission to Narrate , 13 J. Palestine Stud, 3, 27, 1984.

[10 E. Tendayi Achiume & Ash Bâli, Race and Empire: Legal Theory Within, Through, and Across National Borders , 67 UCLA L. REV., 1386, 2021.](#)

[11 Darryl Li, Genres of Universalism: Reading Race Into International Law, With Help From Sylvia Wynter , 67 UCLA L. REV., 1686, 2021.](#)

[12 Noura Erakat, Whiteness as Property in Israel: Revival, Rehabilitation, and Removal , 31 HARV. J. RACIAL & ETHNIC JUST. 69, 2015.](#)

[13 Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial, 21 de diciembre de 1965, 660 UNTS 195.](#)

[14 AG Res. 2391 \(XXIII\), Convención sobre la Imprescriptibilidad de los Crímenes de Guerra y de los Crímenes de Lesa Humanidad \(26 de noviembre de 1968\); AG Res. 3068 \(XXVIII\), Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid \(30 de noviembre de 1973\).](#)

[15 John Dugard & John Reynolds, Apartheid, International Law, and the Occupied Palestinian Territory , 24 EJIL 867, 2013.](#)

[16 Yesh Din, «The Israeli Occupation of the West Bank and the Crime of Apartheid», Legal Opinion 5, 2020.](#)

[17 Tshepo Madlingozi, Social Justice in a Time of Neo-Apartheid Constitutionalism: Critiquing the Anti-Black Economy of Recognition, Incorporation and Distribution , 28 STELLENBOSCH L. REV. 123, 2017.](#)

[18 Un Gaor, 30ª Sesión, Tercera Reunión de la Comisión, UN Doc. A/C.3/L.2157 \(1 de octubre de 1975\).](#)

[19 GA Res. 3379 \(XXX\) \(10 de noviembre de 1975\).](#)

[20 Un Gaor, 30ª Sesión, 2134ª Reunión, párrs. 16-17, Doc. ONU A/C.3/SR.2134](#)

[\(17 de octubre de 1975\).](#)

[21 GA Res. 3379 \(XXX\), supra nota 18, párrs. 323, 327.](#)

[22 Hortense J. Spillers, Mama's Baby, Papa's Maybe: An American Grammar Book , 17 DIACRITICS 2, 64, 1987.](#)

[23 Sobre la estrategia de los dirigentes palestinos en materia de derecho internacional en general, véase Noura Erakat, Justice for Some: Law and the Question of Palestine , 2019](#)

[24 GA Res. 46/86 \(16 de diciembre de 1991\).](#)

[25 GA Res. 77/400 \(30 de diciembre de 2022\).](#)

UNIVERSALIDAD

1Martin, Jamie, *The Meddlers: Sovereignty, Empire and the Birth of Global Economic Governance* , Harvard University Press, 2022.

2A lo largo del capítulo se emplearán indistintamente los términos «política exterior», «política internacional», «política global», e incluso «geopolítica», todos ellos englobados en el marco de las relaciones internacionales, y a pesar de los matices que los diferencian entre sí.

3Bloch, Ernst, El principio esperanza (2) , Trotta, 2006.

4Un buen ejemplo de esta modalidad de sublimación es «La OTAN hacia dentro», el artículo que Manuel Sacristán escribió en 1984, dos años antes de la histórica consulta, sobre las consecuencias estrictamente internas de continuar en la Alianza Atlántica.

5Tronti, Mario, La política contra la historia , Traficantes de Sueños, 2016.

6Wendy Brown llega a hablar de la necesidad de abandonar lo que ella denomina la política de la convicción. Según la estadounidense, a modo de ejemplo, el ocaso político del clintonismo se puede datar en el momento en que se pasa de concebir a Bill Clinton como un «experto en política» a un «hombre de fuertes convicciones». Así, en un contexto político cada vez más difícil, «las convicciones venían a llenar un hueco: el espacio de acción y posibilidad eliminado por el avance republicano en el Congreso».

7El ámbito de la arquitectura de seguridad es el perfecto ejemplo de esta sublimación. Las debidas e incontestables críticas al expansionismo de la OTAN —herramienta del neoimperialismo estadounidense, en la mayoría de las ocasiones; anhelo genuino de seguridad de los pueblos de Europa del Este, en otras—no han ido acompañadas de una propuesta de arquitectura de seguridad alternativa por parte de las izquierdas —ni siquiera, de hecho, de una intervención constructiva en el debate sobre la autonomía estratégica europea, que se ha dejado en manos del establishment—.

8Miéville, China, «Silencio en los escombros: hacia un marxismo apofático», Corriente Cálida , 2023, accesible en corrientecalida.com ,

corrientecalida.com/silencio-en-los-escombros/

9Mações, Bruno, «Gaza and Ukraine have divided the world into geopolitical», *The New Statesman* , 2023, accesible en newstatesman.com , newstatesman.com/world/middle-east/2023/11/gaza-ukraine-world-geopolitical-tribes .

[10 Balibar, Étienne, «In the War: Nationalism, Imperialism, Cosmopolitics», Commons , 2022, accesible en commons.com.ua , commons.com.ua/en/etienne-balibar-on-russo-ukrainian-war/](https://commons.com.ua/en/etienne-balibar-on-russo-ukrainian-war/)

[11 Leifer, Joshua, «Toward a Humane Left», Dissent , 2023, accesible en dissentmagazine.org , dissentmagazine.org/online_articles/toward-a-humane-left/](http://dissentmagazine.org/online_articles/toward-a-humane-left/)

[12 Fisher, Mark, «Salir del castillo del vampiro», Sin Permiso , 2019, accesible en sinpermiso.info, sinpermiso.info/textos/salir-del-castillo-del-vampiro.](http://sinpermiso.info/textos/salir-del-castillo-del-vampiro)

[13 Dardot, Pierre; Laval, Christian, «The bankruptcy of a one-sided anti-imperialism», Mediapart , 2022, accesible en blogs.mediapart.fr, blogs.mediapart.fr/pierre-dardot-et-christian-laval/blog/040422/bankruptcy-one-sided-anti-imperialism.](https://blogs.mediapart.fr/pierre-dardot-et-christian-laval/blog/040422/bankruptcy-one-sided-anti-imperialism)

[14 Engels, Friedrich; Marx, Karl, La ideología alemana , Akal, 2014.](#)

[15 Wallerstein, Immanuel, Universalismo europeo: el discurso del poder , Siglo xxi, 2008.](#)

[16 Mignolo, Walter, The Politics of Decolonial Investigations , Duke University Press, 2021.](#)

[17 Ibidem .](#)

[18 A modo de ejemplo, José Figueroa propone el «republicanismo negro» de inicios del siglo XX como una práctica política radical en el contexto de América Latina —especialmente en el caso de Cuba y Ecuador—, y postula a Francia Márquez como su principal exponente contemporánea.](#)

[19 Cadahía, Luciana; Coronel, Valeria, «The Department of Decolonialism», Jacobin , 2023, accesible en \[jacobinlat.com\]\(https://jacobinlat.com\) , \[jacobinlat.com/2023/04/16/the-department-of-decolonialism/\]\(https://jacobinlat.com/2023/04/16/the-department-of-decolonialism/\)](#)

[20 Wallerstein, Immanuel, Universalismo europeo: el discurso del poder , Siglo xxi, 2008.](#)

[21 Césaire, Aimé, Discurso sobre el colonialismo , Akal, 2006.](#)

[22 Getachew, Adom, Worldmaking after Empire: The Rise and Fall of Self-Determination , Princeton University Press, 2019.](#)

[23 Getachew explica cómo la construcción del derecho a la autodeterminación, que no figuraba en los documentos clave de la arquitectura global de posguerra,](#)

como la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración de Derechos Humanos de la ONU, fue una victoria de los Estados poscoloniales que luego derivaría en aprobación, por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, de la histórica Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales de 1960. Las transformaciones logradas por la amplia coalición de Estados y pueblos que venían de la lucha anticolonial no se quedó ahí: en ese sentido, según Getachew, la propuesta del Nuevo Orden Económico Internacional, materializada en 1974, constituye el mejor ejemplo, a pesar de su fracaso formal, de un proyecto verdaderamente worldmaking , una reforma concreta y radical del estado de cosas a nivel global que parte de las estructuras y los equilibrios de fuerzas existentes.

24 Wallerstein, Immanuel, Universalismo europeo: el discurso del poder , Siglo XXI, 2008.

25 Balibar, Étienne, On Universals: Constructing and Deconstructing Community , Fordham University Press, 2020.

26 Han sido muchos los intentos de postular visiones de la universalidad que, construidas desde los márgenes, sirvan al fin de la liberación global. Susan Buck-Morss hace referencia a una «Izquierda cosmopolita radical» que bebe del llamamiento de Frantz Fanon de dejar atrás a la modernidad europea. Asad Haider, en su magnífica crítica al paradigma liberal del victimismo, acuña la idea «universalidad insurgente», una forma de universalismo que, sin homogeneizar circunstancias dispares, entiende que detrás de las dolencias específicas de cada grupo existe un trasfondo común: el capitalismo racista y patriarcal. Seyla Benhabib habla de «otro universalismo», uno que, más que una descripción fidedigna del mundo tal y como es, opere como una aspiración política y una meta moral. Aimé Césaire habla de un «universalismo pluriversal», un «universal depositario, profundización y coexistencia de todos los particulares». En su obra sobre el Atlántico negro, Paul Gilroy ha mostrado cómo los intelectuales radicales de la negritud rearticulaban la tradición de la Ilustración para formular una suerte de «humanismo planetario» que fuera más allá de

Europa.

27 Wallerstein, Immanuel, Universalismo europeo: el discurso del poder , Siglo xxi, 2008.

28 Buck-Morss, Susan, Pensar tras el terror: el islamismo y la teoría crítica entre la izquierda , Antonio Machado, 2010.

29 Chakrabarty, Dipesh, The Climate of History in a Planetary Age , University of Chicago Press, 2021.

30 Los textos que ofrecen críticas en retrospectiva al ciclo populista han proliferado en el momento pospandémico. The Populist Moment.: The Left After the Great Recession , de Arthur Borriello y Anton Jäger, y If We Burn: The Mass Protest Decade and the Missing Revolution , de Vincent Bevins, ambos publicados en 2023, dan buena cuenta de ello.

31 Koskenniemi, Martti, From Apology to Utopia: the Structure of International Legal Argument , Cambridge University Press, 2006.

32 Tzouvala, Nina, Capitalism As Civilisation, A History of International Law , Cambridge University Press, 2020.

33 Marx, Karl, El 18 Brumario de Luis Bonaparte , Akal, 2023.

34 Corey Robin lo explica en La mente reaccionaria : «[...] el victimismo ha sido un componente central de la derecha desde que Burke criticó el tratamiento que la muchedumbre dispensó a María Antonieta. El conservador, sin duda, habla de un tipo especial de víctima: una que ha perdido algo de valor, a diferencia de los parias de la tierra, cuya principal queja es que nunca han tenido nada que perder. Los suyos son los desposeídos de manera contingente [...], en vez de los preternaturalmente oprimidos».

35 Erakat, Noura, Justice for Some: Law and the Question of Palestine , Stanford University Press, 2019.

36 Como explicaba Kant, no hay contradicción necesaria entre los principios que sustentan patriotismo y cosmopolitismo. En Proyecto de una paz perpetua , el oriundo de la actual Kaliningrado sostenía que la principal motivación de las guerras se hallaba en la rivalidad entre príncipes, teñida de disputas personales, por lo que el avance del constitucionalismo republicano reduciría el riesgo de conflicto. Mark Mazower, en su maravilloso Governing The World: The History of an Idea, 1815 to the Present , recalca que la conceptualización original de internacionalismo, a finales del siglo XIX , era perfectamente compatible con una visión positiva del Estado-nación y sus instituciones. Perry Anderson va más allá, y propone a Giuseppe Garibaldi como la figura ejemplar del primer internacionalismo: un humilde marinero, hijo de pescador, que no solo se convirtió en el gran héroe de la República romana de 1848, sino que luego luchó por causas progresistas en Brasil y Uruguay, dirigió la operación clave del Risorgimento italiano, coqueteó con la idea de luchar para Lincoln en la Guerra Civil estadounidense, se convirtió en diputado de la Asamblea Nacional francesa, y terminó adhiriéndose a la Primera Internacional.

37 Mazower, Mark, Governing The World: The History of an Idea, 1815 to the Present , Penguin, 2013.

38 Un repaso rápido y arqueológico de la tesis nacional-popular demuestra la

necesaria compatibilidad de ambas escalas y perspectivas. En ese sentido, Juan Antonio Mariátegui llegó a afirmar que «los confines entre el nacionalismo y el internacionalismo no están aún muy esclarecidos» y que «son las luchas a nivel nacional las que tejen una densa red de solidaridad internacional que prepara el futuro de la humanidad».

39 Mishra, Pankaj, La edad de la ira: una historia del presente , Galaxia Gutenberg, 2018. A pesar del carácter casi universal de esta sensación, Amitav Ghosh habla de que persiste la «idea trastornada de creer que estamos a salvo, de que lo malo solo sucede en la lejanía».

40 Moyn, Samuel, Not Enough: Human Rights in an Unequal World , Harvard University Press, 2018.

41 Una vez perdida la capacidad para universalizar sus imaginarios, los neoliberales de antaño se recluyen en las ZEDEs de Honduras, los bantustanes sudafricanos o pequeños enclaves como Singapur o Hong Kong. Como recuerda Quinn Slobodian en El capitalismo de la fragmentación , el libertarismo —y sus utopías— ganan el terreno cedido por sus primos neoliberales. La propuesta de Peter Thiel, fundador de PayPal, de construir grandes plataformas en aguas internacionales para escapar al control estatal, es enormemente representativa de la secesión de los hiperricos, consecuencia necesaria de su abdicación hegemónica.

42 Tooze, Adam, El apagón: Cómo el coronavirus sacudió la economía mundial , Crítica, 2021.

43 Latour, Bruno, Dónde aterrizar: cómo orientarse en política , Taurus, 2019.

[44 Rancière, Jacques, El desacuerdo: política y filosofía , Nueva Visión, 2007. Tirando de este hilo, Rancière afirma que la solidaridad internacionalista requiere de un proceso deliberado de articulación. Se trata, así, de una construcción política. El filósofo francés considera que esto explica la fuerza de los movimientos de solidaridad a favor de la independencia de Argelia durante los años cincuenta y sesenta, en comparación con la ausencia relativa de movimiento de apoyo a las poblaciones masacradas y desplazadas de Bosnia en la década de 1990.](#)

[45 Butler, Judith, Marcos de guerra: las vidas lloradas , Paidós, 2017.](#)

[46 Getachew, Adom, Worldmaking after Empire: The Rise and Fall of Self-Determination , Princeton University Press, 2019.](#)

[47 Zamora, Daniel, «Why it feels like 1848 again», Unherd , 2023, accesible en unherd.com , unherd.com/2023/05/we-are-due-a-revolution/](#)

[48 López, Xan, «Notas para una Internacional Climática», Corriente Cálida , 2023, accesible en corrientecalida.com , corrientecalida.com/notas-para-una-internacional-climatica/](#)

[49 Olin Wright, Erik, Construyendo utopías reales , Akal, 2014.](#)

[50 Bernie Sanders fue, allá por 2018, el primero en recuperar políticamente la idea de un «frente progresista internacional» para hacer frente al «nuevo eje autoritario». En España, Yolanda Díaz ha recogido el guante al hablar de la necesidad de construir una «internacional democrática» ante el auge del «bloque reaccionario global».](#)

[51 Miéville, China, «Silencio en los escombros: hacia un marxismo apofático», Corriente Cálida , 2023, accesible en \[corrientalida.com/silencio-en-los-escombros/\]\(http://corrientalida.com/corrientalida.com/silencio-en-los-escombros/\)](#)

[52 Brown, Wendy, La política fuera de la historia , Enclave de libros, 2014.](#)

[53 Ibidem .](#)

[54 Haider, Asad, Identidades mal entendidas: raza y clase en el retorno del supremacismo blanco , Traficantes de Sueños, 2020.](#)

[55 James, C.L.R., Los jacobinos negros: Toussaint L’Ouverture y la Revolución de Haití , Katakarak, 2022.](#)

VIOLENCIA

1Este capítulo se basa en el artículo «Vengeful Pathologies», publicado en London Review of Books el 2 de noviembre de 2023.

2El texto fue escrito durante las tres primeras semanas de las represalias israelíes.

ANTROPOCENO

1Tooze, Adam, «The Last Dystopia: Historicizing the Anthropocene Debate in a Multipolar Age», 2023, accesible en Princeton. edu, <https://uchv.princeton.edu/events/tanner-lectures-human-values-adam-tooze-columbia-university-last-dystopia-historicizing> .

2Bartel, Fritz, The Triumph of Broken Promises , Harvard University Press, 2022.

3Von Schuckmann, Karolina et al ., «Heat stored in the Earth system 1960-2020: where does the energy go?», 2023, accesible en Copernicus.org , <https://essd.copernicus.org/articles/15/1675/2023/>

4Slobodian, Quinn, Globalists , Harvard University Press, 2018.

5Añade Marx: y la tradición de ese pasado, de todas esas generaciones muertas, «oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos». Marx, Karl, El 18 Brumario de Luis Bonaparte , Ariel, 1968.

6Luxemburg, Rosa et al ., Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte) , Cuadernos de Pasado y Presente, 1976.

7Richardson, Katherina et al., «Earth beyond six of nine planetary boundaries», 2023, accesible en Science.org , <https://www.science.org/doi/10.1126/sciadv.adh2458> .

8 Benjamin, Walter, Tesis sobre la historia y otros fragmentos , Itaca, 2008.

9 Mazower, Mark, Governing the World: The History of an Idea , Penguin, 2013.

10 Lago, Jorge, «Nuestro tiempo», 2023, accesible en [Infolibre.es](https://www.infolibre.es), https://www.infolibre.es/opinion/ideas-propias/tiempo_129_1660558.html.

11 López, Xan, «Notas para una Internacional Climática», 2023, accesible en [Corrientalida.com](https://corrientalida.com) , <https://corrientalida.com/notaspara-una-internacional-climatica/>

12 Esta resignificación del concepto neoconservador es intencionada. Véase [Unger, Roberto M., Governing the World without World Government , Verso, 2022.](#)

FEMONACIONALISMO

1 Este capítulo es una actualización y adaptación original del capítulo introductorio de *In the Name of Women's Rights. The Rise of Femonationalism* , publicado por Duke University Press en 2017, y traducido por Traficantes de Sueños en 2021.

2 Bartlett et al., «Populism in Europe». Mayer, «From Jean-Marie to Marine Le Pen». Akkerman y Hagelund, «'Women and Children First!'. Towns, et al., «The Equality Conundrum».

3El neoliberalismo generalmente se asocia con doctrinas político-económicas que promueven la globalización. Por lo tanto, se asume que trasciende las fronteras nacionales y rechaza las ideologías nacionalistas. Para una visión general de estos debates, particularmente dentro de la Economía Política Internacional (IPE, por sus siglas en inglés), véase Harmes, A., *The Rise of Neoliberal Nationalism* .

4Mepschen y Duyvendack, «European Sexual Nationalisms».

5Puar, J. K., *Terrorist Assemblages*.

6Fekete, L., «Enlightened fundamentalism?».

7Goswami, M., «Rethinking the Modular Nation Form», p. 785.

8Spivak, G., « Can the Subaltern Speak ?».

9MacMaster, N., «The Colonial «Emancipation»»; Stoler, A. L., *Race and the Education of Desire* .

[10 Hall, S., «The Toad in the Garden», p. 51.](#)

[11 El concepto de «sentido común» en Gramsci describe una idea que, en una época y sociedad dadas, se ha vuelto dominante a través de su fabricación, percepción y internalización acríticas y, a menudo, en gran medida inconscientes, con independencia de su estatus como verdadera o falsa. Para un tratamiento extenso de este concepto en la obra de Gramsci, véase Thomas, P., *The Gramscian Moment* .](#)

PETRÓLEO

1Este capítulo se basa en el artículo «How Saudi Arabia is buying the world», publicado en *The New Statesman* el 19 de julio de 2023.

ETNOREGIONALISMO

1Utilizo el término «étnico/cultural» en lugar de «étnico», más estrecho, utilizado por Kohn. Esto incluye también la religión, que Kohn, quizás pensando en los judíos, incluye explícitamente en su concepción de nacionalismo étnico. Pero además de la religión, las identidades étnicas siempre han tratado tanto sobre la cultura en general como sobre el «color de piel». Por ejemplo, Gilroy (2004, p. 1) habla de «líneas culturales», así como de «líneas de color». Mi uso del término «étnico/cultural» también se basa en debates sobre el «neoracismo», es decir, una nueva modalidad de racismo basada en la cultura en lugar de la biología, a veces también llamado racismo «culturalista» o «racismo sin razas», que surgió en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial (Balibar, 2010).

2Acerca de las versiones cívicas y raciales del nacionalismo estadounidense, véase también Gerstle, 2017.

EUROPA SOCIAL

1Aurélie Dianara Andry tiene un doctorado en historia por el Instituto Universitario Europeo en Florencia, y ha sido investigadora y profesora asociada en la Universidad de París-Sorbona y en la Universidad de Glasgow. Actualmente, es investigadora en la Universidad de Évry Paris-Saclay como parte del proyecto ANR-DFG «Workplace democracy, a European Ideal? Discourses and practices about the democratization of work in Europe since 1945» (Democracia en el lugar de trabajo, ¿un ideal europeo? Discursos y prácticas sobre la democratización del trabajo en Europa desde 1945). Es autora de *Social Europe, The Road Not Taken. The Left and European integration in the Long 1970s* (Europa Social, El camino no tomado. La izquierda y la integración europea en la larga década de 1970) publicado por Oxford University Press en 2022.

2Stève Bessac-Vaure, «L'idée européenne dans Esprit et Les Temps modernes : Penser ou construire l'Europe? Idéalisme intellectuel et refus du réalisme (1945–1954)», *Siècles: Cahiers du Centre d'histoire «Espaces et Cultures»*, n.º 41 (2015).

3Spinelli, Altiero; Rossi, Ernesto, *Il manifesto di Ventotene*, Roma, Centro italiano di formazione europea, 1988, p. 53 (traducción al inglés de la autora).

4Véase por ejemplo Bouchet, Hubert, «L'Arlésienne du social», *Le Monde diplomatique*, julio de 1996, <https://www.monde-diplomatique.fr/1996/07/BOUCHET/5636>.

5Denord, François; Schwartz, Antoine, *L'Europe sociale n'aura pas lieu*, París, *Raisons d'agir*, 2009.

6Kaiser, Wolfram, *Christian Democracy and the Origins of European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

7La Comunidad Europea (también conocida a menudo como las Comunidades Europeas), formada inicialmente por seis estados miembro (Francia, Italia, Alemania Occidental, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo), constaba de tres organizaciones internacionales: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la Comunidad Económica Europea (a menudo referida como el Mercado Común) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Finalmente, todas fueron incorporadas a la Unión Europea en 1993.

8Los términos «socialistas europeos» y «socialdemócratas europeos» se utilizan aquí como cuasi-sinónimos, en referencia a los partidos en Europa occidental que se adhirieron a la Internacional Socialista, el CSPEC y el Grupo Socialista del Parlamento Europeo

9Véase por ejemplo Salm, Christian, *Transnational Socialist Networks in the 1970s: European Community Development Aid and Southern Enlargement*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2016; Degryse, Christophe; Tilly, Pierre, *1973–2013: 40 Years of History of the European Trade Union Confederation*, Bruselas, ETUI, 2013; Bracke, Maud, «From the Atlantic to the Urals? Italian and French Communism and the Question of Europe, 1956–1973», *Journal of European Integration History* 13, n.º 2, 2007, pp. 33-53.

[10 Scharpf, Fritz, «The Asymmetry of European Integration, or Why the EU Cannot Be a “Social Market Economy”», *Socio-Economic Review* 8, n.º 2, 2010, pp. 211-250.](#)

11 Véase Esping-Andersen, Gøsta, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Cambridge, Polity Press, 1990.

12 Véase Delaney, Erin, «The Labour Party's Changing Relationship to Europe: The Expansion of European Social Policy», *Journal of European Integration History* 8, enero de 2002, pp. 121-138.

13 Véase también Di Donato, Michele, «The Cold War and Socialist Identity: The Socialist International and the Italian “Communist Question” in the 1970s», *Contemporary European History* 24, n.º 2, mayo de 2015, pp. 193-211.

14 Laurens, Sylvain, *Lobbyists and Bureaucrats in Brussels: Capitalism's Brokers*, Abingdon, Nueva York, Routledge, 2017; Andersen, Svein S.; Eliassen; Kjell A., «European Community Lobbying», *European Journal of Political Research* 20, n.º 2, 1991, pp. 173-187; Mazey, Sonia; Richardson, Jeremy, eds., *Lobbying in the European Community*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

15 AFO, box CES-1/4, «Circulaire : Semaine d'action européenne 24-30 novembre 1979», 6 de noviembre de 1979. FO había abogado por una parada de trabajo de una hora en toda Europa, pero la propuesta no obtuvo el apoyo mayoritario.

16 IISH, ETUC-2202, «Hush! Don't Tell the Workers», *Agenor*, 90, mayo-junio de 1983. Véase también Petrini, «Demanding Democracy in the Workplace».

17 Cagé, Julia, et al., «Du verrou au levier», *Le Grand Continent* (blog), abril de 2023, <https://legrandcontinent.eu/fr/2023/04/06/du-verrou-au-levier/>.

INTERGUBERNAMENTALISMO

1Este capítulo es una actualización y adaptación original del artículo «The Origins of European Neoliberalism», publicado en n+1 el 29 de abril de 2019.

BIBLIOGRAFÍA

CREATIVIDAD

Acuto, Michele; Curtis, Simon, *Reassembling International Theory: Assemblage Thinking and International Relations*, Palgrave, 2014.

Andrä, Christine, «Crafting Stories, Making Peace? Creative Methods in Peace Research», *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 50, n.º 2, 2022, pp. 494-523. <https://doi.org/10.1177/03058298211063510>.

Bleiker, Roland, «Seeing Beyond Disciplines: Aesthetic Creativity in International Theory», *Australian Journal of International Affairs*, vol. 75, n.º 6, 2021, pp. 573-590. <https://doi.org/10.1080/10357718.2021.1992129>.

Byrce, Emma, «The Remarkable Story of How Yemen's Oil Tanker Disaster was Averted by Crowdfunding», *The Guardian*, 29 de agosto de 2023, disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/2023/aug/29/the-remarkable-story-of-how-yemens-oil-tanker-disaster-was-averted-by-crowdfunding>.

Callahan, William A., *Sensible Politics: Visualizing International Relations*, Oxford University Press, 2020.

Cohen, Cynthia E., «Reimagining Transitional Justice», *International Journal of Transitional Justice*, vol. 14, n.º 1, 2020, pp. 1-13. <https://doi.org/10.1093/ijtj/ijaa001>.

De Certeau, Michel, *The Practice of Everyday Life*, University of California Press, 1984.

Iskander, Natasha, «Design Thinking is Fundamentally Conservative and Preserves the Status Quo», *Harvard Business Review*, 5 de septiembre de 2018, disponible en: <https://hbr.org/2018/09/design-thinking-is-fundamentally-conservative-and-preserves-the-status-quo>.

Kara, Helen, *Creative Research Methods: A Practical Guide*, Bristol University Press, 2020.

Malik, Sarita; Mahn, Churnjeet; Pierse, Michael; Rogaly, Ben (eds.), *Creativity and Resistance in a Hostile World*, Manchester University Press, 2020.

Ní Mhurchú, Aoileann; Shindo, Reiko (eds.), *Critical Imaginations in International Relations*, Routledge, 2016.

Rancière, Jacques, *The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible*, Continuum, 2004.

Said, Edward, «The Art of Displacement: Mona Hatoum's Logic of Irreconcilables», *Quaderns de la Mediterrània*, n.º15, 2011, disponible en: <https://www.iemed.org/wp-content/uploads/2011/09/The-Art-of-Displacement.pdf>.

Sparks, Caitlin; Brincat, Shannon; Aistrophe, Tim, «The Imagination and International Relations», *International Studies Quarterly*, vol. 66, n.º 3, 2022. <https://doi.org/10.1093/isq/sqac024>.

Sylvester, Christine, «Creativity», en Ní Mhurchú, Aoileann; Shindo, Reiko (eds.), *Critical Imaginations in International Relations*, Routledge, 2016, pp. 56-69.

INMOVILIDAD

Baldwin, A.; Fröhlich, C.; Rothe, D., «From climate migration to Anthropocene mobilities: Shifting the debate». *Mobilities*, vol. 14, n.º 3, 2019, pp. 289–297.

Bauman, Z., *Liquid modernity*, Polity, 1998.

Bonilla, Y., «Why Would Anyone in Puerto Rico Want a Hurricane? Because Someone Will Get Rich», *Washington Post*, 22 de septiembre de 2017.

— «The coloniality of disaster: Race, empire and the temporal logics of

emergency in Puerto Rico, USA», *Political Geography*, vol. 78, abril de 2020.

Bullard, N. «Climate debt: a subversive political strategy», *Climate Justice Now*, 2010, disponible en tni.org.

Burkett, M., «Justice and climate migration: The importance of nomenclature in the discourse on twenty-first-century mobility», pp. 73-88. En: S. Behrman y A. Kent (eds.), *Climate refugees beyond the legal impasse?*, Routledge, 2018.

Farbotko, C.; Campbell, J., «Who defines atoll ‘uninhabitability’?», *Environmental Science and Policy*, vol. 138, 2022, pp. 182–190.

Farbotko, C.; Thornton, F.; Mayrhofer, M.; Hermann, E., «Climate mobilities, rights and justice: Complexities and particularities», *Frontiers in Climate*, vol. 4, 2022, p. 1026486.

Heyward, C.; Ödalen, J., «A free movement passport for the territorially dispossessed», pp. 208–226. En: C. Heyward y D. Roser (eds.), *Climate justice in a non-ideal world*, Oxford University Press, 2016.

Huysmans, J., *The politics of insecurity: Fear, migration and asylum in the EU*, Routledge, 2006.

IOM, «Policy developments and options to address human mobility in the context of climate risk in the Pacific Islands region», *Policy Brief (PUB2021/085/R)*, International Organization for Migration (IOM) Fiji, Suva, 2021.

Jones, R., *Violent borders: Refugees and the right to move*, Verso, 2016.

Leese, M.; Wittendorp, S. (eds.), *Security/mobility: Politics of movement*, University of Manchester Press, 2017.

Loyd, J.; Mountz, A., *Boats, borders, and bases: Race, the Cold War, and the rise of migrant detention in the United States*, University of California Press, 2018.

Mercer, H., «Colonialism: Why leading scientists have finally acknowledged its link with climate change», *The Conversation*, 22 de abril de 2022.
<https://theconversation.com/colonialism-why-leading-climate-scientists-have-finally-acknowledged-its-link-with-climate-change-181642>

Methmann, C.; Oels, A., «From ‘fearing’ to ‘empowering’ climate refugees: Governing climate-induced migration in the name of resilience», *Security Dialogue*, vol. 46, n.º 1, 2015, pp. 51-68. doi: 10.1177/096701061455254

Mountz, A., «Specters at the port of entry: Understanding state mobilities through an ontology of exclusion», *Mobilities*, vol. 6, n.º 3, 2011, pp. 317–334.

Mountz, A.; Coddington, K.; Catania, R. T; Loyd, J., «Conceptualizing detention: Mobility, containment, bordering and exclusion», *Progress in Human Geography*, vol. 37, n.º 4, 2012, pp. 522–541.

Nail, T., *Theory of the border*, Oxford University Press, 2016.

— «Forum 1: Migrant climate in the Kinocene», *Mobilities*, vol. 14, n.º 3, 2018, pp. 375–380.

Neef, A.; Benge, L., «Shifting responsibility and denying justice: New Zealand’s contentious approach to Pacific climate mobilities», *Regional Environmental Change*, vol. 22, Art. 94, 2022.

Obaidi, M.; Kunst, J.; Ozer, S.; Kimel, S. Y., «The ‘Great Replacement’ conspiracy: How the perceived ousting of Whites can evoke violent extremism and Islamophobia», *Group Processes & Intergroup Relations*, vol. 25, n.º 7, 2022, pp. 1675–1695.

Popescu, G., *Bordering and ordering the twenty-first century: Understanding borders*, Rowman and Littlefield, 2011.

Pulido, L., «Racism and the Anthropocene», pp. 116–128, en G. Mitman, M. Armiero y R. S. Emmett (eds.), *Future Remains: A cabinet of curiosities for the Anthropocene*, University of Chicago Press, 2017.

Ransan-Cooper, H.; Farbotko, C.; McNamara, K.; Thornton, F.; Emilie Chevalier, E., «Being(s) framed: The means and ends of framing environmental migrants», *Global Environmental Change*, vol. 15, 2015, pp. 106-115.

Saad, A., «Toward a justice framework for understanding and responding to climate migration and displacement», *Environmental Justice*, vol. 10, n.º 3, 2017, pp. 98-101.

Shanaah, S.; Fritsche, I.; Osmundsen, M., «Support for pro-climate and ecofascist extremism: Correlates and intersections», *Democracy and Security*, 2023. DOI: 10.1080/17419166.2023.2220111.

Sheller, M., «Theorizing mobility justice in contexts of climate mobilities», en K. Jacobsen y N. Majidi (eds.), *Handbook on Forced Migration*, Edward Elgar, 2023. pp. 227-233.

— *Island futures: Caribbean survival in the Anthropocene*, Duke University Press, 2020.

— *Mobility justice: The politics of movement in an age of extremes*, Verso, 2018.

Skillington, T., «Climate justice without freedom: Assessing legal and political responses to climate change and forced migration», *European Journal of Social Theory*, vol. 18, n.º 3, 2015, pp. 288-307. doi: 10.1177/1368431015579967.

Squire, V. (ed.), *The contested politics of mobility: Borderzones and irregularity*, Routledge, 2011.

Sultana, F., «The unbearable heaviness of climate coloniality», *Political Geography*, vol. 99, 2022, 102638.

Tschakert, P.; Neef, A., «Tracking local and regional climate im/mobilities through a multidimensional lens», *Regional Environmental Change*, vol. 22, Art. 95, 2022. DOI: 10.1007/s10113-022-01948-6.

UNHCR, «Legal considerations regarding claims for international protection made in the context of the adverse effects of climate change and disasters», UN High Commissioner for Refugees (UNHCR), 2020, [refworld.org](https://www.refworld.org).

Vaha, M. E., «Hosting the small island developing states: two scenarios», *International Journal of Climate Change Strategic Management*, vol. 10, n.º 2, 2018, pp. 229-244.

Walia, H., *Border & rule: Global migration, capitalism and the rise of racist nationalism*, Haymarket Books, 2021.

Yumagulova, L.; Parsons, M.; Yellow Old Woman-Munro, D.; Dicken, E.;

Lambert, S.; Vergustina, N.; Scott, J. C.; Michell, P.; Black, W., «Indigenous perspectives on climate mobility justice and displacement-mobility-immobility continuum», *Climate and Development*, 2023 DOI: 10.1080/17565529.2023.2227158.

REALISMO

Acharya, A.; Buzan, B., *The Making of Global International Relations*, Cambridge University Press, 2019.

Ashford, E., «Stuck on the Left with You: The Limits of Partisanship in US Foreign Policy», *Security Studies*, vol. 32, n.º 2, 2023, pp. 382-388.

Ashley, R. K., «Political Realism and Human Interests», *International Studies Quarterly*, vol. 25, n.º 2, 1981, pp. 204-236.

— «The Geopolitics of Geopolitical Space: Towards a Critical Social Theory of International Politics», *Alternatives: Global, Local and Political*, vol. 12, n.º 4, 1987, pp. 403-434.

— «The Poverty of Neorealism», *International Organization*, vol. 38, n.º 2, 1984, pp. 225-286.

Beardsworth, R., *Cosmopolitanism and International Relations Theory*, Polity, 2011.

Brenes, M., «The Future of Restraint after Ukraine», 26 de diciembre de 2022, <https://responsiblestatecraft.org/2022/12/26/the-future-of-restraint-after-ukraine/>

Bromwich, D., «The Dangerous Myth of the ‘Good War’», *The Nation*, 7 de septiembre de 2023.

Buzan, B.; Lawson, G., *The Global Transformation. History, Modernity and the Making of International Relations*, Cambridge University Press, 2015.

Cox, R. W., «Social Forces, States and World Order: Beyond IR Theory»,

Millennium vol. 12, 1981, pp. 162-175.

Donnelly, J., «The Discourse of Anarchy in IR», *International Theory* vol. 7, n.º 3, 2015, pp. 393-425.

— «Realism», en S. Burchill, A. Linklater, R. Devetak, J. Donnelly, M. Paterson, C. Reus-Smit, y J. True (eds.), *Theories of International Relations*, rev. 3.ª ed., Palgrave Macmillan, 2005.

Donnelly, J.; Wohlforth, W., «Realism», en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal (eds.), *The Oxford Handbook of International Relations*, Oxford University Press, 2008, pp. 131-148.

Dunne, T.; Hansen, L.; Wight. C., «The End of IR Theory?», *European Journal of International Relations* vol. 19, n.º 3 (2013), pp. 405-425.

Glaser, C. L., «Structural Realism in a More Complex World», *Review of International Studies* vol. 29, n.º 3 (2003), pp. 403-414.

Goddard, S.; Nexon, D. H. «The Dynamics of Global Power Politics. A Framework for Analysis», *Journal of Global Security Studies* vol. 1, n.º 1 (2016), pp. 4-18.

Green, P., «The Alt-Left and Ukraine», *Logos: A Journal of Modern Society and Culture*, vol. 22, n.º 3.

Guilhot, N., «Imperial Realism: Postwar IR Theory and Decolonization», *The International History Review* vol. 36, n.º 4, 2014, pp. 698-720.

— *The Invention of International Relations Theory. Realism*, The Rockefeller Foundation, the 1954 Conference on Theory, Columbia University Press, 2011.

Jackson, P. T.; Nexon, D. H., «International Theory in a Post-Paradigmatic Era: From Scientific Wagers to Scientific Ontologies», *European Journal of International Relations*, vol. 19, n.º 3, 2013, pp. 543-565.

Jackson, V., «Progressivism and Grand Strategy: An Exchange – The Author Replies», *Security Studies*, vol. 32, n.º 2, 2023, pp. 404-412.

— *Grand Strategies of the Left. The Foreign Policy of Progressive World-*

making, Cambridge University Press, 2023.

Krasner, S. D., «Realism, Imperialism and Democracy: A Response to Gilbert», *Political Theory*, vol. 20, n.º 1, 1992, pp. 38-52.

Kroenig, M., «International Relations Theory Suggests Great-Power War is Coming», *Foreign Affairs*, 27 de agosto de 2022.

Lawson, G.; Buzan, B., *The Global Transformation. History, Modernity, and the Making of International Relations*, Cambridge University Press, 2015.

Layne, C., «Coming Storms. The Return of Great-Power War», *Foreign Affairs*, 13 de octubre de 2020. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-10-13/coming-storms>

Lebow, N., *The Tragic Vision of Politics: Ethics, Interest and Orders*, Cambridge University Press, 2003.

Lenin, V. I., *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism* [1916], Peking: Foreign Languages Press, 1975 [1916].

Linklater, A., *Beyond Realism and Marxism. Critical Theory and International Relations*, Macmillan, 1990.

— «The Achievements of Critical Theory», en S. Smith, K. Booth, M. Zalewski (eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge University Press, 1996, pp. 279-298.

Mackinder, H., «The Geographical Pivot of History» [1904] en idem, *Democratic Ideals and Reality*, National Defense University, 1996.

Malley, Blaise, «Can the Quincy Institute Survive Putin's War», 1 de septiembre de 2022, <https://newrepublic.com/article/167612/quincy-institute-survive-ukraine-russia-war>

Mearsheimer, J., «Why the Ukraine Crisis is the West's Fault: The Liberal Delusions that Provoked Putin», *Foreign Affairs*. Septiembre-octubre de 2014. <https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-08-18/why-ukraine-crisis-west-s-fault>

— *The Tragedy of Great Power Politics*, Norton, 2014. Edición actualizada [orig. 2001].

— «The Inevitable Rivalry. America, China and the Tragedy of Great-Power Politics», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2021.

<https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2021-10-19/inevitable-rivalry-cold-war>

— «Playing with Fire in Ukraine: The Underappreciated Risks of Catastrophic Escalation», *Foreign Affairs*, 17 de agosto de 2022.

<https://www.foreignaffairs.com/ukraine/playing-fire-ukraine>

Meibauer, G., et al., «Neoclassical Realism and Statecraft: Towards a Normative Foreign Policy», pp. 284-286, en «Forum: Rethinking Neoclassical Realism at Theory's End», *International Studies Review*, vol. 23, n.º 1, 2021, pp. 268-295.

Morgenthau, H. J., *Politics Among Nations*, Nueva York: Knopf, 1948.

— *Restoration of American Politics*, en idem, *Politics in the Twentieth Century*, 3 vols., University of Chicago Press, 1970.

Mouffe, C., «Schmitt's Vision of a Multipolar World Order», *South Atlantic Quarterly* vol. 104, n.º 2, 2005, pp. 245-251.

Nexon, D. H., «Towards a Neo-Progressive Foreign Policy: The Case for an Internationalist Left», 4 de septiembre de 2018.

Nexon, D.; Jackson, P. T., «International Theory in a Post-Paradigmatic Era: From Substantive Wagers to Scientific Ontologies», *European Journal of International Relations*, vol. 19, issue 3: 543-565.

Poast, P., «A World of Power and Fear: What Critics of Realism Get Wrong», *Foreign Affairs*, 15 de junio de 2022.

Porter, P., «The Realist Bogeyman. Everyone Likes to Shoot the Messenger and Nobody Likes to Hear 'I Told You So'», *The Critic*, 15 de junio de 2022.

<https://thecritic.co.uk/the-realist-bogeyman/>

— *The False Promise of Liberal Order. Nostalgia, Delusion and the Rise of Trump*, Polity, 2020.

Rothkopf, D., «Obama's 'Don't Do Stupid Shit' Foreign Policy», *Foreign Policy*, 4 de junio de 2014. <https://carnegieendowment.org/2014/06/04/obama-s-don-t-do-stupid-shit-foreign-policy-pub-55817>

Rosenberg, J., «International Relations in the Prison of Political Science», *International Relations* vol. 30, n.º 2, 2016, pp. 127-153.

Schweller, R., «Neorealism's Power and Restraint: A Tribute to Waltz on his 100th Birthday», *Journal of Global Strategic Studies*, vol. 2, n.º 2, 2022, pp. 6-36.

Specter, M., *The Atlantic Realists: Empire and International Political Thought Between Germany and the United States*, Stanford University Press, 2022.

— «Realism's Imperial Origins», *Dissent*, 2022, pp. 70-72.

— «Harold and Margaret Sprout: Apostates from Realism, 1931-65», *Global Studies Quarterly*, vol. 3, n.º 1, 2023, pp. 1-12.

— «Realism after Ukraine: A Critique of Geopolitical Reason from Monroe to Mearsheimer», *Analyse und Kritik* vol. 44, n.º 2, 2022, pp. 243-269. En *Forum*, «Ukraine and Political Realism», pp. 175-269.

Walt, S., «The Relationship Between Theory and Policy in International Relations», *Annual Review of Political Science*, vol. 8, 2005, pp. 23-48.

Waltz, K., «Reflections on the Theory of International Politics: Responses to My Critics», en R. O. Keohane, ed. *Neorealism and its Critics*, Columbia University Press, 1986.

— «Realist Thought and Neorealist Theory», *Journal of International Affairs*, vol. 44, n.º 1, 1990, pp. 21-37.

— «International Politics is not Foreign Policy», *Security Studies* vol. 6, n.º 1, 1996, pp. 54-57.

Wertheim, S., «The Crisis in Progressive Foreign Policy: How the Left Should Adapt to an Age of Great-Power Rivalry», *Foreign Affairs*, 24 de agosto de 2022. <https://www.foreignaffairs.com/united-states/crisis-progressive-foreign-policy>

Williams, M. (ed.), *Realism Reconsidered. The Legacy of Hans Morgenthau in International Relations*, Oxford University Press, 2007.

Wolhforth, W. C., «Realism», en C. Reus-Smit y D. Snidal (eds.), *The Oxford Handbook of International Relations*, Oxford University Press, 2008, pp. 131-149.

FRONTERAS

Anderson, B.; Sharma, N.; Wright, C. (2009). «Why no borders?», *Refuge*, 26, 5.

Anderson, B., *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Verso, 1983.

Balibar, É., *Politics and the Other Scene*, Verso, 2002.

Bigo, D.; Guild, E., «Policing at a distance: Schengen visa policies», *Controlling Frontiers* (pp. 233-263), Routledge, 2017.

Carens, J. H., «Aliens and citizens: the case for open borders», *The review of politics*, 49(2) (1987), pp. 251-273.

Davis, A. Y., *Abolition democracy: Beyond empire, prisons, and torture*, Seven Stories Press, 2011.

De Genova, N., «We are of the connections: Migration, methodological nationalism, and militant research», *Postcolonial Studies*, 16(3) (2013), pp. 250-258.

Fisher, M., *Capitalist realism: Is there no alternative?*. John Hunt Publishing, 2022.

Foucault, M., «No, this is not an official inquiry», en P. Zurn, K. Thompson K. (eds), *Intolerable: Writings from Michel Foucault and the Prisons Information Group, 1970-1980* (pp.116-120), Minnesota University Press, 2021.

Gilmore, R. W., Ruth Wilson Gilmore on Covid-19, decarceration and abolition, Haymarket Books, 2020b. <https://www.haymarketbooks.org/blogs/128-ruth-wilson-gilmore-on-covid-19-decarceration-and-abolition>

Hall, S., Selected writings on race and difference, Duke University Press, 2021.

Jones, R., «Introduction», en R. Jones (ed.), Open Borders: In Defense of Free Movement (pp. 1-20), University of Georgia Press, 2019.

Mezzadra, S.; Neilson, B., Border as Method, or, the Multiplication of Labor, Duke University Press, 2013.

Rigo, E., «Struggles for Freedom within and against the Legal Order at the Borders of Europe», South Atlantic Quarterly, 119(1) (2020), pp. 182-192.

Tazzioli, M., Border Abolitionism. Migration Containment and the Genealogies of Struggle and Rescue, Manchester University Press, 2023.

Trimikliniotis, N.; Parsanoglou, D.; Tsianos, V. S., «Mobile commons and/in precarious spaces: Mapping migrant struggles and social resistance», Critical Sociology, 42(7-8) (2026), pp. 1035-1049.

Zizek, S., «In the wake of the Paris attacks, the Left must embrace its radical western roots», In These Times, 2015. Disponible en: <https://in-thesetimes.com/article/breaking-the-taboos-in-the-wake-of-paris-attacks-the-left-must-embrace-its> (último acceso 21 de agosto de 2023).

POPULISMO

Aboy Carlés, G., «Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas», Pensamiento Plural, n° 7, julio-diciembre, Pelotas, 2010, pp. 21-40.

Barros, S., «Espectralidad e inestabilidad institucional: acerca de la ruptura populista», Estudios Sociales (Revista Universitaria Semestral), 30 (2006a), pp. 145-162.

Betz, H.-G., *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Macmillan, 1994.

Biglieri, P.; Cadahia, L., *Seven Essays on Populism*, Polity, 2021.

Biglieri, P.; Perello, G., «Problemas teóricos, problemas políticos», inédito, ponencia presentada en la conferencia «Derivas de una izquierda lacaniana. En torno a los textos de Jorge Alemán», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.

Braidotti, R., *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Gedisa, 2004.

Burbano, F., *El populismo en el Ecuador: Antología de textos*, ILDIS, 1989.

Cadahia, L.; Biglieri, P., «Obstinate Rigour: Populism without Apologies. Authors' Reply to Critics», vol. XXV, n.º 2 (2023), pp. 299-327.

— «El futuro en reserva. Claves para una república de los cuidados», en *Pos-Covid/Pos-Neoliberalismo, Siglo XXI*, 2021.

Cadahia, L., *Per un femminismo populista*, Rogas, 2023.

Canovan, M., *Populism*, Harcourt Brace Jovanovich, 1981.

Cueva, A., «El populismo como problema teórico y político», *Anales*, 359 (1981), pp. 26-34.

Dahl, R., *On democracy*, Yale Nota Bene, 2000.

De Ípola, E., «La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau», en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Siglo XXI, 2009, pp. 197-220.

De Ípola E.; Portantiero, C., «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes», *Nueva Sociedad* 54 (1981), pp. 7-18.

— «Populismo e ideología (A propósito de Ernesto Laclau: Política e ideología en la teoría marxista)», *Revista Mexicana de Sociología*, 41-3 (1982), pp. 925-960.

De la Torre, C., De Velasco a Correa: insurrección, populismos y elecciones en Ecuador, 1944-2013, Corporación Editora Nacional y Universidad Andina Simón Bolívar, 2015.

— «El tecnopopulismo de Rafael Correa ¿es compatible el carisma con la tecnocracia?», en F. Álvarez González (comp.), El correísmo al desnudo, Montecristi Vive, 2013.

De la Torre, C.; Peruzzotti, E. (eds.), El retorno del pueblo: populismo y nuevas democracias en América Latina, FLACSO-Ecuador y Ministerio de Cultura del Ecuador, 2008.

— «The Resurgence of Radical Populism in Latin America», Constellations, XIV-3 (2007), pp. 184-197.

— «Polarización populista y democracia en Ecuador», Diálogo político, XXI(2) (2004), pp. 89-114.

Di Marco, G.; Fiol, A.; Schwarz, P., Feminismos y populismos del siglo XXI. Frente al patriarcado y al orden neoliberal, Teseo, 2020.

— «Los movimientos de mujeres en la Argentina y la emergencia del pueblo feminista», La aljiba XIV (2010), pp. 51-67.

Errejón, I., «Sin manual, pero con pistas. Algunas trazas comunes en los procesos constituyentes andinos (Venezuela, Bolivia y Ecuador)», Vientos del Sur (2013), pp. 27-37.

Fernández-Liria, C., En defensa del populismo, Catarata, 2016.

Germani, G., Autoritarismo, fascismo y populismo nacional, Temas, 2003.

Ionescu, G.; Gellner, E., Populismo: sus significados y características nacionales, Amorrortu, 1970.

Kiddle, A.; Muñoz, M., Populism in 20th century Mexico. The presidencies of Lázaro Cárdenas and Luis Echeverría. University of Arizona Press, 2010.

Laclau, E., Los fundamentos retóricos de la sociedad, FCE, 2014.

— La razón populista, FCE, 2009.

— Misticismo, retórica y política, FCE, 2002.

— Deconstrucción y pragmatismo, Paidós, 1998.

— Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo, Nueva Visión, 1990.

— «Hacia una teoría del populismo», en Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo, Siglo XXI, 1978.

Laclau, E.; Mouffe, C., Hegemonía y estrategia socialista, FCE, 2004.

Mazzolini, S., «Left-wing populism in Ecuador: Preliminary notes on the potentialities and risks of constructing a ‘People’», POPULISMUS Working Papers, n.º 1, Tesalónica, mayo de 2015. Disponible en <http://www.populismus.gr/wp-content/uploads/2015/05/WPs1-mazzolini.pdf>

Mudde, C., Populist Radical Right Parties in Europe, Cambridge University Press, 2007.

— «The populist Zeitgeist», Government and Opposition, 39(4), 2004, pp. 541-563.

Mouffe, C., Agonística. Pensar el mundo políticamente, FCE, 2014.

— En torno a lo político, FCE, 2007.

— La paradoja democrática, Gedisa, 2003.

— El retorno de lo político, Paidós, 1999.

Panizzi, F., El populismo como espejo de la democracia, FCE, 2009.

Retamozo, M.; Morris, M. B., «Elogio del populismo (en ciertas circunstancias). Notas sobre el kirchnerismo en Argentina», Revista Pasajes del pensamiento contemporáneo, 46 (2014), pp. 16-27.

Retamozo, M., «Populismo en América Latina: desde la teoría hacia el análisis político. Discurso, sujeto e inclusión en el caso argentino», Colombia

Internacional, 82 (2014), pp. 221-258.

Rinesi, E.; Nardacchione, G., «Teoría y práctica de la democracia argentina», en *Los lentes de Víctor Hugo*, Prometeo, 2007, pp. 9-56.

Rinesi, E.; Muraca, M., «Populismo y República. Algunos apuntes sobre un debate actual», en E. Rinesi, G. Vommaro, y Muraca, *Si este no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*, IEC, 2010.

Scheuch, E. K.; Klingemann, H. D., «Theorie des Rechtsradikalismus in westlichen Industriegesellschaften», *Hamburger Jahrbuch für Wirtschafts- und Sozialpolitik*, 12 (1967), pp. 11-19.

Spierings, N.; Zaslove, A., «Special issue: gender and populist radical right politics», *Patterns of Prejudice*, 49 (1-2) (2015), pp. 1-173.

Stavrakakis, Y., «El populismo europeo en el poder: el desafío carismático de Syriza», *Horizontes del Sur*, 2 (2015), pp. 74-77.

— «The Return of “the People”: Populism and Anti-Populism in the Shadow of the European Crisis», *Constellations* 21/4 (2014).

Stavrakakis, Y.; Katsambekis, G., «El populismo de izquierda en la periferia europea: el caso de Syriza», *Debates y Combates*. 5/7 (2015), pp. 153-192.

Stoessel, S. «Los clarososcuros del populismo. El caso de la Revolución Ciudadana en Ecuador», *Revista Pasajes del pensamiento contemporáneo*, 46 (2014), pp. 28-41.

Vilas, C., *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

— «¿Populismos reciclados o Neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano», *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, XIV-26 (2004), pp. 135-151.

Villacañas, J. L., *Populismo*, La Huerta Grande, 2015.

Youngdale, J. M., *Populism: A Psychohistorical Perspective*, Kennikat Press, 1975.

Zanatta, L., El populismo, Katz, 2014.

Zavaleta Mercado, R., Lo nacional popular en Bolivia, Siglo XXI, 1986.

TECNOSOLUCIONISMO

AlgoRace, «Una introducción a la IA y la discriminación algorítmica para movimientos sociales», 27 de octubre de 2023, disponible en:
<https://www.algorace.org/2023/10/27/informe-i-una-introducciona-la-ia-y-la-discriminacion-algoritmica-para-movimientos-sociales/>

Brevini, Benedetta, Is AI Good for the Planet? (Digital Futures), Polity, 2021.

Cancela, Ekaitz, «Telefónica y el nuevo régimen del neoliberalismo militar», El Salto, 23 de diciembre de 2023, disponible en:
<https://www.elsaltodiario.com/capitalismo/telefonica-nuevo-regimen-neoliberalismo-guerra>

Benjamin, Ruha, Race After Technology. Abolitionist Tools for the New Jim Code, Polity Press, 2019.

Birhane, Abeba, «Algorithmic Colonization of Africa», SCRIPTed 389, 17(2), 2020.

Gilliard, Chris, «The Rise of ‘Luxury Surveillance’», The Atlantic, 18 de octubre de 2022, disponible en:
<https://www.theatlantic.com/technology/archive/2022/10/amazon-tracking-devices-surveillance-state/671772/>

Kavenna, Joanna, «Shoshana Zuboff: ‘Surveillance capitalism is an assault on human autonomy’», The Guardian, 4 de octubre de 2019, disponible en:
<https://www.theguardian.com/books/2019/oct/04/shoshana-zuboff-surveillance-capitalism-assault-human-automomy-digital-privacy>

Madianou, Mirca, «Technocolonialism: digital innovation and data practices in the humanitarian response to refugee crises», Social Media and Society, 5(3),

2019.

Márquez Duarte, Fernando David, «Black Earth Rising and Queen Sono: A Critical Decolonial Analysis», *Open Philosophy*, 5(1), 2022.

Morozov, Evgeny, *To Save Everything, Click Here*, Penguin Books, 2012.

Robinson, Cedric, *On Racial Capitalism, Black Internationalism, and Cultures of Resistance*, Pluto Press, 2019.

Schiller, Dan, *Digital Capitalism: Networking the Global Market System*, MIT Press, 2000.

Srnicek, Nick, *Platform Capitalism*, Wiley, 2016.

Van Dijck, José; De Waal, Martijn; Poell, Thomas, *The Platform Society: Public Values in a Connective World*, Oxford Academic, 2018.

Zubof, Shoshana, *The Age of Surveillance Capitalism*, Profile, 2019.

TIANXIA

Jiang Shigong, *China, el retorno del Imperio del Centro*, Letras Inquietas, 2023.

Montobbio, Manuel, *Ideas chinas. El ascenso global de China y la Teoría de las Relaciones Internacionales*, Icaria, 2017.

Qin Yaqing, «Cultura y pensamiento global: una teoría china de las Relaciones Internacionales», *Revista CIDOB d'Afers Internacionnals*, n.º 100, diciembre de 2012.

Ríos, Xulio, *Política exterior de China. La diplomacia de una potencia emergente*, Bellaterra, 2005.

Ríos, Xulio, *La metamorfosis del comunismo en China*, Kalandraka, 2021.

Yan Xuetong, *Ancient Chinese Thought, Modern Chinese Power*, Princeton

University Press, 2011.

Zhao Tingyang, *Tianxia: una filosofía para la gobernanza global*, Editorial Herder, 2021.

ETNOREGIONALISMO

Balibar, Etienne, «Is There a ‘Neo-Racism’?», en E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Verso, 2010, pp. 17-28.

Brubaker, Rogers, «Between nationalism and civilizationism: the European populist moment in comparative perspective», *Ethnic and Racial Studies*, 40:8, 2017, pp. 1191-1226.

Calhoun, Craig, *Introduction to Hans Kohn, The Idea of Nationalism*, Transaction, 2005.

Foner, Eric, *The Second Founding. How the Civil War and Reconstruction Remade the Constitution*, Norton, 2019.

Gerstle, Gary, *American Crucible. Race and Nation in the Twentieth Century*, Princeton University Press, 2017.

Gilroy, Paul, *Between Camps. Nations, Cultures, and the Allure of Race*, Routledge, 2004.

Hall, Stuart, «‘In but Not of Europe’: Europe and its myths», *Soundings* 22, invierno de 2002, pp. 57–69, disponible en <https://journals.lwbooks.co.uk/soundings/vol-2002-issue-22/article-6929/>

Kohn, Hans, *The Idea of Nationalism: A Study in Its Origins and Background*, Macmillan, 1944.

Kundnani, Hans, *Eurowhiteness. Culture, Empire and Race in the European Project*, Hurst, 2023.

Lorimer, Marta (2021), «What do they talk about when they talk about Europe? Euro-ambivalence in far right ideology», *Ethnic and Racial Studies*, 44:11, pp. 2016-2033.

Marker, Emily, *Black France, White Europe. Youth, Race, and Belonging in the Postwar Era*, Cornell University Press, 2022.

ÍNDICE DE AUTORES

Andry, Aurélie Dianara

Es investigadora en el Laboratoire IDHES (Université d'Évry en Paris-Saclay), y miembro del proyecto «Democracia en el lugar de trabajo: ¿un ideal europeo?: discursos y prácticas sobre la democratización del trabajo después de 1945». Antes de llegar a Évry, completó su doctorado en Historia en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, impartió clases en la Université Paris Sorbonne, y fue investigadora en la Universidad de Glasgow. Su investigación se centra principalmente en la historia de la integración europea y la historia del socialismo y sindicalismo en Europa. Es la autora de *Social Europe, the Road not Taken. The Left and European Integration in the Long 1970s* (2022).

Batalla, Pablo

Es licenciado en Historia por la Universidad de Salamanca, pero ha venido desempeñándose como periodista. Ha sido o es colaborador de los periódicos y revistas Asturias24, La Voz de Asturias, Atlántica XXII, Neville, Crítica.cl, La Soga, Nortes, LaU, La Marea, CTXT, Público y Jot Down; ha dirigido A Quemarropa, periódico oficial de la Semana Negra de Gijón, y es coordinador de la revista cultural El Cuaderno. Ha publicado los libros *Si cantara el gallo rojo* (2017), *La virtud en la montaña* (2019), *Los nuevos odres del nacionalismo español* (2021) y *La ira azul* (2023), todos ellos en Trea.

Bustinduy, Pablo

Es doctor en Filosofía por la New School for Social Research de Nueva York y Ministro de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030 del Gobierno de España. Ha trabajado como investigador y profesor en distintas universidades de Europa y Estados Unidos, incluyendo la Universidad de Columbia, el City College de Nueva York y la Universidad de Milán. Entre 2015 y 2019 fue

portavoz de Unidas Podemos en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados. Es colaborador de diversos medios de comunicación y autor del libro *Space and Political Universalism* (Edinburgh University Press, 2024).

Cadahía, Luciana

Estudió filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y se doctoró en la Universidad Autónoma de Madrid (España). Ha sido profesora en la Universidad Autónoma de Madrid y FLACSO-Ecuador e investigadora invitada en la Universidad Friedrich Schiller (Alemania), en París I Universidad de la Sorbona (Francia) y en la Universidad de Brighton (Reino Unido).

Actualmente es profesora de Filosofía Contemporánea en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Es sub-coordinadora de CALAS-Andes y miembro del Consortium of Critical Theory Programs (ICCTP). Ha publicado numerosos artículos y libros en América Latina y Europa, entre los que cabe destacar *Mediaciones de lo sensible. Hacia una economía crítica de los dispositivos* (Fondo de Cultura Económica, 2017)

y *El Círculo Mágico del Estado: feminismo, populismo y antagonismo* (Lengua de Trapo, 2019).

Domínguez, Itxaso

Es profesora asociada en Estudios Internacionales en la Universidad Carlos III de Madrid. Imparte clases, además, en Sciences Po Paris, sobre teorías críticas de las Relaciones Internacionales. Colabora con varios medios, como Público o El Periódico. Es doctora en Estudios Árabes e Islámicos por la Universidad Autónoma de Madrid e investigadora del TEIM (Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos) de la misma universidad. Ha sido consultora en asuntos públicos y cuestiones de geopolítica/buen gobierno en Oriente Próximo y norte de África, así como asesora e investigadora en el ámbito de las relaciones internacionales. Sus principales áreas de especialidad son las relaciones de poder pasadas y presentes en la Palestina histórica, las dinámicas políticas y sociales en el golfo Pérsico y los procesos de transición y transformación domésticas y transnacionales en Oriente Próximo y norte de África.

Erakat, Noura

Es una jurista y abogada de derechos humanos estadounidense-palestina. Imparte clases en la Universidad de Rutgers sobre asuntos internacionales, y su trabajo se centra en el conflicto israelí-palestino. Su libro, *Justice for Some: Law and the Question of Palestine*, examina críticamente el papel que el derecho internacional ha jugado en el conflicto. Ha publicado artículos sobre estos asuntos en *Boston Review*, *Democracy Now!*, *Jadaliyya* o *Jacobin*.

Farris, Sara R.

Es profesora de Ciencias Políticas y Sociología en la Goldsmiths University of London. Su campo de investigación se centra en las construcciones teóricas del racismo y el nacionalismo. Además de numerosos artículos, es autora de *Max Weber's Theory of Personality* (2014) y *En nombre de los derechos de las mujeres. El auge del femonacionalismo* (2021).

Gabor, Daniela

Es profesora de Economía y Macrofinanzas en la Universidad del Oeste de Inglaterra, en Bristol. Su investigación desarrolla tres temas bajo el paraguas de las macrofinanzas críticas: las actividades de la banca en la sombra y sus implicaciones para la teoría monetaria, los mercados de bonos soberanos y la actividad regulatoria. Sus dos proyectos de investigación son «Managing Shadow Money» (financiado por INET) y la «Capital Markets Union» (financiado por FEPS). Ha escrito en *Jacobin*, *The Guardian* o *Phenomenal World*.

Garroum, Gabriel

Es profesor del Institut Barcelona d'Estudis Internacionals, obtuvo su doctorado en War Studies por la King's College de Londres. Está especializado en

Relaciones Internacionales y Política del Oriente Medio. Nacido en una familia sirio-catalana, sus principales áreas de investigación incluyen la violencia política, la teoría crítica de las RRII, los problemas de seguridad contemporáneos y la geopolítica crítica. Es también miembro del Centro de Investigación en Relaciones Internacionales (King's College de Londres) y codirector de *Això era casa meva* [Esto fue mi hogar] (2019), un documental sobre la guerra civil siria estrenado en el British Film Institute. Ha vivido en España, el Reino Unido, Turquía y Líbano.

Gerbaudo, Paolo

Es sociólogo y teórico político residente en el King's College de Londres, donde ejerce de Director del Centro de Cultura Digital. Es autor de *Controlar y proteger*, *Tweets and the Streets*, *The Mask and the Flag* y *The Digital Party*. Ha escrito para *The New Statesman*, *The Guardian*, *El País* y otras publicaciones.

Getachew, Adom

Politóloga estadounidense de origen etíope, obtuvo su doctorado en Ciencias Políticas y Estudios Afroamericanos por la Universidad de Yale. Especializada en el ámbito de la teoría política, investiga la historia del pensamiento político, las teorías de la raza y el imperio y la teoría política poscolonial. Su trabajo se centra en las historias intelectuales y políticas de África y el Caribe. Su último libro, *Worldmaking After Empire: The Rise and Fall of Self-Determination*, reconstruye un relato de la autodeterminación ofrecido en el pensamiento político de los nacionalistas anticoloniales del Atlántico negro durante el apogeo de la descolonización en el siglo XX.

Ishchenko, Volodymyr

Doctor en sociología por la Universidad Nacional Taras Shevchenko de Kiev, trabaja como investigador asociado en el Instituto de Estudios sobre Europa Oriental de la Universidad Libre de Berlín. Ha dedicado buena parte de sus investigaciones a la revuelta de Maidán de 2014. Ha publicado en *Jacobin* o *New*

Left Review, además de ser autor del libro *Toward the Abyss: Ukraine from Maidan to War* (2024).

Krishnan, Kavita

Activista feminista india. Fue miembro del buró político del Partido Comunista de India (Marxista-Leninista) Liberación y de su Comité Central durante más de dos décadas. Asimismo, ejerció como editora de la publicación mensual del Partido. Es también autora de *Fearless Freedom* (2020), un manifiesto sobre los vínculos entre seguridad y libertad.

Kundnani, Hans

Es investigador asociado y exdirector del programa de Europa en Chatham House, y autor de *Eurowhiteness. Culture, Empire and Race in the European Project* (2023), *The Paradox of German Power* (2016) y *Utopia or Auschwitz* (2009). Hans escribe regularmente para *The Observer*, *The Guardian*, *The New Statesman* y *Foreign Affairs*, entre otros.

Li, Darryl

Es un antropólogo y jurista que investiga sobre guerra, derecho internacional migraciones, imperio y racialización, especialmente en el área de Oriente Medio, Asia del Sur y los Balcanes. Es el autor de *The Universal Enemy: Jihad, Empire, and the Challenge of Solidarity* (2020), un estudio etnográfico sobre combatientes extranjeros yihadistas en la guerra de Bosnia-Herzegovina en los años noventa. Ha colaborado con medios como *Dissent*, *Al Jazeera* o *Jadaliyya*.

López, Xan

Es activista climático, coeditor de la revista *Corriente Cálida* y colaborador del movimiento ciudadano *Sumar* en España. Intenta, con escaso éxito, explorar las

intersecciones entre el clima, la economía y la política, y ha escrito sobre ello en diferentes medios como El País, elDiario, Público o su propia newsletter Amalgama, entre otros.

Milanovic, Branko

Economista serbo-estadounidense especializado en desigualdad económica, economía del desarrollo e instituciones financieras internacionales. Se formó como economista en el departamento de investigación del Banco Mundial, como profesor visitante en la Universidad de Maryland y en la Johns Hopkins University. Su último libro, *Visions of Inequality. From the French Revolution to the End of the Cold War* (2023), analiza la historia intelectual del concepto de desigualdad a través de figuras como Adam Smith o Karl Marx. Colabora con medios como El País, Le Grand Continent, Jacobin o The Guardian.

Mishra, Pankaj

Es ensayista y novelista. Se graduó en la Universidad de Allahabad y, más adelante, se doctoró en Literatura Inglesa por la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi. Actualmente colabora en *The New Yorker*, *London Review of Books*, *The New York Times Book Review* y *The Guardian*, entre otros. Una extensa bibliografía de reportajes, ensayos y libros de viajes le han hecho convertirse en uno de los máximos expertos de las nuevas realidades de los países asiáticos. *De las ruinas de los imperios* (2014) ganó el premio Crossword for Best Nonfiction en 2013. En 2014, se convirtió en el primer libro de un autor no occidental en ganar el prestigioso premio alemán Leipzig Book Award for European Understanding. En 2017 publicó su libro *La edad de la ira*, y, en 2020, *Fanáticos insulsos*.

Mulder, Nicholas

Imparte clases de Historia Europea Moderna en el Departamento de Historia de la Universidad de Cornell. Estudió en la Universidad de Utrecht y en la Universidad de Cambridge, y completó su doctorado en la Universidad de

Columbia. Especialista en historia europea e internacional desde el siglo XIX, su investigación abarca la historia política, económica, jurídica e intelectual, con un enfoque particular en el período europeo de entreguerras. Su primer libro, *The Economic Weapon: The Rise of Sanctions as a Tool of Modern War* (Yale University Press, 2022), examina los orígenes de las sanciones económicas en el período de entreguerras.

Neef, Andreas

Profesor de Estudios del Desarrollo en la Universidad de Auckland. Previamente, impartió clases de Gobernanza de Recursos y Desarrollo Participativo en la Universidad de Kioto. Posee títulos de MSc y PhD en Economía Agrícola, Política de Desarrollo y Sociología Rural por la Universidad de Hohenheim, en Stuttgart, Alemania, y tiene una amplia experiencia investigadora en el Sudeste Asiático, África Occidental, el Pacífico Sur y Oriente Medio. Asimismo, trabajó como asesor científico para el Parlamento Alemán en temas de seguridad alimentaria global y en discursos sociales y políticos sobre la mercantilización de la biodiversidad.

Rendueles, César

Es científico titular en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Ha sido profesor de sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus ensayos, publicados en una decena de países, destacan *Sociofobia*. *El cambio político en la era de la utopía digital* (2013), *Capitalismo canalla* (2015), *En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico* (2016) y *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista* (2020).

Reynolds, John

Es profesor asociado en la Escuela de Derecho y Criminología de la Universidad de Maynooth, en Irlanda. Su investigación se centra en el derecho internacional y justicia global en relación con el colonialismo, la raza y la economía política. John es el autor de *Empire, Emergency and International Law* (Cambridge

University Press, 2017) y editor de la revista *Third World Approaches to International Law Review*.

Ríos, Xulio

Es director del Observatorio de la Política China, asesor de Casa Asia, promotor y coordinador de la Red Iberoamericana de Sinología y miembro de la asociación independiente Cátedra China. Además, es investigador visitante en universidades y centros de investigación de China continental y Taiwán. Reputado especialista en cuestiones internacionales, entre sus obras recientes cabe destacar *La metamorfosis del comunismo en China* (2021), *La política exterior china* (2005), *El problema de Taiwán* (2005), *China, de la A a la Z* (2008), *China en 88 preguntas* (2010), o *China pide paso. De Hu Jintao a Xi Jinping* (2012).

Shatz, Adam

Es el editor en Estados Unidos de *The London Review of Books* y colaborador de *The New York Times Magazine*, *The New York Review of Books*, *The New Yorker*, y otras publicaciones. También es el anfitrión del podcast «*Myself with Others*». Ha publicado *Writers and Missionaries: Essays on the Radical Imagination* (2023) y *The Rebel's Clinic: The Revolutionary Lives of Frantz Fanon* (2024).

Sheller, Mimi

Es la decana de The Global School en el Worcester Polytechnic Institute. Es la autora de *Mobility Justice: The Politics of Movement in An Age of Extremes* (2018), publicado en Verso Books. Es una experta ampliamente citada en el contexto postcolonial del Caribe, especializada en Haití. Sheller también fundó y dirigió el Center for Mobilities Research and Policy, un campo interdisciplinario que estudia el movimiento de personas, objetos e información, así como las nuevas movilidades e inmovilidades que son posibles gracias a las transformaciones tecnológicas. Es autora de siete libros, coeditora de ocho libros

y ha escrito 125 artículos académicos, además de ser la coeditora y fundadora de la revista *Mobilities*.

Slobodian, Quinn

Historiador canadiense especializado en la Alemania moderna e historia internacional, Slobodian es profesor asociado en el Wellesley College desde 2015. Estudió Historia en Lewis & Clark College y se doctoró en la Universidad de Nueva York en 2008. Es un historiador centrado en las políticas Norte-Sur, los movimientos sociales y la historia intelectual del neoliberalismo. Es autor de *El capitalismo de la fragmentación. El radicalismo de mercado y el sueño de un mundo sin democracia* (2023), *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo* (2018), *Foreign Front: Third World Politics in Sixties West Germany* (2012), editor de *Comrades of Color: East Germany in the Color World War* (2015) y coeditor (con Dieter Plehwe y Philip Mirowski) de *Nine Lives of Neoliberalism*. Slobodian ha publicado más de veinte artículos y capítulos en prestigiosas revistas de historia como *Journal of Global History*, *American Historical Review* y *Journal of Contemporary History*. También ha escrito para *The New York Times*, *New Statesman*, *The Baffler* y *Dissent*.

Specter, Matthew

Es un historiador especializado en la Europa moderna que escribe sobre intelectuales alemanes en el siglo XX y el movimiento global de ideas políticas. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Duke y ejerce como editor de *History and Theory*, la principal revista a nivel internacional de teoría historiográfica. Su primer libro, *Habermas: An Intellectual Biography* (2010), examinó la trayectoria de Jürgen Habermas, el principal filósofo y pensador público de Alemania después de 1945. Su segundo libro, *Atlantic Realisms, 1890-1980: Political Thought and Foreign Policy*, compara y conecta las tradiciones de «realismo» en política exterior de Estados Unidos y Alemania.

Tamames, Jorge

Es investigador doctoral en la University College Dublin. Ha trabajado como investigador en el Real Instituto Elcano y jefe de redacción en Política Exterior. Actualmente es asesor de discurso en el ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030. Es fellow de Future Policy Lab.

Tazzioli, Martina

Es profesora de Política y Tecnología en Goldsmiths, Universidad de Londres. Es autora de *The Making of Migration. The Biopolitics of Mobility at Europe's Borders* (Sage, 2020) y *Spaces of Governmentality: Autonomous Migration and the Arab Uprisings* (Rowman & Littlefield Publishers, 2015), y coautora, junto con Glenda Garelli, de Túnez, de la obra titulada *Tunisia as a Revolutionised Space of Migration* (Palgrave, 2016); *Foucault and the History of Our Present* (Palgrave Macmillan, 2015); *Foucault and the Making of Subjects* (Rowman & Littlefield, 2016). Forma parte del consejo de redacción de la revista *Radical Philosophy*.

Ypi, Lea

Es profesora de Teoría Política en la London School of Economics y profesora asociada de Filosofía en la Australian National University. Está especializada en marxismo y teoría crítica. En 2022 fue nombrada una de las diez mejores pensadoras del mundo por la revista británica *Prospect* y una de las figuras culturales más importantes por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Es miembro del jurado del *Deutscher Memorial Prize*. En 2023 publicó en varios idiomas el libro *Libre. El desafío de crecer en el fin de la historia* (2023).